

Leslie Charteris

**El Santo tropieza
con su igual**

se



Lectulandia

Simon Templar acaba del lado de la ley por una vez cuando accede a trabajar con la policía. Van en busca de la banda conocida como los «Angeles de Perdición», que son especialistas en ayudar a criminales convictos a escapar. Pero Templar se encuentra con un espíritu afín al conocer a Jill Trelawney, el cerebro detrás de la banda, y Scotland Yard pronto aprende que no se puede contratar a un Santo y esperar que todo salga bien.

Lectulandia

Leslie Charteris

El Santo tropieza con su igual

El Santo - 7

ePub r1.0

Titivillus 01.05.2019

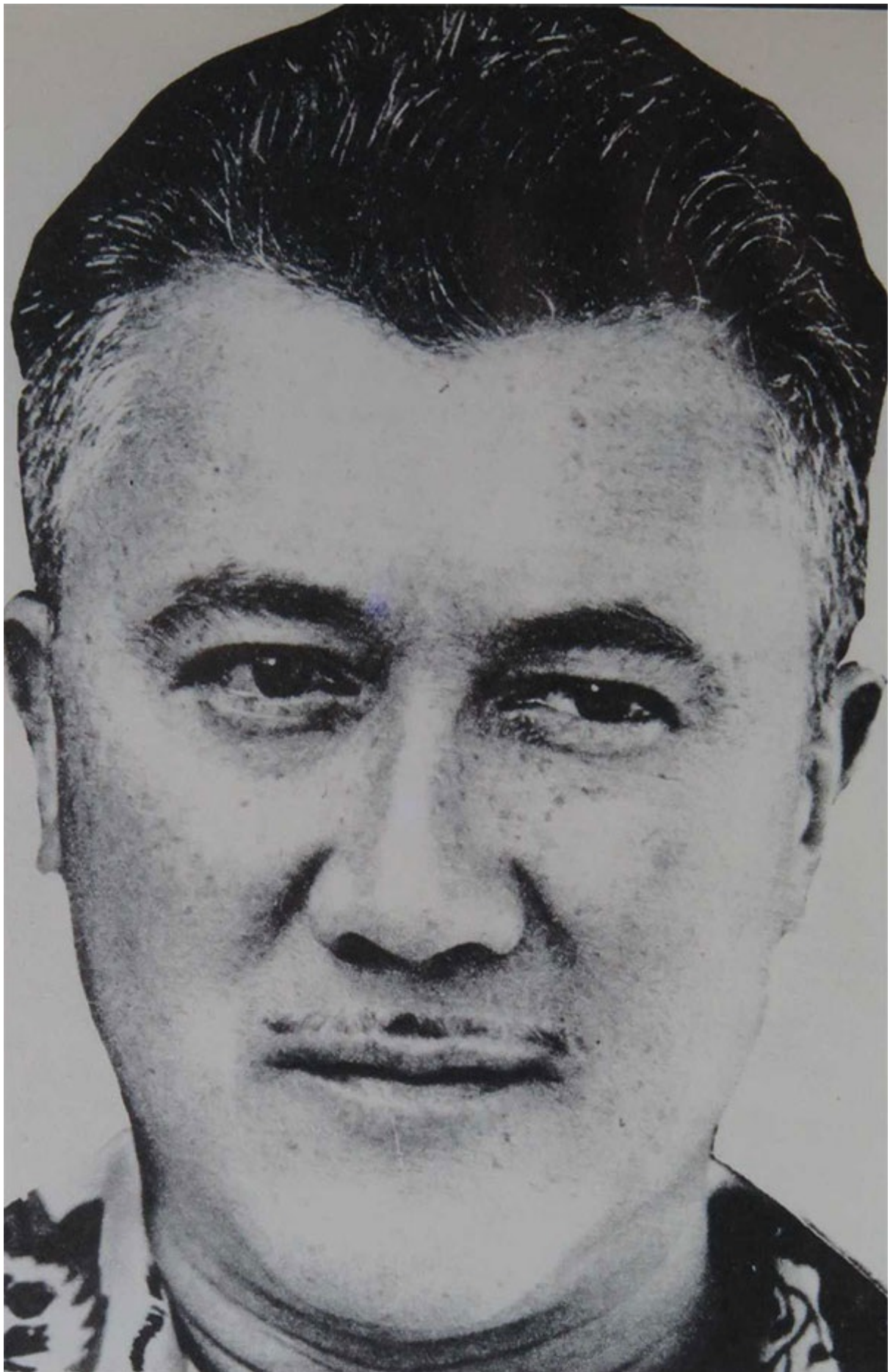
Título original: *The Saint Meets His Match*
Leslie Charteris, 1931
Traducción: Amando Lázaro Ros

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com



Nota del editor digital

El Santo tropieza con su igual, [*The Saint Meets His Match (1931)*] y *Era una dama* [*She was a Lady (1931)*] son el mismo libro que se publicó con dos nombres distintos. Los traductores también son diferentes.

1

DE COMO SIMÓN TEMPLAR TROPEZÓ CON JILL TRELAWNEY Y HUBO EN BELGRAVE STREET JARANEOS Y CANCIONES

I

El gran automóvil había estado deslizándose en medio de la noche como una gran babosa de ojos anchos y llameantes, que rasgaban la carretera y horadaban un brillante túnel de luz en la oscuridad engendrada por los árboles que formaban bóvedas; los ojos quedaron súbitamente cegados y el lento paso de la babosa se fue acortando cada vez más hasta que se redujo a un punto fijo de sombra, junto a un seto.

Un hombre, que le había visto acercarse, y que estaba sentado debajo de un árbol, con la extremidad brillante de su cigarrillo cuidadosamente tapada entre sus manos, se puso en pie silenciosamente. El auto se detuvo a solo algunos metros de donde él estaba, tal como había calculado. Se agachó y pisoteó su cigarrillo entre la hierba, acercándose a la carretera sin hacer el menor ruido. El único ruido que se oyó fue el murmullo de las hojas movidas por el aire de la noche, porque se había apagado ya el suave de los ocho cilindros del coche.

Dentro de este se encendió momentáneamente una cerilla, descubriendo con sorprendente claridad todo lo que había en su interior.

La rica tapicería color carmesí, el manojo de rosas magníficas que había en el brazo de cristal, los adornos brillantes de plata..., podrían haberse supuesto desde el exterior. Y también quizá podía haberse supuesto al individuo, de cara marcada por los golpes, que vestía una librea de chófer; o al hombre, bastante bien parecido y de aspecto ocioso, sentado a solas en el asiento posterior, con abrigo de entretiem po echado hacia atrás, dejando al

descubierto la pechera de su camisa, impecablemente blanca, y su sombrero de copa, colocado junto a él en el asiento. Y, quizá también, a la mujer...

Aunque a la mujer, quizá no...

La luz de la cerilla enfocaba la atención precisamente en ella, porque la empleaba para encender un cigarrillo. Aunque, bien mirado, era exactamente el tipo que uno habría buscado. Pertenecía a la clase de mujeres que encajan muy bien dentro de un auto lujoso, y no había verdaderamente razón de que no estuviese sentada al volante. Bien mirado...

Pero algo había en aquella mujer que equivocaba los juicios superficiales. Debía de ser alta, eso lo adivinaba el hombre que la contemplaba desde las sombras, y de una delgadez esbelta que no la despojaba de su gracia de mujer. De que era bella no cabía duda, con una belleza perfectamente natural, que no tenía, sin embargo, nada de vulgar. Su cara era completamente suya, lo mismo que el oro de tragal de sus cabellos. Y ningún artífice conocido de los que disponen las apariencias engañosas de la mujer podía haberle dado aquellos ojos leonados...

«¡De manera que tú eres Jill Trelawney!», pensó el hombre que miraba desde la sombra.

Mientras tuvo ese pensamiento, se apagó la luz; pero a él le quedaron, indeleblemente fotografiados en el cerebro, todos los detalles de aquel retrato. Era una foto viviente. Algunas de las que con anterioridad le habían sido proporcionadas eran fotos de máquina..., en aquel momento llevaba algunas en su bolsillo..., pero resultaban cosas pálidas e insignificantes al lado del recuerdo de la realidad, y sintió un leve asombro ante la impertinencia de captar semejante cara en un medio tono desapasionado.

«Bien mirado..., ¡un demonio!», pensó el hombre que la contemplaba desde las sombras.

Pero el individuo vestido con traje de etiqueta dijo con la mayor elegancia dentro del auto:

—Eres una mujer extraordinaria, Jill. Cada vez que te veo...

—Te vuelves más sensiblero —le contestó con tranquilidad la mujer—. Venimos a trabajar, y esto no es una reunión de madres.

El individuo vestido de etiqueta gruñó con tono quejumbroso:

—No veo razón de que te vuelvas tan huraña, Jill. Estamos todos embarcados en la misma lancha...

—Weald, aún no me he embarcado en una salsera.

La punta encendida de su cigarrillo brillaba más a medida que ella lo aspiraba más, y volvía a ennegrecerse en un silencio que nadie discutió. El

individuo de la cara marcada dijo con desconfianza:

—No andando Templar por aquí cerca...

—¡Templar! —la voz de la mujer hizo chasquear como un látigo ese nombre—. ¡Templar! —lo pronunció desdeñosamente—. ¿Qué tratas de hacer, Sonrojos? ¿Tratas de asustarme? ¿Es obsesión tuya ese individuo?

El hombre de la cara marcada le contestó, con desconfianza:

—El Santo sería obsesión de cualquiera que estuviese en contra de él. ¿Lo comprendes?

Si allí hubiese habido luz, lo habrían visto sonrojarse. Míster Budd se sonrojaba siempre que alguien le hablaba con dureza. Esta debilidad suya le había valido el mote de «Sonrojos».

El hombre del traje de etiqueta se aventuró a decir:

—Hay una historia...

Pero no siguió adelante.

La mujer le preguntó en tono de burla:

—¿No existe siempre una historia de todo individuo caprichoso? Me imagino que no habrá oído contar esa historia acerca de Henderson..., de Peters..., de Teal... o de Bill Kennedy. ¿Quién es, en todo caso, ese individuo Templar?

Budd preguntó con su manera recelosa:

—¿No viste nunca a un hombre agarrar a otro que le llevaba quince libras de peso, levantarlo en el aire y lanzarlo por encima de una pared de metro y medio lo mismo que si fuese un saco de plumas? Templar realiza eso como una especie de ejercicio para entrar en calor, cuando se trata de una verdadera lucha... ¿Nunca viste a un hombre pegar de canto una tarjeta de visita y cortarla en dos con un cuchillo, a quince pasos de distancia? Templar lo hace de cabeza y con los ojos cerrados... ¿Nunca viste a un hombre cargar con el castigo que seis individuos pudieran infligirle, y volverse luego sonriente para enviar a la media docena a una ambulancia de socorro? Templar...

—Veo que le tienes miedo, Sonrojos —le contestó la mujer con tranquilidad.

Budd dio un resoplido:

—Yo he sido compañero de entrenamiento de algunos de los mejores pesos pesados que subieron a un cuadrilátero..., que es lo mismo que decir que he sido un saco humano de recibir puñetazos, pero siempre me pagaron magníficamente las palizas recibidas. No creo que El Santo estuviese dispuesto a pagarme tanto por el placer de majarme a golpes. ¿Comprendes?

Budd no agregó que, con posterioridad a sus actuaciones de compañero de entrenamiento, había servido en Chicago con el Visera Kellory y con otros jefes de cuadrilla casi tan conocidos como él..., con individuos que disparaban a tiro hecho y que hacían las averiguaciones durante el sumario. Había actuado con honor en la «guerra» de Kellory con el Cara de Chirlos Al Capone..., y tampoco hablaba del asunto. Su reserva encerraba una cualidad especialmente impresionante.

—Nadie puede decir que me asuste peleando —dijo Budd sonrojándose—, pero eso no me impide saber cuando van a zurrarme. ¿Comprende?

El hombre vestido de etiqueta fanfarroneó:

—Si quieres seguir mi consejo, Jill, llega a un arreglo con Templar antes de darle ocasión de que haga alguna de las suyas. Debe de ser cosa fácil...

El hombre que escuchaba entre las sombras se carcajeó por lo bajo de puro divertido. Era una noche calurosa y todas las ventanillas del automóvil estaban abiertas. No se le escapaba ni una palabra de las que decían. Encontrábase tan cerca del automóvil que, de haber dado un paso hacia adelante y haber alargado una mano, lo habría tocado. En vez de eso, fueron dos pasos hacia adelante los que dio.

La mujer dijo, con frío menosprecio, lo mismo que si estuviese tratando con un chico huraño:

—Si te va a hacer feliz el que le arregle las cuentas...

Stephen Weald le contestó desvergonzadamente:

—Pues sí que me haría. Yo sé que siempre se cuentan historias, pero la verdad, las que he oído acerca de El Santo no me hacen feliz. Es un individuo peligroso. Dicen que...

Las palabras fueron ahogadas en su garganta con una especie de sollozo, de forma que los otros dos se volvieron rápidos a mirarle, a pesar de que no podían distinguir su cara en la oscuridad. Pero la mujer vio en un instante lo que Weald había visto..., la sombra profunda que había oscurecido el cuadro gris de una de las ventanillas...

Surgió en el auto alguna cosa más, algo viviente, además de ellos. Era extrañamente aterradora la certidumbre transitoria de que algo se había movido que no pertenecía a ninguno de ellos. Era solo un brazo..., un brazo rápido y seguro que se metió por una de las abiertas ventanillas con un vivo roce de manga de paño, que todos ellos oyeron con claridad en medio del silencio..., un brazo y una mano que encontró una llave y los inundó con la luz de un globo que estaba sobre sus cabezas.

—¿Qué es lo que dicen, Weald? —preguntó una voz que se arrastraba.

Aquella voz tenía un timbre curioso. Los cogió a todos de sorpresa antes que la hubiesen paladeado lo suficiente para descubrir a su propietario, que tenía ya su cabeza y sus brazos en el interior del auto, apoyando sus antebrazos en la ventana. Era la voz más insolente que ninguno de ellos había escuchado hasta entonces.

Puso a Sonrojos Budd plenamente sonrojado, y a Stephen Weald le dio un color grisáceo pegajoso.

Las mejillas de Jill Trelawney se volvieron rojas de rabia. Quizá porque aquella voz le parecía más burlescamente arrogante que a los demás, debido a su mayor sensibilidad. Llevaba aquella voz en sí toda la fuerza concebible, toda la concentración de insolencia y desvergüenza, y toda clase de reto insultante.

—¿Y bien?

Otra vez el arrastre gentil. Resultaba asombroso lo que aquella voz podía conseguir con una sencilla palabra. La aserraba y la rozaba con el toque de una sierra de gran velocidad, y la arrastraba sobre un lecho de calientes arenas del Sahara, con una insinuación de risa endiablada.

—¡Templar!

Budd pronunció el nombre roncamente, y Weald lo inhaló sibilante por entre sus dientes. Los labios de la mujer trazaron dos curvas.

—Estaban ustedes hablando de mí —dijo el hombre que estaba en la ventanilla.

Aquello era una afirmación terminante. Se la hizo a la mujer, no dándose por enterado de los dos hombres, después de dirigirles una mirada rápida. La mujer se quedó sin voz por espacio de un segundo, y eso la puso furiosa consigo. Luego le dijo con tranquilidad:

—Me imagino que es usted míster Templar.

El Santo se inclinó todo lo profundamente que su posición en la ventanilla se lo permitió.

—Exacto —una ligerísima sonrisa cruzó por su boca—. ¿Jill Trelawney?

—Miss Trelawney.

—Desde luego, miss Trelawney. De momento. Para el juez será Trelawney, sin agregados, y en la cárcel tendrá solo un número.

Fue algo extraordinario cómo un relámpago de odio pudo ser encendido y aventado hasta convertirlo en llama en un espacio de tiempo tan infinitamente pequeño. Un instante antes que hubiese aparecido en la ventanilla, Templar no era para ella sino un nombre. Nada más.

Ahora miraba a aquel hombre por entre una llamarada de cólera que la había puesto al rojo vivo en un instante. Antes de ese instante se había sentido francamente aburrida con los temores de Weald y de Budd. Se había desembarazado de ellos con dureza. «Si vais a ser más felices haciendo con él un arreglo...» Se lo había dicho de forma completamente impersonal. Pero ahora...

Jill Trelawney sabía lo que era odiar. Había tres hombres a los que odiaba, en todo cuanto hacía y cada vez que respiraba. No habría creído que pudiera haber en su alma espacio para nuevos odios, pero este de ahora parecía dejar momentáneamente en la sombra a todos los demás.

Le estaba mirando fijamente, sin tener conciencia de nada ni de nadie, grabando en su memoria con líneas de fuego todos los rasgos de su aparición. Debía de ser de estatura más elevada que lo corriente, dedujo ella de la manera como metía su cabeza por la ventanilla; y sus hombros entraban con dificultad en la abertura, a pesar de que era ancha. Un filibustero alto y delgado, de cabellos y cejas negras, de piel bronceada, con un rostro increíblemente bien tallado y ojos azules profundos. La manera como aquellos ojos la miraban era en sí misma un insulto:

Dijo El Santo:

—Creo que usted estaba proponiendo hacer un arreglo conmigo. ¿Por qué no? Aquí me tiene, si me necesita.

Rompió el silencio sin dificultad...; la verdad era que cualquiera habría dicho que no había habido silencio.

Budd dijo poniéndose muy colorado:

—Si quieres que pelee, aquí estoy. ¿Comprendes?

—¡Espera un momento!

La muchacha detuvo a Budd poniéndole la mano en el brazo, al mismo tiempo que enredaba con la puerta. Y agregó cínicamente:

—Míster Templar tiene su «gente de servicio» al alcance de la voz. ¿Para qué buscarnos dificultades?

Los párpados de El Santo pestañearon imperceptiblemente.

—No tengo «gente de servicio». Hubo un tiempo en que tuve una cuadrilla, pero esta se murió. ¿No le dijeron acaso que trabajo solo?

La muchacha le contestó:

—Si me lo hubiesen contado, no lo habría creído. No parece usted hombre capaz de fanfarronear si no tiene a su espalda una docena de hombres armados.

El Santo se estremeció de regocijo mudo.

—Tiene usted razón. ¡Verdaderamente, estoy aterrado!

Los ojos burlones volvieron a mirar, primero a Budd, luego a Weald, y de nuevo a la muchacha. Aquella sonrisa enloquecedora pasó de nuevo por los labios finamente cortados, con un brillo de dientes perfectos.

—¿Son estos dos «doncellas de la señora»?

—¡Supóngase que sí! —dijo secamente la joven.

—¡Qué idea dramática!

Jill descubrió que los ojos de El Santo podían guardar algo que era más enfurecedor que la insolencia: una diversión complaciente. Un momento antes había tratado ella a Stephen Weald como a un muchacho revoltoso: ahora recibía ella misma ese tratamiento. Contestó con acento grave:

—Me alegro de que le agrade.

El Santo dijo alegremente.

—Usted no se alegra. Pero dejémoslo pasar. Vine para darle a usted algunos consejos.

—Muchas gracias.

—No hay de qué.

Apuntó con un dedo largo y moreno más allá de la joven, y le dijo:

—Ahí al lado hay una casa. No simule que no la conoce, porque me molestaría que me mintiese sin necesidad. Pertenece a Lord Essenden. Hágame caso a este consejo...: no vaya usted a ella.

—¿De verdad?

—Están dando en esa casa un magnífico baile —dijo El Santo sardónicamente—. Me molestaría que usted lo estropease. Toda la riqueza del país está congregada allí. Si usted hubiese podido ver las joyas...

Ella había abierto su bolso, y mostró en la mano una tira de cartón blanco, manteniéndola de manera que pudiese verla.

—Creo que esto servirá para que me admitan.

—Déjemelo ver.

Antes que ella se diese cuenta de lo que hacía, se la quitó de los dedos. Sin embargo, no dio la impresión de que se lo había arrebatado. E hizo observar:

—Es una falsificación muy buena, si es una falsificación. Aunque yo la creo a usted capaz de conseguir una invitación auténtica, Jill.

—Es completamente auténtica... ¡Y haga el favor de devolvérmela!

Simón Templar miró al morro de la pistola y pareció ver en él alguna cosa divertida.

La miró a los ojos con absoluta fijeza, rasgó con perfecta decisión la tarjeta en dieciséis pedacitos y los dejó caer por entre sus dedos al piso del auto:

—¡Tiene usted los nervios bien templados! —le dijo ella entre dientes.

Templar pareció tomar la sugerencia al pie de la letra.

—Nunca me han molestado. Pero esto no requiere tener nervios. En otra ocasión seré más cuidadoso. En esta no había tenido usted bastante tiempo para dar forma a su resolución de disparar. Se necesita una buena resolución para matar a su primer hombre a sangre fría. Pero cuando usted lo haya meditado bien... Sí, creo que la próxima vez tendré cuidado.

—¡Hará usted bien! —dijo furioso Weald.

El Santo se dio por enterado de su existencia.

—¿Me hablaba? —preguntó El Santo con su tonillo.

—Le decía que sería mejor que tuviese cuidado..., ¡la próxima vez!

—¿Eso fue lo que me habló? —dijo El Santo.

Desapareció de la ventanilla, pero muy pronto tuvieron que rechazar la ilusión de que se había marchado. Se abrió la puerta, y Simón Templar apareció, poniendo uno de sus pies sobre el estribo.

—¡Salga de este automóvil!

—¡Que me condene si lo hago!

—En cualquier caso, está usted condenado. ¡Salga!

Metió las manos, agarró a Weald por el cuello y lo sacó a la carretera con un rápido empujón.

—Stephen Weald, traficante de drogas, chantajista y estafador de confianza..., ¡esto para ti!

La mano de El Santo se proyectó hacia fuera, sujeta a una de las extremidades del lazo inmaculado de Weald, y dio un tirón... Semejante gesto de desprecio y desafío habría sido suficiente en cualquier momento; pero El Santo puso en el mismo una magnífica y segura insolencia que era preciso ver para creer. Weald pareció por un instante estupefacto. Luego se puso a dar puñetazos con ambas manos, y la boca lívida...

El Santo lo recogió del arroyo y volvió a tirarlo dentro del automóvil.

—¿Otro?

—Si usted quiere pelea —empezó a decir Budd, y nuevamente lo detuvo la mujer.

—No debes molestar a míster Templar —dijo burlonamente—, que es un hombre muy valeroso..., y que tiene su «piquete» esperándole más arriba, en la carretera.

El Santo levantó sus párpados, y protestó:

—¿Sigue usted con esa historia? ¿Cómo quiere que la convenza?

Ella le contestó:

—No se moleste en intentarlo. Pero, si usted lo desea, puede venir al noventa y siete de Belgrave Street, a las tres de la tarde, mañana, y allí estaremos.

El Santo sostuvo la mirada de ella unos momentos, y luego se marchó; pero volvió segundos más tarde otra vez, en el instante en que el arranque del auto runroneaba bajo su pie. Y díjola tranquilamente:

—A propósito, debo advertirle que recibirá una citación por haber permanecido aquí todo este tiempo con las luces apagadas. De verdad que lo siento.

Se situó al borde de la carretera y estuvo mirando los faros del auto hasta que se perdieron de vista... ¿Se reía? Quizá no. Pero sí que estaba divertido. Desde luego, en su tiempo se había hecho muchos enemigos y muchos amigos; pero no recordaba enemigo alguno hacia el que sintiese tanta amistad instintiva. Era asunto suyo..., asunto muy suyo..., el que se hubiese salido del camino para hacerse especialmente desagradable a ella. Simón Templar tenía sus propias extrañas ideas acerca de la penetración pacífica.

Pero la sonrisa que apareció en sus labios mientras estaba allí, solitario e invisible, a nadie habría sorprendido más que a Jill Trelawney, si la hubiese visto.

El Santo conservó en su memoria el vivo recuerdo de unos ojos leonados, ennegrecidos por la cólera; de una cabeza dorada, inclinada con expresión de desafío inimitable; de un rencor implacable que llameaba en un rostro encantador, nunca visto por él hasta entonces: el de Jill Trelawney. Podría haber sido una diosa escandinava, pálida y salvaje, cabalgando al frente de las Walkirias, con sus indómitos cabellos de oro al viento.

Pero la verdad era que cabalgaba delante de lo que, al sentido del humor de El Santo, placíale llamar las «doncellas de la señora»..., que resultaba, en su opinión, un sustitutivo muy práctico.

II

Unos cuatro o cinco meses antes se había filtrado por entre el bajo mundo la primera mención de los Angeles de Perdición. No era más que un rumor, una historia cuchicheada de boca a oreja, tal como las que el nada

romántico Departamento de Investigación Criminal sabe aceptar con muchos granos de sal. La imaginación del criminal tiende hacia los apodos; y «los Angeles de Perdición» era un ejemplo muy típico. Era también la cosa única y solitaria, relacionada con Jill Trelawney, adaptada a uno de los precedentes del crimen que conocían en New Scotland Yard.

Había un tal Ferdinand Dipper, muy conocido por la Policía bajo una variedad de nombres, que ganaba mucho dinero como bailarín. Aclaremos. Cierta número de damas valerosas, que estaban en la mitad de la edad, le pagaban por sus servicios de profesional una cantidad muy puesta en razón; más tarde se encontraron pagándole sumas razonables, a fin de que no hablase de las situaciones equívocas a las que habían sido llevadas con sus malas artes. Dipper era inteligente, y sus víctimas eran alocadas, y por eso tuvo la comunidad que soportarlo en silencio durante mucho tiempo; pero, cierto día, una mujer menos alocada que las demás se arrepintió de su desatino al día siguiente de haberle dado a Ferdinand un cheque a la vista por valor de dos mil libras; un detective le dio un golpecito en el hombro al poner su pie, en Dover, sobre la pasarela del *Maid of Thanet*. Viajaron juntos para Londres en el tren siguiente; pero el detective, que era un ser humano, aceptó un cigarrillo de una dama exóticamente hermosa que entró en su compartimiento a pedirle una cerilla. Un empleado del tren lo despertó en la estación Victoria, y una semana más tarde, Ferdinand le enviaba una tarjeta postal, con su amor, desde Algeciras. Los datos se filtraron hasta la dirección, a su tiempo, por los conductos tortuosos por los que llegan de ordinario esos informes.

«Los Angeles de Perdición», decía el informe.

Nunca se comete un crimen sin que todos los miembros del bajo mundo sepan concretamente quién lo cometió; pero la tarea del Departamento de Investigación Criminal no resulta más fácil porque seis fuentes distintas señalen a seis personas distintas como autores. En este caso, sin embargo, existía cierta suma de unanimidad; pero el C. I. D., que no había oído hablar nunca de los Angeles de Perdición, se encogió de hombros y se preguntó de qué manera se las habría arreglado Ferdinand para inventar aquella historia.

Tres semanas más tarde, George Gallón, bandido motorista, hirió a tiros en Regent Street mientras escapaba de un *raid* de «destrozo-y-echo-mano» a un policía, desapareciendo. Pero la Policía recibió ciertos informes de Gallón secretamente, y tres hombres armados marcharon con cautela a una casita en las parameras del Yorkshire, a fin de apoderarse de él mientras dormía. Al siguiente día llegó a Scotland Yard una carta firmada con el nombre de Los Angeles de Perdición, en la que se contaba una historia. Se envió gente en

busca de los tres hombres, y estos fueron encontrados y rescatados. Pero no se encontró a Gallón; y la historia que contaron los tres hombres de que la habitación en que lo encontraron debía de estar saturada de algún gas soporífero que no olía, hizo que los labios del comisario se torciesen. Y tampoco le hizo ninguna gracia que más tarde le escribiese Gallón desde alguna oscura república sudamericana para comunicarle que se encontraba perfectamente y que muchas gracias.

Transcurrieron más de tres meses, durante los cuales el nombre de Los Angeles de Perdición se hizo más amenazador a cada semana que pasaba, resultando que entre las fichas extensas, y bastante prosaicas y monótonas, de la oficina de registros de Scotland Yard llegó un legajo de un tipo completamente distinto de los demás. La tapa exterior estaba rotulada en forma bastante corriente, al igual que los restantes legajos, con un nombre sencillo. Ese nombre era el de Jill Trelawney. Sin embargo, en su interior encontrábase una sección que ocupaba casi trescientas páginas apretadamente escritas, bajo un subencabezamiento que no tenía nada de vulgar. A decir verdad, ese subencabezamiento había causado muchos dolores de cabeza al miembro del departamento de oficinas que tuvo que mecanografiarlo. También debió de turbarlo bastante al responsable de poner los índices a los registros, en el momento que tuvo que imprimirlo claramente en una de sus respetables cartulinas para fichas. Porque el subtítulo era el de «Los Angeles de Perdición», encabezamiento que debió de parecer en la oficina de registros más a propósito para incluirlo en una biblioteca de novelas sensacionales que en una colección de datos que se referían únicamente a hechos escuetos.

La entrada en escena de Simón Templar fue otro asunto..., aunque, a decir verdad, completamente sencillo. La verdad es que El Santo no pudo resistir nunca a una cosa así. Leyó en los escasos diarios que se tomaba el trabajo de ojear, las primeras hazañas de Los Angeles de Perdición, y se interesó en ellas. Más adelante, se enteró de nuevos hechos de Jill Trelawney, que le contó el mismo inspector jefe, Teal, y quedó más interesado aún. Llegó el día en que engatusó a Teal para que aceptase una invitación suya para almorzar, y una vez que el detective estuvo debidamente suavizado por un *menú* elegido con el instinto infalible de El Santo para el vivir espléndido, este último se dejó decir:

—A propósito, Claud Eustace, ¿recuerda usted que en una ocasión me invitó a que entrase en su Oficina Especial?

El inspector jefe Teal se quitó de la boca su cigarro de doce centímetros de largo y parpadeó..., receloso.

—Lo recuerdo —contestó.

—¿Y se acuerda de mi respuesta?

—Palabra por palabra no, pero...

—Me negué.

Teal asintió con la cabeza:

—He pensado, posteriormente, que quizá fue una de las mayores amabilidades que usted tuvo conmigo.

El Santo se sonrió:

—Pues bien, Claud Eustace, viejo okapi, quiero que haga usted una aspiración profunda y que no se salga de sus calcetines —murmuró.

El detective alzó la vista, preguntando:

—¿Quiere ponerme a prueba?

Simón asintió, y dijo:

—En estos últimos tiempos he sentido un apremio terrible hacia esa pequeña covacha suya del Embankment. Creo que yo nací, en efecto, para ser policía. Como azote de la impiedad, yo sería diez veces más mortífero si tuviese una posición oficial. Hay a mano en este momento un caso particular que solo espera que un individuo como yo le dé un papirotazo y le quite toda la maldad... Dígame Teal, ¿no le gustaría tratarme de «Sir»?

—Me molestaría —le contestó Teal.

Pero había en Scotland Yard quienes pensaban de distinta manera.

Hacía mucho tiempo que se había llegado a un acuerdo entre las cabezas de la tétrica organización de mata alegrías, cuya finalidad es el cortar los embotellamientos del tráfico, suprimir la vida disoluta y las amistosas francachelas, y quitar ánimos al noble deporte de calzar a la canalla en el *boko*, de que había que hacer algo con El Santo. El punto único acerca del cual no se había llegado hasta entonces a la unanimidad era el de qué había que hacer.

Tiempos hubo, para citar un comentario alegre, en que el inspector jefe Teal habría dado diez años de salario por tener el privilegio de llevar gentilmente a El Santo del brazo hasta la estación más próxima de Policía. También habrían dado un cierto número de caballeros del bajo mundo diez años de libertad por el placer de transportar a El Santo hasta lo alto de un horno de fundición, para tirarlo de un puntapié dado a traición, en la caldera. Hay lectura sobre estas cosas en otros volúmenes de las andanzas de El Santo. Pero, sea como sea, El Santo había continuado agradablemente su carrera de pirata, sin rasguño alguno, para rabia y terror del bajo mundo y para desesperación del inspector jefe Teal..., filibustero en los departamentos de

Savile Row, divertido, frío, elegante, con unos ojos azules condenados y con su sonrisa santa...

Y de pronto, se diría que de golpe, había terminado su tarea y había empezado su vida seria.

—El tumulto y los gritos mueren, los pecadores se van a un lado y los Santos a otro.

El Santo mismo lo había expuesto de esta hermosa manera. Todas las aventuras tienen su fin. Pero Jill Trelawney...

—Jill Trelawney es una cosa nueva —dijo El Santo de manera ensoñadora—. Le digo, Teal, que iba a tomarme las más largas vacaciones de mi vida. Pero, puesto que Jill Trelawney sigue suelta, y como el ramillete de ingenios minúsculos de pies planos no ha sido capaz de hacer nada...

Se permitió a El Santo, después de elaborar considerablemente su cuestión, decir eso mismo al comisario; pero esa entrevista fue más breve.

El jefe le dijo:

—Puede usted intentarlo. Existen algunas fotografías y su legajo. La hicimos venir la semana pasada, después de que Los Angeles hicieron fracasar la incursión relativa a las drogas de Harp...

—Y ella les salió con una coartada de casco metálico, que les habría permitido navegar en medio de un huracán del Pacífico —tarareó El Santo—. ¿Algo más?

—Échele el guante —chasqueó el jefe.

—Deme tres semanas —contestó El Santo arrastrando la voz lacónicamente.

Se salió de Scotland Yard haciendo gorgoritos con un verso de la comedia que era el éxito de la temporada..., un verso escrito por él mismo.

Yo

Soy el tío

Que mató a Capone...

Al pasar por delante del portero sobresaltado, cantó la última línea con un pase magnífico a falsete.

Y eso fue exactamente treinta y seis horas antes que se viese por vez primera con Jill Trelawney.

Y precisamente a las tres de la tarde, al día siguiente de haberla conocido, Simón Templar fue caminando por Belgrave Street, convertido sin discusión en el policía más asombrosamente inmaculado y elegante que jamás se paseó por dicha calle, fue recibido en el número noventa y siete, se le hizo subir por la escalera, y entró en el salón. Era, a la luz del día, más moreno, más

desenvuelto y más descarado que lo que había sido durante la noche, si eso era posible. Estaban allí Weald y Jill Trelawney.

—Buenas tardes —dijo El Santo.

Su voz cargó la fórmula convencional de infinita arrogancia burlona. Divertíale la cosa, con las maneras alegres habituales en él. Calculaba que las ideas enconadas de la noche y de la mañana no habrían mejorado el afecto de Jill hacia él, y eso le divertía.

—Hermoso día —dijo arrastrando las palabras.

La mujer le contestó:

—Difícilmente lo esperábamos a usted.

—Ahí se equivocó —contestó El Santo con soltura.

Tiró su sombrero a una silla y se volvió para mirar hacia la puerta, que acababa de cerrarse a espaldas suyas. Y dijo:

—No me gusta la clase de mayordomos que usted tiene. Creo que sabrá usted que Frederick Wells tiene una historia bastante excéntrica. ¿No tiene miedo de que desaparezca alguna vez con el servicio de plata?

—Wells es un criado excelente.

—¡Muy bien! ¿Y cómo está Sonrojos?

—Budd está fuera por el momento. Volverá en seguida.

—¡Otra vez, muy bien! —los ojos azules burlones absorbieron a Stephen Weald desde los pies para arriba—. ¿Y qué posición ocupa en esta casa esta rareza? ¿Dispensero?

Weald se mordió los labios y no dijo nada. Tenía un parche en cruz encima de la barbilla, tapando un corte, para recordarle que un hombre como Simón Templar es capaz de confundir la violencia física con una réplica abstracta. Stephen Weald se mostraba cauteloso.

—Míster Weald es amigo mío —dijo la muchacha—, y yo le quedaría agradecida de que se abstenga de insultarle dentro de mi casa.

El Santo contestó afablemente:

—Haré cualquier cosa por agradar. Le pido disculpas.

Y se las arregló para convertir en un nuevo insulto la disculpa.

La muchacha tuvo que echar mano de todos los recursos del control propio para conservar una calma exterior. Interiormente sintió que le hervía de nuevo toda la furia que El Santo había despertado en ella la noche anterior. Dijo, pues, con un tono tajante:

—Me pregunto Simón Templar, cómo es que hasta ahora no lo ha matado a usted nadie.

El Santo le contestó con suavidad:

—Pero lo han intentado. Aunque nunca han tenido éxito completo, ignoro por qué. Pero siempre tienen la esperanza.

Parecía gozar con aquel pensamiento. Veíase con toda claridad que su odiosidad no era una fórmula desdichada. Resultaba deliberadamente ofensiva. Había aportado la descortesía en todos sus aspectos a un arte hecho de finura, y vaciaba sus obras maestras con un entusiasmo seguro. Preguntó luego:

—¿Y cómo andan esta tarde Los Angeles?

Jill Trelawney movió con vaguedad su mano:

—Por aquí y por allá.

—Muy simpáticos... ¿Puedo sentarme?

—Creo que...

—Gracias —se sentó—. Pero no quisiera cortar sus pensamientos.

Jill cogió un cigarrillo de la caja que estaba próxima a ella y lo colocó en una larga boquilla de ámbar. Weald le proporcionó una cerilla. El Santo le dijo en tono de reproche:

—Se olvidó usted pedirme fuego a mí. ¿Qué se ha hecho de su educación, Jill?

Ella se volvió en su silla. El movimiento fue mucho más brusco de lo que se proponía, y le dijo:

—Si la Policía tiene que fastidiarme, yo habría agradecido que hubiesen tenido la consideración de enviarme a un caballero.

Simón le contestó.

—Lo siento. Nuestros caballeros están todos fuera, molestando a las señoras. El jefe creyó que yo sería lo suficiente para usted. Esto es hablar del pasado. Sin embargo, a mi regreso le comunicaré su queja.

—Si es que usted regresa.

El Santo le contestó:

—Esta misma tarde. La verdad es que no se molestaría el jefe, si usted me quitase este empleo. Mi especialidad son los criminales hombres, y el andar alrededor de muchachitas absurdas como usted es malgastar mis cualidades únicas como detective. Esto también es charla retrasada.

Desde el otro lado de la habitación, lanzó Weald este exabrupto:

—Jill, ¿por qué pierdes el tiempo?

El Santo le contestó:

—Porque la divierte. Cuando haya acabado de divertirse, ella no preguntará por qué pierdo yo mi tiempo aquí. ¿Dónde están sus habilidades? No caí por una trampa en el vestíbulo, no resulté electrocutado al tocar la

barandilla de la balaustrada, no salió disparado de la pared ningún artefacto mecánico ni me hirió en lo alto de la cabeza al pisar el escalón número trece, no recibí en mi camino escalera arriba un balazo disparado por un fusil de resorte.

—Santo...

—Claro está que su padre era inglés. ¿Se le contagió el acento de él o de los fonógrafos?

Simón Templar se divertía. No tuvo más remedio que llegar a la comprobación exasperada de que estaba jugando con ella, como si convirtiese aquel centro, para su propia satisfacción secreta, en un juego. Ella cedió a la menor señal de resentimiento, y él registró en su interior la ventaja de un punto, de manera tan inconfundible como si lo hubiera marcado con tiza en una pizarra. Dijo Simón:

—Dicho sea de paso, tiene usted que dejar de producir molestias a Essenden. El otro día vino a vernos, y estaba trastornado. Tenga presente que sus nervios no son tan fuertes como los míos. Por ejemplo, si usted lo asesinase, yo no podría prometerle que no sería usted molestada seriamente.

La joven le contestó con calma:

—Aún está por demostrarse que yo sea la responsable de cualquier sobresalto que haya sufrido Essenden.

El Santo contestó cómodamente:

—No creo que tarde mucho. Los fulleros suyos, aficionados, no son jamás muy inteligentes.

Jill Trelawney sacó del bolsillo un espejito y un lápiz de labios de estuche dorado, dedicándose despreocupada a dar forma a su boca.

—Templar, me dio usted su palabra de honor de que vendría esta tarde sin compañía.

—¡Imagínese! ¿Y se lo creyó usted?

—Estaba dispuesta a creerlo.

El Santo le contestó:

—Me asombra usted, hija mía.

Se levantó y marchó con pasos largos y precipitados hacia la ventana.

Desde allí, le hizo seña a ella de que se acercase, y miró a la calle desde detrás de las cortinas:

—Acérquese aquí.

Acercóse, después de una pausa, con fatigada languidez; pero no consiguió que él delatase la más ligera impaciencia.

—¡Mire allá!

Y le indicó, apuntando con un dedo retador:

—¿Ve usted y oye a aquel individuo que está tocando en el armonio «La rosa en capullo»? Está esperando que salga yo y que le diga que puede marcharse a casa. ¿Ve usted más allá a un hombre con el carrito de helados? Está a la mira. ¿Y al que vende los periódicos a este lado de la calle? Otro más de mi cuadrilla. Usted me hizo el favor de juzgar que yo tenía mi piquete, de modo que no tuve más remedio que hacerme con él. ¡En este momento hay diez de esos hombres rodeando esta manzana!

—Lo siento. Pensé que hasta su palabra de honor tenía algún precio. Pero desde este momento...

—Sabrá usted mejor cómo portarse la próxima vez, ¿no es cierto? —brillaron en sus ojos chispitas divertidas—. ¿Qué broma podía yo suponerme que usted me preparaba? ¿La de Budd, el Sonrojos, esperándome en el vestíbulo con un puñado de Angeles? ¿O la de usted, que oprimiría un botón que haría funcionar la puerta de trampa, la de la barandilla eléctrica de la balaustrada o el disparo mecánico del escalón número trece?

La joven se enfrentó con él, llameando sin el menor disimulo y transformada súbitamente en una magnífica tigresa:

—¡Santo..., se cree usted inteligente!

—Estoy condenadamente seguro de que lo soy —murmuró El Santo modestamente.

—De modo que piensa usted...

—Con frecuencia y muy brillantemente. Levanté de un puntapié la alfombra antes de pisarla, y descubrí el borde de la trampa. Recelo siempre de las barandillas de hierro de las balaustradas, en las escaleras interiores; el escalón trece cedió unos centímetros bajo mi peso, y por eso me agaché. Pero nada ocurrió. Tuvo usted la suerte de que los mecanismos no funcionaran..., en la realidad..., ¿no es cierto?

Resultaba asombroso pensar que la joven solo tenía veintidós años, de acuerdo con los registros oficiales. Simón Templar la trataba lo mismo que a una chica petulante, porque eso le agradaba. Pero en aquel instante se dio cuenta de que su cólera venía a ser una condición de persona mayor sin nada de infantil. El que tratase de conservar para sí mismo ese conocimiento, no le importaba a nadie.

—Nadie le impedirá que vuelva con sus hombres, Templar.

—Es lo que yo pensé.

Miró a su reloj.

—Me esperan dentro de otros cinco minutos. Vine tan solo porque no deseaba desilusionarla..., y porque creía que pudiera tener algo interesante que decirme.

—Nada más tengo que... *decirle*.

—Pero sí que tiene una cantidad enorme de cosas que hacer, ¿no es cierto?

—Es posible.

Su extraordinaria sonrisa burlona descubrió de nuevo sus dientes, haciendo que murmurase suavemente:

—¿Por qué no habría de poder escuchar su padre cómo caen esas dulces palabras de su boca?

—No meta usted para nada a mi padre...

—Le gustaría que lo hiciese, ¿verdad? Pero no lo conseguirá.

Apareció en sus ojos una dureza renovada e injusta:

—Mi padre fue acusado injustamente —dijo ella en voz baja.

—Hubo una investigación en toda regla. Un comisario ayudante de Policía no cae en desgracia por nada. En todo caso, ¿es eso una excusa para lo que está usted haciendo?

—Lo hago porque me da gusto.

Su voz tenía un acento tal de pasión que convirtió en un oyente sensato a un hombre como Simón Templar, Ella no se había doblegado ante su mirada jactanciosa y sardónica, y en ese momento le hizo frente más desafiadora que nunca. Y prosiguió en voz baja y apasionada:

—La triste sorpresa lo mató. Usted sabe que solo pudo ser eso. Y murió negando la acusación...

—¿Y por eso cree usted que hace bien tomándose venganza en su nombre contra el Departamento?

—Lo condenaron por algo que él no hizo nunca.

Y el fango me salpica también a mí, un año después de su muerte. Por eso yo les daré algo que les haga condenarme con razón.

El Santo le miró a la cara.

—¿Y qué me dice de ese muchacho que está al otro lado, en los Estados Unidos? —le preguntó tranquilamente, y vio que ella se sobresaltaba.

—¿Qué sabe usted de él? —le preguntó la joven.

El Santo se encogió de hombros, y le contestó:

—Me sorprende la cantidad de cosas de que estoy enterado. Quizá podamos volver otro día a hablar algo más acerca de este tema..., Jill. Otro

día, cuando Los Angeles de Perdición se hayan dejado crecer las colas, y usted se haya olvidado de todas esas tonterías.

El Santo sostuvo firmemente la mirada de los ojos de Jill durante unos momentos de silencio..., de sus ojos leonados que, lo sabía por su propio instinto, estaban pidiendo unas cosas tan gentiles como la dulzura que traicionaron por un momento. Pero en el instante siguiente murió de nuevo en ellos esa dulzura, revistiéndose otra vez de su frialdad atezada. Tuvo una ligera risa, y dijo:

—Me volveré atrás cuando la pizarra esté limpia.

Por eso El Santo volvió a deslizarse con ligereza en el papel que había decidido representar, y dijo con dulzura:

—Ha equivocado usted su educación. Debiera estar escribiendo narraciones detectivescas. ¡La venganza..., y Los Angeles de Perdición!... ¡Una broma!

Se dio media vuelta con sus maneras suaves y comprensivas, y recogió su sombrero de la silla. Pareció que Weald estaba a punto de decir algo, pero se contuvo al tropezar con la mirada súbita, directa e interrogante de El Santo. Simón volvió a mirar a la muchacha, y dijo:

—Me marcho. Volveremos a encontrarnos muy pronto. He prometido echarle la mano en tres semanas, y se han pasado ya dos días y medio. Pero ¡no se apure, que la pescaré!

—No me apuro, Templar. Y la próxima vez que me dé su palabra de honor...

Simón le dio este consejo:

—Recele de todo lo que yo le diga. Tengo momentos en que soy extremadamente astuto, como usted podrá comprobarlo. Buenas tardes, mujercita.

Salió, dejando la puerta abierta, y caminó escalera abajo. Vio que Budd, el Sonrojos, estaba en el vestíbulo acompañado de seis hombres alineados impasiblemente a sus espaldas; pero habría sido necesario en cualquier momento una cantidad mayor para conseguir que Simón Templar vacilase al caminar.

La mujer les habló desde lo alto de la escalera:

—Sonrojos, míster Templar se retira. Sus hombres le esperan fuera de la casa.

El Santo le dijo a Sonrojos:

—Mala suerte para ti, ¿verdad, Sonrojos? Caminó derecho hacia la puerta, y la guardia permaneció a un lado sin decirle palabra al pasar. Únicamente

Budd se quedó en el sitio que ocupaba, y Simón se detuvo delante de él.

—¿Qué..., me cortas el paso, Sonrojos?

Budd lo miró medio cerrando los ojos brillantes. Ambos eran de la misma estatura, aunque Budd habría sido algunos centímetros más alto, si hubiese enderezado su espalda, ancha y encogida. Colgábanle a ambos lados con flojedad sus largos brazos, y tenía cerrados los puños al extremo de los mismos.

—No, no estoy interponiéndome en su camino. Pero no tardaré en ir a encontrarlo de nuevo, Templar... ¿Ha comprendido?

—Ven cuando quieras.

La mano de El Santo se plantó en medio del pecho de Budd y lo apartó de su camino, haciéndole perder el equilibrio. Y Simón Templar salió por la puerta.

Unos pasos más allá se detuvo en la calle y colocó media corona encima del armonio, preguntándole:

—¿Conoces una canción que se titula «Un Adiós»?

—Sí, señor —le contestó el de las serenatas.

—Tócala por mí —dijo El Santo—. Pero suprime el verso del medio al cantarla.

En cuanto oyó cómo la máquina gemía los compases de introducción, echó a caminar hacia la carretera del Buckingham Palace. Vigilaban su marcha unos ojos vengadores desde la ventana del salón. Weald lloriqueó:

—Le has dejado marchar sin obstáculos. Lo teníamos en nuestras manos...

La joven le contestó secamente:

—¡No seas imbécil! El vino únicamente para ver si podía tentarnos a que cometiésemos cualquier locura. De haberla comido, nos habría llevado a la muerte. Por eso le pedí que viniese, a fin de saber algo más acerca de él, para saber a qué atenerme en adelante. Es un...

—¿Qué está cantando ese bestia del órgano?

Escucharon. La letra de aquella ejecución que nada tenía de melodiosa les llegó a los oídos con toda claridad. El trovador, sobresaltado por la magnitud de la generosidad de El Santo, ponía su corazón en la música.

—Vi que Templar le hablaba...

—¡Cállate, estúpido!

Resonó el timbre del teléfono.

—Atiéndelo tú, Weald... No, dámelo a mí.

Le quitó de las manos el auricular. No tuvo necesidad de adivinar quien era el propietario de la voz suave y cariñosa que le llegó por el alambre.

—*Hallô!*

—Sí; ¿míster Templar?

—Por favor, no permita que Los Angeles molesten al inocente caballero de voz criminal. A mí no me conoce desde los tiempos de Adán, y es probable que nunca me conozca. Ya le advertí que yo tenía momentos de astucia extremada, ¿no es cierto?

Colgó el auricular muy pensativa, no dándose por aludida con el chisporroteo de preguntas de Weald.

El músico de la calle, que era hombre inspirado, repetía el último verso de la canción con un fervor creciente..., quizá para consolarse de verse privado de cantar el de en medio.

La joven permaneció junto a la ventana, y algo parecido a una sonrisa surgió en sus labios.

—¡Es un humorista! —exclamó.

Un instante más tarde, la sonrisa había desaparecido, y dijo con suavidad:

—Segundo asalto para Simón Templar. ¡Ahora creo que de verdad empezamos!

2

DE COMO SIMÓN TEMPLAR FUE MOLESTADO, Y DE LAS NUEVAS CHIRIGOTAS QUE HUBO EN BELGRAVE STREET

I

Si hubiese sido posible disponer un mapa de las ocupaciones de Los Angeles de Perdición, nos haría ver que durante las dieciocho horas que siguieron a la marcha de Simón Templar de la casa de Belgrave Street, tuvo lugar una destacada concentración de interés en la región de Upper Berkeley Mews, en la que El Santo había convertido un par de garajes, con las habitaciones de encima, en una fortaleza de lo más ingeniosamente confortable de Londres. Y, al igual que otras concentraciones de Los Angeles de Perdición, pareció que había sido ejecutada sin perspectivas de beneficio inmediato, a costa de un trabajo considerable y de mucho gasto.

Podría apuntarse la idea de que Mayfair ocupaba una situación excéntrica para ser el hogar de un policía; pero Simón Templar daba gracias a Dios por no ser un auténtico policía. En realidad, debía de ser la clase más sorprendente de policía de cuantos afirmaron haber estado unidos con Scotland Yard. Indiscutiblemente, estaba unido a ella, pudiendo exigir los saludos oficiales de algunos hombres que se habrían jugado las orejas por arrestarlo.

—Así fue como cayeron los poderosos, y perecieron los instrumentos de las somantas —según le dijo a Teal durante otro almuerzo, animado de una especie de malvada ansiedad.

El detective suspiró, y se guardó para sí sus recelos.

El Santo, bajo su nuevo disfraz de ciudadano respetable, parecía demasiado bueno para ser auténtico..., demasiado bueno con mucho... Teal

tenía un sentimiento desasosegado de que ningún mal hombre, que se hubiese reformado de súbito, se habría hecho tan terminantemente mojigato. Todo cuanto antes había visto de El Santo, todo cuanto había sabido acerca de él, hacían que el inspector jefe Teal tuviese la sensación de estar viendo bailar a un elefante, al son de una gaita, encima de un delgado cimborrio de cristal, en presencia de tan inexplicable virtud. De esta manera, montañosa y bovina, contemplaba el inspector Teal a El Santo, cuando imponía la Ley por medios estrictamente legales, y se preguntaba...

No es que la confusión de nadie hubiese molestado en absoluto a Simón Templar. Si se le hubiese ocurrido pensar en ello, le habría divertido de una manera endiablada, dentro de su manera de ser, satisfecha y serena. Llevaba adelante su vida y la tarea que se había impuesto con una despreocupación sublime hacia los sentimientos y opiniones del mundo que lo rodeaba, pareciendo preocuparse únicamente de la falta de un número adecuado de víctimas para su exagerado sentido del humor.

Una cosa, sin embargo, era capaz de perturbar su tranquilidad; el que se interpusiesen las molestias de sus ocupaciones en las horas que él se había reservado para descanso o para recreo. El día después de su visita a Belgrave Street, por ejemplo, cuando se encontraba sentado en la cama, felizmente ocupado en pulir las primeras líneas de una nueva canción que trataba de los fallos de la última lista de honores, una bala se le metió por la ventana que tenía detrás y arrancó un trozo de su cielo raso, que estaba en perfecto estado. Eso le molestó decididamente.

Se levantó de la cama suspirando y se echó encima un batín. Le bastó con echar un vistazo a la rotura de forma de estrella de la ventana, y a la cicatriz del revoco, para convencerse de que el disparo se había hecho con un ángulo muy amplio. El Santo volvió a suspirar. Quizá se había equivocado en su propia estimación. Algo había que le molestaba por haber sido interrumpido después de las horas de trabajo..., y era el que lo tomasen por un estúpido.

Echó un vistazo por su habitación, y eligió un *pickelhaube*..., reliquia de una manera de hacer la guerra más formidable. Luego apagó la luz. Volviendo a la ventana, se arrodilló de manera que quedaba por debajo del nivel de la parte inferior de aquella, y levantó el marco inferior. A un lado de esta abertura extendió el *pickelhaube*, asegurándolo en la parte posterior de una silla, que colocó en posición con el pie, y esperó con benigno interés lo que iba a ocurrir.

El lugar de retiro estaba desierto, y no se veían en aquel instante transeúntes por la entrada de Berkeley Square, pero pudo distinguir el

volumen de un gran auto, aparcado en el callejón sin salida de su mismo retiro; el segundo disparo que partió del mismo fue a dar con exactitud en el *pickelhaube* levantando un sonido semejante al de un *gong* apagado.

Ninguno de los dos disparos del exterior había venido acompañado de eco, pero Simón Templar, que había adquirido el derecho a meter todo el ruido que le pareciese bien, había dejado de ser un hombre de aficiones calladas. Descargó su automática sin recato, y le volvió a meter un nuevo cargador mientras corría escalera abajo.

Su criado le salió al encuentro en el vestíbulo.

—Cuenta diez, y luego abres la puerta delantera, pero tumbate en el suelo cuando lo hagas.

Esa fue la orden que le dio El Santo, y desapareció en el cuarto de estar sin explicarle de qué manera había de llevar a cabo aquella hazaña de contorsionismo.

Estaba retirando las cortinas de la ventana cuando la puerta empezó a abrirse.

Ningún miedo le daba el hombre que la estaba abriendo. Orace tenía tan pocas moscas, que ni un miope habría tenido excusa para confundirlo con una mula chilena. Tampoco despertaba en él ningún temor el ágil pistolero que le molestaba aquella noche. O bien el coche era de tipo corriente, en cuyo caso el pistolero debía de tener alas, si es que Simón Templar había aprendido en su vida alguna lección acerca del arte de disparar contra los automóviles; o era un auto extraordinario, forrado todo él con media pulgada de chapa de acero niquelado, en cuyo caso era probable que el pistolero no dispusiese de alas. Tanto en un caso como en otro, si llegaba la hora de combatir...

—¡Vaya una broma! —murmuró El Santo, y bajó nuevamente con rapidez su cabeza.

Estaba dispuesto a que le disparasen con pistolas ordinarias, y a afrontar su fuego en cualquier momento. No era que se jactase especialmente de pistolas, pero calculaba que podía tenérselas tiesas a cualquiera, en muchas clases de cachivaches corrientes. Pero había otra clase de pistolas, antes de fajarse con las cuales Simón Templar siempre respiraba profundamente y recitaba con rapidez el verso del himno que contiene una mención pidiendo a Dios que nos proteja del huracán tormentoso. Sin duda que era una pistola de esa clase la que descargaba una granizada horizontal de plomo, suficientemente cerrada en su dirección, para resultarle apreciablemente poco grata.

Respirando profundamente, y dejando para fecha posterior el recitar el himno, Simón levantó de nuevo la cabeza. Al hacer eso, cesaron de disparar, el auto tomó velocidad dando un empujón y giró en redondo, metiéndose por el vacío de Berkeley Square.

El Santo, que estaba en la esquina, trató de enviar una bala a uno de los neumáticos que huían, en el momento en que el auto se metía por Mount Street, pero fue vivamente detenido.

—No trate de ser un estúpido mayor que lo que es —gruñó El Santo; y el vigilante de calle, que lo reconoció, lo soltó, balbuciendo una disculpa.

—Era un auto, señor...

El Santo contestó, simulando asombro:

—Me deja usted atónito. Lo tomé por una pareja de camellos de carreras. Anote el número en su cuaderno.

El vigilante obedeció, y Simón se encogió de hombros y regresó a su casa por entre la multitud boquiabierta.

Encontró a Orace tocándose la oreja con un pañuelo manchado de sangre. ¿Herido?

—No señor..., nada más que una brizna de madera. Disparaban muy bajo.

—Duele más si le pegan a uno en el estómago —contestó enigmáticamente, y subió escalera arriba.

No era asunto de Simón Templar el perseguir al auto desde el que habían disparado con una pistola ametralladora. Podían llevarlo adelante de manera igualmente eficaz los elementos regulares de la Policía..., o de manera tan ineficaz, porque era seguro que habrían cambiado las chapas de matrícula. Pero aquello hizo pensar a El Santo.

Sin embargo, Simón no mostró señales de estar afectado, cuando el comisario ayudante lo llamó más tarde para que le contase la historia.

—Fue, desde luego, idea de Budd, que hizo ese servicio en Chicago. Pero no tienen novedad para mí las pistolas ametralladoras en las calles de Londres... Las he probado antes de ahora. La molestia está en que esta clase de ataque no tiene una condenada originalidad.

—Por lo visto, lo toman a usted por un tipo importante.

El Santo reconoció con inocencia:

—Existe, desde luego, cierta prevención personal contra mí. Yo esperaba alguna demostración... Ayer volví a hablar con Jill Trelawney... ¿Un cigarrillo?

—Gracias.

El comisario cogió uno. Era un hombre de pelo gris y de facciones duras que había subido desde la base misma, y que tenía toda la brusquedad taciturna de los hombres que han llegado en la vida únicamente por su devoción incansable a la ambición de subir.

—¿Qué impresión le produjo?

El Santo le contestó perversamente:

—Ninguna. Creo, sin embargo, que me la habría producido, de no ser por la baja astucia que empleó para escapar de mí. Es una dulce muchacha.

El comisario se mostró irónicamente de acuerdo:

—Encantadora. ¡Qué gentil! ¡Qué maneras tan cariñosas!

—¿La ha tratado usted?

—No. Conocí, desde luego, a su padre.

Simón hizo una mueca y murmuró:

—No me hizo ninguna concesión amistosa. Pero claro está que se hallaba poseída contra mí de algún prejuicio. Cuénteme de nuevo su historia..., desde dentro.

Cullis se arrellanó en su asiento, y dijo:

—Contada desde dentro, resulta que Trelawney juró a lo largo de las investigaciones hechas que todo era amañado. Desde luego, que esto no es contárselo desde dentro, porque eso fue lo que manifestó en la investigación. En fin de cuentas, era la única defensa que tenía. Se le sorprendió tan con las manos en la masa, que nadie pensó que tuviese otro recurso de confesarse culpable.

—Cuénteme la historia.

—Los proyectos de la Policía rezumaban al exterior; sus incursiones fracasaban siempre. Algo había que hacer. El comisario jefe se atrevió a cargarme a mí y a otro superintendente con el riesgo de investigar..., éramos los que teníamos más largos registros de servicios..., y lo dispuso todo para que realizásemos un *raid* por sorpresa un jueves por la noche. El jueves por la mañana dejó correr la voz por la Yard de que la incursión tendría lugar el sábado. Llevamos a cabo el *raid* sin armar barullo el jueves, y echamos mano a una cuadrilla que se nos había escapado ya dos veces, y los guardamos a todos en las dependencias policíacas. Incluso a los hombres que habían realizado la incursión. Se supuso que ellos estaban de permiso. No había, pues, en la Yard, fuera del jefe, nadie que supiese que la incursión se había realizado ya. Colocamos a un individuo en el teléfono, y a otro en el buzón de correos de la partida. Primer correo del viernes por la mañana. Una carta, que llega, con una sola palabra escrita a máquina: *Sábado*. Era un papel oficial

que tenía cortado el encabezamiento, que los técnicos pusieron bajo el microscopio y que lo identificaron como escrito en la máquina del despacho de Trelawney.

—Una máquina que pudiera haber sido empleada por cualquiera.

—Llevaba el sello de correos de Windsor. Trelawney marchó a Windsor para hacer una consulta el jueves por la tarde..., y marchó solo.

El Santo dijo:

—Prueba endeble. Pudo haberla echado al correo otro individuo.

Cullis asintió con un gesto.

—Ya sé que eso no demostraba nada por sí mismo. Pero era una clave. Nadie vio la carta fuera del jefe y yo. Nosotros mismos vigilamos a Trelawney. Por aquellos días perseguíamos a Waldstein. Era siempre un individuo resbaladizo, y calculamos que, en aquel entonces, hacía que desapareciese por término medio una muchacha por semana, gracias a la Agencia Pan-European Concert, que resultaba ser una de sus más provechosas encarnaciones. Pero era muy inteligente, nunca se presentó en persona y jamás tuvimos una sola línea de pruebas. Entonces tuve yo una idea inspirada. Le sugerí al jefe que llamase a Trelawney y le contase la historia de que uno de los hombres de Waldstein se había ido de la lengua. El jefe comprendió el asunto y se mostró conforme. Lo refirió a Trelawney, como cualquier asunto que le viniese en gana. Waldstein estaba en París, y el jefe le dijo que la Sureté había tomado medidas para que le interceptasen cualquier carta, telegrama, y llamadas telefónicas, de manera que nadie pudiera advertirle, y que uno de nuestros hombres iba a marchar a detenerlo a la mañana siguiente. Y a la mañana siguiente, muy ágil y muy temprano, Trelawney contrató un aeroplano especial y salió para París.

—¡No me diga!

—Así lo hizo. El jefe y ya, que estábanlos esperando precisamente eso, lo perseguimos en otro aeroplano más rápido, y le seguimos la pista desde Le Bourget al hotel de Waldstein. Entonces, en el momento en que preguntaba en el *office* por Waldstein, el jefe le dio un golpecito en el hombro.

—¿Y qué pasó?

—Contó una historia conveniente. ¡Válgame Dios! ¡Jamás he visto a un hombre que tuviese tal nervio! Cuando nos vio al jefe y a mí, no hizo sino parpadear un poco, pero desde allí en adelante se mantuvo impasible. Pasamos a una habitación particular, y el jefe le dijo que se había terminado el juego.

—«¿Qué juego?» —le preguntó Trelawney.

—«¿Qué está usted haciendo aquí?» —le preguntó el jefe.

—«Lo que usted me dijo» —le contestó Trelawney.

—«Yo no le dije jamás que viniese» —le dijo el jefe.

—El jefe afirmó que Trelawney se puso entonces un poco pálido, pero yo no lo advertí, En todo caso, la historia que refirió Trelawney afirma que el jefe le llamó aquella mañana temprano y le ordenó que se trasladase a París y que se cuidase él mismo del asunto Waldstein, porque había algunas dificultades con la Policía francesa, y que era probable que Waldstein se largase mientras discutían. Le preguntamos por qué razón no había empezado por presentarse en el quai d'Orsay, a fin de mostrar sus documentos, y contestó que el jefe le había dicho que echase, en primer lugar, mano a Waldstein y que luego discutiese.

—¿Y después?

Cullis se encogió de hombros.

—Ahí se acabó todo.

El Santo dijo:

—No veo la cosa. Si Trelawney era culpable, ¿cómo iba a contarle esa historia al hombre mismo que sabía que no era verdad?

El comisario ayudante le contestó:

—¡Un golpe de vista! Pensó en la posibilidad de ser descubierto y tuvo lista su defensa... ¡Todo era amañado! No podía alegar una historia mejor. Preparó el terreno para cuando abriésemos su caja fuerte; porque nosotros encontramos, entre otras cosas, billetes de banco cuya pista llevaba hasta Waldstein.

—¿Qué explicación dio de ellos?

—No pudo dar ninguna.

—¿Y después?

—El jefe resolvió no convertir aquel asunto en un escándalo público, En primer lugar, habría sido difícil conseguir una condena, incluso con esas pruebas, porque no logramos meter en el asunto a Waldstein, A los ojos del mundo ignorante, Waldstein era un ciudadano completamente respetable, y sigue siéndolo hoy mismo. No había, pues, ninguna razón para que no le diese a Trelawney dinero. Además, a Trelawney se le exigió la dimisión, y falleció un mes después. No me agrada pensar en el papel que yo representé... No me agrada pensar que yo resulté indirectamente responsable, aun en el caso de que él fuese un chanchullero.

Simón alcanzó un cenicero y dijo:

—Y, sin embargo, parece bastante casualidad. ¿Por qué razón iba a ser Waldstein el cebo indicado? ¿Y por qué razón Trelawney fue a caer con tanta facilidad en la trampa?

Cullis volvió a encogerse de hombros:

—Waldstein era la clase de hombre que pudo haber sido el cebo indicado. Tomamos esa posibilidad. Si hubiese fracasado, habríamos tenido que pensar en otra cosa. Pero si Waldstein era el cebo conveniente, Trelawney no tenía más remedio que meterse en la trampa. Si un hombre toma dádivas, no puede abandonar a sus clientes; si los abandona, ellos pueden chivatear. El que Waldstein estuviese en París colocó a Trelawney en situación apurada, pero no tenía más remedio que cargar con su responsabilidad. Él ignoraba lo que se jugaba en ello. Ordinariamente, él habría salido fácilmente del apuro. Pero no sabía que hubiese una especie de prueba en contra suya; ignoraba que se le estaba siguiendo; y no habría podido adivinar que hubiese un recelo suficiente para hacer abrir su caja fuerte.

—¿Tenía algunos enemigos especiales?

—No más de los que suele tener un policía corriente, de los de éxito.

—¿No recuerda usted haberle oído mencionar algún nombre?

Cullis se atusó el bigote gris:

—¡Válgame Dios! ¡No lo recuerdo!

—¿Nadie que se llamase..., Essenden?

Fue un disparo hecho al buen tuntún, pero que agregó dos arrugas adicionales en la frente marcada del comisario.

—¿Qué le ha obligado a sacar ese apellido? —preguntó.

El Santo le dijo:

—Absolutamente nada. Cayó del cielo, como podría haber caído cualquier otro. Pero cuando conocí a Jill esta iba camino de la casa de Essenden, y esa es la primera vez que Los Angeles han sido vistos *antes* de una detención. ¿Me comprende?

—Seguramente que estaban allí para cubrir a Dyson. Es razonable que ellos hayan preferido evitar que un hombre sea arrestado, a ponerlo en libertad después de detenido.

Simón asintió.

—Lo sé. Sin embargo, sigo manteniendo abierto el cerebro.

Siguió en comunión con su cerebro durante algún tiempo, después de retirarse el comisario... y se acostó con la inteligencia aún más abierta que antes, si eso era posible.

Es posible que sir Francis Trelawney hubiese sido víctima de un amaño. Es posible que no lo fuese. De haber sido amañado, era preciso reconocer que lo fue de una manera brillante. Y si no lo hubiese sido... Era completamente natural que una muchacha como Jill Trelawney, tal como él la consideraba, se negase a creerlo. Y, ya se mirase el asunto desde el punto de vista de un ciudadano obediente a las leyes, o desde el de un policía incipiente, los derechos y las injusticias cometidas con Trelawney no alteraban los derechos y los errores de Jill.

Durante los últimos cinco meses habían sido arrancados una docena de presos valiosos de los brazos mismos de la ley, por largos que estos fuesen considerados tradicionalmente; y en todos esos casos, la manera que se había tenido de rescatarlos delataba un conocimiento tan acabado de los métodos y de la rutina policíaca, que parecía en ocasiones necesaria una reorganización completa del sistema del Departamento de Investigación Criminal, como única alternativa posible de una rendición impotente. Y esto coincidía, como ocurre en estas cosas, con una de esas olas de impopularidad de la Policía y de crítica histérica de los periódicos que amargan y envejecen antes de tiempo a los comisarios y superintendentes.

Era evidente que así no se podía continuar. Lo decían los diarios, y, por consiguiente, tenía que ser así. Y El Santo se daba cuenta, con entera tranquilidad y satisfacción, de que, siguiendo el modo a que él había recurrido para hacerse ciudadano sumiso a las leyes, o bien Los Angeles de Perdición, o bien Simón Templar, tenían que llegar a un final súbito y pegajoso.

El Santo, comprendiendo por completo este hecho destacado, se bebió su café negro a la mañana siguiente, y envió su botella de leche desde la puerta de calle a un analista. Tuvo su informe para la hora del almuerzo. Y dijo a Cullis:

—Estoy, por lo menos, recogiendo datos para una acusación contra Los Angeles de Perdición.

—¡Como no había antes nada contra ellos! —asintió con sarcasmo el comisario.

Simón movió su cabeza:

—No había nada, se lo digo yo. Asaltar a la Policía, obstruir a la Policía... A pesar de todo, tan solo habría usted podido acusarlos de faltas menores. Pero el intento de asesinato...

—Ni siquiera un asesinato cumplido —dijo Cullis alegremente.

II

El «Eскурridizo» Dyson se había ido de la lengua. Simón Templar tuvo que reconocer que aquella feliz ganga le había permitido pisar con mucha rapidez la cola de Los Angeles de Perdición. El Escurridizo fue detenido una noche por sospechas de vagancia, y, al registrársele, se le encontró sobre su persona una cartera de cuero conteniendo herramientas que, dentro del alcance de la ley, fueron consideradas como dispuestas para el asalto por la violencia a alguna casa. Simón se encontraba en aquel momento en la comisaría de Marlborough Street, y fue testigo del descubrimiento.

Dijo el Escurridizo:

—Estaba esperando a un amigo. Es la pura verdad.

El inspector le dijo gravemente:

—Puede que sea la pura verdad... Pero es una verdad que la dejaste atrás hace años.

Poco después de haber sido encerrado, el Escurridizo pidió hablar nuevamente con el inspector, y este juzgó que lo que iba a chivatear era lo bastante prometedor para hacer que viniese a escucharlo Teal. Y Teal envió en su nombre a El Santo.

El Escurridizo les dijo:

—Les aseguré que estaba esperando a un amigo, y eso es el evangelio. Pero si ustedes me hubiesen echado el guante mañana... La verdad es que iba a echar un vistazo a la reunión de lord Essenden. Me dieron el chivatazo Los Angeles. Encontrarán ustedes la carta en mi habitación..., la coloqué dentro de la Biblia, en el estante que tengo sobre la cama. Me decían que podía tomar lo que gustase, de la manera que yo quisiese, y que ellos se cuidarían de que tuviese libre la huida. Pues bien: ustedes no me han dicho por qué razón estoy aquí, pero yo lo sé. Alguien se ha ido de la lengua. No sé por qué razón podían desear meterme en el *saco*, pero ellos han dado el chivatazo... Y yo les agradecería como un favor que me digan ustedes quién ha sido el chivato.

El Santo le contestó con la verdad:

—Yo no lo sé. Quizá usted habla en sueños.

Encontraron la carta, según había dicho el Escurridizo, y era breve y daba los detalles.

Actuando sobre esa pista, El Santo marchó a la casa de lord Essenden, sin saberlo este, y allí fue donde se encontró a Jill Trelawney, Stephen Weald y Budd, el Sonrojos. Ya sabemos lo que siguió.

Después de las bromas de la pistola ametralladora y de la botella de la leche, El Santo vio de nuevo el Ecurridizo Dyson, y pudo dar a aquel individuo, que estaba intrigado, algunos informes sin importancia. Y le dijo:

—No hubo chivatazo. Este informe mío es oficial. Fue nada más que tu mala suerte, Ecurridizo.

Dyson se rascó la cabeza.

—Se lo creo, míster Templar. Fue, en efecto, mi mala suerte. Pero ¿usted recuerda el chivatazo mío?

—Te encarcelaron para una semana, ¿no es cierto?

—Así es, míster Templar.

—Si te dejamos en libertad, ¿tomarás un empleo?

—¿Qué clase de empleo? —preguntó receloso el Ecurridizo.

El Santo lo tranquilizó:

—¡No será trabajo! No se me ocurriría a mí pedirte semejante cosa.

El Ecurridizo se tranquilizó.

—Estoy dispuesto a oír hablar del asunto.

—¿Cuánto exiges porque te empavonen un ojo?

El Ecurridizo se le quedó mirando muy fijo:

—¿Cómo ha dicho, míster Templar?

—Ya me oíste.

El individuo miró a un lado y a otro y dejó escapar una risita.

—¿Cómo dijo?

—No te pido que imites a una gallina Wyandotte tísica, poniendo un huevo —le dijo con mucha paciencia El Santo—. Te pregunté cuánto exigías por un ojo empavonado.

—¿Quiere usted empavonarme un ojo, míster Templar?

—Muchísimo, de verdad.

—¿Por qué?

—Por cinco libras.

—¿Y después de eso, qué?

—¿Sabes tú cómo establecer contacto con Los Angeles?

El Ecurridizo hizo un signo negativo, y El Santo le dijo:

—No te importe. Ellos ya se enterarán si tú lo exhibes y hablas mucho acerca de cómo yo te lo empavoné..., sin decir nada de las cinco libras. Cuéntale a la gente que yo te di una paliza y que traté de hacerte hablar de Los Angeles, y agrega que un día te pondrás a mano conmigo. Los Angeles no me tienen simpatía, y se alegrarán de encontrar a un hombre que me odia

tanto como tú vas a odiarme. Si tenemos suerte, te verás alistado en la cuadrilla en menos que canta un gallo. Y entonces tú me informas.

El Escurridizo dijo:

—Es decir, que usted quiere que yo sea su nariz.

—Eso mismo.

Dyson suspiró, y dijo solemnemente:

—Nunca fui nariz de nadie. No, míster Templar, eso no puede hacerse.

El Santo le contestó resueltamente:

—Te pagaré veinte libras, una sobre otra, por cada noticia auténtica que me envíes de lo que preparan Los Angeles, y cómo van a hacerlo.

El Escurridizo cerró sus ojos santurronamente, y dijo:

—Mi conciencia no me permitiría hacer una cosa como esa, míster Templar.

El Santo le dijo persuasivamente:

—Recuerda que hoy mismo pudiera hacerte condenar a seis meses de trabajos forzados.

Dyson parpadeó y dijo con tristeza:

—Si no fuese por cuestión de principios, míster Templar, sería muy feliz sirviéndole.

Cuando comprobó que El Santo no tenía intención de elevar su precio, salvo en el asunto de las cinco libras, que subiría hasta diez, por empavonarle un ojo, se las arregló para ahogar su conciencia, y aceptó. Simón dispuso las cosas de manera que a la mañana siguiente fuese llevado ante el magistrado, para que lo pusiese en libertad, y volvió a Scotland Yard en un taxi. Pero durante el camino tuvo una idea, y reflexionó:

—La pistola ametralladora fue un gesto voluntario de Sonrojos. A Weald se le debió de ocurrir echarme ácido prúsico en la leché, Esperamos aún la contribución de Jill..., quizá sea muy astuta para que le salgamos al encuentro a mitad de camino, La idea, debidamente considerada, le atrajo; y dio nuevas instrucciones al conductor.

La puerta de la casa de Belgrave Street tardó bastante en abrirse, en contestación a su llamada al timbre. Para compensar esa tardanza se volvió a iniciar rápidamente el cierre, así que Frederick Wells reconoció la persona que llamaba. Pero Simón Templar superaba en habilidad, cuando se trataba de meterse donde no le llamaban, a lo corriente.

—No lo has hecho bastante bien, Frederick —le dijo..., desde el interior, arrastrando con pesar las palabras.

El mayordomo lo miró ceñudo, y le dijo:

—Miss Trelawney ha salido.

—Mientes, Ferdinand —le contestó con agrado El Santo, y marchó escalera arriba.

No tenía verdaderamente idea de si el mayordomo estaba mintiendo o de si no mentía, pero le otorgó el beneficio de la duda. Ese generoso impulso estaba justificado, porque Jill Trelawney abrió la puerta del cuarto de estar en el instante que Simón ponía su mano en el agarradero.

—Hola —dijo El Santo amablemente.

Sus ojos parpadearon ofensivamente con secreta alegría, y captaron el resplandor con que ella le contestó, antes de velarlos con una inescrutabilidad helada.

—Día encantador, Jill —hizo notar El Santo muy amablemente.

Ella se apoyó, cansada, contra la jamba de la puerta.

—¡Mi... santa... tía! ¿Otra vez se ha escapado de su guardador?

—Así parece —dijo El Santo en tono de disculpa—. Sí, me quedaré a tomar el té; muchas gracias. Llame a la cocina y dígales que no mezclen arsénico con el azúcar, porque yo no tomo azúcar. Y no vale la pena de poner en la leche estriknina, porque no tomo leche. Haga el favor de decirles que echen a la tetera todo el saco de trucos.

Pasó por delante de ella tranquilamente y se metió en el cuarto, sentándose en la mejor silla. Y como si se hubiese acordado más tarde, se despojó del sombrero.

La joven se metió tras él y le preguntó:

—¿Tiene de nuevo fuera a su piquete?

El Santo dijo:

—¿A mi piquete? ¿Por qué no sale y lo pregunta? En este mismo instante no sabe usted por dónde se anda, ¿no es así? En una ocasión le aseguré que no traigo piquete, y, en efecto, no lo traigo. En otra le aseguro que lo traigo, y no lo traigo. Supóngase que ahora le digo que traigo piquete, usted sacará la consecuencia de que sí que lo traigo, ¿no es cierto?

Ella se encogió de hombros y echó mano a un cigarrillo de su cigarrera de plata. Después le ofreció esta al mismo Santo:

—¿Quiere servirse?

—Con usted no, querida.

—Me parece que dijo usted: «No, gracias». ¿Es así?

El Santo le contestó seriamente:

—Pues... no, creo que no. ¿Lo ha creído usted?

La joven le miró, al mismo tiempo que deslizaba el humo por entre sus labios, preguntándole:

—¿Vino usted en esta ocasión para hablar de negocios? ¿O se trata de otro número de la persecución oficial?

Simón le contestó, sin cortarse:

—En parte vine por cuestión de negocios, y, en parte, por puro placer. ¿Por cuál de las dos desea usted que empiece?

—Por la de negocios, haga el favor.

El Santo le contestó complaciente:

—Será un placer para mí. Vine para darle a usted un buen consejo, Jill.

—¡Vaya!

—Sí, en efecto... ¿De modo que «vaya»? ¿Vaya, dice usted? ¿Y me lo dice a mí? Pues sí... Quiero hacerle una advertencia. Un hombre moreno se va a cruzar en su camino. Tenga cuidado con él. Responde al nombre de Escurridizo Dyson.

Este nombre no despertó en ella más emoción que un parpadeo.

—¿Y qué hay con él?

El Santo le dijo solemnemente:

—Es un confidente de la Policía. He conseguido comprarlo con mi dinero. Va a tratar de unirse con su cuadrilla a cambio de un premio en efectivo y me dará de ustedes todos los informes que pueda procurarse. De modo que, cualquier cosa que ocurra, no se deje pescar por él.

Ella vio con sus ojos relampagueantes, en su rostro sin expresión, el diablillo que bailoteaba en ellos.

—¿Es este otro de sus cuentos divertidos?

El Santo suspiró:

—En efecto, lo es. Y uno de los mejores que he inventado. ¿Sabe usted, Jill, que estoy temiendo que vaya usted a meterse en un lío con respecto a mí? En primer lugar el asunto del piquete, y luego este de ahora. Vamos a ver, ¿cree usted que estoy contándole la verdad con la esperanza de que piense que la estoy dando el pego, para que, de ese modo, caiga en la trampa, o va a pensar que es una historia que he inventado de cabo a rabo a fin de mantenerla alejada de un hombre con el que no quiero que trate? No puedo menos de pensar que algunas de estas cuestiones van a hacerle la vida muy difícil durante los próximos días.

La joven golpeó delicadamente su cigarrillo en el borde de un cenicero, y le contestó con paciencia:

—¿Es eso todo lo que vino a decirme?

—No todo —dijo El Santo en un tonillo de burla gentil, que habría sido como papel de lija con el que se raspan los nervios de cualquier persona con menor dominio de sí—. Quería hacerle una pregunta..., acerca de su padre.

La joven le miró de frente y le contestó, amenazadora:

—¿No le dije ya que dejase a mi padre al margen de todo esto?

El Santo le dijo entonces:

—Lo sé. Y yo le contesté que metería en esto cualquier persona que bien me pareciese. De manera que estamos donde estábamos. Y ahora, escúcheme. Vengo realizando algunas investigaciones acerca de su padre, y he dado con un apellido que me interesa. Quizá signifique algo para usted. El apellido en cuestión es el de... Waldstein.

La joven clavó en él sus ojos:

—¿Y qué?

Las palabras salieron de su boca lo mismo que gotas de metal ardiente. El Santo le dijo:

—Pensé que usted podría andar en su busca. ¿Le importa decirme si estoy en lo cierto?

La joven asintió con lentitud.

—¡Ha dado usted en el clavo... Templar!

El Santo se regocijó, y exclamó:

—Esa es una de las afirmaciones más razonables que le he oído. En realidad, si usted concentrase toda su atención en Waldstein, se haría a usted misma y haría a todos los demás un favor mucho más grande que el que ahora les está haciendo. Si el asunto de su padre fue amañado, Waldstein lo sabe. Hágame caso. Pero mi inteligencia lógica no alcanza a comprender lo que usted va a salir ganando al convertirse en una molestia para la fuerza de Policía en general.

La joven apuntó hacia la mesa:

—¿Me imagino que usted habrá leído los periódicos?

—Los he leído. Todos ellos hablan de la ineficacia de la Policía. Claro está que no todos saben que yo tengo esa situación a mi cargo. Pero ¿puede ella darle a usted la satisfacción que busca?

—En parte, sí que me la da.

Simón dijo:

—Eso nos divierte también. Los jefes del C. I. D. se reúnen dos veces al día y se ríen a carcajada tendida de ese asunto... Yo creo que esto es cuanto tenía que decirle por hoy. Pronto volveré a verla. Si a usted le parece, le

dejaré una línea avisándole cuando pienso venir, de forma que puede arreglárselas para no estar en casa.

Ella le contestó con finura extremada:

—Quizá no se encuentre usted en condiciones de volver, de modo que le ahorraré el sello de la carta.

El Santo le replicó, despreocupado:

—Está bien, pero no pensaba poner sello a la carta.

El Santo se puso en pie y recogió su sombrero, cepillándolo cuidadosamente con la manga. Ella no hizo movimiento alguno para detenerlo.

Ya en la puerta, se volvió para dispararle su flecha de despedida:

—¿Quiere decirme, para que esté informado, si esta vez habrá, al salir, alguna sorpresa para molestarme?

Ella le contestó tranquilamente:

—No. En este momento, no.

El Santo se sonrió:

—De modo que, según eso, algo tiene preparado. Espero que no se tratará de ametralladoras. Ni de más leche envenenada. Ya sabe que no quiero que usted se rebaje repitiendo con demasiada frecuencia las mismas cosas.

—No estará usted intranquilo mucho tiempo —le contestó ella.

El Santo le respondió con gran serenidad:

—Me alegro de oírsele. Bueno, querida, hasta más ver.

Bajó tranquilamente la escalera tarareando una cancioncilla.

Nadie trató de detenerlo. El vestíbulo estaba desierto. Él mismo abrió la puerta, y avanzó por Belgrave Street haciendo girar su bastón.

La entrevista no había tenido éxito para el objeto a que estaba destinada: dar el pego. La joven había recobrado, desde sus primeros encuentros, una gran parte de la tranquilidad y dominio de sí misma que su estudiada impudencia había logrado hacerle perder en los comienzos. En esta última ocasión no había manifestado nada que tuviese importancia..., salvo lo de que se interesaba por Waldstein. Quizá fuese la única cosa de interés que Simón Templar compartía cordialmente con ella.

3

DE COMO SIMÓN TEMPLAR COMETIÓ UNA LIGERA EQUIVOCACIÓN, Y BUDD, EL SONROJOS, LA COMETIÓ GRANDÍSIMA

I

Dos días después, Simón Templar marchó, sin ostentación alguna, a cierto establecimiento de bebidas de Aldgate. Nadie se fijó en él, porque había realizado algunas sutiles alteraciones en su aspecto y en su porte. Hubo, sin embargo, un individuo que lo reconoció, y ambos se trasladaron a un tranquilo rincón del bar. La pregunta inmediata de El Santo fue:

—¿Se pusieron nuevamente en contacto con usted?

Dyson asintió.

Tenía el ojo derecho desfigurado aún por una hinchazón negra y azul. Dyson, pensándolo bien *a posteriori*, había pensado que la indemnización de diez libras no resultada compensación suficiente del daño recibido, pero era demasiado tarde para abrir la discusión de nuevo.

—Enviaron a buscarme ayer —dijo—. Marché inmediatamente, y me dispensaron una acogida muy amable.

El Santo le preguntó con interés:

—¿Lo celebrasteis bebiendo?

—Me aceptaron en su cuadrilla definitivamente.

—¿Y qué noticias?

Simón tuvo que escuchar una larga historia, que no tenía en absoluto nada de valor, y se despidió con una libra esterlina menos que cuando vino. Era la cantidad más elevada a que podía tasar el primer informe pagado de Dyson, y no le produjo ninguna impresión el alegato suplicante del Ecurrizado.

Regresó a la Yard para escuchar algunas noticias auténticas.

Así que El Santo se presentó, llamado por Cullis, este le dijo:

—Sus Angeles han vuelto a salir mientras usted no los vigilaba. Essenden fue apaleado la pasada noche.

—¿Muy grave?

—No mucho. Los criados andaban por allí, y Essenden pudo lanzar un alarido que los llevó inmediatamente a su alrededor. El que lo atacó pudo escapar. Parece que Essenden lo encontró en su dormitorio cuando subió al mismo, a eso de las once. Trató de atacar al ladrón y se llevó la peor parte en la pelea.

—¿Y quién hizo ese buen trabajo?

—Probablemente su amigo el Ecurridizo. En todo caso, he dado orden de que lo detengan.

El Santo le dijo:

—Retire la orden. Yo sé que el Ecurridizo no estaba allí.

—¿Me imagino que se lo habrá dicho él?

—No lo hizo..., por esa razón le creo... ¿Le ha dado el Departamento de Registros un informe sobre los datos generales de la exhibición?

—Me han dado los detalles. El informe estará aquí dentro de unos minutos.

El informe, en efecto, fue llevado pocos minutos más tarde. El Santo pasó en revista los nombres de los posibles autores del delito, y eligió uno, sin dudarle mucho.

—Nuestro hombre es Harry Donnell.

Cullis le dijo con escepticismo:

—¿En lo de Essenden? Harry Donnell trabaja los Midlans. Además, su cuadrilla no se mete en robos vulgares.

El Santo le preguntó:

—¿Y quién dijo que este era un robo vulgar? Le digo a usted que Harry Donnell es el individuo que con mayor gusto se haría cargo de la tarea fácil de dar un golpe violento de esta clase. Yo podría probablemente contarle a su oficina de registros algunas cosas que esta desconoce de Harry... Parece olvidar usted que yo lo sabía todo de los diferentes pajarracos que se dedican a esta línea de asuntos. Voy a meterlo a ese hombre en el ajo. Pero, antes de marcharme, voy a anunciarle a Jill Trelawney que voy por él. Ella tratará probablemente de engañarme con algún detalle inseguro. Pero es cosa sin importancia. Una vez que fracase, tratará de telefonar a Donnell y darle aviso..., porque calculo que habrá vuelto a Birmingham esta misma mañana. Usted disponga que le digan de la Central que la línea de Birmingham está

averiada. Entonces, si yo conozco algo de Jill Trelawney, saldrá ella misma para Birmingham tratando de ganarme la partida. Necesita mantener su fama en lo relativo a la ayuda para los que están comprometidos por haber tratado para ella...

Dibujó su plan con mayores detalles.

Se le había ocurrido en el calor del momento, pero cuanto más lo examinaba, mejor le parecía. No había contra Jill Trelawney pruebas en ninguno de los asuntos de que ahora se la acusaba, y El Santo se habría aburrido hasta quedarse tieso, repasando alguna historia antigua esperando de crear una acusación viva con materiales viejos. Además..., lo que tenía mayor importancia..., semejante procedimiento no habría encajado en manera alguna con la verdadera ambición que había despertado en su vida juvenil la historia de Los Angeles de Perdición. Y le pareció que la manera más entretenida de pasar el día, era hacer que Jill Trelawney diese una carrera hasta Birmingham con objeto de salvar a Harry Donnell.

No conservaba rencor a la muchacha, a pesar de las dos tentativas que se habían llevado a efecto contra su vida. Todo lo contrario. El Santo estaba acostumbrado a esa clase de aventuras. La verdad era que la persecución de Jill Trelawney le había distraído más que todo cuanto anticipó al hacer su conocimiento. Ahora estaba preparado a divertirse aún más..., a pesar de no haber confiado nada al comisario.

Hablaron largo y tendido, y El Santo dejó determinadas instrucciones, a fin de que fuesen transmitidas a la oficina correspondiente. En el momento en que se levantaba para marcharse, se le ocurrió al comisario un pensamiento sugerido por el tema original de la conversación.

—¿No resulta curioso —dijo— que la noche pasada, sin ir más lejos, me preguntase usted si habría alguna razón para que Los Angeles tuviese alguna enemistad con los Essenden?

—¿Verdad que parece un chivatazo? —le contestó El Santo.

Se puso en camino para hacer una visita a Belgrave Street. Iba en uno de sus momentos de santo optimismo.

Le sorprendió pensar que estaba pasando una gran parte de su tiempo en Belgrave Street. Era la tercera visita que hacía en una semana.

No se hacía ilusiones sobre las posibles consecuencias de su visita..., como lo testimoniaba la pistola de que se proveyó antes de marchar. No había manera de que un hombre se hiciese tan popular como El Santo había querido hacerse, por razones inexcusables, sin levantar, más tarde o más temprano, un estado de tensión en el que algo tenía que quebrarse. Esa cosa que tenía que

romperse había de ser, desde luego, de Simón Templar, pero hasta aquel momento no era de Simón Templar. En cambio, ahora...

La vida suya se había deslizado pacíficamente durante los tres últimos días que habían seguido a su visita última. Había aprovechado la leche procedente de la parte exterior de su puerta, con una confianza sublime en su pureza, y no se había visto en modo alguno chasqueado. Había entrado y salido de la casa sin miedo a verse enfilado por las metralletas; y en esto su buen juicio había resultado también exacto. Por el contrario, había tratado con recelo considerable las cartas y paquetes recibidos y los taxis que se le ofrecían en alquiler. No había encontrado hasta entonces justificación en sus recelos, pero comprendía que aquella tranquilidad podía ser nuncio de tormenta. Era posible que aquella visita a Belgrave Street precipitase esta. Estaba preparado.

Lo dejaron esperando fuera algún tiempo, en tanto que contestaban a su llamada. Sin embargo, no permaneció esperando en lo alto de la escalinata, en postura que pudiera alcanzarle una muerte súbita valiéndose del buzón, sino que se situó en la acera, al abrigo de una de las pilastras del pórtico. Desde ese lugar, mirando alrededor suyo disimuladamente, pudo descubrir el ligero movimiento de una cortina en una ventana del piso bajo, en el momento en que alguien miraba para ver quién era.

Simón sacó la cabeza para que le vieran. Luego se ocultó hasta que la puerta se abrió. Entonces entró rápidamente.

—Miss Trelawney está esperándole —le dijo Wells al cerrar la puerta.

El Santo dirigió una mirada alrededor del vestíbulo, tratando de descubrir algo, y escaleras arriba, hasta donde le fue posible. No había nadie por allí.

Se sonrió seráficamente. Le dijo a Freddie:

—Se está usted volviendo en su vejez completamente digno de fe.

Y marchó escalera arriba.

La joven salió a recibirle hasta el descansillo.

—He recibido su comunicación diciéndome que venía.

—Confío que la habrá sobresaltado —le contestó seriamente El Santo.

Dirigió la vista más lejos que ella, al interior del cuarto de estar...

Ella le preguntó con dulzura:

—¿Se quedará usted para tomar el té?

Simón le contestó:

—Espero que, antes que quiera marcharme, se empeñará usted en que me quede una semana.

—Entre usted.

—Gracias. Entraré. Nos estamos volviendo corteses, ¿verdad?

Y pasó adelante.

Encontró en el cuarto de estar a Weald y a Budd, tal como había esperado, a pesar de que no se habían expuesto al campo de visión que él había dominado por la puerta abierta.

—¡Hola, Weald! ¿Esperan también a Waldstein?

La cara cetrina de Weald se puso más pálida, pero nada contestó de inmediato. La mirada burlona de El Santo se dirigió a Budd.

—¿Ha hecho usted alguna pelea últimamente, Sonrojos? He oído decir que la otra noche un individuo bastante fuerte pegó una paliza a una pareja de muchachitos en Shoreditch, y pensé inmediatamente en usted.

Sonrojos apretó los puños, y contestó sonrosadamente:

—Templar, si busca dificultades, sepa que le estoy esperando.

El Santo contestó ofensivamente:

—Lo sé. Cuando subía por la escalera, le oí que bufaba.

Oyó cerrar la puerta a su espalda, y se volvió para enfrentarse de nuevo con la joven.

Fue un movimiento despreocupado; pero, la verdad, no esperaba que se reabriesen tan rápidamente las hostilidades. Se le había pasado por alto que la simple presencia de su encantadora personalidad pudiera ser considerada por nadie como un movimiento hostil en sí mismo. Es una cosa corriente que en tales circunstancias, y antes que se dé suelta a ninguna clase de desagrado, haya sus dimes y diretes. Esa era la costumbre a que Simón Templar estaba habituado..., y llevó algún tiempo a sus enemigos sobreponerse a la confiada desvergüenza de su porte, y, en aquellos días, al respeto inculcado hacia la ley, que él representaba temporalmente, antes que se animasen a entrar en acción. Pero no era aquella su primera visita a Belgrave Street, ni la primera vez que ellos le veían, de modo que se habría podido esperar que demostrasen suficiente inteligencia para no adelantarse al ataque suyo. Simón no esperaba que ellos le acometiesen. Fue la primera equivocación que cometió con Los Angeles de Perdición.

Sintió en su espalda una fuerte presión, y conoció de qué se trataba, sin necesidad de volverse a mirar. No se volvió, pues.

—Jill, tengo todavía más noticias que darle.

Había cierta expresión de burla en los ojos que le devolvieron la mirada.

—¿Quiere aún pelearse?

El Santo contestó con inocencia:

—Sí que quiero. ¿Por qué no?

Weald habló detrás de él:

—Estamos escuchándole, Templar. No te muevas con demasiada brusquedad, porque pudieras hacerme creer que deseas combatir.

El Santo se volvió lentamente y dirigió una mirada a la pistola que empuñaba Weald:

—¡Oh, es eso! Es admirable cómo la ciencia os ayuda en toda la línea. ¡Y un silenciador, también! ¿Sabéis que a mí me pareció siempre que esas cosas solo se emplean en las historietas que se escriben para muchachitos?

—Yo lo considero bastante bueno.

El Santo dijo:

—No se me ocurre pensar en nada que no sea demasiado bueno para ti. Salvo, quizá, un albañal verdaderamente revuelto —se volvió de nuevo—: Jill, ¿conoce usted a un individuo llamado Donnell?

—Lo conozco muy bien.

—Pues entonces, lo mejor que podría hacer sería llamarle por teléfono y despedirse de él. Va a marcharse a la prisión de Dartmoor a pasar unas largas vacaciones, y es posible que no la recuerde cuando salga de allí.

Jill soltó una carcajada:

—Desde hace dos años la Policía de Birmingham anda diciendo cosas como esas sobre Harry Donnell, y nunca le echaron mano.

El Santo dijo con modestia:

—Es muy posible, pero en esta ocasión nada tiene que ver la Policía de Birmingham.

—¿Quién le va a echar mano entonces?

Simón se alisó los cabellos:

—Yo.

Budd, el Sonrojos, se carcajeó.

—¡Nada de eso!

El Santo le dijo cortésmente:

—¡Se lo aseguro!

La joven exclamó:

—¿Puedo preguntar cómo piensa usted ir a Birmingham?

—En el tren.

—¿Después de que salga de aquí?

—Después de que salga de aquí.

Weald se interpuso:

—¿Cree usted que saldrá de aquí?

El Santo contestó tranquilamente:

—Estoy seguro. Dyson, el Escurridizo, me dejará salir. Es un viejo amigo mío.

La joven abrió la puerta. Dyson estaba fuera. Y le dijo:

—Aquí tiene a su amigo El Santo.

El Santo le dijo a Dyson:

—Hola, Escurridizo. ¿Cómo va ese ojo?

Dyson se metió subrepticamente en el cuarto. Weald le ordenó:

—Regístralo.

Dyson obedeció, realizando el trabajo con manos poco agradables. Simón no ofreció resistencia. Tal como estaban las cosas, habría sido una manera mediocre de suicidarse. Y murmuró:

—¡Jill, cómo responde usted a su tipo! Esto era lo que yo estaba preparando. Y ahora, como es natural, usted me dirá que me van a guardar aquí, como preso suyo, hasta que le parezca bien dejarme marchar. ¿O es que me va a abandonar en la bodega dejando correr la tubería del agua? En una ocasión lo hicieron. ¿O es que va a pedirme que me junte a su cuadrilla...? Eso sería completamente original.

—Siéntate —dijo violentamente Weald.

Simón lo llevó a cabo como si hubiese tenido intención de hacerlo en todo momento.

Jill Trelawney se puso al teléfono. El Santo la observaba con el rabillo del ojo, en tanto que elegía y encendía un cigarrillo de su caja. Esperó con toda paciencia mientras ella trataba de conseguir la comunicación, y fingió sorpresa al ver que fracasaba.

Y dijo:

—Eso me trastorna verdaderamente. No tendrá más remedio que ir ahora hasta Birmingham. Me molesta pensar que la estoy sometiendo a tantos inconvenientes.

Vio que Budd andaba atareado con una cuerda, y cuando el luchador de boxeo se acercó a él con la intención evidente de atarlo, El Santo, sin que nadie se lo ordenase, puso sus manos detrás. Weald estaba conversando con la muchacha.

—¿De verdad que tienes intención de marchar a Birmingham?

—Sí. No hay más remedio. No puedo ponerme en contacto con Donnell por teléfono, y no resultaría seguro poner un telegrama.

—¿Y si se trata de una trampa?

—Puedes suponer que sea lo que te dé la gana. El Santo es inteligente. Pero a mí me parece que, en este momento, le puedo. Se trata de una

repetición de la broma del piquete. Vino aquí para decirme que va a echarle la mano a Donnell porque él piensa que nosotros no se lo creemos. Y, si le echa la mano a Donnell, este chivateará. Puedes quedarte aquí, si tienes los pies fríos. Pero yo me marchó. Si tú no quieres acompañarme, Budd puede venir conmigo. En cualquier caso, me será más útil.

—Yo iré contigo.

—Haz lo que te parezca.

Volvió a la habitación para ver cómo Budd daba los últimos toques a El Santo con la cuerda, y le dijo a este:

—Le agradecerá saber que, por una sola vez, voy a creerle.

El Santo le contestó:

—Me entero, y le deseo un hermoso viaje. ¿Dejará a Dyson para que me cuide? Estoy seguro de que me tratará con mucho cariño.

Ella movió negativamente la cabeza:

—Estoy segura de que Budd lo tratará con mayor cariño aún.

Aquello fue un golpe dado a la base misma del proyecto que El Santo se había trazado, pero ni un músculo de su cara traicionó sus sentimientos.

Le habló a ella como si no hubiese en la habitación otra persona, reteniendo los ojos de la joven a pesar suyo, con su mirada burlesca, que le decía:

—Jill Trelawney, es usted una idiota. Si hubiese gradaciones en la imbecilidad pura y no diluida, le otorgaría el primer premio. Marcha usted a Birmingham acompañada de Weald. Cuando llegue allí se verá metida en un cúmulo de dificultades. Weald le hará el mismo servicio que una hoja de estaño para tapar una tumba. No es que ese pensamiento me moleste, pero le estoy anunciando ahora una cosa de la que me gustaría que se acordase más tarde. Antes que anochezca deseará usted haber nacido con alguna clase de imitación de cerebro. Eso es todo. La veré de nuevo en Birmingham... No se preocupe.

Ella se sonrió, alzando sus párpados:

—¡Simón Templar, qué manera tiene de pensar en mí!

El Santo le contestó, bondadoso:

—No nos importa hacer esas cosas por los viejos clientes.

Él seguía contemplándola. La mirada zumbona que le dirigía con sus ojos azules, sombreados por sus párpados perezosos, la débil sonrisa, el asomo de una carcajada en su voz..., todas estas cosas, difícilmente podrían haber sido más airosamente perfectas en su burla.

—Mientras está usted en camino, quizá recuerde que jamás le pedí que se hiciese cliente. ¡Está usted convirtiéndose en la mujer más ciega, paralítica y absurda de cuantas hizo Dios, dándoles una gran ventaja en su carrera! Pero eso es una idea propia suya, ¿estamos? Y ahora, siga adelante y demuestre que está en lo cierto. Marche a Birmingham, y llévese con usted a ese chafarrinón de Stephen Weald...

Weald se adelantó:

—¿Cómo dijo usted, Templar?

—Dije «a ese chafarrinón de Stephen Weald» —le contestó El Santo con agrado—. ¿Tiene usted algo que objetar?

—Sí... ¡Esto! —dijo Weald, y golpeó tres veces a El Santo en la cara con su puño—... y esto, con lo que pago las que me dio en nuestro primer encuentro.

Simón siguió sentado e inmóvil como una roca.

—De entonces acá, ha reunido usted algún valor —hizo observar con su voz de acero y de granito—. ¿Ha tomado usted píldoras rosadas o algo por el estilo?

La muchacha se interpuso entonces entre ellos.

—Con eso basta. Weald, vaya a coger la chaqueta. Sonrojos, usted y Dyson pueden llevar a Templar a la bodega.

—De modo que está decidida a que sea la bodega y la cañería del agua, ¿verdad?

—Por ahora, nada más que la bodega —le contestó ella fríamente—. Cuando regrese, decidiré qué ha de hacerse con usted.

—Si..., si vuelve —dijo El Santo con indulgencia.

II

Simón estaba tumbado en la bodega, donde lo habían dejado caer descuidadamente, y meditaba en su situación a la luz del globo polvoriento, que era la única iluminación que allí había. Budd y Dyson se marcharon después de haber arrojado allí a El Santo, pero pronto desapareció la idea de que se hubiesen marchado definitivamente, dejándolo para que probase todos los recursos que conocía para escaparse, a fin de ponerlos en práctica en las cuerdas con que lo habían atado. Regresaron a los pocos momentos, Budd llevando una mesa y Dyson un par de sillas. Luego cerraron la puerta y se sentaron.

Evidentemente, la vigilancia tenía que ser muy apretada. Budd sacó del bolsillo un paquete de cartas grasientas, y los dos hombres iniciaron una partida.

Cautelosamente, lo mejor que le fue posible sin atraer la atención, El Santo comprobó sus ataduras. La tarea no fue larga. Sus comprobaciones le demostraron que las ataduras habían sido hechas por una mano práctica. Le quedaba, pues, única mente la lealtad de Dyson, el Eскурridizo... ¿Qué valor tenía? En un intervalo del juego, su mirada se cruzó con la de Dyson. La expresión del Eскурridizo no cambió, pero Simón encontró algo tranquilizador en aquello que nada prometía.

La partida siguió durante un cuarto de hora, y el Eскурridizo se secó los labios con un pañuelo manchado. Y se lamentó:

—Esta es una tarea que da sed.

Budd se mostró conforme:

—¿Tienes sed? ¿Querrías echar un trago?

—Pues sí. ¿Hay algo que beber?

Budd asintió, pero dijo:

—Voy a echar un vistazo. Y tú no le quites de encima los ojos a Templar. ¿Comprendes?

—Claro que no se los quitaré.

Budd se levantó y se marchó fuera, dejando la puerta abierta, y Simón escuchó, sin hablar, cómo se apagaban en las escaleras sus pisadas.

Un momento después, encontró a Dyson a su lado. El Santo le dijo con tranquilidad:

—No quiero darte prisa, pero si no tienes otra cosa que hacer por el momento...

Dyson tragó saliva, y dijo:

—Si Budd vuelve y me pesca en esto, puedo darme por muerto.

Había abierto su cuchillo de marinero, de aspecto asesino, y Simón sintió que las cuerdas se iban aflojando alrededor de sus brazos y piernas a medida que Dyson las iba acuchillando torpemente. Después, por encima de la respiración fatigosa de Dyson, oyó que Budd volvía. El Eскурridizo dejó escapar un pequeño respingo de pánico.

—Usted se cuidará de que no me pase nada, míster Templar, ¿verdad?

—Desde luego —le contestó El Santo.

Se puso en pie y soltó rápidamente las cuerdas que aún lo sostenían, y las dejó caer al suelo.

Budd, el Sonrojos, vio que estaba libre junto a la mesa, y colocó muy cuidadosamente en el suelo la bandeja que traía.

—¡De modo que me la has jugado! —dejó escapar Budd.

—Pues, sí —le contestó El Santo gentilmente—. Y ahora vamos a mantener una pelea, ¿no es cierto?

Dyson tenía aún en la mano el cuchillo abierto, pero El Santo lo apartó suavemente, y le dijo:

—Guárdate eso. Esta es una partida vegetariana. Por lo menos, regularmente vegetariana. Le voy a dar a Sonrojos unas castañas, y... ¡Pero Sonrojos, no se marche aún!

Budd había hecho una zambullida en dirección a la puerta. La llave estaba aún en la cerradura, y él maniobró para poder sacarla, y para cerrar la puerta a espaldas suya. Pero El Santo fue un poco más rápido. La mesa estaba entre él y Budd, pero él la echó hacia un lado como si fuese de cartón, y agarró la mano de Budd en el instante que iba hacia la cerradura.

Budd soltó la llave con un grito de dolor. Trató de contestar con un puntapié, pero Simón se ladeó limpiamente.

Luego dio un empujón a Budd, que lo envió tambaleándose a través del cuarto, recogió la llave y la metió en el bolsillo de su pantalón. Y acto continuo se despojó de la chaqueta.

—Y ahora, Budd, el Sonrojos, vamos a pelear, ¿no es así?

Pero Budd no necesitaba que le diesen ánimos para acometer. Ya estaba de puntillas. Las peleas no habían pasado con ligereza por la cara de Sonrojos, pero este tenía toda la ciencia y la experiencia que había ganado a expensas de quedar desfigurado.

Empezó con un izquierdazo, dado con la fuerza de un martinete, que habría puesto fin allí mismo al combate si hubiese llegado al blanco. Pero no llegó. Simón se agachó, descargando un golpe de derecha-izquierda al cuerpo, que hizo lanzar un gruñido a Budd. Después, El Santo se apartó de nuevo, boxeó, y se puso también de puntillas.

Además se encontraba entre Budd y la puerta, y tenía intención de permanecer allí. Budd había querido la pelea e iba a tenerla. Era posible que se alegrase de aquella oportunidad, y era posible que hubiese deseado zafarse de ella en aquel momento, pero, en todo caso, no iba a tener oportunidad de elegir. Simón Templar se cuidaría de eso. Sin embargo, aquella necesidad táctica de mantenerse entre Budd y la puerta iba a entorpecer su estilo. Apreció la desventaja en una lucha que no iba a resultar fácil. Pero no podía remediarlo.

El paso próximo a Budd fue otro golpe de izquierda que fue solo simulado. El Santo lo adivinó y cambió su guardia. Pero anduvo algo tarde en advertir que el *cross* de derecha que lanzó a continuación era también simulado, y el golpe corto de medio brazo a los riñones, que disparó a continuación, lo cogió desprevenido y lo arrojó contra la pared, con un fuerte jadeo.

Budd se lanzó como un tigre, golpeándole de izquierda y de derecha, y Simón cayó sobre una rodilla.

Se enderezó y lanzó un golpe de abajo arriba de terrible violencia, como si hubiese pegado una cox debajo de la barbilla. El golpe habría dejado sin vida a un individuo corriente. Pero Budd había sido entrenado en una escuela más ruda. Se agarró a El Santo, y este, impedido por el golpe tremendo que había recibido en los riñones, no tuvo suficiente rapidez para evitarlo. Fue el peso de Budd el que se hizo notar. No había árbitro que ordenase el «apártense», y el profesional tuvo libertad para recurrir a todo sucio truco que le permitiese mantenerse, dar cabezazos y pisotones, en fin, todos los recursos para los que el «clinch» da oportunidad. Pero El Santo conocía también algunos trucos, y rompió la agarrada con un golpe que lo habría descalificado, sin duda alguna, en un combate oficial. Al echarse para atrás, le disparó un izquierdazo con vaivén, que tenía que herir a Budd debajo de la barbilla. Sonrojos echó su cabeza hacia atrás con bastante rapidez, pero no la retrasó lo suficiente, y el golpe le hirió terriblemente en la nariz.

Ese golpe lo enloqueció, pero también lo cegó. Nadie, por duro que sea, puede recibir en la nariz un golpe como aquel sin que su vista quede temporalmente nublada. Y antes que Budd pudiese darse cuenta de lo que le ocurría, El Santo le disparó un derecho fortísimo al corazón. Después, volviéndose sobre las puntas de los pies, le envió con la izquierda un golpe al plexo solar, poniendo en el mismo hasta la última onza de su peso, y Budd cayó pesadamente a tierra, igual que si le hubiese golpeado un martillo de vapor.

Simón recogió su chaqueta.

—Ecurrizdo, tenemos tiempo para coger ese tren, si nos damos prisa.

Pero cuando se volvió, descubrió que Dyson se había fugado. El Santo se encogió de hombros, y salió, cerrando la puerta.

Un taxi lo llevó hasta Paddington; cuando llegó a la barrera del andén, el empleado daba la señal de marcha.

No llevaba billete, pero semejantes pequeñas dificultades no eran obstáculo que impidiese actuar a Simón Templar. Tampoco lo era el cobrador.

Simón le echó mano y lo sentó en un trole de equipajes; luego, corrió por el andén a medida que el tren tomaba velocidad. Abrió la puerta del primer carruaje conveniente y se metió dentro. Mirando hacia atrás por la ventana vio la persecución de los mozos de equipajes, que le seguían sin aliento. Podían telefonar a Birmingham, y prepararle allí una recepción, pero ese era asunto de poca monta.

Luego se volvió para inspeccionar a los demás ocupantes del departamento cuyos aturridos comentarios había oído a su espalda mientras miraba hacia atrás por la ventanilla. La primera persona a la que reconoció no era un hombre de su compartimiento, sino que circulaba casualmente por el pasillo.

El Santo pasó por encima de una barricada de piernas, de equipajes y de la jaula de un pájaro, y se lanzó por el corredor, siguiendo al hombre a quien había reconocido. Se acercó a él lo suficiente para darle un pisotón en los talones; y Stephen Weald se volvió jurando:

—¡Condenación...!

La protesta murió de pronto, y la cara de Weald adquirió un color pálido, al reconocer al ofensor.

El Santo torció la boca con una ligera sonrisa de alegría contagiosa.

—¡Veo que todos marchamos a Birmingham juntos!

Después, con sorprendente brusquedad, giró, metiéndose en el próximo compartimiento, en el que había distinguido un asiento vacío, y se dispuso a disfrutar de un cigarrillo.

Weald siguió caminando.

Un poco más adelante se hallaba el compartimiento en el que él y la muchacha habían encontrado sitios libres. Ella alzó la vista al dejarse ver Weald en la puerta, y él le hizo una señal imperceptible. Salió al pasillo para reunirse con Weald:

—¿Qué ocurre?

Weald le dijo:

—Vamos al comedor. Allí no nos oirá nadie.

Marchó por delante, y no hablaron una palabra hasta que estuvieron acomodados y pidieron el té.

—Bueno, Weald, ¿qué ocurre?

—¡El Santo está en el tren! Acabo de verlo.

La mujer se detuvo en el acto de meter un cigarrillo en la boquilla.

—¿El Santo? Tú sueñas.

Él denegó con un movimiento de cabeza. La mano en la que brindaba una cerilla estaba temblando.

—Te digo que yo lo vi. Me habló. Se encuentra en el compartimiento tercero a partir del nuestro. Ignoro cómo se escaparía, pero se escapó.

Los ojos de la muchacha se achicaron.

—Ha sido ese individuo, Dyson. ¡Cielos, Templar es inteligente! Tú estabas allí cuando me previno contra Dyson, ¿no es así? Y nosotros lo tomamos de la manera que El Santo deseaba. Dyson ha realizado el doble juego.

—Pero ¿y Sonrojos...?

—Sonrojos anda siempre distraído.

La joven admitió la realidad con aspereza. Tomó la cosa con tranquilidad.

—¿Por qué crees que El Santo anda en esto?

—¿Sabes tú por qué El Santo hace lo que hace? Ha leído las historias que han aparecido en los periódicos... Fue perdonado, y ahora parece que trabaja con la Policía... Pero tienes razón. El aspecto de este asunto no es de una mala partida corriente de El Santo.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Wald, temblando.

Ella le contestó:

—Te lo diré dentro de un momento. Permanece tranquilo y no me molestes.

Dio algunas chupadas a su cigarrillo, mirando por la ventanilla al escenario que iba oscureciéndose. Pasó algún tiempo antes que volviese a mirar a Weald.

Luego dijo:

—Como es natural, seguiremos adelante.

Weald abrió su boca.

—Te digo que Templar viene en este tren. No te lo he dicho por gracia...

—Ni yo lo he tomado como gracia. El Santo espera apartarnos de Donnell asustándonos, pero nosotros no vamos a dejarnos asustar. Si él viene en este tren, tampoco nosotros podemos salir del mismo. El único recurso que nos queda es seguir adelante. Lo cierto es que aquí nada podemos hacer, aunque podamos jugársela con Donnell. El tren marcha atiborrado, y nunca podríamos salir con la nuestra.

—Tendrá un piquete en lo de Donnell.

Ella se echó a reír con una risita dura:

—Eso del piquete es otro de los cuentos de hadas de El Santo. Yo no creo que un hombre de esa clase pueda soñar en emplear ese recurso. Tiene una

opinión demasiado buena de sí. ¿No ves que le divierte ir y venir solo y llevarse el gato al agua? Saca toda la gloria de su trabajo, lo mismo que si estuviese rodeado de un cuerpo de guardia. Pero en esta ocasión no va a salirse con la suya. Te lo digo yo. Estoy dispuesta a escucharle si se te ocurre algo mejor.

Weald nada dijo. El tren seguía corriendo.

Él evitó cruzar la mirada con la suya. Tomando mecánicamente su taza para beber, vertió el té sobre el mantel. Pero eso fue quizá culpa del traqueteo del tren. Tuvo la esperanza de que Jill se lo creyese. Comprendió que ella lo estaba vigilando.

El escaso color que podía haber en su cara, no había vuelto a ella desde que vio a El Santo, porque Stephen Weald había visto al mismo tiempo unas mandíbulas de destrucción abriéndole su boca amenazadoras.

Todo había ocurrido hasta aquel momento con tanta tranquilidad y tan serenamente, que Weald no había visto el peligro hasta que lo tuvo encima. Por imponente que fuese la fama de El Santo, no había nada de concreto en el simple conocimiento de que él se había encargado de perseguir a Los Angeles de Perdición. Y aunque cada una de las visitas de Simón Templar a Belgrave Street había sido un insulto y una amenaza, ninguna de ellas había sido lo bastante aterradora para despertar una alarma que no pudiese ser disipada con un trago después de que se hubiese marchado. Pero ahora parecía haber cambiado todo aquello tan de repente como si hubiese explotado una carga de dinamita debajo de aquella situación. Y todo ello con una cosa muy sencilla. Hasta entonces no había ninguna prueba contra ninguno de ellos. Pero ahora sí que la había. Simón Templar había sido detenido, atado y encerrado en una bodega, y ahora andaba suelto para contar la historia, con la declaración de Dyson en que apoyarla.

Aquello podía muy bien ser el principio del fin. Weald había sentido siempre un sano respeto hacia la tenacidad de la Policía, una vez que esta se hacía con un sólido hueso que roer. Durante toda su carrera había hecho cuestión de mantenerse apartado materialmente de ella. En tanto que ella trabajaba en la sombra contra él, podía sentirse seguro, pero así que tenían materia para una acusación definida, haciendo presa en él, nadie sabía a donde podría llegar.

Pero en Jill Trelawney no había señal de debilidad. Había dicho:

—Podemos seguir adelante.

Los finos dedos de Weald manejaron nerviosamente su lazo:

—¿Cómo puedes decir esto después de lo que sabemos?

—Aún no estamos muertos. Estás en lo cierto, desde luego, a tu manera. Hemos pisado encima de la cosa más ridícula, y, si no andamos con cuidado, podríamos caer dando tumbos por encima del borde del precipicio. Pero no voy a brindarles una imitación de jalea, en medio de un terremoto.

—Tampoco yo —dijo Weald, irritado.

La expresión de los ojos de Jill seguía siendo de desprecio burlón, y Weald sabía que no era creído.

Ella recordó, con cierta ceñuda concesión a su sentido del humor, la advertencia de El Santo antes que saliesen de Belgrave Street. Él tenía razón, desde luego. Dadas las circunstancias, era probable que Weald le fuese menos útil que una tumba de hojalata. Vio la manera que tuvo de servirse de la mano para disimular el temblor de su débil boca, y comprendió que Stephen Weald se descomponía rápidamente.

EN EL QUE JILL TRELAWNEY DICE UNA MENTIRA, Y SIMÓN TEMPLAR NO HABLA SINO LA VERDAD

I

Harry Donnell vivía en una casa miserable de los alrededores de Birmingham. Era una casa curiosa, pero, así que él la vio, comprendió que pocas casas podrían haber cumplido de manera tan completa con sus exigencias, porque siempre se había jactado de que, en caso necesario, se opondría hasta la muerte a ser detenido.

Aquella casa había crecido, por así decirlo, en el centro mismo de un bloque. El encontrarse rodeada por las restantes casas del bloque privaba por fuerza a sus habitantes de la luz del día, pero Donnell no veía esto como una desventaja. Hacía que la casa fuese muy difícil de atacar, lo cual era para él una compensación suficiente. Únicamente tenía acceso por dos estrechas y angostas callejuelas de dos de las casas exteriores.

Rara vez salía Donnell de la casa, como no fuese por negocios, prefiriendo dormir, beber y fumar allí mismo, divirtiéndose con sus meditaciones propias, inescrutables y animales. Estaba en casa cuando llegaron Jill Trelawney y Stephen Weald, y él mismo salió para abrirles la puerta al conocer por el toque de la campana que sus visitas eran de amigos.

—Buenas tardes, miss Trelawney —dijo cortésmente, porque Harry Donnell se enorgullecía de sus ribetes de caballero.

Las maneras de ella cortaron en seco, sin embargo, toda clase de cortesías, al decirle bruscamente:

—El Santo viene persiguiéndole. ¿Dónde podemos hablar?

Donnell la miró, y luego, sin decir palabra, guió a sus visitantes hasta el piso superior.

Subieron dos tramos de escaleras, sucias y crujientes, porque la planta baja y el piso primero estaban reservadas para dormitorios de su cuadrilla. En el piso segundo abrió una puerta y les hizo entrar en un cuarto espacioso y desnudo, cuyo mobiliaje principal parecía ser una áspera mesa de madera y una caja de *whisky*. Al igual que muchas de las habitaciones de la casa, aquella estaba alumbrada únicamente por una ventanita pequeña y sucia que apenas dejaba pasar la luz, y su oscuridad se hacía aún mayor por la humareda de tabaco rancio que se extendía por la atmósfera.

Donnell cerró tras ellos la puerta.

—¿Dice usted que El Santo?

—Así es. ¿Lo conoce usted?

Donnell echó sus labios hacia atrás, dejando ver dos filas de dientes negros y rotos.

—Tropecé con él... en una ocasión.

La joven le dijo en pocas palabras:

—Parece que va a tener que tropezar con él de nuevo.

Esas palabras no impresionaron inmediatamente a Donnell. Sacó una pipa del bolsillo y se puso a llenarla con el tabaco de una lata que había encima de la mesa.

—¿Qué quiere usted decirme?

—Que viene persiguiéndolo por lo de Essenden. Vino a mi casa y me dijo que iba a detenerlo a usted él mismo. Lo encerramos en la bodega y vinimos para advertírselo. Pero él se escapó, no sabemos cómo, y montó en el mismo tren que nosotros. Weald lo vio. No lo vimos al bajarnos, pero no puede estar muy lejos. La verdad, yo sé qué retraso trae sobre nosotros. Él sabe que yo vengo para avisarle, y se ha entretenido lo suficiente para hacerme caer también a mí en la trampa. Me persigue.

Donnell miró a Weald y luego la miró a ella y preguntó:

—¿Es esto una broma?

La cara de Weald le dijo que no era una broma. Se volvió de nuevo hacia la muchacha y le preguntó con aspereza:

—¿Por qué no me llamó al teléfono? ¿No está el teléfono para eso?

Jill le contestó tranquilamente:

—La Central me contestó que la línea estaba averiada... Y no me hable de ese modo. No me agrada.

Donnell sostuvo su fría mirada durante tres segundos y luego bajó los ojos, murmurando:

—No se ofenda.

La joven le contestó con viveza:

—Olvídelo... Yo diría que disponemos de tres o cuatro minutos antes que aparezca Templar. Me agradecería hacerle un magnífico recibimiento. Estará solo...; de eso estoy segura. ¿Qué puede usted hacer en ese aspecto?

—Abajo hay media docena de muchachos de mi cuadrilla.

—¿Podría usted impedirle que entrase?

Donnell hizo una mueca y dijo jactancioso:

—Podría detener a un ejército.

—¿Pero podría detener al Santo?

Donnell le preguntó:

—¿No ha visto los alrededores de esta casa? La tengo preparada desde hace años, para algo como esto precisamente. La llevaré a dar una vuelta y podrá juzgar por sí misma.

Jill se apretó el cinturón de su chaqueta, y le dijo:

—Si no le importa, miraré por mí misma. Yo sé lo que tengo que mirar, que no será probablemente lo que usted me mostrará. Sírvale a Weald un trago mientras vuelvo... Me parece que lo necesita.

Ella salió, y Donnell echó mano a una botella y a un vaso. Vertió cuatro buenos dedos de alcohol; Weald lo agarró y se lo bebió de un trago. Luego se volvió hacia Donnell. El alcohol lo había afianzado un poco... en cierta forma, y le preguntó:

—¿No creerá que es una broma?

Donnell asintió.

—Ya no lo creo.

Weald jadeó, flácido:

—Estoy contra ese hombre. Estoy mucho más que usted. A usted solo pueden echarle mano por quebrantamiento de morada, pero a mí me pueden detener por muchas cosas más.

—¿Golpeó a algún policía?

—Mucho más, créame. Podrían... ¡Donnell, tiene que sacarnos de esta!

Las cejas de Donnell se contrajeron:

—¿Qué quiere decir con que tengo que sacarlos de esta? ¿Y yo?

Weald se aferró a su brazo:

—No me comprende. No tengo más remedio que salir de esta. ¿No existe algún camino trasero para salir de casa?... ¿No tiene preparado algún paso secreto? Dispongo de dinero...

Donnell lo hizo sentar de cualquier manera en una silla y empujó hacia él la botella de *whisky*. Weald se sirvió ansiosamente otro medio vaso. Donnell

le dijo:

—Eso es hablar. ¿Cuánto?

Weald sacó del bolsillo una cartera voluminosa. Los ojos de Donnell se abultaron ansiosamente.

—Un millar, Donnell. Es todo lo que puedo entregar. Tengo que quedarme con algún dinero para poner distancia entre yo y la ley.

—Veamos.

Weald contó febrilmente los billetes con dedos temblorosos, y los fue poniendo encima de la mesa. Donnell humedeció su dedo pulgar y los volvió a contar uno por uno. Luego se los metió al bolsillo, y dijo:

—Ese armario que hay detrás de usted tiene una puerta corrediza. Encontrará algunas escaleras. Descienda derecho por ellas. Hay un túnel debajo del bloque y de la calle, que va a salir a una bodega de una casa del otro lado.

—Pero usted tendrá que hacer frente a Templar.

Donnell se golpeó el pecho con su enorme puño.

—¿Yo? Yo haré frente a El Santo. Yo no huyo de nadie..., pero usted puede largarse cuando bien le parezca. De todos modos, serviría de estorbo más que de ayuda.

Weald se tragó la baladronada sin protestar.

—Perfectamente. En cuanto regrese la muchacha, usted se retira, pretextando que va a avisar a su cuadrilla. Yo me cuidaré de lo demás.

Donnell se sentó pesadamente en el camastro que había en un rincón. Sacó de su bolsillo un macizo revólver, echó a la mano los cartuchos del mismo y miró con un ojo por el cañón. Dio vueltas al cilindro con sus dedos, probó hasta quedar satisfecho la acción del gatillo y volvió a cargar metódicamente el arma. Y preguntó con laconismo:

—¿Qué pasa? ¿La quiere?

Weald, con la botella en la mano, asintió:

—Eso es decir poco. Llevo meses anhelándola. Pensé que me la ganaría gradualmente, trabajando con ella y haciéndola tal como yo soy. Pero no hay tiempo para hacer más el loco. Si la Policía viene por mí, voy a hacerla antes mía. No me importa si es lo último que hago. Donnell..., cuando veníamos en el tren ¡se burlaba de mí!

Donnell le contestó sin ninguna emoción:

—Cualquiera se habría burlado de una rata cobarde.

Weald se pasó el pañuelo por la boca. El *whisky* se le subía a la cabeza, y braveó:

—Donnell, yo no soy una rata cobarde.

—Es usted una rata cobarde y un gozquejo al mismo tiempo —le dijo Donnell sin poner calor en sus palabras, y probando la puntería de su Colt en la botella de *whisky*.

Weald le gritó, caminando hacia él:

—¡Donnell, retire esas palabras!

Donnell le contestó con impaciencia:

—No sea usted un maldito estorbo.

Cogió con su poderosa mano a Weald por el hombro y lo alejó de sí de un empujón. A los pocos momentos entraba en la habitación Jill Trelawney, y dijo:

—He visto cuanto quería ver. Donnell, ¿quiere usted bajar y despertar a los muchachos?

—Miss Trelawney, a eso iba.

Marchó hasta la puerta y miró descaradamente a Weald, a espaldas de la joven. Después salió, y Weald le oyó que bajaba pesadamente la escalera.

—No dije que se bebiera usted una botella entera —hizo observar Jill, fijándose en el equilibrio inestable de Weald.

—No lo comprende, Jill. Estuve descubriendo una puerta de salida.

Caminó tambaleándose hasta el armario que Donnell le había indicado y abrió de par en par las puertas. Después de tantear un poco, pudo abrir la puerta corrediza que había en el fondo, y encontró una llave de luz, que descubrió un tramo de escalera que bajaba hacia una oscuridad húmeda y mohosa.

—Nuestro camino de salida —dijo Weald, declamando con grandiosidad.

La joven le contestó:

—Muy interesante, pero da la casualidad de que no vamos a salir por ahí.

Él se le quedó mirando fijamente:

—¿Que no vamos a salir por ahí?

Ella le dijo burlona:

—¡Qué falta les va a hacer a los Angeles de Perdición! Serían absolutamente incapaces de defenderse, faltándoles usted. Es el gran cerebro, despejado y alerta en los momentos de crisis.

—¡Jill!

—¡Oh, quédese tranquilo! —el sarcasmo de ella se convirtió súbitamente en menosprecio—. Cuando está usted despejado no sirve para nada, pero cuando está borracho es un cascarrabias. Ignoro cuál de las dos cosas es peor. Bien, haga un esfuerzo y domínese. Donnell está dispuesto a representar su

papel, y los muchachos están con él, pero esperan que usted y yo los saquemos adelante. Los Angeles no se han acobardado aún y no pueden acobardarse ahora.

Él se dirigió a ella, vacilante, y gritó:

—Yo digo que vamos a salir por este pasadizo... ahora mismo. Ya estoy cansado de que tú me des órdenes, me desaires y me trates como a un chiquillo. Ahora vas a hacer lo que yo te diga. Para cambiar. ¡Vamos!

Ella le miró con ojos calculadores, y le dijo:

—Otro trago más y estaría usted como un tronco. Creo que lo preferiría, y no verlo como está ahora.

—¡De manera que me preferiría! ¿Verdad?

El resentimiento, que Weald había temido dar suelta delante de Donnell, no tenía necesidad ya de controlarlo. Agarró a Jill por los hombros con manos torpes y le dijo con voz chillona:

—No estoy dispuesto a tolerarte ni un momento más esa manera de hablarme. Vas a suspenderla en este mismo instante. De aquí en adelante soy yo quien va a dar las órdenes y tú las obedecerás... ¡Te amo!

—¡Está loco! —le contestó fríamente.

Pero, por primera vez en su vida, un diablillo de miedo se agarró a su corazón.

Weald metió su cara muy cerca de la de Jill, que olió la bebida en su aliento.

—No estoy loco. Loco lo estuve antes, pero ahora razono y estoy en mis cabales. ¡Quiero llevarte lejos..., fuera de aquí..., fuera de Inglaterra, meterte dentro del mundo! Te daré joyas y magníficos vestidos. Y vas a amarme, y no va a haber más que yo. Vas a olvidar todas estas tonterías acerca de tu padre. No vas a acordarte más de él. ¡Solo existiremos tú y yo, Jill! Encantadora Jill...

Ella le dio un empujón que lo envió hasta la pared y que casi lo derribó. Después sacó, de un tirón, del bolso la pequeña automática que no abandonaba nunca, pero Weald se echó sobre ella como un tigre y se la arrebató de las manos.

—No, Jill; no es así. No es de esa manera. Es así.

La rodeó con sus brazos. Ella luchó desesperadamente por echarlo atrás, pero él era demasiado fuerte para ella. Logró en una ocasión apartarse, pero la persiguió, la agarró de nuevo por la manga, y volvió a adueñarse de ella. Su boca estaba esforzándose por buscar la suya.

De pronto, ella se quedó flácida en sus brazos. Era la única cosa que podía hacer en aquel momento..., simular un desmayo, buscando la oportunidad de sorprenderlo descuidado. Stephen Weald la contempló con expresión estúpida. De pronto, con súbita resolución, la levantó en vilo y se la llevó por el armario abierto.

Como su carga le estorbaba, solo pudo seguir adelante escalón por escalón. La luz que alumbraba desde arriba se perdió súbitamente y los escalones se hicieron cada vez más oscuros. Siguió adelante. Asomó otra luz por debajo, y se fue haciendo más fuerte conforme bajaba; por fin, la lámpara que daba la luz estuvo al nivel de sus ojos. Pasó por debajo y se encontró por fin sobre un piso de piedra lisa.

Arrancaba ante él un pasillo, alumbrado de trecho en trecho por lámparas eléctricas. Siguió adelante y sintió un leve soplo de aire fresco que le daba en la cara. Después el túnel se bifurcaba. Donnell no le había dicho nada de aquello. Vaciló un momento, y se hundió por el túnel de la derecha. A los pocos metros, el túnel daba vuelta y se encontró frente a una puerta. La abrió y se metió en la oscuridad. A fuerza de tantear encontró una llave de luz, y cuando la hizo funcionar, descubrió que estaba en una extremidad sin salida..., el túnel no seguía adelante sino que terminaba en la habitación cuya puerta había abierto.

Había en el suelo una alfombra en jirones, y sobre la alfombra una mesa y una silla. En un rincón una cama y en otro un montón de alimentos envasados y un jarro de agua.

Hubiera debido volverse y ensayar el túnel de la mano izquierda, pero no era un individuo atlético, y el esfuerzo de llevar a tal distancia una carga tan ligera como la muchacha, había sido un esfuerzo demasiado grande para sus músculos desentrenados. Dejó a la joven sobre la cama y se enderezó enjugándose la cara sudorosa y respirando pesadamente.

Cuando Jill abrió los ojos, Weald estaba de espalda a ella, pero vio en el bolsillo de su chaqueta el volumen de la pistola. Se levantó cautelosamente y alargó la mano. Sus dedos resbalaban sobre el bolsillo, pero en ese instante Weald se volvió, descubriendo su juego. Y le dijo, refunfuñando:

—¡Nada de eso, pequeño demonio!

La agarró de la muñeca, arrancándola de la pistola a la que había logrado casi echarle mano. Y le dijo con aspereza:

—¿Qué? ¿Tú también querías matarme? Pero no voy a darte esa oportunidad. Tú me amarás. Me amarás, a pesar de todo..., ¡aunque yo sea Waldstein!

Jill se apartó de él horrorizada. Y él siguió, balbuciendo:

—Sí, aunque yo *sea* Waldstein. Aunque yo haya ayudado a que tu padre cayese de su puesto. Era una molestia por su cargo. Pero tú eres distinta. ¡Harás tus cuentas conmigo a mi manera, Jill!

II

Otro hombre iba en el tren de Birmingham al que El Santo no vio. No lo descubrió hasta bajar del tren, cuando llamaba a un taxi; el verlo no le hizo ninguna gracia a El Santo. Pero esa clase de desagrado no la exteriorizaba nunca Simón Templar, porque quien lo miraba fijamente era el ayudante comisario.

—Válgame Dios, Templar, ¿cómo se encuentra aquí?

El Santo le contestó con gravedad:

—Vine en un triciclo. ¿Y usted? ¿Ha llegado en un *scuter* de motor?

—Recibí su mensaje...

—¿Qué mensaje?

Cullis se atusó el bigote.

—Dyson llamó por teléfono para anunciarme que lo habían aprisionado en Belgrave Street. Me dijo que usted le había encargado que me dijese que quería quedarse allí, que viniese yo a Birmingham y que le echase el guante a Donnell.

El Santo lo contempló pensativo, y murmuró:

—¿Es esta otra broma del buen humor de Trelawney? Yo no le he enviado semejante mensaje. Más aún, juraría que Dyson no lo envió tampoco. Nunca se apartó de mi vista, desde el momento en que me cazaron en Belgrave Street hasta unos segundos antes que yo me largase de allí. Alguien le ha estado tomando el pelo.

Miró al comisario a la cabeza, como si realmente tuviese seriamente la esperanza de que le hubiese crecido el cabello.

Cullis se echó el sombrero hacia atrás.

—¿Y qué se le ocurre?

—Que hay una maquinación curiosa detrás de este asunto —le contestó El Santo, con aires de quien acaba de hacer un descubrimiento de los que forman época— y que tenemos que averiguar en que consiste. Pero, ya que usted está acá, puede resultar de alguna utilidad. Ponga en marcha a la Policía local, y tome las disposiciones que le parezcan bien. Pueden rodear el bloque de casas

y estar dispuestos a lanzarse contra Donnell cuando yo le haga salir. Así me ahorrarán algún tiempo.

—¿Va usted a meterse solo en la casa?

El Santo dijo tristemente:

—Me temo que no tendré más remedio. Tenga en cuenta que esta es la tarde que tiene libre mi enfermera... Nos veremos más tarde en una lechería, viejo encantador.

Dio a Cullis un golpecito animador en el estómago, subió al taxi y cerró la puerta, dejando al comisario allí, en pie, con cara de desorientado.

No se hizo conducir hasta la boca del camino que llevaba hasta la puerta delantera de la fortaleza de Donnell. Eso habría sido demasiado jactancioso, incluso para Simón Templar. Además, no creía en el suicidio, a pesar de su temeridad, y el camino, largo y recto, que tendría que cruzar para acercarse del modo corriente, dejaría escasas probabilidades de no hacer blanco en él, hasta al peor de los tiradores. Y El Santo no sentía predilección alguna por las ceremonias fúnebres que no pudiese presenciar en posición vertical.

Se hizo llevar, pues, hasta la tienda de un tabaquero, situada a la vuelta de la esquina, y allí abandonó el taxi. Entró, compró un paquete de cigarrillos y mostró luego su tarjeta de identidad policíaca.

—¿Vive usted en las habitaciones de esta casa, o pertenecen a alguna otra persona?

—Vivo en ellas, señor.

El Santo le dijo:

—Subiré a ellas ahora mismo. No se moleste enseñándome el camino. Quédese aquí y siga en sus ocupaciones como de ordinario. No regresaré por este camino, de modo que no necesita esperarme.

Se metió por la tienda y subió escalera arriba.

Pudo examinar el campo de batalla desde una ventana del descansillo del primer piso.

Era poco prometedor. La casa de Donnell formaba, según hemos explicado ya, una especie de isla situada en el centro del bloque de edificios, y estaba separada de las que la rodeaban por una distancia de unos cuatro metros. Las cuatro paredes que rodeaban aquel cañón cuadrado así formado, estaban desprovistas de cualquier dispositivo para pasar entre ellas, salvo la base sólida de la planta inferior. Y era seguro que aquella estaba vigilada y cubierta desde las ventanas de la casa de Donnell. Simón Templar podía, de haber sido un lunático, estudiar la posibilidad de tender una tabla desde la ventana en que estaba mirando, hasta la ventana de enfrente, a fin de entrar en

la casa de ese modo. Es interesante hacer constar que no era un lunático de esa clase..., porque, entre otras debilidades, tenía la de anhelar de manera apremiante el ser enterrado completo, de una sola pieza, cuando llegase su hora.

Existía, sin embargo, otra solución.

Subió escalera arriba. La escalera terminaba en el tercer piso, pero había encima de su cabeza una puerta de trampa y una escalera movable. Bajó la escalera y subió por ella.

Se encontró en una especie de ático, en el que estaban amontonados cajones y toda clase de mobiliario destrozado. Tenía una ventana cubierta de telarañas, de la suficiente anchura para que pudiera un hombre pasar por ella, apretándose. Simón se escurrió por ella y salió al exterior, asentándose sobre la parte plomiza. Desde donde se encontraba, con los tacones apoyados en el canalón y la espalda en las tejas, con un vacío de dieciocho metros por delante, la azotea de la casa de Donnell, con un alféizar todo alrededor y una especie de tejadillo en el centro, se encontraba a cosa de dos metros por debajo, y a cuatro metros y medio de distancia. Pero tenía la ventaja de que no daban a él ninguna de las ventanas desde las que era probable que fuese vigilado su ataque.

El Santo dobló sus rodillas y tensó sus fuerzas. Probó la fortaleza del canalón, lo halló resistente, y se lanzó al espacio sin vacilación.

Salvó la distancia y fue a caer encima del techo de cemento de Donnell, inclinado hacia adelante y sujetándose con sus manos.

Luego se incorporó y soltó el seguro de su pistola.

Giró cuidadosamente alrededor de la casita. Era cuadrada y estaba sólidamente construida, con ventanas de rejas estrechas; resultaba evidente que había sido calculada como punto destacado desde el que podría rechazar cualquier ataque a la casa, lanzado por encima de los tejados. Sin embargo, esa posibilidad parecía haber sido olvidada, porque no fue recibido a tiros.

Caminando alrededor de la casita, dio con una puerta maciza revestida de hierro. Era completamente lisa por fuera, y El Santo trató en vano de abrirla.

Al cabo de algunos segundos abandonó la tarea y se acercó a mirar a la pared por la fachada abajo del edificio.

Había una ventana a cosa de dos metros, por debajo mismo de donde se encontraba, en el punto hacia el que se había asomado casualmente. Se subió a la pared y miró hacia abajo, estudiando su posición.

La pared tenía metro y medio de altura. Dejándose caer por encima, pudo descansar las puntas de los dedos de sus pies en un borde de cosa de ocho

centímetros de ancho, que corría por la parte exterior. Después, tenía que inclinarse con rapidez y dejarse literalmente caer en el vacío, agarrándose, al hacer eso, con sus dedos al borde. Experimentó la terrible sensación de que se lanzaba hacia una muerte segura; pero los nervios de Simón Templar eran como el hielo, y conocía la fuerza de sus manos. Sus dedos agarrotados encima del borde, lo auparon a todo lo largo de sus brazos, permaneciendo así unos segundos en tanto que recobraba el aliento. Tuvo la sensación de que sus pies se hallaban entonces al nivel del centro de la ventana, a la que se había propuesto llegar. Tuvo que soltarse otra vez de las manos y dejarse caer otros sesenta centímetros por el costado del edificio, haciendo pie en el antepecho, que salía hacia fuera, y aferrándose al marco de la ventana para recobrar su equilibrio, Y lo consiguió.

Agachándose luego un poco, pudo bajar por la parte superior tan cautelosamente como le fue posible, dejándose caer dentro de la habitación.

Allí no había nadie. No había calculado, en verdad, que pudiese haber alguien, porque la atención de los defensores estaría naturalmente concentrada en las vías de acceso, por las que era de suponer que pretendiese entrar. Desde luego, de haber habido alguien en la habitación, eso habría significado el final de la útil carrera de Simón Templar, porque no habría podido presentar ninguna resistencia activa cuando estuviese lanzado al espacio. No hubo allí nadie que hiciese eso.

Cruzó la habitación cautelosamente en la semioscuridad, pisando con infinitas precauciones para no hacer ruido alguno que pudiera ser oído por cualquier persona que estuviese en la habitación de debajo. Así llegó hasta la puerta, que estaba entreabierta. Abriola un poco más, lentamente, cuidando que sus goznes hiciesen el menor ruido posible, y reptó hasta el estrecho pasillo.

Se encontró ante una escalera. Bajó por ella igual que un gato, manteniéndose pegado a la pared, donde encontraría menos probabilidades de que crujiese alguna tabla suelta. De esa manera llegó hasta el segundo piso, y allí se encontró con que tenía que elegir entre cuatro puertas. Se decidió por una cualquiera, dio vuelta silenciosamente al picaporte, y entró en la habitación con un ímpetu rápido y repentino, sin ser ruidoso.

Allí no había nadie. Lo vio al mirar rápidamente a su alrededor. Tranquilizado sobre ese punto, despertó su interés la vista del armario abierto que parecía conducir a un tramo de escalera iluminada.

No era precisamente aquello lo que él esperaba..., no había creído que Donell contase con dispositivos melodramáticos de puertas ocultas y de

pasajes secretos. Algunos detalles parecían indicar que alguien había pasado por allí recientemente y muy apresurado..., tan apresurado que se había olvidado de disimular su retirada, cerrando tras él las puertas del armario.

El Santo se metió rápidamente por la escalera escondida, empuñando la pistola.

Se puso a escuchar y no oyó ruido alguno. En vista de ello, se lanzó por la oscuridad, llegando por fin al túnel que Weald había encontrado.

Al no ver a nadie por delante, sus pasos se apresuraron. En un momento dado, llegó hasta la bifurcación en que Weald había titubeado. Al detenerse allí, vacilante, sus ojos cayeron sobre algo que brillaba encima de las losas de piedra. Se inclinó y lo recogió. Era un pequeño pendiente.

Estaba metiéndoselo en el bolsillo, cuando oyó un grito ahogado que le llegaba débilmente, por el pasillo de la derecha. El Santo echó a correr.

Stephen Weald, de espalda a la puerta, estaba tan atento al objeto de su locura que no podía percibir nada más. No oyó siquiera la entrada de El Santo. La verdad, nada supo de la llegada de El Santo hasta que dos manos de acero lo agarraron por la nuca y lo levantaron literalmente en vilo.

Se volvió y vio a El Santo. Su mano derecha se dirigió hacia el bolsillo. Pero Simón fue demasiado rápido. Su puño resonó debajo de la mandíbula de Weald, y lo tumbó donde estaba.

Se volvió y encontró a la mujer, que estaba a su lado:

—¿Oyó usted lo que él dijo..., que era Waldstein?

El Santo asintió:

—Lo oí —se inclinó y agarró a Weald por el cuello y lo levantó, colocándolo casi en posición vertical.

Pasó entonces sus brazos por debajo del cuerpo flácido del individuo y lo levantó, formando un bulto, tal como habría podido alzar a un muchachito.

—¿Adónde va usted?

La voz de la muchacha lo detuvo en su camino hacia la puerta, y Simón miró atrás por encima del hombro, contestando:

—Voy en busca de Donnell, a fin de completar la partida. Nosotros, los policías, tenemos que cumplir nuestras tareas. ¿Tiene algún inconveniente?

Siguió su camino adelante. Parecía por completo inconsciente de haber hecho ningún servicio personal en favor de la muchacha y desconocer totalmente la situación en que podría haberlo colocado cualquier creencia corriente. Aquella indiferencia, magnífica y despreocupada, le habría producido a cualquier otra persona que no fuese Jill Trelawney el efecto de un golpe dado entre los ojos. Siguió adelante y subió la escalera llevando a

Weald. Oyó a la joven que iba tras él, pero que nada le dijo. Simón parecía despreocuparse de su presencia.

De esta forma cruzó por el armario abierto, y encontró a Harry Donnell que le esperaba del lado de acá de un Colt.

Simón se quedó completamente inmóvil.

De pronto habló la joven:

—No pasa nada, Donnell. Lo tengo cubierto con mi pistola.

Se hallaba detrás de El Santo, de manera que estaba prácticamente oculta por Simón y por su carga. Donnell no podía ver la pistola con que se suponía que ella amenazaba a El Santo, porque tenía su mano colocada detrás de la espalda de Simón. Pero Donnell la creyó, y bajó su pistola.

El Santo sintió únicamente la presión, gentil y significativa, de la mano abierta de la joven sobre la parte estrecha de su espalda, y comprendió.

—Siga adelante —dijo Jill Trelawney.

Simón avanzó, obediente.

Ese movimiento lo llevó hasta cerca de Harry Donnell, que estaba con su revólver bajo, a distancia de un brazo. Lo separaba únicamente la anchura del cuerpo de Weald.

Simón dejó caer al suelo, sin ceremonia, a Weald, aflojando súbitamente su presión, y, acto continuo, descargó un golpe certero sobre la punta de la mandíbula de Donnell.

Donnell cayó al suelo, y El Santo se lanzó sobre él lo mismo que un relámpago, arrancándole el revólver de la mano.

Y entonces El Santo, poniéndose en pie, se echó a reír..., con una risa que era un puro deleite.

—Ya sabrá, Jill, que la única dificultad verdadera de este juego nuestro es que resulta condenadamente fácil —le dijo.

Su voz tenía un nuevo timbre, que ella no le había oído jamás, y que la obligó a mirarle con una extraña confusión y sorpresa.

III

Durante unos momentos, El Santo pareció olvidar egoístamente todos los aspectos de la situación, excepto el suyo. El revólver de que se había apoderado apuntaba a Harry Donnell, que se levantaba tambaleante. El Santo había retrocedido hasta la mesa y se apoyaba en ella. Su pitillera chasqueó al abrirse, y un cigarrillo apareció en su boca; chispeó su encendedor y una nube

de humo se arrastró por la oscuridad; disfrutó de una satisfacción especial. Y Jill Trelawney le dijo:

—Me imagino que tendré que darle las gracias...

El Santo inclinó la cabeza, y se limitó a preguntarle:

—¿Por qué razón?

—Usted la sabe ya.

Simón se encogió de hombros..., un encogimiento bastante complicado. Y dijo solemnemente:

—Supongo que eso le servirá de lección. Tiene que tener más cuidado con las compañías que frecuenta. Y gracias por haberme ayudado a apoderarme de Harry —dijo como incidentalmente—. ¿Por qué lo hizo?

Ella le miró:

—Creí que supondría algo así como compensación de la deuda.

—Para que podamos empezar a pelearnos de nuevo..., lisa y llanamente, ¿verdad? Sí, creo que podemos decir que estamos a mano.

—Me imagino que querrá usted quitarme la pistola.

—Si a usted le parece.

Estaba manoseando en su bolso, y El Santo no la miraba. Fumaba un cigarrillo y contemplaba radiante, con su presunción capaz de enfurecerlo, a Harry Donnell. Hacía un par de segundos que su propia extraña intuición había alzado un párpado y dibujado a través de su cerebro una delgadísima línea de luz clarividente; y sabía con exactitud lo que iba a ocurrir. Aún tenía que ocurrir una cosa minúscula, antes que la aventura tomase el giro que siempre había estado destinada a tomar. Eso no le molestaba en manera alguna a El Santo, porque en asuntos particulares de negocio tenía un criterio inmoral.

No había vuelto a ocuparse de Weald desde que lo había dejado caer al suelo. Ni siquiera se había tomado la molestia de registrarle los bolsillos. Cuando al escuchar un disparo volvió la cabeza, vio la pistola a medio sacar del bolsillo de Weald y al hombre que permanecía tumbado, se volvió para sonreír a la otra pistola.

—No se mueva —dijo Jill Trelawney con tranquilidad.

El Santo movió la cabeza, y le dijo:

—Jill, no puede cometer un asesinato en presencia de un policía respetable. Si ocurre otra vez...

—No le importe eso —dijo la joven secamente.

El Santo le contestó:

—¡Claro que me importa! ¿Puedo fumar, o prefiere echar un baile?

La joven estaba apoyada contra la pared, con una mano en la cadera y la pequeña pistola niquelada y brillante en la otra. Y le dijo con frialdad:

—Simón Templar, tiene firmes los nervios.

—Puedo decir eso mismo de los suyos.

Ella le miró, divertida y ceñuda:

—Me imagino que no servirá de nada el que afirme que maté a Weald para ahorrarme molestias. Usted vio que estaba sacando la pistola cuando yo le disparé. ¿Servirá de algo..., haber salvado la vida de un detective valioso?

El Santo le contestó en el mismo tono:

—Me temo que no servirá de mucho. Fíjese, yo dispongo de una pistola, y no había verdaderamente necesidad de que usted se metiese. Le bastaba con decir: «¡Eh!»..., y yo habría hecho la tarea. Además, a Harry le habría gustado hacer de testigo de cargo..., ¿no es cierto, Harry?

Vio el ennegrecimiento venenoso de los ojos de Donnell, y se echó a reír:

—Estoy seguro de que te gustaría hacer eso, Harry..., siendo como eres el que asustas a cuatro enemigos.

No se había movido de la mesa, y su mano derecha, con el revólver de Donnell, se apoyaba flojamente en su rodilla.

—Templar, ¿no te vas a poner pesado? —le preguntó la mujercita cariñosamente, y Simón se encogió de hombros.

—Jill, no me comprende. Personalmente, jamás soy molesto —su mirada se cruzó con la de ella—. Otras personas puede que lo sean.

El silencio que reinó después de hablar El Santo era significativo; y la muchacha siguió escuchando.

Y también oyó, en el exterior, el ruido de pasos precipitados escalera arriba.

—Discúlpeme —dijo El Santo.

Se acercó rápido a la puerta y dio vuelta a la llave en la cerradura. Levantó luego la mesa y la aplicó ajustadamente, de manera que sirviese para asegurar, poniendo uno de los bordes encajado debajo del manillar de la puerta y el otro sesgado en el suelo.

—Eso detendrá a los muchachos de Donnell durante tres o cuatro minutos.

Ella se sonrió:

—Mientras yo me deslizo fuera por el túnel.

—Mientras nosotros nos deslizamos fuera por el túnel.

Vio la perplejidad que achicaba los ojos de ella, la vacilación que separaba sus labios, pero vio únicamente esas cosas de una ojeada, al cruzar

hacia el lado de Harry Donnell. Y vio la resignación vengadora que torcía la boca de Donnell. Y se echó a reír, diciendo:

—Lamento molestarte otra vez.

Su puño se disparó como una coz. Pero esta vez El Santo había dispuesto de una fracción más de segundo para calcular su maniobra..., y ahí estaba toda la diferencia. Esta vez Donnell cayó redondo y se quedó durmiendo un sueño pacífico.

—¡Perfecto! —canturrió El Santo, después de una mirada de profesional al que dormía.

—¿Está usted preparada para que nos eclipsemos, Jill? ¿O quiere antes empolvase la nariz o cualquier otra cosa?

Ella seguía mirándole. La nueva atmósfera que se había deslizado dentro de su personalidad, desde el momento de su primer golpe duro a la mandíbula de Donnell, había crecido como luz que refuerza una aurora increíble, y el interludio había proporcionado únicamente las circunstancias para moderar su curso, sin alterar en absoluto su temperamento. La pistola con la que había estado apuntándole la mitad del tiempo no había producido diferencia ninguna.

—¿No va usted a tratar de arrestarme? —le preguntó ella, poniendo en su tono de voz un leve rastro de menosprecio, como delgada capa sobre los comienzos desconcertantes de la absurda comprensión que yacía debajo.

Simón Templar le sonrió:

—¿Detenerla a usted por huronear y echar fuera a los individuos hasta los que yo me he esforzado por llegar durante años? ¡Jill, querida, tiene usted algunas extrañas ideas de mí!... Pero, a decir verdad, hay en la actualidad un piquete que ronda por ahí en esta ocasión..., están esperando al otro extremo de este agujero de ratas, y está al mando suyo el ayudante comisario mismo, y usted no podría tener la más remota esperanza de pasar sola a través de ese piquete... ¿Le importa que yo me haga cargo por un momento de la artillería?

Quitó la pistola de su mano, que no ofreció resistencia, se la echó al bolsillo, y llevó tranquilamente a la joven por la puerta abierta del armario simulado. Lo hizo todo con tal tranquilidad y calma, con una facilidad y dominio tan absolutos, que pareció que a la joven le abandonaba toda su fortaleza. Era imposible resistirle, y ni siquiera poner en tela de juicio su voluntad: Jill se resignó a ser guiada escalera abajo sin decir siquiera una palabra.

—Por otra parte —dijo El Santo, igual que si no hubiese habido falta de continuidad entre esa observación suya y la conclusión de su último discurso

—, tendrá usted que considerarse a sí misma como detenida, porque, de otro modo, surgiría un obstáculo con el que no estaríamos en situación de tratar eficazmente.

Jill nada contestó. Seguía en su silencio aturdido cuando llegaron a la bifurcación del túnel; esta vez siguieron por el lado de la mano izquierda y caminaron una distancia de un centenar de metros antes que se perdiese tras ellos la luz de la última lámpara, y se encontrase nuevamente en la oscuridad. La joven oyó el ruido del encendedor de El Santo, y vio a mano derecha otro tramo de escalera.

—Suba por aquí.

La tomó del brazo y la guió, dando la vuelta a la curva y subiendo la escalera. Al llegar a lo alto encontráronse frente a una pared lisa; el encendedor de El Santo se apagó en el momento que llegaban a ella. Jill le oyó que andaba manejando algo. De pronto surgió ante ella un estallido de luz, que se fue ensanchando rápidamente, dándole en la cara el aire fresco, en el instante en que la figura de El Santo se silueta en la abertura.

—Todo resulta fácil —dijo la voz imperturbable de El Santo; y Jill le siguió a través de la abertura, encontrándose al comisario ayudante, en el momento que apartaba su pistola.

Habían entrado en una bodega pobremente amueblada; además de Cullis, había en ella una pareja de detectives, vestidos de paisano, y cuatro policías uniformados.

El Santo dijo, echando mano otra vez al brazo de la muchacha:

—La primera captura. Puse fuera de combate a Donnel y a Weald, pero no pude traerlos conmigo. Los encontrarán ustedes en la casa, si se dan bastante prisa a entrar...; el resto de los muchachos de Donnell estaban arrancando astillas a la puerta cuando yo les dejé.

Cullis hizo una señal, y los hombres uniformados se metieron por la abertura de la pared. Los individuos vestidos de paisano titubearon, pero El Santo les hizo señal de que entrasen.

—Yo me llevaré a Trelawney..., y queda cumplido mi papel en la tarea.

Cuando los detectives desaparecieron, El Santo abrió la puerta y condujo a Jill Trelawney a un pequeño vestíbulo desnudo. Cullis les siguió. En la calle había un taxi esperando y Simón empujó a su interior a la muchacha.

Después se volvió hacia el comisario, y le dijo:

—Quizá encuentre usted divertido darse una vuelta por el túnel. Hay en el otro cuarto bastante diversión, que estarán ya descubriendo los muchachos. Se me olvidaba..., la próxima vez que se encuentre con Claud Eustace, dele la

expresión de mi cariño. Dígale que siempre fui el mejor detective de todos ustedes... Esa broma le hará dar saltos de alegría.

Cullis asintió con la cabeza.

—¿La lleva usted a la comisaría?

—Sí —contestó El Santo, con su verdad acostumbrada, y cerró la portezuela.

El Santo se echó hacia atrás y encendió otro cigarrillo, cuando el taxi se apartó del borde de la calle.

—Nos quedan ochenta segundos para alcanzar el próximo tren que nos lleve a Londres —hizo notar.

La joven se volvió hacia él, y apareció en sus labios la cosa más parecida a una sonrisa que él había visto hasta entonces.

—¿Y después?

—Conozco un lugar cerca de Londres donde los trenes se ponen a la velocidad de una persona que camina. Podemos echar pie a tierra en ese lugar, y dejaremos que los sabuesos sintéticos, que infestarán Paddington para cuando el tren llegue a esa estación, sigan esperándonos mientras les dé la gana.

Jill le miró con firmeza a los ojos.

—¿Lo dice de verdad?

El Santo exclamó:

—¡Naturalmente que sí! Puede preguntarme todo cuanto desee que yo le diga. Aquí terminó mi carrera de policía. La verdad es que en ningún momento se me dio un pitoche por tal tarea... ¿Quiere saber usted por qué?

La joven asintió:

—¡Claro que sí!

—Bien; la verdad es que me metí en este juego más o menos por una broma. Una broma y una promesa, Jill, de que algún día le hablaré. O de que quizá nunca le hable. Nada tenía que ver en el asunto si usted estaba o no estaba en lo cierto; aunque, por lo que estaba diciendo el difunto y lamentado Weald cuando le chafé sus pretensiones de jeque, estaba usted en lo cierto, y, realmente, algo tenía que ver eso con lo florida que se presenta la primavera.

Hubo otro silencio. Jill aceptó un cigarrillo y la lumbre que le ofreció. Y luego, le dijo:

—¿Y después que salgamos del tren?

—En algún lugar de este ancho mundo —le contestó El Santo— hay un individuo llamado Essenden. Mañana sale para París, lo mismo que nosotros.

DE COMO LORD ESSENDEN SE VIO MOLESTADO, Y SIMÓN TEMPLAR RECIBIÓ A UN VISITANTE

I

Pues bien, hubo una ocasión en que lord Essenden hizo un disparo de revólver contra Simón Templar, con intención de que hiciese méritos para merecer un par de alas celestiales y una corbata blanca. Simón no le guardaba por eso ninguna clase de mala voluntad a lord Essenden; El Santo era un filósofo y estaba filosóficamente dispuesto a admitir que en aquella ocasión se hallaba forzando el escritorio de lord Essenden con una herramienta descaradamente de robo, es decir, con una palanqueta. De modo que podía afirmarse que lord Essenden estaba dentro de su derecho. Además, la bala no le había dado a Simón por una diferencia de metro.

No; el interés que Simón Templar sentía por Essenden, y en especial por sus viajes a París, había sido siempre vulgar y práctico. Simón había vigilado un tiempo y espiado los negocios de lord Essenden durante meses, de una manera consciente y abnegada, y sabía que Essenden, cada vez que regresaba de un viaje a París (y esos viajes eran más frecuentes de lo que debieran ser los de un par del reino, respetable y casado), depositaba grandes cantidades de francos franceses en su cuenta bancaria de Londres. Y El Santo, que había sido más joven de lo que en aquel entonces era, no ignoraba que los ingleses que acostumbraban a depositar cantidades importantes de francos franceses en sus bancos de Londres cuando regresan de una breve visita a París, son curiosidades; y el coleccionar curiosidades era la vocación de El Santo.

Tenemos, pues, que Simón Templar y Jill Trelawney marcharon a París y se alojaron durante dos días en el Crillon, de la Place de la Concorde, que eligieron porque lord Essenden lo había elegido. Digamos también que El

Santo no mantuvo conversación alguna con lord Essenden, fuera de pedirle en una ocasión que lo disculpase por haberle pisado un pie en el ascensor.

Simón se enteró en el transcurso de la hora cuarenta y nueve de su residencia en el Crillon, de que Essenden salía a la mañana siguiente por el primer tren.

Tenía la habitación en el mismo piso que Essenden la suya. Se retiraba a ella en el mismo instante que Essenden a la suya, y saludó al par con un afectuoso «buenas noches» que le dio en el pasillo, porque aquella noche El Santo se había encontrado con él en el bar y había aflojado su retiro. La verdad era que habían bebido *whisky* juntos. Esto, sin hacer referencia alguna a su encuentro previo. Porque, en aquella ocasión, El Santo estaba enmascarado; y ahora, al encontrar a Essenden, en circunstancias más propicias, no sentía ganas de enconar una vieja querrela.

Bebieron, pues, juntos *whisky*, cosa peligrosa para cualquiera en compañía de Simón Templar; y se retiraron a la misma hora. Simón se desvistió, se colocó el pijama y el batín, y dejó a Essenden una hora y media para que sintiese los beneficios definitivos y finales del *whisky*. Después marchó cómodamente por el pasillo hasta el cuarto de Essenden, dio unos golpecitos, no recibió contestación, entró y encontró al par del reino durmiendo pacíficamente. Essenden no se había molestado siquiera en desvestirse. El Santo lo miró con tristeza, lo tapó tiernamente con la colcha y salió de nuevo algunos minutos después, cerrando tras él la puerta.

Eso fue todo lo que realmente ocurrió en aquel viaje a París, que es importante para las finalidades de esta crónica, porque al día siguiente lord Essenden regresó debidamente a Londres; llevaba una historia de dolor que lo hizo ir directamente a un viejo conocido suyo.

Molestábale a míster Cullis, ayudante comisario de Scotland Yard, tener que celebrar entrevistas con personas que lo visitaban casualmente. Huía de esta obligación siempre que le era posible. Para un individuo particular resultaba una imposibilidad verse con él. Cullis acostumbraba decidir que el asunto en cuestión tenía tan escasa importancia, que podía ser abordado por un subalterno, o que era tan importante que tan solo podía ser tratado por el comisario jefe. Era por naturaleza un hombre retraído. Ayudábale en ese retiro su rango; en los tiempos en que era un superintendente más humilde, no le había resultado tan fácil eludir el contacto con el público en general.

Esa regla tenía, sin embargo, ciertas excepciones, y una de ellas era lord Essenden.

Lord Essenden obtenía audiencia con míster Cullis, ayudante comisario, casi a cualquier hora, porque Essenden era hombre importante y había ocupado un puesto en más de una Comisión Real. La verdad era que, si míster Cullis ocupaba su puesto actual, se lo debía en mucha parte a Essenden. A Essenden no había modo de negarse. De modo que, cuando aquella tarde se presentó Essenden en Scotland Yard, y pidió hablar con míster Cullis, a pesar de que este sentíase contrario a todo el ancho mundo, fue recibido en el acto, aunque era muy posible que un primer ministro fuese despedido sin darle satisfacción.

Entró el hombrecito inquieto de bigotes melancólicos, y le dijo sin más:

—Cullis, Los Angeles de Perdición han vuelto.

Había hablado antes de ver a Teal, que se hallaba presente, masticando estólidamente chicle, junto al escritorio del comisario.

—¿Qué Angeles de Perdición? —le preguntó ásperamente Cullis.

Essenden frunció el entrecejo, y preguntó:

—¿Quién es este caballero, Cullis? —pareció titubear antes de servirse de la palabra «caballero».

—El inspector Teal, que se ha hecho cargo del caso.

Cullis realizó con brevedad la presentación y Essenden tamborileó sobre un asiento, sin brindarse a darle un apretón de manos. Y Cullis repitió:

—¿Qué ángeles y qué perdición?

Essenden le contestó, enojado:

—No se ponga difícil. Ya sabe a quienes me refiero. A la cuadrilla de Jill Trelawney...

Cullis le contestó:

—No hubo nunca tal cuadrilla. Trelawney, Weald y Budd, el Sonrojos, fueron los únicos Angeles de Perdición. No se puede llamar cuadrilla a tres individuos.

—Había otros...

—Sí, que realizaban el trabajo sucio. Pero no eran nada.

Essenden tamborileó con sus dedos sobre el escritorio, con un tabaleo irritado, y repitió:

—Ya sabe a qué me refiero. Jill Trelawney ha vuelto, entonces..., si así le gusta a usted. Y lo mismo le ha ocurrido a El Santo.

—¿Dónde?

—Ayer volví de París...

Cullis le contestó, molesto:

—Y yo marché a Brixton la pasada noche. La verdad es que viajamos mucho, ¿no es cierto? ¿Pero qué tiene que ver esto?

—El Santo se encontraba en París..., y la Trelawney estaba con él.

—Eso ya es hablar... ¿Los vio usted realmente?

—Verlos precisamente, no...

Cullis mordió la punta de su cigarro, dominándose de una manera terrible, y dijo:

—¿Los vio usted o no los vio? ¿O es que estaba bebido?

Essenden reconoció:

—Bebí unos tragos con un individuo al que conocí en el bar. Debió de ser El Santo..., ahora lo comprendo todo. Con seguridad que bebí más que *whisky*. En todo caso, únicamente recuerdo que volví a mi habitación, e inmediatamente..., me quedé dormido. Después de eso, recuerdo que el camarero me trajo el desayuno, y me encontré en la cama completamente vestido. Yo no sé lo que pensaría de mí aquel hombre.

—Yo sí —le dijo Cullis.

—Sea lo que fuere —dijo Essenden—, me han despojado de doscientos mil francos..., de una cartera y de un maletín, cosas que tenían mucha mayor importancia.

Cullis se irguió bruscamente.

—¿Qué significa eso?

—Claro que estaba escrito en código...

—¿Qué era lo que estaba escrito en código?

—Algunas cuentas y algunas direcciones. Pero nada de ello se refiere a Inglaterra.

El comisario ayudante volvió a arrellanarse, y dijo:

—Desde luego, alguien está interesado en usted.

—Eso ya se lo he dicho yo antes —le contestó enojado Essenden—. Pero usted no hace nada.

—Le he ofrecido protección policíaca.

—La he tenido, y uno de sus hombres estaba de guardia fuera de mi casa la noche en que sorprendí a un individuo violentando mi escritorio. ¡Todo el valor de su protección policíaca se reduce a eso!

Cullis se atusó el bigote, y dijo:

—Bien, pero no hay nada que relaciona a El Santo con ese robo, así como no hay nada que relacione a él o a Trelawney con su accidente de París.

Essenden se metió la mano en el bolsillo y sacó una hoja de papel, colocándola en la mesa delante de los ojos de Cullis.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Cullis miró a un dibujito que le era ya familiar..., un dibujo infantil de un pequeño hombre esquelético, con una aureola simbólica alrededor de su cabeza. Pero, además de este, había otro que ni Cullis ni Teal habían visto hasta entonces en aquel contexto..., una figura que tenía faldas, pero que no tenía aureola. Y debajo de esos dibujos estas tres palabras: *Primero de abril*.

—¿Qué me dice de esto? —volvió a preguntar Essenden.

Teal miró con sus ojos adormilados al calendario que había en la pared, y dijo:

—El próximo viernes quedará una semana. ¿Es usted supersticioso?

Essenden se mostró molesto. Era explicable:

—Si se supone que usted está a cargo de este asunto —dijo con molestia—, no aprecio mucho la manera que tiene de cumplir con su obligación... ¿Es así, Cullis, como adiestra a sus hombres para que cumplan con su deber?

Cullis dijo con paciencia:

—Yo no lo entrené. El día primero de abril es el día de los locos, ¿no es cierto?

—No veo el juego.

—Quizá se lo expliquen —dijo Cullis.

Se puso en pie, con aires de quien está ocupado, dando a entender que, por lo que a él se refería, la entrevista había cumplido con su finalidad. En realidad, esta historia era una simple variación sobre un tema que a Cullis empezaba a parecerle fatigoso. Había escuchado demasiadas cosas últimamente sobre un tema que no le causaba ya impresión a fuerza de repetirlo, aunque estaba lejos de quitarle importancia. Pero no podía discutir de ello con Essenden, porque este lord tenía algo que a Cullis le hacía en ocasiones pensar seriamente en el asesinato.

—Hágame usted saber el desarrollo que toma este asunto —le dijo con una finalidad evidente.

Lord Essenden, hay que comprenderlo, a pesar de ser hombre de suficiente importancia para poder asegurarse entrevistas con el comisario ayudante, no disponía de la suficiente para dictar el curso que cualquiera de ellas debía tomar, y esto era siempre un torcedero para la vanidad suya. Se lamentó débilmente:

—Trata este asunto con excesiva ligereza. Creo, Cullis, que debería hacer usted algún esfuerzo.

El comisario ayudante le replicó:

—Toda la Policía de Inglaterra está esforzándose por encontrar a Simón Templar y a Jill Trelawney. Si los encontramos, y cuando los encontremos, serán detenidos y juzgados. No podemos hacer más. Ponga usted su relato por escrito y entrégueselo al sargento Berryman, en la planta baja, cuando usted salga, y haremos que se agregue al expediente. Buenas tardes.

—Le digo, Cullis, que estoy alarmado...

Cullis le hizo un gesto afirmativo:

—Desde luego, parece que van por usted. ¿Por qué será? ¡Buenas tardes!

Essenden sintió en su mano un vigoroso apretón, y se encontró en el pasillo exterior, pestañeando ante una puerta cerrada.

Bajó a la planta baja y redactó su informe formal, tal como se lo habían dicho, pero fracasó su esfuerzo literario por su tono de falta de medida. Después marchó a su club y comió y bebió bien, antes de volver a su automóvil, que le esperaba, dando instrucciones a su chófer, dormido y frío, de que lo llevase a su casa.

«Su casa» estaba en los límites de Oxfordshire, porque Essenden prefería vivir alejado de la vida social de Londres. Lady Essenden se lamentaba de semejante misantropía; pero lord Essenden no le hacía ningún caso. En su género, tenía un carácter casi tan retirado como el de Cullis.

En el transcurso de aquella marcha hasta casa, lord Essenden permaneció sentado y erguido en un rincón de su automóvil, chupando la empuñadura de su paraguas y dándoles vuelta a sus pensamientos desagradables.

Cuando llegó, había pasado la medianoche, y el lacayo que le abrió la puerta le informó que lady Essenden se había acostado hacía dos horas con jaqueca.

Essenden inclinó la cabeza en señal de darse por enterado, y entregó al lacayo su sombrero y su abrigo. Recibió, a cambio, una carta solitaria. La letra del sobre era tan conocida para él, que la llevó a su estudio para abrirla a puerta cerrada. La carta que venía dentro del sobre no le resultó tan sorprendente como lo habría sido un mes antes.

«Eche un vistazo a la caja fuerte que hay detrás de la fila de libros, simulada, de su biblioteca».

Y debajo estaban las copias de los dos dibujos que antes había visto.

Essenden encendió una cerilla y vio cómo el papel se abarquillaba y se ennegrecía dentro de un cenicero. Luego, con un fatalismo totalmente impasible, marchó hacia su biblioteca y recorrió el panel que simulaba una hilera de libros. No sentía ninguna preocupación por los documentos que allí

guardaba, porque había transferido a lugar más seguro todos los importantes que antes tenía en casa.

Abrió la caja fuerte, y se encontró con el libro de notas que había perdido en París.

Hojeó pensativo las páginas.

Todas las anotaciones, que estaban en código secreto, habían sido descifradas, y la interpretación estaba limpiamente escrita entre las líneas.

Essenden estudió el librito durante algunos minutos; después lo metió en su bolsillo y se puso a pasear por el cuarto con paso corto y nervioso.

El libro de notas no estaba en la caja fuerte aquella tarde, cuando regresó de París. Eso le constaba, porque había depositado alguna correspondencia allí, antes de salir para entrevistarse con el comisario. Sin embargo, la carta en que se le decía que mirase la caja fuerte tuvo que ser puesta en el correo aquella mañana temprano, para haber podido ser entregada aquella noche. Y Jill Trelawney y El Santo encontrábanse en París aquella mañana temprano..., y la carta traía el sello de Londres. De la unión de aquellos dos hechos surgía una impresión terrible acerca de su seguridad.

Una suave llamada a la puerta hizo que Essenden estuviese a punto de saltar fuera de su piel.

—¿Manda su señoría alguna cosa más esta noche? —preguntó el lacayo con mucho tacto.

—Un vaso grande de coñac con soda, Falcon.

—Muy bien, milord.

Pocos momentos después llegaba la bandeja.

—Gracias, Falcon.

—Le he preparado algunos bocadillos, milord.

—Gracias.

—¿No manda nada más, milord?

Essenden tomó su vaso y lo miró, colocándolo debajo de la luz.

—¿Ha venido hoy alguna visita?

—No, milord. Pero el joven que envió usted desde Londres a inspeccionar su máquina de escribir, llegó a eso de las seis.

Essenden asintió con lentitud.

Despidió al criado y, una vez cerrada nuevamente la puerta, se dirigió hacia otra biblioteca y sacó de ella un par de volúmenes polvorientos. Metiendo la mano por entre la cavidad, hasta detrás de los restantes volúmenes, extrajo una pistola automática y una caja de cartuchos. Colocó de nuevo los libros. Llevó la pistola hasta la mesa, probó con cuidado su

funcionamiento y la cargó, poniendo el primer cartucho dentro de la cámara y moviendo con el dedo el seguro.

Con la pistola en el bolsillo, experimentó una ligera sensación de alivio.

Permaneció sentado en el estudio hasta horas después, contemplando el rescoldo del fuego que iba muriendo, bebiendo sorbitos de coñac y fumando cigarrillo tras cigarrillo, hasta que el fuego se apagó por completo, y él empezó a estremecerse, porque la habitación se fue enfriando. De esa forma, solitario durante horas, fue meditando acerca de los hechos, formó, examinó y rechazó un plan tras otro, hasta que llegó a formar una idea en la que su cansado cerebro no encontró de momento falta ninguna.

Era un proyecto salvaje y desesperado, uno de esos proyectos que un hombre sólo forma después de una noche en vela, fortificado con demasiados cigarrillos y con un exceso de bebida, tomada a solas y en medio del temor; pero era la única contestación que pudo encontrar para responder a su problema. Estaba completamente tranquilo y resuelto. Cuando se arrastró por último hasta la cama, hallábase más tranquilo, más frío y resuelto que lo había estado nunca en toda su vida. Era lord Essenden, el hombrecito inquieto e irritable.

II

Simón Templar recogió la hoja de papel en la que había estado trabajando espasmódicamente desde su regreso de París, y se aclaró la garganta.

—Tenemos entendido —dijo— que ha sido otorgado el Premio Dumbbell de Literatura a las siguientes líneas:

Está sentado el rey en la ciudad silenciosa,
bebiendo a sorbitos su té de China:
¿Dónde encontraré un caballero sin miedo,
que lleve en mi nombre la espada?

Las bestias están coligadas junto a mis puertas,
los buitres buscan los cadáveres,
hasta que surja un perfecto caballero y cabalgue
para e vo el Graal.

Entonces se alzó y habló un ministro que estaba
sentado, del rey junto a la rodilla derecha:
Basil de Bathmat Dilswipe Boil
viene de una espléndida raza.

Su hermano es barón de Bathmat Boil,

propietario del *Daily Squeal*,
y todo el mundo sabe que él es
impecablemente gentil.

¿Ha acompañado a mis hombres de armas,
ha recibido por mí cicatrices,
para que yo tome a este Basil Boil
entre mis caballeros?

Señor, hace algunos años en una guerra
vos lo llamasteis a la refriega,
y él os habría servido lealmente,
pero su conciencia le dijo que no.

Lleváronlo delante de los jueces,
porque él se rebeló,
y permaneció en la cárcel un año
para salvar su alma del infierno.

Pero, entonces, ¿qué he de tener por un portento,
qué me traes como un signo suyo,
para que yo tome a este caballero
y lo nombre caballero mío?

Señor, estamos presentando un proyecto de ley
que el *Daily Squeal* podría frustrar,
y convendría que lagoteásemos
al Barón de Bathmat Boil.

Entonces levantose el Rey furioso
y los cauterizó con su mirada:
vosotros habéis bebido el vino y la risa,
el orgullo y la gracia de los días.

La última mujer hermosa ha descaecido,
y el último hombre murió de vergüenza,
pero un perro del arroyo me servirá
mejor que ese hombre del que habláis.

Oyéronle y no le contestaron;
oyéronle y no se doblegaron;
y el rey vio su quietud helada
y comprendió que allí acababa todo.

Basil de Bathmat Dilswipe Boil.
Se lo presentaron un día
y el Rey lo nombró su caballero
y volvió la cara hacia otro lado,

Y vio más allá de sus ventanas
las banderas en jirones desplegadas;
y en lo alto de ellas una corona de hierro
y el cansancio del mundo.

—¿Qué se supone que representa eso? —preguntó la joven sin comprender.

—Si no reconoces la poesía cuando la escuchas —díjole El Santo con severidad—, no tienes salvación posible. Pero yo confieso que es una producción bastante amorfa... A medida que adelantaba en la composición, mis sentimientos se volvieron demasiado fuertes para la sátira elegante. Si el día pasado leíste un periódico, verías que le han otorgado el título de caballero al que fue en otro tiempo pacifista. Es probable que el próximo arzobispo de Canterbury sea un violento ateo, y que un confirmado abstemio vaya a ser presidente de la próxima Comisión de Bebidas. Y después de eso, yo meteré mi cabeza en un horno de gas.

Jill Trelawney eligió dos terrones de azúcar de un cuenco de plata, y le hizo observar:

—Parece que hubiese algo que le ha trastornado.

—La legañosa organización de este mundo ciego me trae siempre trastornado. Le trastornaría a cualquiera que no padeciese de garbanzuelo desde su nacimiento.

—Pero ¿aparte de eso?

Simón Templar dijo lujuriosamente:

—Aparte de eso, siento que la vida es, precisamente ahora, muy buena. Tengo en mi bolsillo alrededor de cien mil francos, esperando ser convertidos a moneda inglesa así que los bancos abran por la mañana sus puertas. He hecho un viaje al campo. He descubierto que, si todo me falla, puedo siempre ganarme la vida honradamente como inspector de máquinas de escribir. Me he bañado, mudado y reforzado de mis viajes y fatigas con un trío de salmones verdaderamente soberbios, preparados con una habilidad que habría podido ganarme fama como jefe de cocina. Mi última obra maestra de poesía me ha producido gran satisfacción. Y, finalmente, tengo la agradable compañía de usted. ¿Qué más podría pedir un hombre?

Hallábase cómodamente sentado en su pisito, próximo a Sloane Square, del que disponía hacía mucho tiempo como de una base de reserva para el día en que una pista y un grito pudieran convertir su casa de Upper Berkeley Mews en demasiado peligrosa. Tenía delante de él una taza de café y un cigarrillo entre sus dedos, y miraba a los ojos dorados de Jill Trelawney a través de la mesa, y así fue como habló, protestando:

—Pero, Jill, hay en usted una mirada lejana, que no sé si es de indigestión o de amor.

Jill se sonrió de manera abstraída:

—Estoy pensando en Essenden —le dijo.

—Ya veo que es amor —le contestó El Santo.

—Me preguntaba...

—Seriamente, ¿por qué se preguntaba? En las últimas veinticuatro horas nos hemos dedicado por completo a Essenden. Personalmente, estoy dispuesto a conceder al asunto un descanso. Hemos hecho nuestra tarea, de momento. El huevo, como si dijéramos, está incubándose. Tenemos el gusano en el anzuelo. Todo lo que podemos hacer durante un rato es sentarnos, estar tranquilos y esperar.

—¿Cree usted que él se levantará?

El Santo le contestó en forma extravagante:

—Le he dicho que él se levantará lo mismo que una hogaza sobrecargada de levadura joven y vigorosa. Se levantará tan alto que los faisanes y los arenques rojos no estarán con él en la misma calle. Cuando haya terminado de levantarse, habrá alcanzado una altura tal que tendrá que echar mano de una escalera para quitarse los zapatos. Eso es lo que yo le digo. Jill, hágame caso.

La joven removi6 su café reflexivamente, y dijo:

—Bien mirado, esto es un juego, lo mismo que toda pesca.

El Santo le respondió:

—Con este pez y con este cebo, no lo es. No puede fallar. Fíjese. Metemos el viento a su señoría. Le dimos aire en sus pantalones, una corriente vertical lo bastante fuerte para levantarlo por encima de su sombrero. En eso no hay error. ¿Qué puede, pues, hacer él? No tiene más remedio que: *a)* quedarse tranquilo y prepararse a oír la música; *b)* salir a la calle y que lo atropelle un autobús, o *c)* preparar un contraataque. Bien, no es probable que haga lo primero, *a)*. Si se decide por *b)*, nos ahorra una cantidad de trabajo y molestias. Si recurre a *c)*...

—Sí recurre a *c)*... —dijo la joven.

—Pues hace el juego nuestro. Se lanza en plancha, y una vez que está en juego, nosotros podemos separarnos de él. ¿Qué está usted haciendo ahora, Jill...?

Simón apagó su cigarrillo y se inclinó hacia adelante. Y le dijo a Jill:

—No está usted obrando como debe. Nunca creí que pudiera portarse de ese modo, y su conducta no se parece en nada a la que tuvo hace una semana. Y no me diga que sus nervios están flojeando en la parte estrecha de su espalda, porque no se lo creeré.

—¿Pero qué va a hacer él?

Simón se encogió de hombros y dijo:

—Solo Dios lo sabe. Le digo que nuestra tarea está en entretenernos con el paisaje y esperar. ¿Y qué importa lo que él haga?

Jill Trelawney encendió otro cigarrillo y se sonrió, contestando:

—Simón Templar, está usted en lo cierto. Me estoy volviendo morbosa. He empezado a pensar que las cosas se me están poniendo demasiado fáciles..., en todo. Usted sabe en cuántas cosas me he salido con la mía, y debe de saber que nadie se sale siempre en todo con la suya.

—Lo sé —dijo El Santo alegremente.

La joven asintió, como ausente. Los ojos leonados miraron un momento a través de El Santo. Era en verdad humillante, y al mismo tiempo provocadora, la sensación que su mirada le dio..., que él no estaba allí por el momento, o que ella no estaba allí en modo alguno. A pesar de que ella le oyó a él, encontrábase completamente sola con lo que estaba pensando.

Y de pronto volvió a verlo, y le preguntó:

—¿Sabe que es usted el último socio que yo pensé en tener jamás?

El Santo aspiró suavemente:

—No me sorprendería.

—Y, sin embargo..., ¿se acuerda usted del momento en que me recordó al muchacho mío, al que regresó a los Estados Unidos? —los ojos dorados absorbieron la sonrisa de El Santo—. Fue una ligera quiebra..., supongo que me la merecí.

—Así es.

—Era muy distinto.

Simón alzó sus párpados; pero era una burla que carecía de malicia, y murmuró:

—Y después de ello, mató usted de un tiro a Stephen Weald.

—¿No habría hecho usted lo mismo?

—Claro que sí. Exactamente lo mismo. Y ahí está la cuestión. Pudo haberlo dejado usted para mí, pero yo me quedé a un lado, porque me imaginé que era asunto suyo... Eso fue inteligente nada más que a medias, si lo piensa usted bien, porque de haberlo guardado con vida, le habríamos obligado a hacer confidencias. Pero ¿quién era yo para quitarle semejante satisfacción?

—Lo sé.

—Pero seguimos adelante con el buen trabajo, de modo que ¿por qué razón vamos a molestarnos?

La joven asintió lentamente:

—Sí, seguimos adelante. Quizá ahora no resulte largo el camino.

—¿Y aquel muchacho suyo?

—Cree que me encuentro viajando, perfeccionando mis conocimientos — se echó a reír—. Creo que los perfecciono, si mira usted la cosa de esa forma...

Hubo un silencio.

Y en aquel sencillo silencio empezó una comprensión que no necesitaba explicaciones. El Santo sabía en todo momento qué era lo que no debía decirse... Y cuando, luego, extendió largo su brazo para aplastar el cigarrillo en un cenicero, miró al reloj y se puso en pie; ese movimiento encajó espontáneamente en la cómoda tranquilidad que había reinado a través de la noche. Y dijo con soltura:

—¿Se da cuenta de que es casi la media noche, y hemos tenido un día atareado?

La sonrisa de la joven le dio las gracias, y después que ella se marchó, la recordó El Santo, y permaneció sentado junto al fuego, fumando un último cigarrillo y meditando en los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas.

Las aventuras para los aventureros. Simón Templar llamábase a sí propio un aventurero. Lo que el resto de la gente le llamaba, a nadie le importaba. Desde luego, él había tenido lo que deseaba, de muchas maneras, y el nivel de empresa y de realización que se había propuesto desde el principio de su carrera no mostraba señales de perder ímpetu. Hasta hacía muy poco no había empezado a darse cuenta de que había en la vida para él más de todo cuando había conocido... Y, sin embargo, estaba completamente satisfecho, precisamente entonces. La visión filosófica sobre la vida, de Simón Templar, era su punto fuerte, y esto le mantenía joven. Se sentía feliz en cuanto ocurría algo interesante. Aquella noche era totalmente feliz.

Necesitaba para su completa satisfacción alternativas bien equilibradas de excitación y de contento pacífico de sí mismo. Al empezar a fumar el cigarrillo estaba gozando de una satisfacción propia y pacífica. Cuando fumaba la mitad de su cigarrillo, sonó el timbre de la puerta delantera de una forma breve y nerviosa, y El Santo se puso lentamente en pie con un ligero ceño de duda.

No esperaba recibir visitas en aquella dirección, fuera de los suministradores, porque nunca la había tenido registrada a nombre suyo. En todo caso, no había publicado en los periódicos, al regresar aquella vez a Londres, avisos diciendo que míster Simón Templar estaría encantado de recibir a los amigos y conocidos suyos que tuviesen a bien visitarle. Y eso por razones obvias. El Santo nunca se había distinguido por ocultar su luz debajo

de almudes innecesarios, pero había precisamente conocido los momentos en que le convenía permanecer, con discreción, perdido en la ciudad. Había aprendido ese arte en su cuna, y era este uno de los períodos en que lo aplicó con energía. Era, pues, un indicio de que el visitante sería mal recibido; pero Simón abrió la puerta con una sonrisa benigna, porque tenía sincero interés en salir al encuentro de cualquier dificultad que se presentase en su camino.

—Pero ¡si es Claud Eustace! —exclamó, y se hizo a un lado para que el visitante entrase.

—Sí, soy yo —dijo Teal con seriedad.

Entró, pues, y se filtró hasta el cuarto de estar, a través de la miniatura de vestíbulo. Simón Templar le siguió.

—¿Qué puedo hacer por usted? ¿Quiere una propina para los Dos Mil, o ha venido a pedirme dinero prestado?

El inspector Teal desempaquetó con cuidado una pastilla de goma para masticar, y se la metió en su roja boca.

Teal dijo, como adormilado:

—Santo, me cuentan que ha vuelto usted a ser un chico malo.

El Santo le contestó:

—¿Yo? No. Debe de estar usted pensando en otra persona. Reconozco que estuve en París, pero...

La mandíbula inferior de Teal siguió rumiando rítmicamente.

—En efecto, algo suyo estuvo en París —le contestó.

Simón se apoyó en la repisa de la chimenea y su mirada parpadeó divertida:

—¿Y qué paso?

—En París dio usted una droga a lord Essenden y le quitó un par de centenares de miles de francos. Y antes de eso, mientras actuaba usted como oficial de Policía, abandonó sus obligaciones y maniobró para que huyese una mujer que está acusada de asesinato. Santo, no puede usted seguir haciendo estas cosas. Me temo que no tendré más remedio que volver a molestarle.

—¿Y qué pasa?

Los hombros del detective se movieron encogiéndose pesadamente, y dijo:

—Templar, lo mejor que usted tiene es que se presenta siempre de manera tranquila.

Simón se tocó la barbilla con los dedos, y le preguntó, con acento de inocencia propio de un niño.

—¿Qué quiere decir usted con lo de que vengo de manera tranquila?

Teal le contestó:

—Véngase conmigo a dar un paseo, o, si lo prefiere, tomaremos un taxi. Me apesadumbra tener que molestarle a esta hora, pero cuando llamé antes se hallaba usted fuera, y si lo dejase para mañana por la mañana, es posible que se ausente de nuevo.

—¿Y adónde nos llevará ese paseo..., o ese viaje en taxi?

El señor Teal parpadeó. Parecía estar realizando tremendos esfuerzos para mantenerse despierto.

—A la Comisaría de Policía de Rochester Row.

El Santo protestó:

—¿A Pimlico? Nada de eso. A mí solo me llevan a las comisarías del West End.

Teal le contestó:

—No es a Pimlico, sino a Westminster.

El Santo le dijo:

—Peor todavía. A esa comisaría son llevados los miembros del Parlamento.

Teal se afianzó el sombrero que, a guisa de detective tradicional, no se había quitado al entrar en el piso.

—¿Vamos? —preguntó como dormido.

El Santo le contestó:

—¡Imposible! Lo siento, viejo querido.

Teal le dijo:

—Simón Templar, lo tengo bajo la acusación de...

—Muéstreme la orden de detención.

—¿Qué orden?

El Santo hizo una mueca de extrañeza:

—La orden para mi detención.

—No traigo orden.

—Lo adiviné. ¿Y cómo va usted a detenerme sin una orden?

—Puedo llevarle a usted en custodia...

El Santo le contestó, divertido.

—No puede usted hacer tal cosa. Me estoy portando bien. Me encuentro en mi propio piso, y estoy a punto de acostarme como cualquier ciudadano respetable. No puede usted acusarme de nada. Lo que usted hace, Teal, es una jugada muy burda, y yo se la quiero... ¿No le hace gracia?

Teal cerró los ojos.

—En París...

Simón le respondió tranquilamente:

—En París le robé doscientos mil francos a lord Essenden. Lo reconozco. Si quiere, se lo pondré por escrito, y usted se lo puede llevar para enseñárselo al comisario jefe. Pero es un asunto en el que nada puede hacer usted. El horrendo crimen fue cometido en tierra francesa, y es una cuestión que únicamente le importa a la Policía francesa. Yo estoy en Inglaterra. A un inglés no se le puede aplicar la extradición en Inglaterra en tales circunstancias. Lamento desilusionarlo, desde luego, pero no debe usted tratar de cargarme tales cosas.

—En Birmingham...

El Santo le contestó en la misma forma razonable.

—En Birmingham, un individuo que se llamó en vida Stephen Weald, y anteriormente fue conocido por Waldstein, fue muerto de un tiro por Jill Trelawney. Si lo mató o no lo mató en defensa propia, es asunto sobre el que tendrá que dictaminar el jurado, que es posible que la someta a juicio y que es posible que no la someta... Me imagino que Donnell le contó a usted alguna historia. Sin embargo, yo cumplí con mi obligación y la detuve. Pensé que la había desarmado, pero en el taxi sacó ella otra pistola y me desarmó a mí. Me vi obligado a subir al tren con ella. Cerca de Londres, me obligó a saltar del tren. Ignoro lo que ocurrió después de eso, porque permanecí sin sentido junto a la línea durante varias horas...

Teal le preguntó:

—¿Qué clase de timo está usted tratando de colocarme?

El Santo irradiaba felicidad:

—Estoy simplemente dándole un ejemplo libre de mi defensa, que servirá tan solo para triturarlo a usted por completo ante los tribunales, si se pone usted molesto. Claud Eustace, simpático átomo. El comisario debía de haber recibido mi carta de dimisión, en la que le explicaba que me encontraba tan avergonzado, que no tenía cara para entregársela personalmente. La eché al correo aquella misma noche. Reconozco que demostré ser el más torpón de todos los policías torpes, pero mi deseo bien conocido de salvar mi propia piel a toda costa...

Teal extendió encima de la mesa un pedazo de papel:

—¿Y esto..., el recibo que usted le dejó a Essenden? Yo conozco, Templar, uno de estos dibujos, pero el otro...

—¡Mi mujer! —le contestó de inmediato El Santo.

—¡Vamos! ¿Y cuándo se casaron?

—Todavía no. Esto está en tiempo futuro.

El detective volvió a cerrar los ojos.

—De modo que eso es lo que cuenta, ¿verdad?

—¡Y que es una historia condenadamente buena! —dijo Simón Templar, complacido.

—¿Y qué me dice de esta su nueva casa?

—¿Desde cuánto ha sido ilegal para un ciudadano respetable tener una segunda casa, y hasta un apodo?... Ahora que no me importaría saber como pudo usted localizarla con tanta rapidez.

El detective le contestó, adormilado:

—Hace meses que la conozco. Al presentarme en Upper Berkeley Mews y no encontrarlo allí, vine en seguida a este lugar.

El Santo se echó a reír.

—¡Y de aquí marcha usted otra vez a su casa derecho! ¡Teal, esto no me parece razonable!... Debería usted haberlo estudiado bien antes, de verdad que debería haberlo estudiado. Bueno, ¿va usted a seguir el consejo del tío y a beberse un vaso de agua de cebada antes de marcharse, o quiere discutir un poco más?

Hubo durante algunos momentos un silencio gigantesco..., por parte del inspector jefe Teal. El Santo sintió lo tremendo del mismo; y le divirtió, porque sabía exactamente en qué situación estaba.

Y había en los bolsillos de su pantalón dos puños de hierro abultados y dispuestos a demostrar el valor de sus convicciones, si se le presentaba el desafío...

De pronto Teal abrió los ojos, y su boca se dilató momentáneamente unos centímetros. E hizo una señal de asentimiento, diciendo:

—Siempre fue usted un mozo despierto.

—Ya lo sé —dijo El Santo.

La sonrisa de Teal permaneció invariable. Enderezó su abrigo y se abrochó un botón, que debió de tener un día fatigoso. Sus ojos, de pesados párpados, pasaron en revista los muebles del apartamento.

El Santo le dijo con simpatía:

—Lamento que haya perdido usted su tiempo. Y no quiero retenerlo más, si es que realmente tiene prisa.

—No la tengo —dijo Teal.

Y sus ojos cayeron sobre la silla en que Jill Trelawney había estado sentada.

Simón le siguió la mirada.

—¿Estaba usted obsequiando a una amiga? —preguntó Teal, sin cambiar de expresión.

El Santo le contestó cariñoso:

—A mi tía Ethel. Se retiró momentos antes que usted llegase. ¡Es una lástima! Es posible que usted la encuentre aquí otro día.

—¿Qué años tiene su tía Ethel?

El Santo le contestó:

—Anda por los cincuenta. Es algo joven para usted, pero eso no importa para que pruebe fortuna. Le enviaré su dirección. A lo mejor le agradecería encontrarlo alrededor de Rochester Row.

Teal se sacó las manos de los bolsillos y cruzó el cuarto como una locomotora. Únicamente de un hombre como él podía decirse que se movía como una locomotora.

Su locomoción era engañadora. Parecía ser extraordinariamente pesada y muy lenta y torpe en su tránsito, pero era realmente muy ágil. Teal recogió un bolso de la silla y lo examinó sobriamente. E hizo notar:

—Su tía Ethel tiene un gusto charro en cuestión de bolsos... ¿Cuántos años dijo que tenía?

—Unos ciento cincuenta —le contestó El Santo.

Teal abrió el bolso y pasó a examinar los objetos que contenía, sacándolos uno por uno, y colocándolos encima de la mesa después de examinarlos. Lápiz de labios, polvera, espejo, cajita de peine, pañuelo, caja de cigarrillos, lápiz de oro, algunas tarjetas de visita.

Teal leyó una de las tarjetas:

—Princesa Selina von Ruprecht... ¿De dónde procede su tía?

El Santo contestó sin titubear:

—De Lituania. Tengo también en Checoslovaquia algunos parientes distinguidos —agregó con modestia.

Teal dejó el bolso encima de la mesa, y se volvió, con desacostumbrada vivacidad:

—Me agradecería conocer a esta princesa.

—Llámela «tía». Le agrada. Pero no puede usted conocerla aquí esta noche, porque ya se marchó a casa.

Teal le contestó complacido:

—Volverá en busca de su bolso. Esperaré. Y, mientras espero, me gustaría conocer algunas de las habitaciones de este piso.

Simón Templar se arrancó de la repisa de la chimenea en la que había estado apoyado, y miró deliberadamente a Teal a los ojos, diciéndole:

—No esperará usted, porque da la casualidad que quiero acostarme, y prefiero despedirlo antes. Y no registrará usted este piso, bajo ningún pretexto, porque no trae una orden de registro.

Teal se mantuvo firme junto a la mesa, y dijo:

—Tengo razones para creer que está usted dando refugio a una mujer a quien se busca por asesinato. El Santo repitió:

—Usted no tiene una orden de registro. No sea estúpido, Teal. Puede que yo sea un tipo sospechoso, pero usted no tiene nada concreto contra mí, aparte de mi pequeña exhibición de París, que no es asunto suyo..., es decir, nada, en todo el ancho mundo. Si trata usted de registrar este piso, me opondré a ello por la fuerza. Más aún, lo echaré por la escalera abajo y lo arrojaré a la calle con tal violencia, que va a encontrarse en los almacenes de Harrods. Y si usted trata de detenerme por eso, el magistrado le regañará como es debido. Es posible que en otros tiempos se hubiese salido usted con la suya, pero no ahora. La Policía no goza de popularidad actualmente. Mejor será que mire dónde pisa.

Teal le dijo:

—Puedo conseguir una orden en dos horas.

El Santo le contestó brevemente:

—Consígala, pues. Y no venga a molestarme mientras no la tenga en el bolsillo. Buenas noches.

Cruzó la habitación y abrió la puerta. Teal, tras unos segundos de espantosa vacilación, salió al vestíbulo.

Simón le abrió también la puerta de la calle, y Teal se detuvo en el umbral, diciendo con soñolencia:

—Es usted un mozo inteligente, Santo. No se meta en la cama, porque volveré con la orden antes de dos horas.

—Buenas noches —le repitió El Santo, y cerró la puerta en la cara del detective.

Volvió al cuarto de estar y encontró a la joven colocando dentro del bolso los objetos de su propiedad. Ella le dijo:

—Lo escuché todo.

El Santo le habló así:

—Teal colocará antes de cinco minutos en el exterior de la puerta de la calle a un hombre, para que vigile mientras él se dirige a sacar la orden. Entre tanto...

Resonó en la calle el silbato policíaco, agudo y chillón, y una ligera sonrisa apareció en la boca de Simón Templar, que dijo:

—En este momento, se halla en la escalinata haciendo sonar el silbato. No correrá ningún riesgo. No marcha en busca de un hombre..., espera hasta que el hombre venga a él. Quiere estar completamente seguro de que, quien se encuentre aquí, no va a escurrirse por detrás de su espalda. Y usted es la persona a la que quiere encontrar aquí.

Jill Trelawney asintió, y dijo suavemente:

—Acusada de asesinato.

6

DE COMO SIMÓN TEMPLAR SE ACOSTO, Y MISTER TEAL SE DESPERTÓ

I

Simón había sacado del bolsillo su estuche de cigarrillos, y eligió uno, con el pensamiento en otra parte. Lo encendió, mirando a un cuadro que tenía delante, pero que no vio; su sonrisa, débilmente pensativa, apareció en las comisuras de sus labios, con una expresión bastante peligrosa y despiadada. Aquel era Simón Templar, que nunca se preocupaba por nada.

—Desde luego, que me reconozco bastante culpable de haberseme pasado esto por alto.

—¡Naturalmente! —le contestó ella, en un tono que podía competir con el de El Santo en tranquilidad—. Es usted capaz de pasarse veinticuatro horas al día hablando solamente de su culpa.

El Santo alzó su mirada para ver la cara de la joven. Su belleza estaba completamente serena y tranquila. No se veía en ella nada..., ni un estremecimiento de boca, ni un parpadeo de ojos. Y todo eso, a menos que se hiciese inmediatamente algo, podía significar que tenía menos de dos meses de vida por delante, antes que un lacayo a sueldo de la ley la ahorcase...

El silbato de Teal se dejó oír de nuevo en la calle como un alma en pena.

Y Jill Trelawney se echó a reír. No histéricamente, ni siquiera como una fanfarronada. Se echó a reír nada más. Suavemente.

Dio vuelta a su chaqueta de *tweed* liso, y él distinguió una pequeña pistolera en el ancho cinturón que llevaba.

—Pero yo nunca lo perdí del todo de vista —dijo ella—. No le perdí por completo de vista.

Simón se acercó, rodeando la mesa, y sus dedos se cerraron sobre su muñeca como un círculo de frío acero.

—Nada de eso —dijo.

Los ojos de ella se clavaron en los de él, y le contestó:

—Es el único recurso que me queda. Nunca sentí debilidad por el Old Bailey..., las multitudes..., y el gorro negro. Y las tres semanas de espera de Holloway, con el capellán acercándose todos los días como un funeral. Y el último desayuno..., ¡a una hora tan absurda de la mañana! —el brillo de sus ojos era de pura diversión—. ¡No es posible que nadie pronuncie a las ocho de la mañana un buen discurso de moribundo!

El Santo le dijo ásperamente:

—Está usted diciendo tonterías.

—De ninguna manera —le respondió—. Y usted lo sabe. Si tenemos que llegar a lo peor...

—No hemos llegado todavía a eso.

—Todavía no.

—Ni llegaremos, muchacha... Ni llegaremos mientras yo esté cerca.

Ella volvió a reírse.

—¡Simón, es usted verdaderamente un encanto!

—¿Y ahora lo descubre? —le dijo El Santo.

Él hizo que ella se sonriese. A pesar de que su risa no había sido ni de histerismo ni de fanfarronería, no era como para tranquilizarlo. No era lo mismo que ella se sonriese. Y él encontró fácil hacerla sonreír.

Pero ella estaba fundida de manera tan poco corriente, que él no podía estar tranquilo en semejante momento. Eran socios muy recientes, y ella le era aún casi una desconocida. Eran amigos familiares, de un plazo de un par de días; y él apenas la conocía. En el tiempo de su enemistad había reconocido en ella una independencia exenta de temor, que ningún hombre habría tratado con ligereza de dominar..., a menos que fuese un hombre de vanidad insana. Y aquella independencia, exenta de temor, estaba acompañada de un inconsciente alejamiento. Seguía su propio consejo, sin darse cuenta de que cualquiera podía considerar que tenía derecho a conocer cuál era ese consejo. El alejamiento era totalmente inadvertido... El Santo adivinó que nunca había estado en ella, antes de los tiempos de Los Angeles de Perdición, y que cuando el trabajo de estos Angeles estuviese realizado, desaparecería.

El silbato de Teal estaba callado. Simón miró a la calle desde la ventana, y vio que Teal se había marchado. Pero había, al pie de la escalinata, en la acera exterior, un individuo de uniforme, que miraba de cuando en cuando hacia arriba.

—¿Qué pasa?

El Santo le contestó:

—Marchó a buscar su orden. Tire usted su pan a las aguas, y lo encontrará al cabo de muchos días. Podemos dar gracias de esto a sus Angeles de Perdición. Si ustedes no hubiesen cubierto a la Policía de impopularidad, Teal se habría arriesgado a realizar la búsqueda sin una orden. Estando como están las cosas, disponemos de unos minutos de gracia, que pueden llegar hasta dos horas. Perdóneme.

Entró en el dormitorio y eligió de su guardarropa una chaqueta. Volvió con ella y con una almohada de la cama.

—Póngase a ese lado de la habitación.

La joven le obedeció, llena de perplejidad. El Santo empujó un sillón, colocándolo contra la ventana, puso la almohada dentro de la chaqueta que había traído, y sentó almohada y chaqueta en el sillón.

—Y ahora, ¿dónde está su sombrero?

Lo encontró y lo colocó sobre un bastón, encima de la chaqueta. Después llevó una mesita y la puso junto al sillón; y, encima de la mesita, puso una lámpara pequeña. Después de un examen calculador, encendió la luz de la lamparita.

—Apague ahora la llave que tiene a su lado.

Así lo hizo Jill, y la única luz que quedó en la habitación fue la de la lamparita que estaba encima de la mesa, junto al sillón arrimado a la ventana. El Santo dijo:

—La Sombra de la persiana. Un misterio en tres actos. Acto primero.

La joven le miró:

—Y el acto segundo... ¿será el escape por la escalera de incendios?

El Santo hizo un signo denegatorio.

—No. No tenemos esa escalera. ¿Por qué no probamos la puerta de la calle? ¿Está usted dispuesta?

Le entregó su bolso, salió al vestíbulo, y trajo su maletín, que abrió para ella, diciéndole:

—Póngase otro sombrero. Tiene usted que parecer ordinaria.

Ella asintió. En un par de minutos estuvo dispuesta, y bajaron juntos por las escaleras. Al pie de estas se detuvo, y le dijo, señalándole:

—A la vuelta encontrará usted un tramo de escaleras que llevan al sótano. Espere ahí, sin dejarse ver. Cuando me oiga subir otra vez por las escaleras, salga inmediatamente por la puerta delantera, tome un taxi y diríjase al Ritz. Inscríbese allí como mistress Joseph M. Halliday, de Boston. Míster Joseph M. Halliday..., yo mismo..., llegará a las diez de la mañana para almorzar.

—¿Y el acto tercero? —le preguntó ella.

El Santo dijo con serenidad:

—Ese consistirá únicamente en un diálogo lleno de viveza entre Teal y yo. Buenas noches, Jill.

Él le alargó la mano. Ella la tomó:

—Simón, no solo es usted un encanto..., sino que es también un mozo inteligente.

El Santo murmuró:

—Es precisamente lo que dijo Teal. Duerma bien, Jill... y no se preocupe. La dejó allí, fue y abrió la puerta delantera.

—¡Oficial! —dijo con serenidad.

Parecía un individuo asombrosamente respetable; el policía aflojó su vigilancia.

—¿Qué le ocurre, señor?

—Parece que en el piso debajo del mío sucede algo extraño...

El agente subió los escalones de la escalinata.

—¿En qué piso vive usted, señor?

—En el segundo.

Los ojos de la ley examinaron la respetabilidad nerviosa de El Santo con mirada fija; y el dedo de la ley hizo una señal de llamada.

Simón siguió al agente hacia el exterior, y su dedo apuntó hacia arriba. Podía verse en la ventana del primer piso una silueta adosada a una cortina.

Y el hombre de la ley dijo en tono solemne:

—En ese piso, señor, hay una mujer a la que se busca por asesinato.

Simón miró hacia arriba y preguntó:

—¿Y por qué no la detiene usted?

El agente le contestó:

—El inspector ha ido en busca de una orden de arresto, y yo estoy de guardia en tanto que él vuelve. ¿Y qué fue lo que usted oyó en el piso, señor?

El Santo dijo con acento sepulcral:

—Un ruido como si se quejase una persona. Dura ya algún tiempo. Parece como si alguien estuviese agonizando. La cosa me alarmó, bajé y llamé al timbre, pero no conseguí que me contestasen.

—¿A ver? —dijo el agente.

Se pusieron a escuchar.

—No oigo nada.

El Santo le contestó:

—Desde aquí abajo y con la ventana cerrada, no es posible que oiga nada. El ruido no es muy fuerte. Pero puede usted oírlo con toda claridad desde el descansillo de delante del piso.

—Sigue sentada en esa ventana —dijo el agente.

Miraron hacia arriba, el uno al lado del otro. El Santo dijo como dudando:

—Está sentada muy quieta, ¿no le parece?

Siguieron mirando durante más tiempo, hasta que el agente dijo:

—¡Qué cosa más rara! Ahora que usted lo dice, la verdad es que está sentada inmóvil. En todo el tiempo que llevamos mirando no se ha movido ni medio centímetro.

El Santo dijo nerviosamente:

—No me gusta este asunto, oficial. Si usted hubiese oído esos gemidos...

—No oigo ahora ningún ruido.

—Le digo a usted que a mí me dio el hormiguillo... ¿Sabía esa mujer que usted iba a detenerla?

—Sí, creo que lo sabe perfectamente.

—¿No estará suicidándose...?

El agente siguió alargando el cuello, y dijo:

—Creo que debiera averiguar lo que hay en este asunto. Pero no puedo abandonar mi puesto. El inspector me dio orden de no moverme bajo ningún pretexto. Pero si ella está tratando de escapar de la justicia...

—Aún no se ha movido —dijo Simón.

—No, no se ha movido.

—No comprendo cómo puede usted dejar su puesto si es que entra en la casa —dijo pensativo El Santo—. Igual vigilaría usted la casa desde fuera de la puerta que estando aquí.

—Eso es verdad —dijo el agente.

Miró a El Santo.

—Suba usted conmigo —le dijo.

—Como una bala —contestó El Santo con timidez, y siguió la voluminosa estela del de la ley.

Estuvieron algún tiempo escuchando fuera de la puerta del piso, y, como es natural, nada oyeron.

—Es posible que por ahora esté muerta —aventuró a decir Simón morbosamente.

El de la ley aplicó su índice rollizo al timbre.

Transcurrió un minuto.

El de la ley repitió la llamada sin resultado.

El Santo carraspeó, y dijo:

—¿No podríamos entrar?

El de la ley movió negativamente la cabeza.

—Es preferible que esperemos a que el inspector vuelva. No tardará mucho.

—Venga, y espere en mi piso.

—No puedo hacerlo, señor. Tengo que vigilar esta puerta.

Simón asintió, y dijo con un suspiro:

—Bien, me largo. Estaré en el piso de arriba, si me necesita.

—Si algo hubiese ocurrido, creo que el inspector deseará verlo, señor. ¿Puede darme su nombre?

—Essenden —le contestó Simón Templar volublemente—. Marmaduke Essenden. Su inspector conocerá mi nombre.

Vio cómo su nombre era anotado en el libro del agente, y marchó escaleras arriba. Esperó en el descansillo hasta que oyó que el agente bajaba las escaleras, y luego descendió, metiéndose en su propio piso.

Estaba leyendo, en pijama y batín, cuando una hora y media más tarde llamaron a su timbre. Salió a abrir inmediatamente.

Quien estaba fuera era Teal, y detrás de Teal estaba el agente. Al ver a Simón, el agente miró con ojos atónitos, y dijo bruscamente:

—Este es el hombre del que le hablaba, señor.

Teal le dijo, rabioso:

—Lo supe, estúpido, en cuanto me dijo el nombre que él le dio.

Se metió, sin embargo, en el cuarto de estar. Su cara, redonda y colorada, estaba más roja que nunca; y por una sola vez pareció que sus mandíbulas no estaban ocupadas con el producto de la Wrigley Corporation.

El agente le siguió, y Simón fue muy humildemente tras él.

—¡Y ahora, mire usted esto! —exclamó Teal con amargura.

El Santo se mantuvo con deferencia a un lado, y el agente permaneció en su sitio, contemplando con la boca abierta la línea que le indicaba el dedo índice de Teal. El Santo no había tocado para nada el improvisado maniquí del sillón. Tuvo la sensación de que habría sido poco cariñoso privar al agente de aquel tema que la silueta misteriosamente inmóvil tenía que proporcionarle durante su vigilia.

Teal dijo amargamente:

—Y mientras usted hacía el tonto aquí arriba, Jill Trelawney se largaba por la puerta delantera, poniendo tierra por medio... ¡Y se llama usted agente de policía!

Simón tosió gentilmente y dijo:

—Yo creo que el agente lo hizo con la mejor intención.

Teal se volvió hacia él. Los ojos, de pesados párpados, del detective relampaguearon, al borde peligroso de la furia.

El Santo sonrió.

Lenta, deliberadamente, la boca de Teal se cerró sobre la palabra que había estado a punto de largar. Lentamente, los pesados párpados de Teal se cerraron. Y dijo:

—Santo, le dije antes que era usted un mozo aprovechado.

—Eso dijo también tía Ethel —contestó El Santo.

II

Simón Templar, descansado por el sueño de una buena noche, salió para, el Ritz la mañana siguiente, a las nueve y treinta.

La noche anterior no lo mantuvieron despierto demasiado tarde. Teal, volviendo a su vieja actitud de soñera montañosa de la que había permitido que lo sacasen, se había retirado tranquilamente. En realidad, tres cuartos de hora después de la visita de vuelta del detective, Simón estaba profundamente dormido.

Teal no tenía en verdad sobre qué sostenerse. Claro está que El Santo se había conducido con mucha curiosidad; pero no hay ninguna ley que castigue a quienes se conducen de manera curiosa. El Santo había mentido; pero el mentir no es en sí mismo una ofensa criminal. No es ni siquiera una infracción el arreglar encima de un sillón un muñeco, de manera que reproduzca sobre una cortina una silueta realista. Y no hay estatuto que impida que un individuo reclame como tía suya a una princesa lituana, a condición de que no lo haga con el propósito de cometer una estafa... Por eso Teal no tuvo más remedio que volver a su casa.

Un principio fundamental de la ley inglesa es este: la sospecha no es una prueba. La ley trata únicamente de realidades, y un millar de circunstancias sospechosas no constituyen una realidad.

Nadie había visto a la princesa Selina von Rupprecht. Nadie consiguió siquiera demostrar que su verdadero nombre fuese Jill Trelawney. Por consiguiente, resultaba imposible formalizar una acusación contra Simón Templar por las actividades de aquella noche. Y Teal era lo bastante prudente

para saber cuándo estaba malgastando el tiempo. Había en la mirada de El Santo un centelleo que quitaba ánimos para intentar tirarse una fanfarronada.

A la mañana siguiente, cuando Simón bajaba por las escaleras, iba murmurando para sí mismo:

—Y, sin embargo, mozos y mozas, Claud Eustace tiene fama de gozar de una buena memoria. La diversión de la última noche debería hacer que esa memoria se dilatase durante largo tiempo. No, yo no creo que vayamos a encontrar la vida tan fácil como lo fue otro tiempo.

La casa estaba vigilada, desde luego. Al salir a la calle observó, sin dar señales de observar, que había dos hombres conversando animadamente en la acera contraria; y, supo, al caminar, sin necesidad de volverse a mirar, que uno de ellos iba tras él.

La cosa no tenía importancia, salvo como presagio.

No ofreció diferencia para el propósito de El Santo de ir a almorzar en el Ritz como míster Joseph M. Halliday, de Boston, Mass. En realidad, había salido de su piso para cumplir con aquel requisito, más temprano que lo que hubiera debido. Nada suponía para la juventud de Simón Templar que le siguiesen hombres grandes, trajeados de cualquier manera, y esa clase de persecuciones subalternas habían dejado de causarle molestias.

Dejó a su detective en las proximidades del Marble Arch, y cogió un taxi que lo llevase hasta el Ritz con la cómoda certeza de sentirse perdido temporalmente para los ojos de la Policía. El par de gafas de cuerno que se colocó dentro del taxi completaron eficazmente su sencillo disfraz.

Llegó en el momento que daban las diez, entrando detrás de la bandeja del desayuno. Aprovechándose de la presencia del camarero, besó a Jill como marido cariñoso, y tomó asiento, diciéndose que el día comenzaba bien.

Así que estuvieron solos, El Santo se apresuró a decir:

—Verdaderamente, la Policía ejerce sobre sí un dominio perfecto.

La joven conservó su seriedad mediante un esfuerzo, y le preguntó:

—¿Se marcharon tranquilamente?

El Santo le contestó:

—Decir que se marcharon como corderos, no es decir nada. Se diría más bien que eran corderos que tenían aspecto de tigres hambrientos en el exterior de una carnicería, en un día de cierre temprano.

Detalló la parte de sus astucias que ella no había presenciado, y tuvo su recompensa en la manera como ella se echó hacia atrás y le miró.

—Es usted un prodigio —exclamó Jill, diciendo lo que sentía.

—Estos halagos perjudican a mi corazón —le contestó.

Echó mano a uno de los periódicos que habían llegado en la bandeja, y revisó cuidadosamente la columna de pérdidas, sin encontrar lo que buscaba. No tuvo mejor suerte con todos los demás.

—No ha tenido tiempo —dijo Jill.

Simón asintió con un gesto, y dijo:

—Mañana. Me juego cinco libras. ¿Van?

Se pasaron el día sin salir del Ritz, holgazaneando; pero ninguno de ellos sentíase tentado a arriesgarse en aquel momento. Scotland Yard, mientras tanto, que había recibido el latigazo de los hirientes comentarios del inspector Teal, se tiraba de los pelos, y revolvió Londres. Como es natural, no pensaron en el Ritz ni por un momento; míster y mistress Joseph M. Halliday se abstuvieron de poner el pie fuera del hotel.

El anuncio apareció en *The Times* a la mañana siguiente. En el transcurso del día anterior se habían divertido, especulando sobre la forma que tomaría; y la verdad fue que ninguno de los dos se acercó a la realidad.

Injusticia. —Podría corregirse una gran injusticia si la Dama de París viese a una persona que se encuentra ansiosa de hacer la restitución, a cambio de su perdón.— *El Lord de París.*

—Se me llenan los ojos de lágrimas —dijo El Santo.

—¿Le cree usted? —preguntó Jill.

Simón se encogió de hombros y le contestó:

—No es imposible. Usted dice que tiene la seguridad de que él intervino en el complot para desgraciar a su padre. Bien, ahora sabemos algunas cosas acerca de *este individuo*. Él tiene algunas razones para respetarnos, y es posible que, como hombre cauteloso, crea que es un paso prudente hacer un tratado.

Jill Trelawney, cubriendo de mantequilla una tostada, asintió, contestándole:

—Y con todo eso, es una trampa.

—No para la Policía. Essenden no se atrevería a ello... teniendo en cuenta lo que nosotros sabemos: cinco años de cárcel a trabajos forzados por traficar con drogas ilícitas.

—No, para la Policía no. Para él solo.

Simón encendió un cigarrillo.

—¿Quiere hacer el toma y daca?

—Sí —la joven le miró a la cara—. Lo haré. Veré a Essenden esta misma noche.

—¿Dónde?

—En su casa. He estado en ella antes de ahora. ¿Que si perdonaré? —la joven le sonrió y El Santo se echó a reír—. En su casa me esperará de hoy en adelante. No aguardará que yo le escriba..., me conoce demasiado bien.

El Santo le dijo:

—Como la conoce a usted demasiado bien, esperará dificultades.

—¡Naturalmente!

—¿Y las tendrá?

La joven, con una taza de café en la mano, contestó con mucha tranquilidad:

—Hace un año juré matar a cuantos intervinieron en la ruina de mi padre. Waldstein murió ya. Sospecho de Essenden. Si encuentro pruebas en contra suya...

El Santo le dijo tranquilamente:

—Así es como yo solía obrar en otro tiempo.

¿No se le ha ocurrido pensar nunca que quizá obrase usted mejor si buscase pruebas que justificasen el buen nombre de su padre, en lugar de buscar únicamente la venganza?

Jill Trelawney le contestó:

—Mi padre murió.

Simón no tuvo nada que contestar.

Pasaron otro día inactivos, leyendo y hablando volublemente. Esas largas conversaciones resultaban fascinadoras para Simón Templar, pero lo enloquecían. Ella no hablaba nunca de los Angeles de Perdición, ni de la acusación que había contra ella, ni de la inflexibilidad imperturbable de sus propósitos. Esas cosas eran como un fondo negro de su presencia: no dejaban que se saliese nunca de aquel fondo, que escapasen a él.

Simón Templar sentíase a sí mismo como un ser extraño en presencia de aquel fondo. Nunca pudo, en su extraña alianza, penetrar en los lugares secretos de su alma. Pero seguía su juego. Ella hablaba con aquel aire de inadvertencia, y él la dejaba que siguiese en el mismo. No trató de repreguntar. Ella era una solista: él su acompañamiento, que apenas se oía, valioso, perfectamente entonado, pero subordinado y medio ignorado. Fue una de las más saludables experiencias de la vida violenta de El Santo. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? El cerebro de una mujer, dominada por una sola idea, es como una calle de una sola dirección: no tiene uno más remedio que seguir el tráfico, o meterse en dificultades.

Ella no mencionó la aventura en que iban a entrar hasta la noche. Hasta después de comer, cuando ella le sonrió a través de la mesa y del estuche de

cigarrillos de El Santo, y le dijo:

—Santo, es usted muy atento en querer acompañarme.

—Muy atenta usted en querer ser acompañada —le contestó con mucha cortesía.

—¿Le atrae la idea de actuar como personaje accesorio en otro asesinato? —le preguntó ella.

—Me atrae tremendamente —le contestó El Santo.

—Ya sabe usted que la cosa acabará probablemente en eso.

—Yo he disfrutado siempre con un buen asesinato.

Jill se llevó la mano a la cintura. El Santo sabía qué era lo que ella llevaba debajo de su chaqueta. Desde la noche anterior había examinado el arma con ojo profesional.

—¿Lleva usted pistola? —le preguntó Jill.

—Me despreocupo de pistolas. Son unas cosas feas, que hacen ruido. Son también peligrosas. Pueden disparársele a uno.

La joven rompió a reír súbitamente, y le dijo:

—Sin embargo, usted ha demostrado que no es tonto. Si no lo hubiese demostrado, yo quizá me hubiese dejado convencer... ¿Está usted listo?

El Santo miró su reloj, y le contestó:

—El auto debería estar ya aquí.

Cinco minutos más tarde salían al auto..., que era una *limousine* lujosa, con chófer de librea, pedida por teléfono para aquella solemnidad.

Simón dio la mano a la muchacha para que subiese, y se entretuvo dando direcciones al chófer.

Fue una pura coincidencia que el inspector jefe Teal pasase por Piccadilly, en aquel instante. El auto no estaba en Piccadilly, sino, en la entrada lateral del hotel, en Arlington Street, calle que Teal estaba cruzando. Se fijó en el auto, como en todo lo que ocurría a su alrededor, con sus ojos legañosos, que parecían no fijarse en nada y que en realidad no perdían nada de vista.

Vio a un hombre que hablaba con un chófer. El hombre llevaba un gabán con el cuello subido hasta la barbilla, un sombrero blando echado sobre sus ojos y unas gafas con armazón de cuerno. Es sorprendente la cantidad de cosas que pueden ocultar entre sí esos tres artículos en la cara de un hombre..., en especial de noche. Teal pensó que en aquel hombre había algo que le era familiar, pero no pudo establecer inmediatamente la asociación de ideas.

Se detuvo Teal en la esquina del Ritz y vio cómo el hombre entraba en el auto. En aquel instante no buscaba a Simón Templar. La verdad es que ni

siquiera estaba pensando en Simón Templar. Durante las últimas cuarenta y ocho horas apenas si había pensado y hablado de otra cosa que de Simón Templar, y su cerebro estaba fatigado de ese pensamiento.

Así, pues, permaneció donde se encontraba, meditando de una manera inerte, hasta que el auto entró en Saint James Street. En ese instante, una mujer se inclinó hacia adelante a fin de tirar una colilla por la ventana, dándole de lleno en la cara la luz de un farol de la calle.

La mujer no llevaba sombrero. Vio una cabellera recta, negra como el azabache, unas finas cejas negras y rectas; los ojos estaban en profunda sombra, y los labios rojos. Esas cosas no pertenecían a ninguna mujer conocida suya.

Arrojó lejos de sí un trozo de menta verde que había perdido todo su sabor, sacó del paquete que tenía en el bolsillo una nueva oblea de chicle, se la metió en la boca y se puso a masticarla con renovado entusiasmo. Y luego siguió su camino, meditando siempre.

Aquel vacío de su memoria le molestó, y siguió molestándole incluso cuando lo hubo llenado, por que una de sus jactancias era que jamás se olvidaba de una cara. Aquel era, en muchos años, su primer caso, y jamás consiguió explicárselo a su plena satisfacción.

Fue casi una hora más tarde, en el momento en que estaba charlando con el inspector divisional de la comisaría de Walton Street, cuando se descorrió súbitamente en el cerebro de Teal aquel espacio ciego.

El inspector divisional le hizo notar:

—Si no le parece a usted mal que se lo diga, señor, me parece que probablemente hemos estado peinando los sitios equivocados. Un hombre y una mujer como Templar y Trelawney pueden reunir entre ellos bastante nervio. Se hospedan probablemente en algún lugar como el Ritz...

La boca de Teal se abrió de golpe y sus pequeños ojos azules parecieron quedar tragados en su cara. El inspector divisional se le quedó mirando fijamente:

—¿Qué ocurre, señor?

Teal dejó escapar un lamento:

—¡Él Ritz! ¡Válgame el santo Moisés! ¡El Ritz! Salió de la comisaría como una alpaca en estampía, dejando al inspector divisional con la boca abierta y mirando el espacio que había estado ocupando. La salida inesperada, una carrera sin aliento por Yeoman's Row, lo llevaron hasta Brompton Road, y tuvo la buena fortuna de echar mano a un taxi sin que tuviese que esperar.

—Al hotel Ritz. Llévame como todos los diablos. Soy oficial de Policía.

Trepó al taxi, estallándole los pulmones. Hacía mucho tiempo que había dejado atrás sus tiempos de correr carreras de velocidad.

Estaba ahora completamente despierto..., ahora que advertía con disgusto que era bastante tarde en el día para despertar.

Unos minutos después estaba entrevistándose con la gerencia del Ritz. El gerente se mostró ansioso por ayudar, aunque defendiendo al hotel de toda clase de publicidad equívoca. A Teal no le interesaban las susceptibilidades privadas de la gerencia. Hizo sus investigaciones fríamente y con eficacia, y no le llevó mucho tiempo estrechar la búsqueda hasta dejar un solo nombre en el registro..., el de los encantadores míster y mistress Joseph M. Halliday, de Boston, Mass.

Teal revisó el pequeño departamento que habían ocupado, y oyó de labios del camarero de piso el relato de cómo mistress Halliday había estado en cama muy resfriada desde su llegada, y de cómo míster Halliday no la había abandonado un solo momento, como marido norteamericano verdaderamente abnegado. Aquella noche era la primera que habían salido. Mistress Halliday se había sentido mucho mejor, y míster Halliday había decidido que una breve excursión al campo, bien abrigada y en un auto cerrado, le haría muchísimo bien.

Teal comentó sarcásticamente:

—¡En una hermosa noche de invierno! ¡Y, desde luego, en la oscuridad podrían disfrutar de los panoramas! Sí, es un magnífico relato.

La fuente de aquellos informes pareció hacer notar que semejantes excentricidades eran de esperarse en los norteamericanos ricos.

Teal se mostró conforme:

—Desde luego, en los norteamericanos muy ricos.

Recogió un pequeño maletín de cuero. Estaba vacío. Investigaciones más amplias demostraron que era el artículo único de su propiedad que míster y mistress Halliday habían dejado en la habitación.

—¿Llevaban con ellos algunas mantas de viaje? —preguntó Teal.

—Las pidieron prestadas al hotel, señor, para la excursión.

Teal les contestó:

—Es asombrosa la cantidad de artículos que se pueden llevar dentro de una manta, a condición de que se conozca el truco de empaquetarlas.

Regresando a la oficina del gerente en la planta baja, se enteró, tal como había esperado, de que el auto había sido pedido por el hotel a cuenta de míster Halliday. El gerente le dijo:

—Estas cosas las arreglamos nosotros.

—Y en ocasiones las pagan también —dijo Teal, con cierto entusiasmo malhumorado.

El gerente no estaba del todo pálido, y dijo:

—Me imagino que no necesitaremos esperar que vuelvan.

—No los espere —dijo Teal. —Esta es otra de las excentricidades de estos norteamericanos muy ricos.

Se dio prisa a volver a Scotland Yard, y para cuando llegó hasta allí había sacado la conclusión de que solo había un lugar en Inglaterra a donde Jill Trelawney y Simón Templar era probable que fuesen aquella noche.

Trató de telefonar a Essenden, y se le informó de que la línea estaba averiada. Trató de ponerse en contacto con el comisario ayudante, pero Cullis había salido de la Yard a las seis, y no se le pudo encontrar ni en su domicilio particular ni en su club.

No le quedaba a Teal sino hacer una cosa, porque sentía un profundo desdén hacia todos los oficiales de Policía de fuera del área metropolitana.

Diez minutos antes de las diez corría a toda velocidad por el oeste de Londres en un auto de la Policía. Se dio cuenta, ceñudamente, que era improbable que llegase a la casa de Essenden en menos de dos horas. Demasiado tarde.

DE COMO JILL TRELAWNEY ACUDIÓ A UNA CITA, Y SIMÓN TEMPLAR MARCHÓ A REMAR

I

Essenden se sirvió nuevamente de beber, y luego empujó la garrafa hacia el centro de la mesa.

Aquella noche todo estaba tranquilo en Essenden Towers. Lord Essenden se había cuidado de ello. Con una astucia y una solicitud que hasta entonces no había acostumbrado a manifestar, había sugerido a lady Essenden que una visita ocasional a Londres daría un realce mayor a su estimación de la vida campestre. «En realidad, le dijo, he tomado un palco para esta misma noche en el Orpheum Theatre».

Fue una desgracia que, en el último instante, cuando ya estaban a punto de salir para Londres, se hubiese sentido lord Essenden afectado por un dolor de muelas violento y angustioso. Pero se negó a permitir que su desgracia fuese a perturbar la diversión de su esposa, e insistió en que marchase sola a Londres. Había telefoneado a algunos amigos y dispuso que acompañasen a su esposa.

Eso era un problema resuelto. Los criados habían sido un segundo problema. Pero en este asunto de los criados, el destino se había mostrado bondadoso con él. Aquella noche se celebraba un baile en el pueblo próximo. Su personal solicitó previamente de él permiso para acudir, y él rechazó la petición. Ahora se arrepintió y, en un acceso asombroso de generosidad, otorgó permiso para que acudiesen al baile todos los hombres y mujeres de Essenden Towers. El mayordomo quería quedarse, pero Essenden lo empaquetó con los demás, diciéndole que prefería que lo dejase solo con su dolor de muelas.

De esa forma fue fácil para lord Essenden meter en la casa a los cuatro hombres que ahora le acompañaban.

Los había elegido muy cuidadosamente. Lord Essenden tenía muy pocas relaciones criminales más que cualquier otro de los financieros de éxito, pero había elegido con cuidado y premeditación los golfos que él creía merecedores de su amistad.

Estaban sentados alrededor de la mesa, sirviéndose de la botella de *whisky* que había puesto a su disposición... Cuatro hombres cuidadosamente elegidos. Estaba Arne, el *Relámpago*, un individuo de cara de hurón, muy aficionado a los anillos de brillantes y a los *tweeds* hípicas, miembro eminente de una cuadrilla carrerista, que muchos *bookmakers* del norte de Inglaterra habían conocido para su desgracia; Ganning, la *Culebra*, al que acababan de soltar de Pentonville; alto, delgado y ágil, de pelo negro, cuello largo y ojos como abalorios, que le habían ganado su apodo; Harver, el *Rojo*, con el ceño permanente y los puños enormes y rápidos. Y estaba también Matthew Keld, al que en cierta ocasión le dio un tajo con una navaja de afeitar, desde la sien hasta la barbilla, un hombre que ya no volvió a tener en su vida ocasión de marcar a otro individuo. Cuatro hombres cuidadosamente elegidos.

Essenden habló:

—¿Está todo completamente claro?

Miró en torno del pequeño círculo de caras, y los propietarios de ellas le devolvieron la mirada con complacencia. Ganning, el *Culebra*, inclinó su cabeza, colocada al final de su largo cuello, y contestó por todos ellos con voz suave y sibilante:

—Todo está perfectamente claro.

Essenden dijo:

—No puedo decirlos de qué manera entrarán. Me consta que son únicamente dos. Si estoy bien informado acerca de ellos, diría que probablemente caminarán hasta la puerta delantera y llamarán al timbre. Pero pudieran no hacerlo. He dispuesto los lugares que ocuparéis en diferentes partes de la casa, de manera que cada uno de vosotros pueda cubrir las habitaciones de la planta baja que les corresponda. En todas partes hay timbres de alarma, y estaréis unos en contacto con los otros. Con el hombre, haced lo que bien os parezca. A la muchacha, me la traéis a mí.

Era la cuarta o quinta vez que lord Essenden les había repetido tales instrucciones, con su manera vacilante y minuciosa, y los ojos negros y hundidos del *Culebra* miraron a su jefe con cierto menosprecio, diciéndole:

—Ya le hemos oído.

—Perfectamente.

Essenden manoseó nervioso la corbata y miró a su reloj por duodécima vez.

—Creo que lo mejor que podéis hacer es marchar a vuestros puestos.

Ganning se puso en pie, desenrollando toda su largura lo mismo que muñeco de una caja de resorte retardado.

—Vamos —dijo.

Arne y Keld se levantaron para seguirle, pero Harver, el *Rojo*, siguió donde estaba sentado. Ganning le dio un golpecito en el hombro:

—Vamos, Toro.

Harver se levantó despacio, sin mirar a su alrededor. Sus ojos estaban fijos en algo que estaba más allá de Essenden. Detrás de Essenden había una ventana que tenía corridas las pesadas cortinas.

Los demás, mirando con curiosidad a Harver, comprendieron a qué miraba y siguieron la dirección de sus ojos. Pero nada vieron. Essenden mismo se volvió, con un movimiento brusco y sobresaltado. Luego se dio nuevamente vuelta. Y dijo con voz ronca:

—¿Qué ocurre, Harver?

El brazo enorme de Harver y el puño se alargaron, apuntando:

—¿Cerró usted esa ventana? —preguntó.

—¡Claro que la cerré! —contestó Essenden—. Usted mismo me vio cerrarla.

—¿La cerró como es debido?

—¡Naturalmente! —repitió Essenden.

Harver apartó la mesa de su camino, empujándola con un brazo, y dijo:

—Pues bien, si no se ha abierto sola, alguien la ha abierto. ¡Yo he visto moverse esas cortinas!

Permaneció en el centro del grupo, gigante de roja cabeza, y los demás contuvieron instintivamente el aliento.

Essenden se apartó.

El brazo derecho de Ganning se ladeó hacia su bolsillo de la cadera, y Arne, el *Relámpago*, se desabrochó con tiento la chaqueta. Harver se adelantó cautelosamente de puntillas.

Aquel movimiento subrepticio terminó en una carrera precipitada. Los brazos enormes, parecidos a los de un gorila, de Harver, abrazaron todas las cortinas en un amplio apresamiento, y agarró algo dentro de los pliegues de las mismas, a la manera de un pescado en una red.

Llevó la totalidad de la captura al centro de la habitación, arrancando las cortinas como si hubiesen estado sostenidas por débil algodón. Y tiró al suelo

el paquete, echándose atrás, mientras el intruso forcejeaba por descubrirse.

—Bien, ¿quién eres tú? —ladró Essenden desde los bordes del grupo, con voz débil.

El hombre que estaba en el suelo se arrancó la gorra de delante de los ojos y parpadeó asombrado mirando a su alrededor. No ofrecía una hermosa visión. La ropa que vestía hallábase manchada y polvorienta. Porciones de un par de calcetines vivamente cruzados a tiras, eran visibles entre las extremidades desilachadas de sus pantalones y las botas llenas de barro. Alrededor de su cuello, como presunto sustituto de camisa, cuello y corbata, llevaba un tapabocas rojo. Su gorra era de un color púrpura vivo. Hacía por lo visto varios días que no se había afeitado, y un barro negro, que le oscurecía un ojo, daba a su cara una apariencia siniestra y desagradable. Y cuando habló fue para gemir:

—Yo no hacía daño alguno, jefe.

Harver alargó una mano, que parecía un jamón, hasta el cuello del desconocido y lo levantó de un empujón.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—George —respondió lastimeramente el ladrón.

—¿George, qué?

—Albert George.

Harver sacudió a su prisionero como si fuese una rata.

—¿Y qué estabas haciendo ahí?

—¡Oh, *Rojo*, suéltalo! —dijo Ganning—. Nada tiene que ver con lo nuestro.

Essenden se acercó más, y dijo:

—No lo sabemos. Pudiera ser una de las artimañas de ella. En todo caso, aunque nada tenga que ver con el asunto, es posible que nos haya oído hablar.

Harver volvió a dar otra sacudida a su cautivo.

—Dime, ¿qué oíste?

En los ojos de Albert George apareció una mirada de miedo.

—No oí nada absolutamente. Suélteme. No oí nada.

—¡Embustero! —le dijo delicadamente Arne, el *Relámpago*.

El prisionero gimió:

—Suélteme. No oí nada.

Harver se carcajeó, con tono de garganta, y dijo:

—Te soltaré si no te acuerdas de nada. ¿Quién te dijo que vinieses aquí?

—Suélteme...

Harver metió el puño en el pecho del individuo, lo envió tambaleándose sobre la pared, y le dijo:

—Prometí soltarte y te he soltado. Y ahora, ¿vas a hablar?

Siguió a su víctima con pasos medidos, pesados, y el hombre, más ligero, fue retrocediendo. Arne, Keld y Ganning permanecieron al margen contemplando el espectáculo. El prisionero se fue retirando, con la cara contorsionada por el espanto. Y cuando Harver se puso otra vez a distancia de pegar, y su puño retrocedió para lanzar otro golpe, Albert George dejó oír un alarido de pánico, agudo, penetrante.

—¡Suélteme!

Se agachó de manera frenética, y el puño de Harver fue a aplastarse con fuerza en la pared. George se apretó en un rincón y se agachó allí, pero Harver volvió como un toro furioso y fue tras de él.

—¡Hablaré! —chilló el prisionero—. No me golpee otra vez...

Harver pareció dispuesto a negarse a esa petición, pero Essenden se interpuso entre los dos hombres.

—Espere un momento —dijo—. Habrá tiempo para pegarle. Oigamos lo que tiene que decir.

Albert George se enderezó junto a la pared.

—Fue un polizonte —dijo, entre jadeos laboriosos—. No fue idea mía. Fue un individuo al que encontré esta mañana en los Seven Dials. Me dijo que había aquí un individuo al que deseaba ver apaleado, y que se llamaba Essenden. ¿Alguno de ustedes, señores, es míster Essenden?

—Prosigue —gruñó Harven.

—Me ofreció una fuerte cantidad de dinero si lo hacía, y me aseguró que no existía ningún peligro. Lo único que tendría que hacer era abrir una ventana de la planta baja, y meterme dentro. Me informó de dónde estaban los timbres de alarma, y me trazó el plano de la casa, me señaló el dormitorio y me dijo: «Tú te metes en esa habitación y lo majas a golpes, y yo te esperaré en las puertas de fuera del palacio con un auto para llevarte de nuevo a Londres».

—¿Te dijo que te estaría esperando en las puertas exteriores del jardín del palacio con un auto?

Albert George hizo un esfuerzo:

—Sí. ¿Qué hora es? Me dijo que estaría allí a las diez.

—¿Cómo se llamaba ese individuo?

—No lo sé. Era un currutaco. Estaba muy bien vestido... Lo mismo que ese señor —apuntó hacia Arne, el *Relámpago*.

—¿Le acompañaba alguien?

—Sí. Le acompañaba una mujer. Era también una currutaca. Estará también en el automóvil... Así lo dijo.

Ganning apartó su mano del bolsillo de la cadera, y dijo mirando a Essenden:

—Bien, eso tiene que resultar fácil. Es posible que estén armados. Aten primeramente a este hombre.

Sacó de un cajón un trozo de cuerda y se acercó al prisionero. Harver lo cogió por los brazos y se los retorció por la espalda. Keld lo ató con mano práctica. Entonces dejaron al prisionero en un rincón, como si fuese un saco de carbón.

—Trabajo le doy para soltarse —dijo Matt Keld.

Ganning se movió alrededor de la mesa, y dijo:

—Vamos.

Los cuatro hombres salieron por las vidrieras de la terraza.

Lord Essenden, una vez que quedó a solas, se acercó a la garrafa y se sirvió un vaso. Esta vez parecía que el destino le proporcionaba el juego. Jill Trelawney era ingeniosa..., lo reconoció..., pero él lo había sido más, por una vez. Contempló la desaliñada figura que yacía apelotonada en un rincón, precisamente donde lo habían echado. Le sorprendió que El Santo hubiese demostrado una falta de criterio tan asombrosa, enviando a semejante hombre para que lo majase a golpes.

Estaba desorientado y no podía adivinar por completo cuál era la finalidad de aquellos ataques. No hacía mucho que se había visto fuertemente apaleado, a instigación de Jill Trelawney, por un miembro de la cuadrilla de Donnell. En esta ocasión habían echado mano, por lo visto, de otro hombre rudo con idéntica finalidad. No comprendía, colocándose en el punto de vista de ella, qué podían conseguir con esos ataques. Pero, desde el punto de vista suyo, tenía que reconocer que la perspectiva de ser apaleado y tener que hospitalizarse a intervalos regulares era desconsoladora, en términos generales. Aún llevaba una cicatriz fresca en la frente como recuerdo del último incidente, y siempre que pensaba en Jill Trelawney ardía en odio reconcentrado.

Dejó el vaso encima de la mesa, y se secó la boca con un pañuelo de seda. Albert George yacía apretujado en el rincón, con la barbilla caída sobre su pecho, y en una actitud de resignación inmóvil. Essenden fue hasta él y lo movió con la punta de su zapato de charol:

—¿Cuánto te iban a pagar por hacer esto? —le ladró, y el trémulo *staccato* de su voz indicaba la ansiedad que inquietaba su cerebro.

Albert alzó su vista hacia él, mirándole furtivamente.

—Cien «mascadas» —le contestó, y volvió a sumirse en su atontamiento.

Essenden volvió a la mesa y echó al vaso otros dos dedos de *whisky*. Cien libras era mucho dinero para pagarlo por dar una paliza. Había disponible mucha gente que se encargaría de esa tarea por mucho menos, y si a aquel ejemplar desdichado y ruin le pagaban un centenar de libras por su trabajo, Harry Donnell debió de cobrarse por lo menos el doble. Claro está que había distintos precios para esa clase de asuntos. Se podía enviar a una persona al hospital por una cifra razonable. Más se pedía por romperle a uno una pierna, y más aún por romperle dos miembros. Estas cosas eran bien conocidas en algunos círculos cuyos bordes había palpado más de una vez lord Essenden. Aun así...

Aun así, el incidente de aquella noche venía a demostrar una vez más que Jill Trelawney no andaba escasa de fondos para llevar adelante su campaña. Todo eso conocíalo ya la Policía, de cuando las hazañas de ella a la cabeza de Los Angeles de Perdición. Les habían tironeado las orejas en los periódicos histéricos, por su ineficacia, levantando gritos de condenación. Y si Los Angeles de Perdición fueron dispersados, y la misma Jill Trelawney resultaba una criminal perseguida, con un precio sobre su cabeza y la sombra del patíbulo en su camino, parecía que aún era capaz de mantener el centro de las finanzas que habían hecho de ella en el pasado una mujer fuera de la ley, formidable. Claro está que El Santo se hallaba en la actualidad con ella, y los recursos de este eran considerados entre el pueblo como inagotables. Y había que contar también con el hecho secundario de los doscientos mil francos que habían desaparecido en París.

El recuerdo de París le produjo una desagradable sensación de vacío en la boca del estómago, y echose un trago de *whisky* garganta abajo para anestesiar el vacío. El maletín y el libro de notas que le habían sido arrebatados al mismo tiempo, y el contenido, que Jill Trelawney o El Santo habían descifrado con tanto éxito, encerraban retazos de información, que reunidos diestramente y seguidos con espíritu estudioso, eran capaces de poner su nombre en peligrosa relación con un tráfico al que la ley mira inamistosamente, y que podía sin dificultad hacer que lo castigasen con cinco años de trabajos forzados.

Miró de nuevo a su reloj, preguntándose cuánto tiempo tardarían aún en volver sus hombres.

Y en ese instante oyó que un timbre resonaba en las profundidades de la casa.

Hallábase tan nervioso, que aquella súbita ruptura del silencio, aunque fuese débil, hizo que su mano temblase de tal manera, que derramó sobre la alfombra una parte de la bebida que tenía en su vaso. Puso cuidadosamente el vaso encima de la mesa y palpó el pesado bulto metálico que tenía en el bolsillo de su chaqueta, con el fin de tranquilizarse. Entonces, medio vacilante, inseguro del impulso que lo empujaba a ir a investigar, salió al oscuro vestíbulo. En el momento que encendía las luces, volvieron a repetir la llamada.

Abrió la puerta.

Jill Trelawney estaba en el umbral, derecha y delgada, con un sencillo vestido de viaje de *tweed*, y sus cabellos sedosos, libres de la peluca negra que con tanta eficacia habían burlado la celebrada memoria del inspector jefe Teal, mirando por debajo del pequeño sombrero oscuro, que con tanta delicadeza encajaba en su exquisita cara. A la vista de Essenden, sus ojos parpadearon apenas en señal de reconocimiento.

—Buenas noches —dijo tranquilamente.

Él se echó hacia atrás balbuciendo, perplejo, pero ella se metió sin vacilar en el vestíbulo, dejándolo atrás. Y él, con el mundo girando alrededor de sus oídos, se volvió para cerrar la puerta.

Hemos dicho que ella se metió en el vestíbulo, dejándolo atrás. Esa fue, en realidad, la impresión que recibió lord Essenden, pero la verdad fue que ella giró junto a los tacones de él... lo bastante cerca para meterle en la parte estrecha de la espalda un objeto redondo y duro que él comprendió que solo podía ser una cosa..., y cuando ella habló, la voz procedía de un punto que estaba detrás de las orejas de él.

—Levante las manos —le ordenó, en el mismo tono tranquilo con que había dicho «buenas noches».

Lord Essenden las levantó. Su cerebro parecía no funcionar...; en realidad, ahora lo comprendió, había dejado de funcionar hacía dos minutos.

Ella vio la luz, más allá de la puerta del vestíbulo, y le apremió en aquella dirección. Desvalido, con las manos altas por encima de su cabeza, marchó hacia el cuarto del que acababa de salir.

Ella lo detuvo en el centro de la habitación y dirigió una mirada por encima de su hombro a la figura que estaba atada en el rincón. Y dijo:

—¡Hola, Santo!

II

Simón Templar se sonrió con los labios y con su único ojo visible, y murmuró:

—¡Hola, Jill! ¿Qué ha sido de ti en todos estos años?

La joven retrocedió hacia él, cubriendo todavía a Essenden con su pequeña pistola; porque en su mano izquierda llevaba una pequeña pistola. El Santo se volvió, Jill se agachó y cortó con rapidez y exactitud las cuerdas con que estaba atado. Un instante después El Santo estaba libre, se ponía en pie y se estiraba.

—Así estoy mejor —dijo—. El hermano Matthews tiene ideas eficientes, pero violentas, en el arte de atar a la gente. Aprieta los nudos todo lo que puede, sin romper la soga..., eso hace Matthews. Con mucha solidez, pero con gran molestia para la víctima. Sin embargo, aquí estamos...

Se puso a quitar el polvo a su chaqueta. Era, verdaderamente, una chaqueta muy respetable, una vez limpia de la suciedad que le había agregado, aplicándole talco. Una vez quitadas las botas enormes, se vio que llevaba debajo de ellas un par de zapatos muy limpios. Los horribles calcetines a rayas eran postizos; los desabrochó y los metió en su bolsillo. Quitada también la bufanda roja, resultó que la impresión que producía a primera vista era falsa: llevaba debajo de aquella, camisa, cuello y corbata, y las tres prendas eran muy elegantes. Ante los ojos asombrados de Essenden, se quitó la gorra, completamente purpúrea, y el disfraz del ojo, se borró de su barbilla la mancha azul con el pañuelo, y dejó de ofrecer el menor parecido con Albert George. Y dijo:

—Un ingenioso cálculo para dividir el campo enemigo. Aunque, si he de decirle la verdad, no tiene nada de original. Aunque sea útil.

—¿Tuvo usted alguna dificultad? —le preguntó Jill.

—No gran cosa. Nada más que un individuo brutal. Me golpeó una vez, lo que me resultó molesto, y otra vez golpeó la pared, lo que debió de lastimarme muchísimo. Fuera de eso, ningún daño me hicieron. Y todo el grupo se marchó fuera en busca del auto, como cuatro gusanos en busca de queso verde.

Essenden, que estaba contra la pared con la pistola de Jill Trelawney centrada sin vacilar sobre su pecho, conoció el miedo. Tenía un arma en su propio bolsillo, pero no se atrevía a alcanzarla. La joven no le había quitado los ojos de encima sino por algún segundo pasajero, y la expresión de sus ojos le decía que su índice estaba rabiando por apretar el gatillo.

Comprendía Essenden que había sido criminalmente despreocupado. Ni siquiera cuando la vio fuera, delante de la puerta, se alarmó..., tan locamente ciego había estado con la historia de Albert George. Sabía que sus cuatro guardianes regresarían dentro de unos momentos; estaba seguro de que, cualquier cosa que se propusiese hacer, no la haría en tanto que él pudiese convencerla de que mientras ella contuviese su mano tenía la probabilidad de conseguir la información que le había ofrecido en su anuncio; se proponía jugar con ese ofrecimiento..., era su carta de triunfo para una emergencia, y estaba convencido de que, mientras tuviese esa carta en sus manos, no podía estar en verdadero peligro. Pero, al desenmascarse Albert George..., la revelación de que no solo había que contar con Jill Trelawney, sino con Simón Templar..., había trastornado el confiado equilibrio de Essenden.

Había algo verdaderamente horrible en el movedizo parpadeo que quebrantaba los nervios y que tenía en sus ojos aquel hombrecito tan inquieto y de aspecto tan disparatado.

El proyecto, ceñudamente brillante, que había elaborado se derrumbaba como un castillo de naipes...

Pero Jill Trelawney no hacía sino reírse.

—Ahora hablaremos, ¿verdad? —le dijo ella.

Lord Essenden parecía temblar..., pero quizá eso fuese debido únicamente a la corriente que producían las vidrieras que sus guardas habían dejado entreabiertas cuando salieron.

El Santo estaba junto a las ventanas, y dijo:

—Los cuatro muchachos regresan. Creo que ahora pudiera ahorrarnos trabajo una pistola.

Marchó hasta donde estaba Essenden, le quitó la pistola del bolsillo, y se retiró, poniéndose a cubierto de una biblioteca colocada de manera que lo escondía de la vista de cualquier persona que entrase por las ventanas.

—Si te llevas a Essenden a dar un paseo, te obsequiaré con un cantar, cuando la colección esté completa. Estamos un poco adelantados en el año, pero quizá encuentres en alguna parte un muérdago...

—Perfectamente, gran muchacho.

Simón vio cómo se llevaba a Essenden; y se apoyó contra la pared, con la pistola del lord moviéndose ligeramente en su mano.

Se oyeron voces del lado de fuera de las ventanas. La de Harver, el *Rojo*, que se imponía a las demás, dijo:

—Una burla, eso ha sido...

La voz se detuvo de pronto en el dintel del cuarto, según la pareció a Simón; también las demás voces murieron.

Entonces Arne, el *Relámpago*, soltó una palabrota.

Keld ladró:

—Era imposible que se soltase de sus cuerdas..., él no lo pudo hacer por sí mismo, no lo pudo hacer...

Ganning dijo en tono sibilante y decisivo:

—Ahí están las cuerdas en el suelo, en el mismo sitio en que lo dejamos. Me imagino que se derritió, se filtró por entre las cuerdas, y volvió a cobrar cuerpo fuera de ellas.

Harver gruñó:

—No hables tonterías. Sabemos que Albert George era un embustero. Mientras nosotros estábamos fuera, uno de sus camaradas estuvo aquí...

—¡Perdonen! —exclamó El Santo, disculpándose—. ¡Oh, perdonen!

Harver giró en redondo, doblando los puños; pero la pistola de la mano de El Santo lo desanimó. Y también desanimó a Ganning, famoso por la rapidez con que sacaba el arma, y a Arne, el *Relámpago*, que conocía algunos trucos especiales; y también desanimó a Matthew Keld, el violento, pero eficiente, experto en atar con cuerdas.

El Santo dijo con pesar:

—Lo siento, pero era un policía..., tal como George les dijo.

Red Harver, mirándole con salvajismo, lo reconoció por la voz.

—Tú...

—¡Oh, no! —le dijo El Santo, afligido—. Eso nunca. Me repugna estar sentado con la espalda hacia el instrumento de tortura.

Amontonó a los cuatro individuos en un rincón a propósito, con sus maneras rápidas y persuasivas, y levantó su voz llamando a Jill. Lord Essenden entró el primero por la puerta, y Ganning aspiró hacia dentro el aliento vivamente; pero el misterio quedó solucionado cuando, acto seguido, le siguió Jill Trelawney.

Dijo El Santo:

—Si los tomas a tu cargo, yo iré a traer algunas cuerdas más.

La joven asintió brevemente. Su pistola, formando un pequeño arco sobre la extensión de los cinco prisioneros, dijo todo lo que había que decir.

Simón revisó rápidamente los bolsillos del grupo, y volvió con cuatro pistolas, dos salvavidas, un cuchillo, y una navaja de afeitar, que depositó en el cubo del carbón con un débil ademán de repugnancia.

Después buscó en la cocina, y volvió con seis brazadas de buena cuerda.

Sus métodos de atar eran menos primitivos que los de Matthews Keld, pero eran igualmente eficientes. Cuando hubo terminado, habrían hecho falta cuatro Houdinis para devolver a Arne, Ganning, Keld y Harver a la situación de actores movibles en la escena. A Essenden, sin embargo, lo dejó libre. Y le sugirió a Jill:

—Quizá quiera usted hacer algunas preguntas a su señoría. Y yo podría necesitar este extremo de cuerda para darle ánimos a que conteste.

Hizo que una larga tira de cuerda silbase de una manera horrisona por el aire. Pero la muchacha movió negativamente la cabeza.

—Ha empezado ya a contestar.

Simón levantó los párpados.

—¿Hizo usted sonar una campanilla?

Essenden habló, con voz cascada:

—Desde luego, que he contestado. ¿Por qué no iba a querer explicar lo que decía en mi anuncio? Pero pensé que podrían pensar ustedes que mi anuncio era una trampa, y tuve que protegerme. Esa es la única razón de que metiese a esos cuatro hombres en el asunto.

—¡Un magnífico ramillete! —murmuró El Santo con escepticismo. Su mirada tranquila pasó por encima del cuarteto como una granizada simpática—. Creo que los conozco a todos. Sé de los siete años que Harver, el *Rojo*, pasó en la cárcel por homicidio..., cuando debió de pagarlo rápidamente en la horca, por asesinato. Lo sé todo acerca del hermano Matthews y el Club Waikiki. Sé de donde se procura Arne, el *Relámpago*, el dinero para comprar sus anillos de brillantes. Y conozco de antes a Ganning, el *Culebra*. Di «¿cómo está usted?», *Culebra*.

Essenden dijo, molesto:

—Reconozco todo eso, pero...

Jill Trelawney le dijo tranquilamente:

—Lo que quiso decir es que nos tendió una trampa, pero nosotros lo convertimos a usted en la paloma. Está usted dentro de la sopa que nos preparó a Simón y a mí. Su alegre y pequeña reunión ha explotado. Y ahora, para salvar la piel, está dispuesto a volver a abrir su ofrecimiento original. Como se le vino abajo la traición, siente la necesidad de volver apresuradamente a su primer convenio. ¿No es cierto?

Hacía esa pregunta sin base alguna. Pero lo cierto era que la cuestión se había convertido en casi retórica. Lo que ella hacía, en realidad, era señalar a Essenden el único camino que le quedaba libre. No hacía una pregunta..., sino que mandaba. Jill se expresó de manera persuasiva, con voz tranquila y

razonable, amenazando con la muerte súbita su mano, y con el asesinato los ojos claros, leonados, parecidos a dos gotas de oro helado.

Essenden le contestó con áspera voz:

—Sí, eso es.

—Siga adelante.

Essenden tragó saliva:

—Su padre no fue víctima de una conjura.

Se detuvo.

—Le dije que siguiese adelante.

La voz de la joven resonó como un pistoletazo; pero no había hablado en voz alta. El parecido procedía únicamente del tono en que habló: rápido, agudo, claro, mortal.

—Yo estuve en el asunto..., lo reconozco..., por el que fue expulsado, pero fue cuestión de mala suerte. Usted no me cree. Pero tengo pruebas que pueden demostrarlo. Conservo los documentos..., documentos que, como es natural, no aparecieron en ninguna investigación. Si hubiesen aparecido, habrían empeorado el asunto. Puedo enseñarle a usted cartas de su puño y letra...

—¿Dónde las tiene?

—En mi caja fuerte particular..., escondida...

—¿Dónde?

Essenden pareció doblarse ante la glacial inclemencia de su voz.

—En la bodega.

—¡Vaya! —exclamó El Santo de manera innecesaria.

—Debajo de la escalera principal hay una puerta. Baja usted por ella...

El Santo dijo, sin que la cosa le afectase:

—Y va a caer en el pozo de desperdicios del castillo por una puerta patentada de trampa. Lamento desilusionarlo, camarada, pero eso lo hemos oído antes.

La joven le respondió fríamente:

—Iré y veré si nos está mintiendo. Si nos está mintiendo... Bueno, puede hacer entrar a usted en funciones el extremo de la cuerda. Pero, en todo caso, podríamos examinar la cosa..., por si nos está diciendo la verdad casualmente.

Simón extendió encima de la mesa la cuerda, encogiéndose de hombros.

—Iré yo —dijo— aunque no creo que saquemos partido del dato. Detallemos más las cosas. Debajo de la escalera...

—Llega usted hasta la bodega —dijo Essenden—. Atraviésela por completo. Hay, en el extremo más alejado, una puerta, con una llave que cuelga de un clavo. Tendrá usted que bajar algún peldaño más. Conduce hasta lo que queda de un viejo pasillo secreto. A unos veinte metros, se abre una especie de cueva...

Simón escuchaba la historia, y dijo:

—Perfectamente. Me parece un cuento para perder tiempo, pero iré no obstante... Mas quiero advertirle que, si se trata de un pierde tiempo..., ¡oh, Marmaduke, cachorro mío, va usted a desear que jamás se le hubiese ocurrido semejante idea brillante!

—No estoy perdiendo tiempo —le contestó Essenden.

El Santo le miró a los ojos. Tuvo un leve recelo de que en los ojos de Essenden había algo que no debiera estar allí; mas no pudo tener la seguridad. Pero..., ¿qué truco podía haber? A lo sumo un proyecto para desembarazarse del hombre, con la esperanza de que pudiese manejar mejor a la mujer.

Mirada de esa forma, la idea se convertía en cosa risible..., para cualquiera que tuviese un resto de imaginación y el menor conocimiento de Jill Trelawney. Con todo eso, Simón se volvió en la puerta e hizo una advertencia ridícula.

—Jill, es posible que él espere poner por obra alguna ingeniosidad cuando la tenga a usted sola. Pero los cuatro hombres peligrosos están bien sujetos, y el Marmaduke es un hombrecito pequeño y tonto, que no es en modo alguno necesario para la causa del librecambio del Imperio..., de manera que si se enhiesta sobre sus patas traseras...

—No se preocupe usted —le contestó la joven— porque eso es lo que estoy esperando. Tengo mis dos ojos puestos en su señoría, y no van a parpadear hasta que usted vuelva.

—Eso está bastante bien, mi bebé —le contestó El Santo, saliendo de la habitación.

Se dirigió al vestíbulo, y encontró sin ninguna dificultad la puerta debajo de la escalera principal. La abrió, encontró una llave de luz, y bajó un largo tramo de escalera de piedra, encontrando, al cabo de la misma, la bodega, tal y como se lo había dicho. A su lado, al pie de la escalera, encontró otra llave de luz, y gracias a ella, iluminó la bodega. La puerta del extremo más alejado era maciza, de madera antigua, con fuertes barras y clavos de hierro. El Santo había esperado encontrar esa puerta cargada de polvo y de telarañas; pero fue suficiente un débil rastro de aceite en los goznes, para que sus agudos ojos comprendiesen que no era el primero que entraba en el pasillo.

Echó mano a la llave. Hallábase brillante y recientemente bruñida, y funcionó con absoluta facilidad. Más allá de la puerta, una vez que la abrió, encontró otra llave de luz, que alumbró una hilera de bombillas esmeriladas en el túnel que se abría ante él.

Le dio en la cara una oleada de aire húmedo y mohoso. Marchó con cautela, y le atravesó la espina dorsal una débil sensación de desconfianza ilógica..., un sentimiento que era casi de recelo. Se burló de tal sensación. No existía razón para ella..., no tenía más base que el haber descubierto en la mirada de Essenden una expresión imperceptible que le había desorientado. Pero siguió adelante, llamándose de todas formas idiota, y mantuvo la mano en su pistola.

El túnel se inclinaba fuertemente hacia abajo, y los últimos diez metros era casi un precipicio que descendió vivamente, haciendo hincapié en grietas que había en el pavimento de piedra, que seguramente fueron en otro tiempo tramos de escalera, antes que el desgaste los hubiese convertido en simples lomerías de una inclinación pronunciada.

El techo del túnel, que era bajo en los comienzos, no descendía con el plano inclinado. Continuaba a su viejo nivel, de forma que el espacio que quedaba encima de su cabeza se iba haciendo mayor a medida que bajaba. Al pie de ese plano, el túnel daba una vuelta aguda. Giró alrededor de ese ángulo y se encontró súbitamente en el lugar que Essenden había descrito como «una especie de cueva». Era desde luego una especie de cueva, pero de una clase que El Santo no había esperado encontrar nunca en semejante lugar.

No era muy alta en el punto en que El Santo entró en ella, y la alumbraba la última bombilla de la hilera que lo había guiado. No pudo formarse idea de la extensión que tenía la cueva. Extendíase más allá del semicírculo de iluminación, y sus últimas y profundas negruras, empequeñecían la luz en aquel extremo. Para hacerse alguna idea de las dimensiones de la caverna, El Santo pronunció algunas palabras, y el eco de su voz reverberó hacia atrás y hacia adelante con una intensidad salvaje, hinchándose, hasta el punto de que casi lo ensordeció, alejándose luego gradualmente y perdiéndose a lo lejos en las entrañas de la tierra. Cuando los ecos se hubieron acabado en el completo silencio y soledad del lugar, no se sintió inclinado a romper a llorar, porque sus instrucciones no le obligaban a penetrar más en aquella cripta gigantesca.

Se volvió. La abertura por la cual había entrado le pareció ahora, dentro de la perspectiva del resto del lugar, de una apariencia minúscula e insignificante, lo mismo que la boca de una cueva de ratones en el muro de una catedral; pero a la derecha de la entrada halló lo que le había dicho

Essenden que mirase. En el centro de la pared de la cueva, como a unos tres metros y medio de distancia, había dos juegos de cadenas que colgaban de argollas de hierro cimentadas dentro de la roca. Tenía que mirar entre ellas.

Marchó hacia adelante. Al pie del muro de la cueva, entre él y el muro, corría una especie de arroyo negro, de un metro treinta aproximadamente de anchura. De pie en el borde mismo, pudo ver, en la pared opuesta, una losa cuadrada, lisa, incrustada en la roca..., tal y como se le había dicho que la encontraría.

Dejó escapar un suspiro y se retiró unos pocos pasos, se quitó los zapatos y los calcetines, y se remangó los pantalones. Y luego se metió con mucho cuidado en el agua oscura y fría como el hielo.

No tendría más de metro y medio de profundidad.

8

DE COMO JILL TRELAWNEY DIO UN RESBALÓN, Y HUBO UNA CANTIDAD MUCHO MAYOR DE CHAPOTEOS DE REGOCIJO GENERAL

I

Lord Essenden levantó su pie. Habían transcurrido más de diez minutos desde que El Santo abandonó el cuarto. Los brazos de Essenden, fatigados casi hasta la parálisis por el esfuerzo de la posición de entrega que se había visto obligado a adoptar, habían ido cayendo cada vez más, hasta colgar rectos hacia abajo, llenos de dolor, junto a sus costados.

Jill Trelawney había permitido ese movimiento..., era la única cosa que podía hacer. Le obligó a ello la pura fatiga. Pero no permitió que sus ojos se apartasen ni un centímetro de su implacable concentración, y la pistola que sostenía resultó inamovible, como si la tuviera en sus manos un autómata. Essenden era demasiado prudente para poner en práctica cualquiera de las audaces pujas que cruzaban por su cerebro, en teoría, para conseguir la libertad. Sabía que, por lo que a Jill Trelawney se refería, había poco para elegir entre cualquiera de las posibles excusas para dejar vacante el título de Essenden, del condado de Oxford.

Pero el tiempo pasaba, y Jill Trelawney, que vigilaba incansable a su prisionero, se sintió turbada por las primeras inquietudes de ansiedad.

Era mucho lo que debía a Simón Templar. Cualesquiera que fuesen las preguntas acerca de su asociación con él, y acerca de los diversos conflictos que encerraba, referentes a débitos y créditos, existía una realidad que se erguía por encima de todas las asociaciones o disputas. Durante cuarenta y ocho horas, él había arrojado por la borda una nueva y prometedora carrera, a

fin de rescatarla a ella de las manos mismas de la ley. Era ese un asiento, en uno de los lados de la cuenta, que difícilmente podía ser cancelado por ningún número de anotaciones en contra.

Y Simón Templar no había vuelto aún.

Jill no comprendía qué había podido ocurrirle, si es que algo le había ocurrido. Pero no respondía a su carácter perder el tiempo y esperar lo mejor. Debía haber vuelto, y no había vuelto. La razón de su retraso podía explicarse debidamente, pero Jill no se sentía inclinada a dejarlo a la casualidad.

—¡Essenden!

La voz de Jill cayó chispeante en el silencio que reinaba en el cuarto desde la marcha de Simón Templar. Essenden se sobresaltó.

—El Santo lleva fuera mucho rato —dijo la muchacha, de manera tranquila y reposada.

—Quizá haya tenido alguna dificultad...

—O tal vez haya sufrido... algún accidente.

La frase resultaba una acusación, y ella estaba vigilando estrechamente a Essenden, pero nada delató la expresión de este.

—La losa que está delante de la caja ha podido hundirse...

—Entonces marcharemos nosotros y le ayudaremos a abrirla.

Los ojos de Essenden esquivaron su escrutinio riguroso.

—No veo razón...

—Pero yo sí —ahora Jill estaba segura—. Essenden..., usted vendrá a la bodega... ¡conmigo!

Un músculo se crispó en la sombra del bigote caído de Essenden; y nuevamente habló la muchacha.

—Usted no quiere bajar allí. Naturalmente. Hay algo allá abajo que podría ser peligroso... ¡Oh, sí! Lo he visto en su cara. Y por esa razón nos vamos allí.

Abrió la puerta.

—¡En marcha!

—Yo no...

Los párpados de Jill Trelawney se bajaron sobre una mirada de hielo.

—He dicho que..., ¡en marcha!

Essenden abrió su boca y la cerró de nuevo. Marchó hasta la puerta.

—¡Adelante!

—Si usted insiste en que bajemos allí, firma su propio funeral.

—Insisto..., ¡adelante!

Él obedeció. Se abrió la puerta de debajo de la escalera principal, y se encendió la luz. Essenden guió recto hacia ella, y Jill siguió, despierta tensamente y prevenida contra la más débil señal de traición. Descendieron por el tramo de escalera. La puerta cruzada de hierro del lado más lejano de la bodega de los vinos había quedado también abierta, después de pasar por allí El Santo.

Siguieron por el túnel, y Essenden se movía lentamente y vacilando, agitado apenas por las voces de la joven, porque Jill Trelawney tenía la sensación de una fatiga hormigueante. Pero siguió su camino sin ofrecer una resistencia activa, y gateó por los diez últimos metros del profundo plano inclinado. Bajó, detrás de Essenden, lentamente, con infinitas preocupaciones, para evitar un paso en falso que pudiera proporcionar a Essenden la oportunidad de cambiar las tornas.

—¿Adónde, ahora?

—Esta es la caverna.

Giró en el ángulo del pasillo, y ella le siguió prontamente.

Pero no con suficiente rapidez.

Él había jugado magníficamente su carta..., y se había desvanecido por un momento ante su vista, con inocente naturalidad. Cuando ella misma giró en torno del ángulo, no pudo verlo.

Él salió de una grieta oscura que había en la roca, junto a ella, y forcejeó desesperadamente.

Se aferró a la muñeca de la mano en que Jill tenía la pistola antes que ella pudiera moverse. Essenden no era, en verdad, un hombrecito tan estúpido como El Santo había dicho, y resultaba demasiado fuerte para Jill. El súbito y maligno tirón que lanzó a la muñeca de ella la cogió desprevenida, y su pistola cayó con ruido al suelo de piedra.

Él la apartó con un fuerte empujón, y recogió la pistola.

—¡Y ahora, mire usted mi caverna!

Jill retrocedió delante de Essenden, que había cambiado por completo. Mostróse confiado, cruel, bestial, transformado. Y señaló con el dedo.

—¡Y vea a míster Templar!

Ella lo vio. Simón Templar yacía tendido, en el suelo de la caverna. Estaba vivo. Jill oyó cómo su respiración llegaba en un jadeo largo y torturado. Tenía, alrededor de su tobillo izquierdo desnudo, un mecanismo cerrado de acero brillante, parecido a un par de mandíbulas de un esqueleto al cabo de una cadena que desaparecía en el negro torrente que había al lado suyo.

Essenden exclamó con una voz de tonalidad extrañamente alta:

—Un invento mío para desanimar a los que cazan en vedado, pero que esta noche ha cazado algo que vale más que un cazador furtivo.

Se echó a reír de manera chirriante, y Jill cayó súbitamente en la cuenta de que estaba loco. Y balbució:

—¡Cogido! Lo oculté en el arroyo. Pasase lo que pasase, tuve la intención de enviarlo aquí abajo. Y se vería obligado a meterse en el arroyo para acercarse a la caja fuerte. ¡La caja fuerte! Yo mismo puse ayer esa caja, que había de aprisionarlo. Sabía yo que al no regresar él, usted me obligaría a bajar para buscarlo, y entonces yo le echaría mano también a usted. Los cuatro hombres que hay arriba son únicamente parte de la sorpresa que tenía preparada para ustedes. Si la cosa hubiese resultado fácil, usted habría sospechado algo. ¿No comprendió que eso era lo que yo buscaba, simulando que no quería bajar? Lo hice para que usted se decidiese aún más a obligarme a bajar... ¡Y todo me salió a pedir de boca!

Se echó a reír otra vez, con un retozo de risa que puso de punta los cabellos de la nuca de la joven.

—Pero ¡no se mueve!

—¡Claro que no se mueve! —dijo Essenden riéndose descaradamente—. Mi pequeño artefacto tiene un muelle muy fuerte..., y, sin embargo, bastaría con dar una vuelta a una pequeña llave para que soltase la presión. Tengo esa llave en mi bolsillo. Pero mientras no se haga funcionar la llave, seguirá hiriéndole.

—¡Es usted un demonio del infierno!

El Santo volvió la cabeza, y sus labios tenían una sonrisa retorcida. Y dijo con acento ronco:

—No quiero insultos vulgares, Jill. No los he empleado desde que estoy aquí..., y llevo diez minutos, dejé caer mi pistola en el arroyo, y no pude volver a encontrarla.

—¡Querido amigo!

El Santo le dijo con los dientes apretados:

—¡Que Dios te bendiga por esas palabras cariñosas!

Jill corrió hacia él, y cayó de rodillas a su lado, despreocupada de lo que Essenden pudiera hacer. La cara de El Santo se hallaba blanca de dolor, pero siguió sonriendo.

Y le dijo, en un susurro:

—Mentira..., la pistola..., en el bolsillo izquierdo de la americana. Puede que la necesites más aún que yo, hermana... Estate alerta a tus perspectivas...

Essenden se acercó aún más. Extendió su mano izquierda con un ademán grandioso, y dijo riéndose:

—¡Mi pequeña cueva! Mírela bien, porque será lo último que vea. El túnel estaba en otro tiempo cerrado, pero yo lo abrí de nuevo..., y esto es lo que encontré. Pero nunca lo he explorado debidamente. Uno puede perderse, si lo sorprende la marea...

Tuvo otro acceso de regocijo maniático.

—Fíjese, esta es la costa de un inmenso lago subterráneo, que está sujeto a dos mareas todos los días. Cuando la marea sube, llega casi hasta la parte baja del techo que hay por encima de su cabeza. Por esa razón están tan gastados los escalones últimos... Es el agua la que lo hace. La marea baja pasó hace mucho. Antes que pasen dos horas la marea habrá subido. Sí, y usted estará aquí para verlo..., para ver cómo va subiendo..., y estarán ustedes aquí encadenados. Hasta que el agua llegue por encima de sus cabezas..., y suba..., y vaya subiendo...

—Y vaya subiendo —murmuró El Santo.

—Y ustedes estarán aquí..., los dos —Essenden volvió sus ojos pálidos, poniéndolos en la muchacha—. Los dos. Yo la habría salvado a usted, Jill, pero es demasiado peligrosa. Tendrá que permanecer aquí también. Y yo volveré a tapiar de nuevo el túnel con mis propias manos, y nadie sabrá nunca lo que aquí ha pasado.

La joven permaneció arrodillada junto a El Santo. Con una mano despojó su frente de los húmedos cabellos, y la otra reptó lentamente, con infinita lentitud, hacia el bolsillo de El Santo. Pero la pistola que Essenden empuñaba seguía apuntándoles a los dos, y en sus ojos tenía la mirada astuta de la locura. Y siguió divagando:

—Los encadenaré aquí a los dos, y los abandonaré. Después subiré y enviaré a los individuos a sus casas. Les pagaré bien, y no me harán preguntas... Pero ¡cómo!...

Saltó de pronto lo mismo que un tigre; y la joven dejó escapar un grito involuntario. Su mano estaba en el bolsillo de El Santo, pero se había encontrado con el cañón de la pistola, y no con la culata. Trató locamente de volver la culata. La pistola salía del bolsillo de El Santo en el momento mismo que Essenden se arrojaba sobre la muñeca de Jill; y la pistola cayó encima de la roca.

Simón se echó a rodar y alargó su mano para cogerla, pero Essenden pegó un puntapié y el arma escapó de los dedos de El Santo, saltó, golpeando con

ruido sobre el suelo desigual, y cayó dentro del arroyo a cuatro metros de distancia.

—Seguramente que jugó usted al fútbol por el Borstal —dijo El Santo, apreciando la hazaña.

Se echó rápidamente para agarrar el tobillo de Essenden, y este le descargó una patada. El tacón de Essenden hirió a El Santo entre los dos ojos, dejándole medio aturdido...

Jill se sintió arrojada hacia atrás. Agarró la muñeca derecha de Essenden, y este se tambaleó y tropezó, cayendo ambos junto al arroyo de poca profundidad. Entonces, con la fuerza de la locura, él la sujetó los brazos y la levantó contra la superficie de la roca. Tanteó alrededor con una mano manteniéndola a ella con la otra y con el peso de su cuerpo. Le rodeó el cuerpo con una cadena, y ella oyó el ruido metálico que hacía, al rozar, un cubilete. Se oyó un ruido de cierre, y él se echó hacia atrás jadeando.

—¡Ya estás sujeta!

Ella le lanzó salvajes puntapiés; pero él se dejó caer sobre una rodilla y le juntó las piernas, pasándole una segunda cadena, dejándola sin posibilidad de hacer nada.

Simón Templar, dándole aún vueltas el cerebro por efecto del salvaje puntapié entre los ojos, se esforzaba, con la energía de un gigante preso, por librarse de la implacable presión que sentía en su pierna.

Essenden balbuceaba entre tanto:

—¡Os cogí! ¡Os cogí a los dos! Pero he dejado caer mi pistola.

Chapoteó, a gatas, en el arroyo, buscando, murmurando para sí mismo. Hasta que se puso en pie con las manos vacías.

—No importa. Ahora no necesito pistola.

El Santo le gritó:

—Sí que la necesitas. Yo tengo aún otra arma..., en alguna parte.

Estaba esforzándose por alcanzar algo que parecía que hubiese descubierto en el bolsillo de la cadera.

Essenden pegó un grito y se lanzó contra él.

Y El Santo se echó a reír.

Esta vez no dejó perder la ocasión.

Al caer Essenden encima suya, Simón agarró con sus dos manos vigorosas el cuello del par del reino.

Los dos hombres rodaron por el suelo y pelearon como fieras. Simón Templar tenía la fuerza y la rapidez del tigre, pero la locura había convertido de pronto a Essenden en un superhombre. Sujeto al suelo por la trampa de

acero, con tanta eficacia como si estuviese sujeto a una montaña, la única posibilidad que El Santo tenía era mantenerse agarrado al gáznate de Essenden, y en ese esfuerzo se concentró únicamente, en tanto que Essenden pateaba, se retorció y le clavaba los dedos que parecían garras. Rodaron una y otra vez, jadeantes. Simón sabía que aquello no podía durar.

Encontrábase debilitado por el dolor. Creyó que su tobillo izquierdo podía romperse, y, desde luego su pierna parecía haber perdido el contacto con su cuerpo desde la rodilla para abajo. A menos que Essenden se debilitase pronto... Bien, habría magníficas oportunidades ofrecidas a otros candidatos para la distinción de ser las dos plagas más impopulares infligidas a la Scotland Yard. El Santo se sostuvo desesperadamente, sintiendo que su fuerza se agotaba a cada segundo que transcurría en aquella lucha de pesadilla; pero Essenden, hombre enloquecido, parecía estar quebrantando todas las normas de la resistencia humana. Seguía luchando, cuando cualquier otra persona habría caído inconsciente.

De pronto, uno de sus puños vacilantes le dio a Simón en la cara.

No era la vez primera en aquella lucha. Pero en esta ocasión cogió a Simón de espaldas, con la cabeza levantada apenas un par de centímetros del suelo. Y el golpe dado por Essenden lanzó la cabeza de El Santo con fuerza nauseabunda contra la piedra.

Una oleada de negrura Extendióse por su visión, abandonándole toda la fuerza que le quedaba. Sintió sus dedos arrancados fácilmente de la garganta de Essenden, y lo oyó a este respirar con un gemido largo y tembloroso. El Santo se sintió empujado como un chiquillo.

Cuando se le aclaró la vista, vio cómo Essenden reptaba fuera de su alcance.

Se quedó inmóvil, con el pecho jadeante, completamente agotado, y vio cómo Essenden se ponía en pie a cierta distancia suya.

—Vencido..., otra vez... ¡Y no tendrá usted otra probabilidad!

Essenden dijo jadeante esas palabras en medio de un clamor de triunfo. Se volvió hacia Jill Trelawney, acariciándose vivamente con una mano la laringe, y se quedó balanceándose ante ella con la cara contorsionada.

—¡Y tú también, hermosa mía! No sabes qué cantidad de trabajo me has dado. Y ese trabajo tienes que pagarlo. Te voy a dejar aquí y me marcho en seguida. Pero aún falta mucho tiempo antes que suba la marea...

—¡Estúpido! ¿Cree que va a salirse con la suya?

Jill Trelawney permanecía con su cabeza bien alta, el desprecio no disimulado en su mirada imperiosa, y su belleza realzada por su palidez

forzosa. Su voz no tembló un momento.

—¿Y por qué no he de salirme con la mía? —le preguntó Essenden sombríamente.

—Porque la Policía va a venir. Porque yo le avisé a la Policía que viniese con tiempo para detenerlo.

—¿Detenerme a mí? —Essenden se rió por lo bajo—. No hay motivo ninguno para detenerme. No existen documentos. Usted no creyó esa historia, ¿verdad? La única prueba que existe está aquí —se golpeó la frente—. Pero no la entregaré jamás. Podría yo hacer luz sobre el nombre de su padre, pero no lo haré. Era un entremetido, y había que hacerlo desaparecer. Ahora se ha metido usted a esa misma ocupación, y tiene también que desaparecer.

Jill le dijo con firmeza:

—La Policía registrará su casa. No podrán menos que encontrar este lugar. Y entonces le echarán mano y lo ahorcarán.

Jill sabía, mientras hablaba, que su baladronada caía en oídos sordos. Essenden se detuvo para permitirle que hablase, pero sus palabras no causaban impresión en su cerebro. Es probable que ni siquiera las oyese. Y chapurreó:

—Ahora tiene usted que desaparecer, pero no antes que yo le haga... pagar la molestia... que me ha causado.

Y avanzó, alargando sus manos que parecían garras.

Simón Templar, poniendo en tensión hasta el último adarme de esfuerzo, dio un tirón fútil a la cadena que lo sujetaba.

Al hacerlo, se puso cabeza abajo. Y vio, junto a su misma nariz, un pequeño manojito de brillantes formas metálicas.

¡Un manojito de llaves!

II

Se quedó mirándolas igual que un hombre que ha caído en éxtasis. Y luego, como hombre que ha caído en éxtasis, las recogió dentro de su mano y las palpó, sintió el contacto de ellas, suave, duro y frío, preguntándose si aquella terrible aventura había descentrado su cerebro. Pero aquellas llaves pudieran haber caído del bolsillo de Essenden durante la lucha.

Lanzó una mirada de soslayo a Essenden; pero este se había olvidado, por el momento, de su existencia.

Aun en esas condiciones, no podía correr un riesgo.

Se alejó rodando sobre sí mismo, pareciendo que luchaba con su cadena, y se tiró al pequeño arroyo.

Pudo tantear, a cubierto del agua, todas las llaves del manajo, sin ser observado.

—¡Resiste, Jill!

Su voz resonó en la caverna con el viejo timbre inconquistable y santo, y Essenden se volvió para desnudar otra vez sus dientes y reírse.

—¡Templar, no lograré libertarse nunca! Me aseguré de ello cuando coloqué mi trampa escondida. Pero puede ensayar...

Las manos de Essenden se alargaron de nuevo como garras hacia el vestido de la muchacha, y canturreó:

—Pero ¡usted, Jill!... ¡Jill! Qué bonito nombre, ¡Jill! ¡Linda Jill!..., ¿me aborrece todavía? No debería odiarme...

El Santo trabajaba con frenesí.

El agua helada, dentro de la cual estaba sumergido, hizo más que cubrir sus movimientos. La temperatura fría de la misma acicateó su cuerpo dolorido y cansado, inyectando en el mismo nueva vida.

Encontró una llave que encajaba, y sintió una nueva oleada de esperanza.

Jill Trelawney no había gritado una sola vez. No había hablado. Ni siquiera había respondido a su voz que le daba ánimos. Pero cuando la llave que ensayaba giró dentro de la cerradura, y las mandíbulas de acero se soltaron de su pierna, la oyó que contestaba con un ligero gemido.

Ese gemido le hizo olvidar que su pierna izquierda había permanecido durante media hora encerrada en la presión aniquiladora de la trampa de Essenden. Trató de saltar hasta este, y se sintió estúpidamente sorprendido cuando su pierna cedió debajo de él y lo hizo caer cuan largo era.

Essenden se revolvió como un relámpago.

—¡De modo que se ha soltado!

—Así parece —le contestó El Santo.

Este se había levantado sobre una rodilla, y Essenden se lanzó de nuevo sobre él; y nuevamente se enzarzaron en una loca pelea.

Si El Santo había luchado alguna vez con el frenesí de la desesperación, fue entonces. Era su segunda oportunidad. Una había tenido, y de ella había salido vencido. Ahora se le daba la segunda, que no tenía derecho a pedir; si la perdía, no podía esperar otra. Esta vez tenía que ganar.

Oyó hablar a Jill Trelawney:

—¡Oh, Simón! ¡Hombre magnífico!

Simón no podía ahorrar el aliento para contestar.

El manajo de llaves estaba ahora en su bolsillo, podía dejar, por un momento, en libertad a la muchacha, una vez que apartase a Essenden de su camino. Pero triunfar de Esseden...

El adversario tenía la fuerza de diez hombres, mientras que la fortaleza de El Santo había sido disminuida por los diversos castigos que había recibido. Los miembros más fuertes de El Santo eran sus dedos, y con estos se esforzó por reanudar su primitivo aferramiento. Llegó hasta la garganta de Essenden, la encontró, cercó el gaznate, y apretó de manera aplastadora. La cara de Essenden enrojeció. Sus ojos se dilataron de una manera enorme, y el aire penetró dolorosamente dentro de sus hambrientos pulmones; pero peleó igual que un animal desesperado.

Simón metió su barbilla dentro del pecho y trató de alejar con sus brazos, o por lo menos de quebrar la fuerza de los golpes que Essenden le largaba. Pero cuando él estaba defendiendo su rostro, Essenden le metió el puño en el estómago. De haberse encontrado normalmente, nada le habría importado aquel golpe, pero en aquel momento se encontraba débil y no estaba preparado para recibirlo. Jadeó y se dio vuelta, echando fuera un flujo de náuseas que amenazaba con ahogarlo, y sosteniendo torvamente su aferramiento que ahogaba a Essenden.

El piso de piedra se alzaba bajo el contacto de su brazo.

La parte superior le golpeó en el codo de forma que subió por su brazo una punzada de dolor angustioso, parecida a una descarga eléctrica. Los dedos de su mano derecha se aflojaron y Essenden, con alarido de júbilo, le arrancó las dos manos y respiró.

Casi sin darse cuenta de lo que hacía, El Santo libertó un brazo y le golpeó ciegamente.

Sintió que el golpe chocaba con un hueso apenas cubierto de carne, y Essenden se dobló de costado, y quedó súbitamente lacio.

Simón se puso en pie dificultosamente y se fue cojeando hacia Jill, rebuscando en su bolsillo.

El arroyo que corría junto a la pared había tenido metro y medio de anchura cuando él lo vio por vez primera. Ahora su anchura era el doble, y sus negras aguas mostraban una agitación turbulenta.

Seguramente que Esseden había calculado mal la hora de la marea. Esta subía con velocidad asustadora. Mientras El Santo luchaba con el cierre de las cadenas de Jill, sintió que el agua fría le subía por las piernas. Y cuando las cadenas dejaron de aprisionar a Jill, le llegaba a las rodillas. El arroyo fue pronto la corriente de un río que tenía tantos metros de anchura como antes

había tenido, y un extremo del mismo se extendía por encima del piso de la caverna.

Essenden se levantaba de nuevo.

—¡Cuidado! —gritó la muchacha.

Simón se volvió. Al hacerlo, sus pies desnudos pisaron una rudeza familiar.

Aun así, fue un error de cálculo de su parte tratar de recoger la pistola.

La tuvo en su mano, pero Essenden le dio una patada en la muñeca y la automática cayó de nuevo en el arroyo. Essenden se tiró frenético a ella y El Santo, que solo tenía una pierna sana en que apoyarse, se vio lanzado hacia atrás contra la pared. Y, cosa de milagro, Essenden había encontrado la pistola sin necesidad de tantear un segundo.

Essenden apuntó despacio, con cara de demonio.

Y El Santo, aplastado contra la pared, miró a la muerte de cara.

La segunda oportunidad..., perdida.

Desde luego, debió de haber terminado por completo con Essenden, cuando tuvo de su parte la ventaja, en vez de fiarse del efecto duradero del golpe afortunado que le aplicó a la mandíbula.

La corriente, cada vez más fuerte, que ahora le llegaba a El Santo a un centímetro por encima de la rodilla, parecía tratar de hacerle perder pie, y de arrastrarlo lejos. Aquella marea subterránea iba a crecer en pocos minutos más, hasta convertirse en algo que tendría la fuerza y la ferocidad de un *maelstrom*. Y El Santo iba a recibir un disparo, y la marea lo arrastraría con ella a las profundidades insondables de las que se levantaba. Sin dejar un rastro... Y ese sería el fin...

Simón Templar tensó sus músculos para recibir el choque de la bala, con una extraña sensación despreocupada.

Entonces vio moverse a Jill Trelawney.

Forcejeaba por acercarse a Essenden; un paso más y sus movimientos la llevarían a la línea de fuego.

El Santo lanzó un grito y se precipitó hacia adelante.

Cayó. Era imposible precipitarse eficazmente con aquel torrente embravecido. Al caer, escuchó el eco del disparo de Essenden que resonaba y repetía sus ecos por la caverna.

Luego su mano cayó sobre una pierna.

Tiró de ella con toda su fuerza; y mientras pugnaba por levantarse por entre la corriente, vio cómo Essenden caía al agua.

Vio especialmente una mano... Una mano que sostenía una pistola, y que agitaba salvajemente en el momento en que Essenden caía.

Había poca agua. Simón agarró la mano y la pistola, y torció esta en línea recta, de manera que apuntaba al cuerpo mismo de Essenden. Y dijo, jadeante:

—¡Dispare, ahora!

Essenden le miró de soslayo y dijo:

—Es usted otro metomentodo.

Y apretó el gatillo con el dedo.

DE COMO SIMÓN TEMPLAR BESÓ A JILL TRELAWNEY, Y MISTER TEAL TRATÓ CON RUDEZA A MISTER CULLIS

I

Essenden había muerto. Al perder su cuerpo la entereza, la furia creciente del arroyo le golpeó y lo arrastró hacia las oscuras profundidades de la caverna, más allá de donde podía llegar la ineficaz luz de la entrada.

El agua subía ahora cada vez más. Llegaba ya hasta los muslos, y era difícil mantenerse erguido contra su velocidad impetuosa. Probablemente, El Santo, con una sola pierna sana, no habría podido salvarse de no haber contado con Jill Trelawney.

Se hubiera pensado que ella necesitaba todas sus reservas de energía para escapar, pero se las arregló para encontrar fuerza suficiente a fin de ayudar a El Santo a caminar a la par de ella. Tropezando y chapoteando desesperadamente, al borde, con frecuencia, de caer, y allí donde un paso en falso habría significado una muerte segura, llegaron al final del túnel por el que habían venido.

Encontraron una especie de puerto, con aguas más tranquilas que le saltaban hasta la cintura. Si en aquel punto la corriente hubiese tenido toda su fuerza, con dificultad habrían podido salir con vida. Con todo, les resultó bastante difícil escalar la pendiente pronunciada, al extremo del túnel. Se arrastraron como pudieron, y se tumbaron, jadeantes, en la piedra seca, por encima del nivel del agua.

Al cabo de unos minutos, Jill se puso en pie.

—¿Se siente mejor? —preguntó a El Santo.

—Muchísimo mejor —le contestó.

Se puso en pie, después de ella; y salvaron el resto del túnel juntos, Simón descansando una parte de su peso en un brazo colocado alrededor de los

hombros de la joven.

Cuando llegaron a la bodega, la joven cerró la puerta, y volvió a colocar cuidadosamente la llave en su clavo.

La marea se había llevado, en la caverna, los zapatos y los calcetines de El Santo. Entró cojeando en la biblioteca, y allí, después de comparar el tamaño de sus pies con los de los cuatro maleantes, procedió, sin pedirle disculpa, a quitar el calzado a Arne, el *Relámpago*, y a ponérselo. El dibujo de los calcetines ofendió a sus principios estéticos; habría preferido también unos zapatos de un color limón menos violento, pero un mendigo no podía elegir.

Calzado con mayor o menor comodidad, volvió a erguirse, y les dijo:

—Muchachos, podéis quedaros aquí todo el tiempo que os plazca. Pensad que estáis en vuestra casa, e invertid el tiempo que os quede en idear la historia que vais a tener que contar cuando vuelva la servidumbre y os encuentre aquí.

Las contestaciones que recibió no tienen sitio apropiado en una historia altamente moral y elevada como esta.

Salió con Jill, y anduvo cojeando por el paseo de coches del palacio. Y dijo:

—El agua se ha metido en mi reloj y lo ha parado, pero debe ser, más o menos, la hora precisa.

Así era, en efecto. Cuando llegaban a las puertas de entrada, vieron venir por la carretera las luces de un auto.

Jill Trelawney había enviado al chófer a comprar una botella de *brandy* en un pueblo cercano. El tiempo que probablemente invertiría en el mandado..., tomando en el camino el refrigerio necesario para sí mismo..., había sido cuidadosamente calculado. El Santo dijo:

—Es posible que esa botella sea una de las más grandes ideas que los dos hayamos tenido nunca..., si usted se siente con tanto frío como yo.

Podía escapar su estado de humedad a la observación en medio de la oscuridad, y lo desastrado de sus ropas. Subieron al auto, y Simón se encargó del Courvoisier, y de dar instrucciones al chófer.

—Y así es como acaban el tumulto y los gritos, y los pecadores y los santos se van cada cual por su lado.

El corcho de la botella saltó bajo sus expertas manipulaciones, y los lujosos adornos del coche proporcionaron los vasos. Sirvieron el licor en la semioscuridad.

—Un veneno inferior, si se le compara con la cerveza, aunque es posible que caliente más —dijo.

Bebieron agradecidos, y sintieron cómo el frío retrocedía ante el radiante reguero de las Tres Estrellas. El Santo le dio entonces a ella un cigarrillo, y encendió otro para sí mismo.

—¿Qué dirección le dio usted al chófer? —preguntó ella.

—La de Reading. Podemos ir desde allí a Londres por la mañana. No quiero que se entere demasiada gente de nuestras andanzas. Teal encontró muy pronto mi dirección de Sloane Street, pero no fue nunca mi escondite más seguro. Tengo otra casita en Chelsea, y juraría que ni siquiera soñó con ella. Puede usted tomarla como casa suya, y yo regresaré abiertamente a Upper Berkeley Mews, nada más que para molestar a Claud Eustace. Podría incluso llamarle al pasar, pidiéndole que se venga a dar una vuelta, y que mastique en mi compañía algún chicle.

Vio, a la luz de pálido brillo, la cara que ella ponía, dando chupadas a su cigarrillo.

—Me imagino que los Santos tienen también que marcharse —dijo ella.

Encendió él una cerilla para verla mejor, y sus párpados se alzaron con la bocanada de humo que envió al aire.

—¿Por qué?

Ella vaciló. Y luego contestó:

—Pensé que quería usted separarse de mí.

—Jill, debería usted conocerme mejor.

—La verdad es que no supe nunca que estas cosas respondiesen a su línea de conducta.

—¿Se refiere a enderezar injusticias, a castigar a los malvados, y acudir en socorro de una señorita afligida? ¡Oh, Jill!... ¿No oyó nunca hablar de Galahad?

—Pues..., sí.

—Es mi nombre de guerra —dijo El Santo.

Allí acabó el desafío, y El Santo se recostó en los almohadones. Volvía la energía, igual que un arroyo de fuerza. Se había asegurado ya de que su pantorrilla no estaba rota, que era lo único que verdaderamente le había preocupado. En un par de días estaría dando saltos lo mismo que un cachorro al que le sueltan de la trailla. Sentíase casi satisfecho.

—Desde luego que hemos sido criminalmente descuidados —murmuró—. Hemos venido asustando persistentemente a los mismos pájaros que habrían podido ahorrarnos una cantidad de molestias. Reconozco que Essenden se ha dado él mismo el porrazo, pero la cosa se debió más bien a una falta de comprensión. Me refiero al principio del asunto. Jill, si vamos a vengar a

papá, habremos de tener un cuidado tremendo con no sacar al programa al número tres, antes que haya cantado su canción.

—Así lo haremos.

El Santo dijo ensoñador:

—Y entonces quedará usted completamente libre para cuidarse de ese mozo amigo que tiene en Gee, Wisc, ¿verdad?

Hubo un silencio.

Luego preguntó ella:

—¿Y usted?

—¡Oh! —le contestó El Santo—. No le hago falta allí, ¿verdad?

Ella se echó a reír.

—¿No tendrá usted que volver a alguna?

—¡Quién sabe!

La punta del cigarrillo de El Santo enrojeció con una larga chupada, y se apagó. Luego dijo:

—Usted dio un topetazo donde no debería haberlo dado. Esta historia empezó principalmente como una broma, como ya le dije en cierta ocasión. Yo he sido siempre un loco. Pero, desde luego, no me habría metido en todo esto. Y, puesto que estoy metido, disfruto; este entretenimiento no figura en la lista de los preparados para la presente estación. Pero, aquí estamos nosotros, y nadie más, y yo creo de siempre en sacar el mejor partido de una buena tarea. Posiblemente, se fijó usted en la tendencia que manifesté ayer durante el almuerzo.

—¡Oh! —exclamó la muchacha.

El Santo dijo con firmeza:

—Existe una idea absurda entre los subhominoides de los suburbios, acerca de que un hombre no debe besar a una mujer solo porque quiere besarla. Es una idea absurda, porque, a pesar de que usted me ha salvado a mí la vida, voy a besarla apasionadamente, nada más que porque quiero hacerlo... Y a usted le va a gustar.

II

El inspector Teal llegó a Essenden Towers, antes que la servidumbre regresase del baile, y encontró a los cuatro blasfemos en la biblioteca. Su gran pesar fue que, no obstante la extraordinaria circunstancia de su hallazgo y de la conocida fama de los mismos, no pudo hallar un cargo importante de

qué acusarlos en relación con el misterio de aquella noche. Este era más sospechoso aún, debido a que las historias que relataron eran perfectamente verdaderas, y porque no hubo manera de hacer que se contradijesen entre ellos, sometiéndolos al más minucioso examen. Además, hubo muchos detalles de prueba circunstancial de qué acusarlos. Y no era un crimen para cuatro *gangsters*, por muy conocidos que fuesen, el haber sido huéspedes de un par del reino.

Esto molestó a Teal, porque no pudo encontrar rastro alguno de los principales actores del misterio. Y porque habría sido preferible presentar a un culpable sin importancia, que no presentar a nadie.

Bajó al sótano y cruzó por la bodega de los vinos, y encontró la caverna inundada. Se llevó a cabo, cuando las aguas se retiraron, una amplia búsqueda, valiéndose de antorchas eléctricas, pero no fue posible descubrir la extensión de la caverna y la fuente de sus extrañas mareas subterráneas. Y ningún ojo humano volvió a ver jamás a lord Essenden.

Estaba ya muy adelantada la tarde del día siguiente, cuando el inspector jefe Teal, que no había dormido, aunque no estaba más soñoliento que de ordinario, regresó a Scotland Yard para preparar su informe.

—Me imagino que Essenden no volverá a ser visto nunca —le confió sombríamente al comisario ayudante.

—De modo que debió de ser asesinado, ¿verdad?

—Probablemente lo fue. Pero ¿cómo vamos a demostrarlo si no podemos exhibir el cadáver? Usted conoce la ley tan bien como yo.

Cullis se rascó la barbilla.

—Waldstein primero, y luego Essenden. Debe de haber en alguna parte un lazo que una ambos hechos.

—¡Claro que lo hay! Trelawney cree que su padre fue víctima de un complot, y se ha lanzado a castigar a los hombres que lo cometieron. La idea que ella tiene es que hubo un encadenamiento de bandidos de primera magnitud, que trabajaron con un cómplice que estaba dentro de este edificio. Sir Francis Trelawney era el hombre que a ellos les hacía falta aquí..., pero no les fue posible hacerse con él. Y lo que tenía aún mayor importancia, es que todos los días los perseguía de más cerca. Por esa razón había que hacerlo desaparecer. Le prepararon una trampa, con la ayuda del cómplice que tenían dentro de la Policía; y ya sabemos lo demás. Esa es la historia, y la muchacha ha conseguido, de la manera que sea, que El Santo se la crea.

—Pero ¡eso es ridículo! Había únicamente dos personas relacionadas con el asunto que pusieron su dedo acusador en sir Francis Trelawney. El

comisario jefe fue uno, y yo fui el otro. Yo mismo le conté la historia a Templar. Si lo que usted sugiere es que uno de nosotros estábamos en connivencia con Waldstein...

—Yo no sugiero nada —le contestó Teal—. Yo no hago otra cosa que contarle el cuento con que tenemos que enfrentarnos.

Cullis frunció el entrecejo:

—Es un cuento que nos está dando más trabajo que el que hemos tenido durante años... Esta tarde aparece otro artículo en el *Record* —lo dijo con amargura—. Hay que hacer algo, o de lo contrario el jefe va a exigir que renuncie a sus cargos a una cantidad de gente. Si existe algo favorable a Trelawney, tiene que existir una clave por alguna parte, en la oficina de Registros..., si es que podemos dar con ella.

Teal asintió, diciendo:

—Nos ayudaría mucho, si pudiésemos encontrarla. La hija de Trelawney se lanzará ahora contra ese cómplice que se encuentra en la Yard misma, y si nosotros supiésemos contra quién va a ir, estaríamos dispuestos a recibirla. A mí no me preocuparía tanto la cosa si no supiese que El Santo anda en ello, pero dondequiera que me encuentre con su «marca de fábrica», sé que va de veras. Yo lo creo capaz de secuestrar al comisario jefe, y de inundar la oficina de Registros con números retrasados de *La Vie Parisienne*.

—Tendría que ser hombre hábil para hacer eso —dijo Cullis que nada tenía de humorista.

—El Santo es hombre hábil.

Cullis dejó escuchar un refunfuño, y dijo:

—Volveré yo mismo a repasar el legajo de Trelawney.

El tal legajo fue colocado el mismo día siguiente ante el comisario ayudante Cullis; y pasó con él doce horas, despreocupándose de todos los demás asuntos.

Aquel legajo de Jill Trelawney era de gran interés para Cullis, porque en el mismo se trataba de la carrera de aquella mujer peligrosa que durante algún tiempo se había manifestado en Londres como jefe de Los Angeles de Perdición. Arrancaba, en realidad, del hecho que había dado lugar a la creación de lo tales Angeles..., de la época en que sir Francis Trelawney, padre de ella, había sido descubierto en el acto casi de traicionar su cargo, y de someterse al soborno y a la corrupción. Después de su muerte, que algunos atribuyeron directamente al descubrimiento de sus actividades y a su desgracia, habían aparecido Los Angeles de Perdición, que tenían al frente suyo a su hija...

Repasando aquel legajo, Cullis recordó el día, casi tres años antes, en que él, que era entonces nada más que superintendente, había ayudado a que resultase confirmada la acusación..., aquel día de París, en que él había ido con el comisario jefe para sorprender a sir Francis Trelawney en el acto mismo de traicionar un secreto de la Policía.

Cullis recordaba también aquel otro día, una tarde en la Scotland Yard, cuando, en presencia de Trelawney y del comisario jefe, había abierto una caja tomada del Depósito de Cajas Fuertes de Chancery Lane, encontrando dentro de ella un paquete de billetes de cinco libras, que se logró establecer su procedencia directa de Waldstein. Recordó las protestas de Trelawney..., que él no había colocado jamás los billetes dentro de la caja fuerte, que nunca los había visto hasta entonces, y que no podía explicar de ninguna manera cómo se encontraban allí. Y la mirada fría, acusadora del comisario jefe...

Todos esos recuerdos vinieron a la memoria de Cullis a medida que iba leyendo, página tras página, el legajo, y siguieron acompañándole al retirarse muy tarde a su casa. Aunque Teal se sintiese humanamente inclinado a explayarse sobre el tema de la principal aversión suya, no quedaba duda en la mente de Cullis de que El Santo era un factor con el que había que contar, y que cualquiera podía ser perdonado por preguntarse qué era lo que luego tenía que acontecer.

Pero, a la mañana siguiente, no existía razón para asombrarse, porque cuando Cullis llegó a la Yard y se dirigió a su despacho, encontró esperándole al inspector jefe Teal, y algo había en el semblante lúgubre de Teal que presagiaba malas noticias; y, puesto que la mente de Cullis rebosaba de Jill Trelawney, no se sorprendió como debiera cuando descubrió cuáles eran aquellas malas noticias.

—¿No fue usted la última persona que anduvo con el legajo de Trelawney? —le preguntó Teal, yendo derecho al asunto.

Cullis asintió:

—Eso me parece. Dispuse del mismo toda la tarde de ayer.

—Me imagino que usted mismo lo devolvería a Registros.

—Así fue —contestó Cullis—. Era tarde cuando me retiré, y lo devolví personalmente al salir.

Teal dio un golpe con su dedo pulgar en el escritorio del señor comisario, diciéndole:

—Échele un vistazo.

Tenía delante la cubierta, con su limpia etiqueta. Cullis lo abrió y no pudo menos de lanzar una exclamación profana.

La primera cosa que encontraron sus ojos fue una hoja de papel que tenía un dibujo igual a muchos otros que había visto antes, con una línea escrita: *Con saludos y agradecimientos.*

Debajo de la nota había una hoja de papel en blanco. Debajo de esa hoja de papel, había otra más, que no tenía nada escrito. En conjunto, había veintisiete hojas en blanco... Las contó.

—¿Cuándo se descubrió esto?

Teal le contestó:

—Hará cosa de una hora. Envié yo a pedir el legajo, a fin de buscar algo. Observará usted que todas las hojas que se refieren al asunto primitivo de Trelawney han sido quitadas. El resto ha sido dejado, y se simuló el volumen con estas hojas en blanco.

—Pero eso es imposible —dijo secamente Cullis.

Teal se mostró de acuerdo, con acritud:

—Totalmente imposible... Y, sin embargo, ha sido hecho.

Las pruebas a que se veía sometido últimamente no habían dulcificado su carácter.

Cullis insistió:

—Nadie ha podido robar a Scotland Yard. ¿Había alguna señal que mostrase que se había manipulado los registros?

—Ninguna en absoluto.

—Pues entonces ha tenido que ser alguien de dentro del edificio..., alguien que esté en la oficina de Registros.

Teal extrajo de su boca, como si le disgustase, un trozo masticado de chicle. O quizá fuese otra cosa lo que le disgustaba. Y dijo morbosamente:

—Si seguimos haciendo progresos de esta clase, cualquiera de los periódicos habilidosos se burlará de nosotros, calificándonos de reencarnaciones modernas de Sherlock Holmes.

Cullis le dijo con desagrado:

—Con eso no adelantamos mucho. Incluso si alguien de la oficina de Registros es el responsable, podría ser uno cualquiera entre una docena.

Teal se encogió de hombros y preguntó secamente:

—¿Cuál?

—Se realizará, desde luego, una investigación.

—¿Y qué descubriremos? Sabemos que Los Angeles disponían de mucho dinero, y yo sé que El Santo sigue teniéndolo. Suponiendo que haya verdaderamente comprado a alguien que está en la Yard, ¿qué razones hay para que sea uno y no otro? —Teal adelantó un brazo reacio y seleccionó una

de las hojas en blanco. Tenía una arruga en el centro, lo mismo que las restantes. Teal ajustó el montón de hojas, doblándolas todas sobre la arruga de la primera, y dijo—: Caben en el bolsillo del pecho de una persona. Es un papel barato y ordinario..., de la clase que emplean en algunos centenares de oficinas. En ellas no encontraremos clave alguna.

Recogió la nota escrita.

—¿Qué saca usted de esto? —preguntó Cullis.

—Resulta casi la misma letra que la de la nota que dejaron en París a lord Essenden, ¿no es cierto?

—Bien mirado, no parece exactamente la misma. Ahora que el escrito estaba disimulado. Cualquiera puede disfrazar su letra con tanta seguridad como si escribiese en la verdadera suya.

—¿Cualquiera?

Teal contestó, soñoliento:

—Simón Templar. Juraría que fue él quien escribió la nota que le enviaron a Essenden en París.

—¿Y esta de ahora?

—Simón Templar —contestó con algo de inconsecuencia Teal— es un joven muy inteligente.

Cullis le miró. Recordaba que la enemistad que había entre el inspector jefe Teal y El Santo era una de las leyendas épicas de la Fuerza. Había habido, de tiempo en tiempo, treguas..., treguas y animados intermedios..., pero la enemistad fundamental no había acabado nunca. Si algo faltaba para volver a despertar en el pecho ambicioso de Teal, el anhelo de ser el primer hombre que echase mano a Simón Templar debía de habérsela suministrado una noche en Londres, hacía muy poco tiempo, cuando El Santo la había chasqueado, quitándole una ansiada presa, valiéndose de un truco que habría sido capaz de descubrir un bebé, y que un agente de Policía de edad mediana había sido incapaz de descubrir.

—Un joven muy inteligente —dijo Teal.

—¿No se imagina dónde podría estar ahora?

—Se encuentra en Londres, viviendo en su propia casa. Hablé con él anoche.

—¿Qué habló usted con él? —exclamó, incrédulo Cullis—. Pero...

—¿Vamos a dejar ese tema? —dijo Teal, fatigado—. Estoy cansado de que me digan que debía detenerlo. Estoy cansado de explicar que no podemos hacer nada contra él en Inglaterra por haber robado a Essenden en París. Y estoy cansado de explicar que uno puede pensar lo que le parezca acerca de

que él y Jill hayan estado en casa de Essenden la noche en que este desapareció. Pero no hay manera de probar nada, y eso lo sabe Simón Templar. Puede reconocer lo que a él le plazca en conversaciones particulares que tenga conmigo, pero esa prueba desaparece en el momento en que salgo de nuevo a la calle. Se burló de mí en una ocasión, y no voy a proporcionarle la oportunidad de burlarse otra vez, acusándome de detención ilegal... ¿Sabe usted que El Santo no ha estado nunca en la cárcel?

—¿Con las cosas que tiene a cargo suyo?

—No tiene nada a cargo suyo —dijo Teal—. Es un individuo sospechoso, y un policía que se oculta, pero eso es lo peor que de él se puede decir sin tener que pagar una multa por daños y perjuicios..., salvo por ese asunto de París, en el que nada en absoluto podemos hacer. Tiempos hubo en que habríamos podido detenerlo por ciertas cosas, pero logró que le otorgasen el perdón, y las borró todas. —Teal estalló en una especie de exasperación inútil, diciendo—: ¿Acaso no he gastado yo años de mi vida tratando de encontrar algo de que pudiera acusar a El Santo? En tiempos pasados, dispuse de hombres a los que él había golpeado, y que él mismo me confesó que les había golpeado, y no conseguí que ni uno solo de ellos dijese una palabra contra él..., ni una sola palabra que me hubiese servido para actuar, claro está. Tuve en una ocasión a El Santo perseguido, con una cantidad de pruebas en contra suya, bien establecidas, en mi oficina, con una orden auténtica de detención en mi bolsillo, y entonces él va y salva a un cortejo real y se le perdonan todas sus culpas. Yo estuve de vigilancia y le vi enviar por los aires a un individuo, y no he podido, hasta hoy, presentar pruebas para demostrárselo. Yo no soy un milagrero, y tampoco un embustero que convence. Yo soy muy capaz de decir al mundo que El Santo me ha derrotado en todos los juegos que conozco, y en algunos que no he conocido hasta encontrarme con él, y trataré de sonreírme diciéndolo. Pero ni siquiera trataré de contar a un idiota sordomudo, que yo sería capaz de detener mañana a El Santo y de hacerlo condenar a siete días de cárcel en la segunda división, porque sé que únicamente conseguiría ser el hazmerreír universal.

—Pero es cosa sabida que está asociado con la Trelawney.

—¿Y qué hay con eso?

—Fue cómplice de la Trelawney en el asunto de Essenden.

—¿Cómplice? —le preguntó Teal con mucha paciencia.

—Él estaba con ella. Tiene que saber en qué lugar se esconde.

—¡Claro que lo sabe! Pero ¿quién va a demostrarlo ante un tribunal? No habríamos hecho todo con meterlo en ello, aunque pudiéramos. No, nuestra

mejor esperanza estriba en vigilarlo, esperando que más pronto o más tarde nos conducirá hasta Jill Trelawney. Y no puedo menos de pensar que esa no es una gran esperanza..., con un hombre como Simón Templar.

Cullis volvió sus ojos hacia el legajo saqueado.

—Habrás que informar de este robo al jefe —dijo.

Teal le contestó:

—Se lo he dicho ya. Se subió por los aires, asegurando que era preciso revolver Scotland Yard sacando lo de dentro afuera, pero yo pude convencerle de que no lo hiciese. Me agradecería tener una probabilidad de hacer algo por mí mismo antes que el mundo se entere de lo incapaces que somos.

Se puso en pie. Durante toda la entrevista permaneció sentado en el sillón del comisario ayudante, recostado en él y masticando chicle, como si fuese suya la oficina; porque Teal era un señor que gozaba de muchos privilegios. A su jefe lo dejó intrigado su manera extremadamente apática de aceptar el sorprendente descubrimiento de aquella mañana. No ocurre todos los días que sean substraídos de la oficina de Registros documentos importantes, sin que se deje una pista. Teal, sin embargo, parecía resignado, como si hubiese tenido que informar al comisario de que la noche anterior había sido arrestado un plomero por borrachera y comportamiento desordenado en Old Kent Road. Cullis estaba intrigado, porque le pareció descubrir un hilo de fatalismo melancólico detrás de las escasas observaciones que Teal había hecho acerca del tema.

—Seguiremos adelante —dijo Teal, malhumorado.

Cullis permanecía junto a la ventana y en su frente había tres profundas arrugas de pensamiento. Cuando Teal llegaba a la puerta, Cullis salió de su concentración abstraída, y dijo:

—¿Ese individuo Gugliemi?

—Mañana lo expedimos por barco. La orden de deportación llegó esta mañana. ¿Qué quiere de él?

—¿Dónde se encuentra ahora?

Teal alzó sus pestañas tétricas.

—Creo que en Brixton. En seguida le traeré el dato. ¿Por qué?

—Se me ha ocurrido una idea.

Teal dijo como recordando:

—Yo también tuve en cierta ocasión otra... ¿Cuál es la idea suya?

—Estoy pensando en quitarle a El Santo una hoja de su libro. Recuerde usted que Dyson le fue útil, y se me ha ocurrido que Gugliemi pudiera serme

útil a mí. Todos y cada uno de los hombres que colocamos para vigilar a la Trelawney y a Weald nos resultaron peores que inútiles. Gugliemi pudiera tener éxito donde un individuo ordinario, vestido de ropa corriente, sería descubierto a un kilómetro de distancia. Y también...

—¿Y también? —sugirió Teal.

Cullis cerró la boca y dijo:

—Eso me lo guardaré.

Y guardó su idea para sí mismo, y Teal tuvo que marcharse con su curiosidad insatisfecha.

Media hora más tarde era debidamente situado Gugliemi en la cárcel de Brixton, y Cullis, al recibir la información, habló personalmente al director de ella por teléfono.

Antes que transcurriese una hora, llegaba Gugliemi a Scotland Yard en un taxi, acompañado de dos guardianes, siendo llevado directamente al escritorio del comisario ayudante. Y los dos guardianes regresaron poco después a la cárcel, solos.

Teal, que era hombre curioso, volvió durante la tarde al despacho del comisario ayudante, descubriendo que Gugliemi había desaparecido misteriosamente, aunque no se había nombrado una escolta que lo devolviese a la cárcel. Cullis, contestando a la pregunta de Teal, dijo:

—La orden de deportación se mantendrá en suspenso durante siete días.

—¿Qué idea grande se le ha ocurrido? —preguntó Teal.

Cullis contestó seriamente:

—Gugliemi es un coleccionista entusiasta de mariposas. Le dije que ha sido visto en Inglaterra un espécimen muy raro de mariposa, llamada Trelawney, y me he puesto de acuerdo con él en dejarle salir con su cazamariposas, para que trate de encontrarla antes que sea devuelto a Italia.

La noticia no divirtió a míster Teal.

**DE COMO SIMÓN TEMPLAR HABLÓ DE LOS NIDOS DE
PÁJAROS, Y DUODÉCIMO GUGLIEMI SE ENAMORÓ
TAMBIÉN**

I

Es preciso reconocer desde ahora que Duodécimo Gugliemi no había sido citado nunca como anuncio de su país nativo. Bastaría para descalificarlo a ese respecto su despreocupación sublime por las leyes de la propiedad; aparte de eso, se hallaba afectado también de un temperamento amoroso que, combinado con su carácter súbito y celoso, había tardado poco en convertir a Italia en país demasiado peligroso para él. Había cruzado los Alpes metiéndose en Austria, mirando por su salud; pero no le hicieron gracia las cárceles austríacas, y nuevamente mirando por su salud, había marchado hacia el Norte, metiéndose en Alemania. Había conocido por dentro las cárceles de Munich y de Bonn, y se había escapado por los pelos de un castigo más desagradable en Leipzig. En Berlín había llevado una vida intachable durante seis semanas, tiempo que estuvo en el hospital aquejado de pulmonía doble. Una vez que sanó, abandonó Berlín con un escudo sin mancha, emigrando a Francia; y de Francia, después de algunos altibajos, llegó a Inglaterra, país del que, de no haber sido por la intervención de mister Cullis, comisario ayudante, habría sido enviado rápidamente al país de su nacimiento. Pertenecía a una familia de trece hijos que había sido bautizada en orden numérico, y se le permitió deslizarse y tomar el nombre de un hermano, que había muerto de un hartazgo de cebollas en vinagre, a la tierna edad de dos años. Esta, ateniéndose a la historia contada por él, era la única buena suerte que había tenido en un mundo que persiguió implacablemente sus empresas más inocentes.

Era un hombre pequeño y regordete, compañero muy divertido, de acuerdo con su manera apuesta, que ejercía fascinación entre las doncellas de bares y que tenía una habilidad innata para el estilete. Desde luego, se parecía menos que cualquier otra cosa con pantalones a un inglés corriente. Eso puede explicar que Simón Templar, al salir una mañana de Upper Berkeley Mews, muy despierto para descubrir a los detectives que le esperaban, observase a dos tipos grandotes que estaban al otro lado de la carretera, y no reparase en modo alguno en Duodécimo Gugliemi.

Aquellos tipos grandotes, completamente vestidos de paisano, figuraban entre las pruebas de esta vida que Simón Templar soportaba con la ejemplar paciencia con que se enfrentaba a todas sus tribulaciones. Desde su primer roce con la Ley, presentación y despedida, se había visto favorecido con esa clase de atenciones; y el entretenimiento, que al principio le había producido aquella persecución silenciosa, empezaba a perder su aliciente. No era que la continua vigilancia le molestase, y ni siquiera que perturbase su estilo hasta un punto de vista notable; pero empezaba a encontrar algo aburrido el tener que sacudirse a una pareja de fantasmones cada vez que necesitaba ir a un negocio verdaderamente privado. Si, por ejemplo, daba una cita para el mediodía en un punto situado a diez minutos de la casa, tenía que salir con media hora de adelanto, nada más que para tomarse el tiempo de echar a la cuneta a una pareja de perros ventores que le perseguían obstinadamente. Siempre sin éxito, pero esa pérdida de tiempo apesadumbraba a su alma activa. Más de una vez pensó en dirigir al comisario jefe de Policía de la metrópoli una queja a ese respecto.

Aquel día, tenía una cita particular al mediodía; y, según hemos explicado, se tomó media hora para despistar a sus vigilantes. A decir verdad, los despistó en veinte minutos, lo que era una buena marca. Pero no despistó a Duodécimo Gugliemi, en parte porque la intuición de Gugliemi era mucho más ágil que la de los dos detectives, y en parte, porque ignoraba la existencia de Gugliemi. En cuanto advirtió que los dos tipos grandotes quedaban fuera del cortejo, siguió hasta el lugar de su cita por un camino directo y normal, desconociendo que Duodécimo seguía aún sobre sus talones.

El regreso desde Reading no había ofrecido dificultades serias para un hombre de la habilidad de El Santo, aunque sabía perfectamente que para la mañana siguiente habría patrullas de individuos con ojos de halcones vigilando en busca suya todas las entradas de Londres. Se había entrevistado con el propietario de un garaje y le había colocado su historia, para lo cual no había mejorado en nada su ropa, estropeada por la mojadura de la noche

anterior, no habiendo hecho ningún esfuerzo por adecentarse. Era un hombre que había servido en el ejército y que se encontraba en una racha de mala suerte; había sido contratista de transportes, y una racha de malas especulaciones le había obligado a vender su negocio; ahora le había venido a las manos un negociazo, consistente en un transporte que le rendiría veinticinco libras si encontraba el medio de realizarlo. Consiguió el camión que necesitaba, y que le prestase también un mono que ponerse, y lo llevó valerosamente, metiéndose en Londres por delante de las mismas narices de los tipos grandullones que le estaban esperando en Chiswick, extremo de Great West Road, con Jill Trelawney detrás, tapada con una lona. Después de lo cual, había sido de una sencillez infantil meterla subrepticamente en el estudio, ya de noche. Allí le había indicado un armario convenientemente provisto de alimentos no perecederos, dejándola abandonada a sí misma. Allí la visitaba con frecuencia, para llevarle noticias y proveer a la despensa..., en realidad, aquella mañana le llevaba una docena de salmonetes, una hogaza de pan, media libra de mantequilla y dos docenas de huevos en un maletín de *attaché*.

Jill salió a recibirle a la puerta, y le dijo:

—Dios lo bendiga. Creo que si no hubiese venido hoy, me habría dado un ataque de histerismo. No sabe usted lo que es estar dentro de casa, sin otra cosa que hacer sino leer y comer, durante las veinticuatro horas del día.

Simón colocó el maletín de *attaché* encima de un trípode que nunca había conocido una tela, y le dijo:

—Pues solo he faltado desde anteanoche. Lo que ocurre es que la moza ha empezado a enamorarse de mí.

Jill le ofreció un cigarrillo, y se sirvió uno ella misma.

—¿Qué ha ocurrido?

—Poca cosa. Teal estuvo de nuevo a verme. Empezó amenazando, recibió lo suyo; trató de ser astuto y recibió lo suyo; trató de mostrarse amigo, recibió lo suyo; trató de sobornarme, recibió lo suyo, y se marchó a su casa. Dice que ahora va a retirarse y que pondrá una granja avícola. Policías disfrazados de caballeros continúan siguiéndome a todas partes...

—¿Cómo puede usted tener la seguridad de habérselos sacudido a todos?

—Cuando les oigo que chirrían sus botas, sé que les llevo de ventaja por lo menos tres manzanas de casas. Escucha, la oficina de Registros ha sido robada.

Ella le miró. Estaba sentado en su silla.

—¿Que ha sido, qué?

—Robada. Entraron traicioneramente y substraieron indebidamente papeles secretos. El de Jill Trelawney, subsección M 3.879, XXI, b)... Dicho sea de paso, eso es una exageración. Le proporciona cierto crédito a la Policía. La teoría del robo fue rechazada después de los primeros cinco minutos, y ahora sostienen que el delito fue tarea realizada desde dentro, y que la realizó algún oficial corrompido que está pagado por El Santo.

—¿Cuándo ocurrió?

—Anteanoche.

—¿Cuando usted estaba aquí?

—Exactamente. Mi coartada es perfecta.

—¿Se marchó usted a media noche?

—No por mi propia voluntad.

Ella se sonrió.

—Pero ¿me dijo que tenía una cita?

—En efecto.

—¿De veras que tenía usted una cita?

—¿Dije eso? Jill, no quiero ser repreguntado. Eso lo guarda usted para el muchacho norteamericano amigo suyo, cuando lo haya enganchado. Tenía que ver a un individuo en Camden Town para tratar de un perro de Pomerania de segunda mano, y me vendió un cachorro. ¿Qué le parece?

Jill volvió a sonreírse. Luego apuntó hacia un desbarajuste de periódicos que había en una mesa lateral, y le dijo:

—Es la primera cosa que oigo acerca de ese asunto de la oficina de Registros, y juraría que el resto del mundo está tan ignorante como yo.

—Bueno..., la mayor parte del mundo.

—¿Y cómo sabe usted lo que ha pasado?

—Tengo fuentes secretas de información —contestó El Santo.

Bostezó de manera monstruosa. Su cabeza se echó perezosamente hacia atrás sobre un almohadón, y sus ojos se cerraron.

Jill lo contempló durante algunos segundos. Luego le llamó:

—¡Simón!

—¿Qué hay? —suspiró El Santo, sobresaltándose.

Ella le preguntó:

—¿Qué le pasa?

El Santo dijo:

—Lo siento. Apenas si he pegado ojo durante las dos últimas noches y estoy muerto de sueño.

—¿Qué estuvo haciendo?

Simón se estiró, y dijo:

—Jill, debería usted tener más fe en mí. No he andado por los tejados, aunque anduve condenadamente cerca de ellos..., había en el camino una tubería de desagüe, y tuve un momento terrible en que pensé que se me venía encima todo el canalón. Pero la cosa salió perfectamente, aunque causé algún destrozo en la hiedra...

—¿No asaltó la Scotland Yard?

—¿Quién dijo que yo la asalté? —preguntó El Santo, abriendo mucho sus ojos, con asombro inocente.

La joven se acercó, sentándose en el brazo de su sillón. Con su sencilla blusa azul, y su rostro encantador libre del «acabado», que jamás necesitaba, podría haber posado para un cuadro que habría dado fama a un estudio, si Simón Templar hubiese sido artista. El Santo la admiró francamente.

—Día llegará en que ese muchacho norteamericano se pase una vida muy atareada, arrojando lejos de sí a los admiradores que aspiren a usted —murmuró perezosamente.

—¿Y qué hacía usted en las tuberías de desagüe?

—Coger nidos.

—¡Simón!

—Perfectamente, profesora. Le diré, puesto que desea usted saberlo, que voy a entrar en la profesión de plomero, y que necesitaba hacer algunos estudios en cosa barata.

Ella se irguió con impaciencia, y Simón se echó a reír, y la hizo sentarse nuevamente, tirándola de una mano, que no había soltado.

Y, con el pensamiento en otra parte, se la besó.

—Muchas gracias.

—No hay de qué darlas —le contestó El Santo cortésmente—. Vamos a ver, ¿me creería usted si le jurase que la Scotland Yard fue robada la noche antepasada, y que yo no anduve por las tuberías de desagüe hasta anoche... o, hablando más correctamente, hasta las primeras horas de esta madrugada?

Jill clavó sus ojos en los suyos, intrigada, y le contestó:

—Sí, se lo creeré, pero ¿qué anda usted buscando?

El Santo hizo una mueca, y dijo:

—Entonces, espere, porque la fe que tiene en mi palabra va a sufrir un rudo golpe.

Metió la mano en el bolsillo del pecho, y sacó un pesado sobre.

—Échele un vistazo. No se cobra el examen.

Jill dio vuelta al sobre. No estaba sellado. Levantando la cartera, extrajo un grueso bulto de papeles, y los desdobló.

Al ver el primero de ellos, su rostro cambió de expresión. Acto continuo repasó rápidamente los demás. Volvió a mirar a El Santo frunciendo el ceño y con una media sonrisa en sus labios.

—¡Bribón!

—Le dije que su fe iba a sufrir una sacudida.

—¿Por qué no me lo dijo inmediatamente?

—Por qué no le dijo, ¿qué?

La inocencia de los ojos grandes y azules de El Santo era enceguecedora. Ella le preguntó:

—¿Por qué no me dijo desde el primer momento que se había metido usted en la oficina de Registros?

El Santo le contestó suavemente:

—Porque no habría sido precisamente la verdad. Yo soy siempre muy exigente en decir solo la verdad —dijo con expresión virtuosa.

—¿O es verdad o no lo es...?

El Santo dijo precipitadamente:

—Hablando de macarrones..., ¿se ha fijado usted en la última hoja?

Jill la miró:

—Está en blanco.

—Es una curiosidad valiosa. Tiempos hubo en que alguna, o algunas personas, a las que llamaremos desconocidas, sacaron ilegalmente documentos privados de las carpetas de la Scotland Yard. En vez de esos documentos, la susodicha persona, o personas, dejaron un número equivalente de hojas en blanco. La hoja que tiene usted en la mano es una muestra de las mismas. Es muy interesante.

Ella se le quedó mirando.

—¿Una de las hojas que quedaron en la carpeta?

—No. Una hoja idéntica, sacada del bloque del que fueron tomadas las hojas dejadas en la Yard. Ahora... —El Santo hundió su mano en otro bolsillo—... aquí tiene una de las hojas que fueron dejadas en la Yard. Si usted compara las dos...

Jill Trelawney tomó en su mano la segunda hoja, y exclamó sin aliento:

—Pero ¿cómo ha podido usted...?

Simón Templar se sonrió seráficamente, y contestó:

—Mis espías están por todas partes. Tengo recursos que usted ni siquiera podría adivinar. Perdóneme.

Cogió todos los papeles que Jill tenía en la mano, volvió a meterlos en el sobre, y colocó de nuevo este en su bolsillo.

La muchacha le puso una mano en el hombro, y le dijo:

—Usted está metido en un juego de inteligencia. Deseo conocerle.

El Santo se dio unos golpecitos en el bolsillo, y dijo:

—Tengo aquí papeles que no es posible duplicar. Son los auténticos cajones del dromedario. Tengo, por ejemplo, la carta original que da aviso de un raid inminente, escrita en papel de cartas de la Scotland Yard con una máquina que estaba en el despacho de su padre, y que bastó casi para concretar las acusaciones hechas contra él. Es una prueba que no puede ser repetida. Y existen detalles del asunto de los que nadie puede acordarse, al cabo de tanto tiempo, sin estos documentos. Detalles pequeños, pero que importan mucho para cierta gente. Si, pongamos por caso, el comisario jefe resolviese, por cualquier razón, iniciar una investigación nueva sobre las circunstancias en que se realizó la dimisión de su padre...

—¿Por qué iba a hacer eso?

—¿No era lo que usted quería?

Jill no contestó.

—¿No se habían lanzado a eso Los Angeles de Perdición?

Jill contestó, casi en un susurro:

—Sí, a eso se habían lanzado..., originariamente.

—Exacto. Para restregarles las narices a los individuos que armaron la conjura contra papá, porque no les fue posible comprarlo.

Jill dijo con voz ronca:

—Y eso es todo. Eso es todo lo que hicieron contra él. Tomaron parte Waldstein y Essenden. Este hizo una especie de confesión..., pero Essenden murió, y nadie prestaría fe a mis pruebas y a las suyas. Y el mismo caso ocurrió con Waldstein. Estoy empezando a pensar que no hay otro recurso que el de tomarse venganza.

El Santo dijo:

—Waldstein y Essenden. Números Uno y Dos. Sigue existiendo el número Tres. Muchacha, el número tres es siempre el de la suerte.

—¿Vamos a hacer en este caso alguna cosa mejor?

—Debemos hacerla, después de toda la práctica que tenemos. Si usted mantiene firme su corazón, querida muchacha...

Ella levantó su cabeza, y dijo:

—Todavía no sé por qué razón me acompaña usted en esto.

—Niña —le contestó El Santo—. ¿Aún le muerde esa pregunta?

—Los demás se metieron en este asunto por dinero.

—Yo recibí en París cien mil francos de Essenden. Habrían sido doscientos mil si no nos hubiésemos puesto en sociedad. Sí, ya sé... que es usted una pérdida neta para mí. Pero, si usted lo recuerda, era una pequeña broma que yo le mencioné más de una vez.

—¿Es ese su secreto?

—Uno de mis secretos... ¿No le dije que yo estaba siempre loco? Eso tiene gran importancia. Si no hubiese estado loco, la cosa no tendría chiste, y solo Dios sabe la suerte que les estaría reservada a Los Angeles de Perdición; pero, sin duda alguna, que habría en la historia mucha menos alegría y bullicio... Cuando esta historia se haya terminado, le contaré algún día todo. Todo lo que ahora puedo decir es que había una cosa que yo prometí hacer antes de volverme ciudadano respetable; y le aseguro que la cosa valía la pena. ¿Le bastaría con esto por hoy, Jill?

El Santo observó en el rostro de ella la perplejidad sonriente y el caprichoso mover a derecha e izquierda de su cabeza, y se echó a reír. Y entonces miró a su reloj y se puso en pie, preguntando:

—¿No le importa a usted que me marche? Es mi hora de ir a la cama.

—¿A la una de la tarde?

El Santo asintió.

—Le dije que llevaba dos noches sin pegar ojo. Esta noche voy de visita a la casa de un pariente sumamente respetable, y no quiero presentarme con cara de vicioso. Pudiera ser que no estuviese tan propicio a creer en mi virtud como usted.

Jill se mostró sorprendida y dijo naturalmente:

—Ignoraba que tuviese usted ningún pariente.

—¿Ah, sí? Tenía, entre otros, un padre y una madre. Fue una cosa extraordinaria. Los periódicos de aquel tiempo trataron el asunto con grandes titulares.

—¿Se refiere usted al *Pólice News*?

El Santo dijo con gravedad:

—No recuerdo que por aquel entonces se interesase por mí el *Pólice News*. Creo más bien que su interés se desarrolló más tarde.

Jill se había dejado llevar por la jactancia para disimular su falta de buenas formas criminales; pero siguió con suficiente curiosidad para insistir en una pregunta seria:

—¿De verdad que tiene usted parientes que lo siguen tratando?

Aquel toque de simpática curiosidad, el dar por sentado tranquilamente que eran ya lo bastante íntimos para intercambiar confidencias, estaba hermosamente dicho. Pero Simón no hizo más que reírse, y le contestó:

—Para decirle la verdad, no se trata de un verdadero pariente, aunque yo la llame Tía Ethel. Pero ella sigue contemplando mis indiscreciones con ojo tolerante, y cree aún que algún día me corregiré. Y ahora hablemos de supralapsarianismo. No puedo asegurarle cuándo estaré de vuelta, Jill, pero será tan pronto como me sea posible...

Le acompañó hasta la puerta, y le vio bajar la escalera, y se sintió extrañamente sola cuando se hubo marchado.

Simón regresó derecho a Upper Berkeley Mews. No había bromeado cuando habló de acostarse. También aquella noche tendría que pasarla en pie, y Dios sabía cuándo disfrutaría de su noche de descanso.

Pero El Santo, que no había reparado antes en Duodécimo Gugliemi, tampoco lo echó de menos camino de su casa.

II

Harían ocho horas que se había retirado El Santo, cuando resonó vivamente por el estudio el repique de un timbre, haciendo que el corazón de la joven golpease contra sus costillas.

No había razón para que nadie tocara aquel timbre. El Santo mismo tenía una llave, y ningún proveedor llamaba nunca, por razones obvias. ¿Quién, pues, podría ser..., como no se tratase de un detective al que El Santo no había tenido la habilidad de sacudírselo, según él creía?

Mientras ella estaba junto a la mesa, con el cerebro convertido en un torbellino, volvió a sonar el timbre.

Marchó a la ventana, miró al exterior y al fondo de la calle, pero no observó nada que se saliese de lo ordinario... ni señales de una hilera de policías, ni siquiera uno o dos hombres a quienes se hubiese puesto a vigilar, para que no se escapase por otra salida. En cuanto al hombre que llamaba a la puerta, era imposible verlo. La entrada del estudio estaba en el tercero, que era el piso más alto del edificio, y el arquitecto, que ignoraba que su construcción fuese a ser empleada para dar refugio a un criminal perseguido, había omitido proveerla de una ventana que diese al descansillo, o de otros recursos parecidos, a fin de ver a los que llamaban, antes de abrirles.

Jill Trelawney pensó en todas estas cosas como un relámpago, y tomó su decisión.

Fuese quien fuese el que llamaba, nada iba a ganar negándose a abrir la puerta. Si se trataba de la Policía, la manzana estaría bien rodeada, y si se negaba a contestar a la llamada, forzarían en todo caso la admisión. Y, si no era la Policía... No se imaginaba quién podría ser, pero no tenía más remedio que contestar.

Cuando marchó hacia la puerta y la abrió, tenía en su mano la pequeña pistola, que no abandonaba jamás.

El primer vistazo que echó al hombre que estaba en el exterior resultó tranquilizador. Fuese quien fuese, desde luego que no era un detective..., era con mucho demasiado pequeño y delgado para haber conseguido entrar ni siquiera en las filas de la Policía Metropolitana, aunque él lo hubiese querido. Una segunda mirada le informó que no era probable que lo hubiese querido; porque había en él rasgos inconfundiblemente no ingleses, en el esmero exagerado en el vestir, que lo habrían señalado como extranjero, aun sin la prueba de sus facciones delgadas y morenas y de sus ojos oscuros e inquietos.

—¿Miss Trelawney?

Después de una vacilación de menos de un segundo, reconoció la acusación. Las maneras del individuo eran tan confiadas, que comprendió inmediatamente que un engaño no tendría éxito. Al mismo tiempo, aunque parecía completamente seguro de su identidad, no había en sus maneras nada de amenazador, ni siquiera de alarmante.

Le bastó un momento para explicarse.

—Vengo de parte de míster Templar. Ha sido detenido.

Jill sintió que el miedo le hacía un nudo en la garganta.

—¿Detenido? ¿Cuándo?

—Muy cerca de aquí. Me encontró la noche pasada y me dijo que tendría trabajo para mí. Esta mañana lo encontré de nuevo, me hizo que lo acompañase hasta aquí, y me dijo que le esperase fuera en tanto que él entraba, marchamos juntos y me explicó lo que tenía que hacer. Después, nos alejamos un poco, y un hombre lo conoció en la calle y le dijo: «Lo necesito a usted».

El visitante movió sus brazos expresivamente.

—¿Y míster Templar le dijo que viniese aquí?

—¡Oh, no! Pero me miró fijamente, y yo comprendí lo que él quería.

La joven comprendió. El Santo no había podido decir nada delante de la Policía, so pena de entregarla a ella.

—¿Quién es usted? —le preguntó.

El hombrecito contestó dramáticamente:

—Soy Duodécimo Gugliemi. Pues bien: míster Templar se metió con el detective en un taxi, y yo tomé otro y le seguí. De pronto, cayó de la ventanilla del taxi un pedazo de papel, y yo detuve mi taxi y lo recogí. Aquí lo tiene.

Sacó el individuo un papel sucio de barro, y ella lo cogió y descifró el tiznado garabato:

«Espere dentro de un auto fuera de Scotland Yard a las diez. —S.».

La joven le dijo secamente:

—¿Por qué no vino usted antes? Si la detención ocurrió inmediatamente después que salió de aquí...

—Tenía que procurarme un auto. Lo tengo ahora ahí fuera. Uno de mis amigos es conductor. Míster Templar conoce también a mi amigo.

—Espere un momento.

Lo dejó en la puerta, y volvió en seguida, metiéndose su chaqueta y colocándose a la fuerza el sombrero en la cabeza. Su pequeña pistola estaba dentro de su vaina, junto a ella, debajo de la chaqueta.

—Vamos ahora.

El italiano bajaba de prisa la escalera, delante de ella, que le siguió rápidamente. Junto al bordillo esperaba un coche cerrado, y Gugliemi le abrió la puerta. Ella entró, él la siguió, y el auto se puso en movimiento casi en el acto.

Solo entonces advirtió ella que todas las finas cortinas de gasa estaban echadas en las ventanillas. Permaneció sentada, completamente inmóvil.

—¿Qué significan esas cortinas?

—No debe usted ver a dónde nos dirigimos. Sería peligroso para usted.

Siguió sentada y en silencio, dando vueltas en su cerebro a un delirante calidoscopio de especulaciones contradictorias. De una sola cosa estaba segura: de que había sido increíblemente estúpida. Miró al hombre que llevaba a su lado, pero él dirigía la vista firmemente hacia adelante, y parecía haber olvidado por completo la existencia suya.

Por fin, cuando el reloj de Jill le indicó que llevaban caminando por lo menos media hora, Gugliemi habló:

—Ya llegamos. Tendrá usted que permitirme que le tape los ojos con esto. Apareció un instante en su mano un pañuelo blanco.

—¿De modo que..., taparme?

—Me temo que no podrá usted negarse. Debo cubrirle los ojos con esto, y no debe ponerme violento, porque no me agrada serlo.

Jill esperó. La mancha de blanco se movió hacia ella, y sintió en su cara la suave caricia de la seda. De pronto ella sacó la automática de la funda y la metió en las costillas del individuo, diciéndole con voz suave:

—Duodécimo, va usted demasiado aprisa. Piénselo otra vez..., y piénselo rápidamente.

El italiano siguió imperturbable en su tarea.

Lo joven dijo vivamente:

—Contaré hasta tres. Puede empezar a rezar ahora sus oraciones. *Uno...*

Él contestó con calma:

—Y entonces el auto se detendrá, llegará la Policía, y la detendrá a usted. Pero no se moleste, miss Trelawney, he descargado ya su pistola.

Jill se dio cuenta entonces de que el auto se había detenido, y habría llorado de rabia.

—¿Quiere usted salir?

Jill sintió, más bien que vio, la luz más fuerte que había entrado al abrirse la portezuela; pero llevaba los ojos bien cubiertos. Ni siquiera pudo ver el suelo que pisaba. Ni siquiera se le dio la oportunidad de alzar por un momento el vendaje de los ojos, porque sus dos muñecas se vieron firmemente asidas.

—Hay aquí algunos escalones que bajan...

La guió por lo que pareció ser un pasillo, la hizo subir por unos escalones que rechinaron como si fuesen piedra desnuda bajo sus zapatos, que daban vuelta a un ángulo.

—Hay ahora algunos escalones.

Jill subió con la mano en su brazo, guiándola..., cuatro tramos..., y luego abrió una puerta, e hizo pasar a Jill. Dio unos pocos pasos más y la detuvo, y sintió una cosa dura que le hacía presión contra la parte trasera de sus rodillas.

—Siéntese.

Obedeció. Sintió las manos de Duodécimo en sus muñecas, el áspero contacto de las correas de cuero que le apretaban, y la frialdad de una hebilla metálica... Luego, la misma sensación en sus tobillos... Cuatro correas que la sostenían con tanta firmeza como si fuesen cadenas de acero. Solo entonces le desprendieron el pañuelo.

La habitación en que se encontró era pequeña y estaba miserablemente amueblada. El papel se desprendía a trozos de las paredes, y la alfombra estaba remendada y deshilachada en los bordes. Había en un rincón un

camastro, y sobre una mesa desvencijada, una botella, algunos vasos, y los restos de un bocadillo, sobre un pedazo de periódico.

Estaba sentada en una sólida silla de roble, que parecía fuera de lugar en aquella habitación, y que incluso pudo ser adquirida para aquella ocasión. Las correas con que la habían atado sujetaban sus muñecas a los brazos de la silla, y sus tobillos a las patas, y supo de golpe que no sería capaz de libertarse sin ayuda ajena, aunque permaneciese allí sentada para el resto de su vida. De todo eso se dio cuenta, antes que tensase toda su energía contra el cuero bien curtido, viendo al pequeño italiano que la vigilaba con una especie de divertido despego.

—No creo que se escape, miss Trelawney —le dijo—, y por eso me disculparé. Despediré a mi amigo, y luego volveré aquí para hablarle — brillaron los ojitos luminosos bajo el ala de su sombrero—. Tengo cosas muy interesantes que decirle..., muy interesantes.

Y cuando se cerró tras él la puerta, le pareció que una cosa como una mano fantasmal le tocaba detrás de su cuello, que enviaba un viscoso hormigueo por encima de su cuero cabelludo, y que se le metía una frialdad insensibilizadora dentro de la boca del estómago.

Ahora que sabía que nada tenía que hacer con El Santo, se preguntaba si este sabía algo acerca de Gugliemi..., si era posible que El Santo hubiese reparado alguna vez en aquel individuo. Significaba, por lo menos, que la historia de la detención de El Santo no era probablemente cierta, que era nada más que un cebo de la trampa en que había caído tan ciegamente. Pero ¿cuánto tardaría El Santo en descubrir su encierro y, aun entonces, qué podría hacer? Tan poco tiempo, y una diferencia tan grande... Y sobre la esfera, vuelta hacia arriba, de su reloj de pulsera, casi bajo su propia mirada, tres manecillas impersonales trazaban la marcha del tiempo, convirtiéndose en eternidad.

Contempló con sorda apatía fascinadora sus movimientos implacables, y vio cómo los minutos afanosos se alargaban hasta convertirse en una hora. Ignoraba lo que podría estar haciendo Gugliemi; parecía completamente ocioso el admirarse. Probablemente estaba bebiendo... La hora se alargó hasta convertirse en dos. Algo parecía estar rompiéndose en su cerebro, haciéndola insensible al paso del tiempo. ¿Qué estaría haciendo El Santo?... Jill sentíase acalambrada y su nariz le hormigueaba...

De pronto, sonaron en el exterior unos pasos, y el manillar de la puerta giró con un estrépito que hizo que el corazón le subiese a la boca y que volviese hacia atrás con un furioso martilleo. Una loca esperanza de que

podiera ser El Santo cruzó por su cabeza..., había llegado de una manera inconsciente a tener tal fe en él, había caído tan profundamente bajo su influencia, cosa de que no se daba cuenta en aquel momento, que habría podido creerlo capaz de cualquier milagro... Pero aquel ruido anunciaba tan solo el regreso del gallardo Gugliemi, sin sombrero ahora y sin chaqueta.

Entró en la habitación y cerró tras él la puerta. La muchacha levantó la cabeza, y le hizo observar:

—Mucho tiempo ha pasado usted con su amigo.

Él se sonrió:

—Sí. Mostróse al principio algo difícil. Pero he logrado que se alejase, y no volverá hasta que pasen un par de horas. Eso me permitirá disponer de tiempo abundante. Espero que empiece a interesarle.

—No me interesa lo bastante para elevar mi temperatura. No lo invité a sentarse. Aunque esté usted disfrazado de caballero...

—Miss Trelawney...

—O quizá no esté disfrazado de caballero. Reconozco que el disfraz no tuvo gran éxito, pero pensé que ese era su propósito.

Gugliemi se ajustó la corbata con sus manos delicadamente manicuradas, y preguntó:

—¿Sabe usted lo que va a ocurrirle?

Su inglés se había hecho más fluido, quizá porque su primera excitación, que no había sido enteramente simulada, se iba pasando. Ella le dijo:

—Le advertí que no me interesaba. Examinándolo, apreció fríamente las circunstancias. Habíanla despojado incluso de su inútil pistola; y comprendió, por la fuerza de la presión que había ejercido sobre sus muñecas, que, aun sin atarla a la silla, él habría podido manejarla como le pareciese, por poco peso que tuviera. Y entonces... Claro que la historia de la detención de El Santo pudiera no ser verdad; aunque era poco probable. Sus pensamientos hallábanse revueltos por el sentimiento de exasperación que corría por ellos. ¡Haber caído ella con un monigote como aquel, después de haber revuelto de dentro afuera las leyes de Inglaterra, y después de haber armado camorra bastante para volver blanco el cabello de todos los hombres de Scotland Yard! Pero ¿cuánto tiempo necesitaría El Santo para advertir su ausencia?

Desde que Jill se había instalado en su estudio la había visitado un día sí y otro no, por lo menos. Días hubo en que sus visitas fueron seguidas. En el mejor de los casos, calculando por sus costumbres previas, no podía esperarse su visita hasta mañana; y, de acuerdo con las palabras de Gugliemi, dos horas eran el tiempo de que se disponía.

Sin embargo, las cosas se movían con mayor rapidez que hasta entonces, y era más que posible que El Santo pudiera tener razón para verla de nuevo aquella noche. Y, una vez que viese que faltaba, no era probable que acumulase bajo sus pies moho como para que embarazasen seriamente sus movimientos. Pero ¿podría aguantar tanto tiempo..., como para darle la ocasión que requería a fin de ganar el terreno perdido?

Gugliemi le dijo:

—Es preciso que usted muera. Así me lo han dicho, y me han pagado para que yo la mate. Yo ignoraba que se hiciesen estas cosas en Inglaterra, pero me dicen que se hacen. Claro está que en Italia, cualquiera que constituya una molestia desaparece..., puff..., así. Pero yo ignoraba que tal cosa se hiciese en Inglaterra, hasta que me dijeron que usted debía desaparecer. Y me aseguraron que, si usted desaparecía por completo, no me enviarían de vuelta a Italia. Esto tiene mucha importancia, porque, si volviese a Italia, me enviarían inmediatamente a la cárcel.

Jill le miró fijamente, creyendo apenas lo que oía. Y le preguntó con voz forzada:

—¿Quién le ha dicho tal cosa?

Gugliemi contestó:

—Eso fue lo que me dijeron. Pero no se me dijo que obrase de esta manera. Eso fue una idea mía. Me dijeron que me armase de mi pistolita y que descubriese donde vivía usted, que entrase en su casa, la matase a tiros y volviese a salir, y que nadie me diría nada. Pero yo la vi a usted una sola vez, cuando miró desde la ventana y yo vigilaba fuera, en la calle, y decidí que el asunto no podía hacerse de esa manera. No podía hacerse con una mujer tan joven y tan linda.

Le envió un beso elegante, con las puntas de sus dedos.

—Por esa razón me la traje a mi casita. Usted ha desaparecido, y la Policía quedará satisfecha. En cuanto a mí, también yo quedaré satisfecho, y todo seguirá como si tal cosa.

La ridícula preciosidad de sus palabras y gestos hacían grotesca aquella situación. Y sin embargo...

Jill se volvió para mirar el cuarto desnudo y miserable, convertido en más ruin todavía por estar alumbrado por un débil mechero de gas que había en un rincón. Y, mientras Gugliemi deliberaba acerca de sus próximas frases, meciéndose gentilmente en su silla, ella escuchaba en medio del silencio, sin oír otro ruido en la casa. Probablemente estaba vacía... porque Gugliemi no

se habría arriesgado a dejarla sin mordaza en un lugar en que habría podido gritar y llamar la atención.

Él pareció leer sus pensamientos con los inquietos ojos oscuros que miraban su cara, apreciando descaradamente su hermosura.

—No —dijo—. Aquí no hay nadie. Estamos en Eambeth, y esta es la habitación del encargado de un depósito vacío. Puede usted gritar, si le agrada, pero nadie le oirá. Y así que usted me prometa portarse debidamente, le quitaré las correas y quedará usted libre.

Ella le dijo tranquilamente:

—De manera que míster Templar no ha sido detenido.

Él extendió sus manos:

—¿Cómo voy a saberlo yo? Fue un cuento que inventé. Cuando él salió de la casa de usted, yo dejé de seguirlo. No me interesaba. Quizá lo hayan detenido, quizá no. ¿Quién puede decirlo?

Jill se agarró a ese hecho igual que una persona que se ahoga se agarra a una paja.

En ese momento, como respondiendo a sus pensamientos, se oyó llamar estruendosamente a la puerta, en algún lugar de las profundidades inferiores.

11

DE COMO SIMÓN TEMPLAR INTERRUMPIÓ UNA REUNIÓN; Y DE COMO MISTER CULLIS ESTABA EN CASA

I

Gugliemi debió de pensar que era su amigo que volvía, porque sus negros ojos se dilataron cuando vio a Simón Templar.

—¿Qué desea usted? —preguntó.

—¿Quién es usted? —le preguntó El Santo, examinándolo desde la coronilla hasta la punta de los pies con mirada despectiva.

—Soy el cuidador del depósito.

—Entonces, espero que tenga usted mucho cuidado —le contestó El Santo.

El italiano hizo un movimiento para cerrarle la puerta en la cara, pero Simón empujó con más fuerza, y entró.

—¿Qué desea usted? —preguntó de nuevo Gugliemi, y esta vez lo hizo más peligrosamente.

Simón se quitó con mucho cuidado de la manga un fragmento de telaraña. Traía su chaqueta de esmoquin sin sombrero ni abrigo, y su camisa brillaba con blancura de nieve en la media luz.

—En verdad, míster Oleaqua, que no deseo que piense que me meto en lo que no me importa —le dijo El Santo con desconfianza—. Pero ¿no cree usted que es hora de que deje que miss Trelawney vuelva a su casa?

—No sé nada de esa señorita.

—Pero, mi querido míster Gazebo —protestó El Santo con acento de inocencia dolorida—, ¡piense usted en las conveniencias! ¡Piense usted en lo

que diría el señor obispo si supiese que estaba usted solo y a estas horas con una hermosa dama!

Gugliemi dijo tercamente:

—No le comprendo. No conozco a ninguna miss Trelawney, se lo aseguro.

El Santo alzó las cejas medio centímetro.

—¿De verdad? —exclamó—. Un amigo suyo acaba de decirme que la trajo a ella con usted hasta aquí.

Gugliemi se encogió elocuentemente de hombros, y dijo:

—Es posible que esté usted contando cuentos tártaros.

El Santo asintió.

—Es posible. Desde luego, usted me permitirá echar una ojeada, nada más que para asegurarme de que dice la verdad, ¿no es así?

Gugliemi se enderezó:

—No se lo permitiré. Usted se ha metido aquí por la fuerza, y si no se marcha usted rápidamente, llamaré a la Policía.

Simón se enderezó también, haciendo la siguiente observación humorística:

—Tiene usted unas ideas deplorables de la hospitalidad. Pero estoy seguro de que no dice lo que siente. Usted es uno de esos hombres fuertes, sin pasteos, y no querría resultar perturbador para nadie, ¿no es así?

Una brillante pistola había aparecido en sus manos sin que nadie viese de dónde la había sacado. Jugaba con ella como al desgaire, y Gugliemi tuvo una sensación desagradable de abatimiento.

—Es poca la costumbre que tengo de estos juguetes —dijo El Santo suavemente, conforme la pistola giraba alrededor y se afirmaba directamente, por delante de la sensación de zozobra—. Yo soy hombre de paz, a pesar de que nadie parece creerlo. Pero comprendo que si usted oprime estos mecanismos de mala manera, se disparan y agujerean las cosas. Me interesaría enormemente comprobar si eso es cierto. ¿Lo sabe usted, casualmente? —sus dedos acariciaban con descuido el gatillo, y Gugliemi empalideció—. ¿Qué idea está usted acariciando, mi pequeño *andante caprichoso*? ¿Un pequeño secuestro? ¿Uno de esos fuertes asuntos de amor que ha visto en el cine?

Movía con ligereza peligrosa su pistola a cada pregunta.

Gugliemi echó la mano atrás, pero El Santo fue más rápido. Alargó la suya y cogió a tiempo la muñeca del italiano. Gugliemi dejó caer la pistola con un alarido de dolor. Simón lo apartó de un empujón y la recogió.

—¿Y qué criterio tiene usted acerca del tema del supralapsarianismo? Sus opiniones deben ser valiosas. Hace nada más que unas horas...

Gugliemi refunfuñó:

—Perfectamente. Buscaré a miss Trelawney. Pero, aparte esa pistola.

El Santo le contestó:

—No la apartaré hasta que me convenza de que no intentará usted ninguna otra comedia de palos y bofetadas, encanto. ¿Dónde está ella?

—Arriba.

—¡Válgame Dios! —la pistola volvió a hurgar en el chaleco de fantasía de Gugliemi—. Espero que no habrá olvidado sus buenas maneras.

—Yo se la enseñaré.

El Santo le dijo divertido:

—¡Claro! Pero me temo que si usted ha estado olvidando sus buenas maneras, me verá obligado a realizar con usted cosas, no solamente dolorosas, sino que lo desanimarán de manera permanente... ¡Adelante, Rudolph!

Gugliemi lo guió, y El Santo lo siguió hasta dentro de la habitación superior. El Santo vio iluminarse los ojos de la joven cuando él entró, y le hizo una inclinación, sonriéndose... La entrada tuvo lugar, evidentemente, interrumpiendo el final de la escena, cosa que fue para El Santo una hermosura y una felicidad, porque su temperamento no era nada, si no era melodramático. De nuevo se volvió hacia el italiano, ordenándole como si estuviese en una ópera:

—Quítele esos juguetes.

Gugliemi se inclinó tembloroso para obedecer. Cayeron las correas, primero de las muñecas de la joven, y luego de sus tobillos.

—Vamos a ver, Jill, ¿cómo se ha portado este espécimen de alfiler de corbata? ¿Como los buenos?

—Él estaba...

El Santo hizo girar su pistola:

—¡Ajá! No quiero aparecer como prematuro, Antonio, pero las perspectivas matrimoniales tuyas me parecen malas. Si recuerda lo que le dije hace solo un momento...

Jill protestó:

—Por suerte, llegó usted a tiempo. ¿Qué va a hacer?

—¡Oh! —exclamó El Santo, como a contra voluntad—. ¿De modo que no se ha portado suciamente?

—Pues en verdad que no.

El Santo suspiró:

—Otra vez el viejo libro de relatos —murmuró con semblante desdichado—. Siempre me he preguntado, como usted sabe, qué ocurriría si el héroe perdiese su tren e hiciese irrupción media hora demasiado tarde. Me imagino que no lo sabremos nunca... Pero ¿a qué obedeció?

Ella se lo contó exactamente como Gugliemi se lo había dicho, en tanto que el italiano permanecía pálido y silencioso, bajo la continuada amenaza de la pistola de El Santo. Y cuando, al final del relato de Jill, Simón se volvió súbitamente hacia él, Gugliemi casi saltó fuera de sí mismo. El Santo le preguntó:

—¿De modo que quiere usted hacerme creer que la Policía le colocó esa historia? ¿Y espera usted que yo se lo crea?

—Pero es la verdad, señor.

—¿Qué policía fue?

—Un hombre grueso..., de bigotes... Una cosa así...

Gugliemi frunció sus párpados hacia abajo, torció la boca, y sacó hacia afuera su mandíbula, simulando una caricatura que El Santo reconoció en el acto. Lo mismo que Jill.

—¡Cullis!

Simón se sentó en el camastro, contemplando al italiano con aire pensativo.

—Pero ¿cómo ha llegado usted hasta aquí? —preguntó Jill a El Santo.

Este le contestó:

—¡Oh, casualidades! En realidad, yo iba a visitarla. Mi respetable amigo pensó que también le gustaría entrevistarse con usted, de manera que me envió a buscarla. Daba vuelta a la esquina de la casa del estudio, y vi que usted se metía en un auto y se alejaba de allí. No había un taxi a la vista en que pudiera perseguirla, y en las circunstancias en que me encontraba no podía armar un tiberio en la calle. Pero me fijé en el número de la caja oscura que se largaba, y con eso fue cosa fácil dar con el propietario.

—Pero ¿cómo hizo usted todo eso?

El Santo contestó:

—Consulté a un adivino, que me sacó de apuros en el acto. Sin embargo, la cosa me llevó algún tiempo. Pero di con el hombre en el momento en que guardaba el auto en el garaje. Lo convencí de que debía hablar...

—¿Le hizo usted hablar?

El Santo le contestó con blandura:

—Lo hipnoticé, y habló. Y luego me vine derecho hasta aquí.

La joven movió su cabeza tristemente.

—Tengo mejor suerte que la que merezco. ¡Pensar que iba a vivir para caer en una broma como esta!

—Querida, es una broma antigua, porque es una broma buena. Jamás fracasa, como se la ponga en escena debidamente. De manera que yo no la tomaría tan en serio. Y ahora, vámonos a casa, ¿verdad?

El Santo se puso en pie, y Jill Trelawney no encontró nada más que decir en aquel momento. Únicamente tuvo ocasión de pensar por un instante:

—¿Y qué vamos a hacer con... este?

Indicó a Gugliemi, al que El Santo miró como si lo viese por vez primera. Y dijo:

—Volveré con él a Upper Berkeley Mews. Me agrada que mantengamos una pequeña conversación. Es posible que esa escapada suya resulte la cosa más útil de cuantas pudo usted hacer.

En efecto, se llevó a Gugliemi, sosteniendo con una mano el brazo del individuo, y metiéndole con la otra el pico de la pistola en las costillas. Y así fueron desde Lambeth hasta el estudio de Chelsea, llevados por un taxi que tuvieron la suerte de encontrar en cuanto salieron a la carretera principal. Dejó a Jill en el estudio, diciéndola que volvería al cabo de una hora, y él mismo marchó en el taxi con Gugliemi a Upper Berkeley Mews.

Cumplió con su palabra. Una hora más tarde, casi exactamente, ella oyó su llave en la cerradura, y un instante después lo vio entrar, tan tranquilo e imperturbable como si nada de interés hubiese ocurrido aquella noche.

Para entonces, Jill había recobrado sus facultades, y se encontraba dispuesta para recibirlo.

—¿Tuvo usted con él una buena charla? —le preguntó.

—Una charla encantadora —le contestó El Santo, tumbándose todo lo largo que era en el sofá, y encendiendo un cigarrillo—. ¿Y si nos vigorizásemos con esos saltamontes que traje esta mañana? Mi respetable amigo me sirvió una comida improvisada, pero aún dispongo de espacio para un plato sencillo de alimento.

Ella insistió en su pregunta:

—¿De qué habló usted con Gugliemi?

—De Judas Iscariote.

—No sea gracioso.

—Hablo terriblemente en serio, Jill. En ese célebre nombre se encierra, concentrada, toda nuestra conversación; él no necesitó mucho tiempo para dejarse convencer, y nos despedimos como íntimos amigos.

—¿Le importa a usted hablarme ahora francamente? ¿Qué juego está usted haciendo?

Simón hizo una mueca, y dijo:

—Esto debe ser por ahora uno de mis secretos particulares. Pero puedo satisfacer su curiosidad acerca de Gugliemi, que es un tierno corazón, si profundiza usted en él, aunque sus métodos resulten bastante bajos. La verdad es que he llegado a la consecuencia de que estaba aficionándose mucho a usted, y que yo llegué para echarle a perder su noche.

—Eso se lo creo completamente —contestó la joven, ceñuda.

El Santo le dijo:

—Bromas aparte, resulta un espécimen psicológico interesante: eso lo vi en los primeros minutos. Estaba dispuesto a sacarla a usted del camino conocido, a su propia manera..., por una cantidad..., puesto que le dijeron que era usted una molestia política. Pero yo tenía una historia mucho mejor que contarle a él. Ni siquiera me hizo falta darle una somanta, cosa a la que estaba dispuesto. Lo acogí de confidente. Lo dosifiqué con una botella de Chianti que encontré por allí. Le dije que le habían contado un cuento de arriba abajo, y pude exhibirle una ligera prueba que lo convenció.

—¿Cuál fue esa prueba?

—No se preocupe de eso. El caso es que lo encontré completamente dispuesto a dejarse convencer, porque, como ya le he dicho, usted le había producido una gran impresión. Y cuando vio de qué se trataba, con su caballerosidad nativa y otro litro de Chianti y mis palabras persuasivas, giró por completo, colocándose en el terreno contrario.

Y ahora estoy convencido de que se lanzaría contra Cullis con una pistola en cada mano y un estilete detrás de la oreja, si usted se lo pidiese... ¿Sabía usted que su primer nombre es Duodécimo? Es un lindo nombre, de verdad que lo es. Hacia el final, nos habíamos hecho completamente amigos... El punto verdaderamente interesante es el de la psicología de nuestro comisario ayudante.

La joven estaba encendiendo un cigarrillo. Y dijo:

—Prosiga usted.

—Pues verá —dijo El Santo—, su explicación era esta. Usted empezaba a volverse molesta, de modo que Cullis echa mano de Gugliemi para quitarla de en medio. Si a Gugliemi no le echan mano, tanto mejor. Si se la echan, y trata de decir que el comisario ayudante lo empleó para llevársela a dar un paseo, la gente pensaría que estaba loco. Era, realmente, una cosa magníficamente sencilla. A mi respetable amigo le ha de gustar mucho esta historia.

La joven le miró con curiosidad.

—¿Y quién es ese respetable amigo al que usted no acaba de referirse con claridad?

El Santo se lo explicó:

—La tía Ethel, que posee un vivo sentido del humorismo. Por ejemplo, cuando le conté la historia de esos documentos que fueron robados de la Oficina de Registros, se partía de risa.

Jill Trelawney examinaba a El Santo con los ojos fruncidos. No lo había visto hasta entonces de aquel humor, y le molestaba. Cuando en Birmingham unieron sus fuerzas, y a lo largo de las aventuras que siguieron..., hasta en las primeras fechas de guerra sin cuartel..., todo había sido perfectamente claro y noble. Pero El Santo se rodeaba actualmente de una aureola de misterio, y la joven comprendió, casi con una impresión desagradable, que, a pesar de la manera fantástica que tenía de representar su papel, había algo muy firme detrás de sus engaños.

Jill estaba acostumbrada a dirigir. Los Angeles de Perdición la habían seguido ciegamente. Pero Simón Templar le había disputado ese puesto desde el principio mismo; desde el momento elegido por él para arrojarlos a una asociación anticuada, había venido usurpando su puesto de una manera tranquila, pero firme. Y ahora, al hablar tranquilamente de un oscuro secreto que él no permitiría que Jill lo compartiese, siendo así que él tendría que saber todo lo referente a ella, sintió Jill que había caído en una situación decididamente subordinada. El asunto era demasiado duro para que ella se lo tragase.

Pero las maneras de El Santo no delataban sentimientos de triunfo, ni siquiera de propia satisfacción, cosa que resultaba tan sorprendente, que aquella situación resultó aún más irritante para ella. Si El Santo se hubiese mostrado, de ordinario, presumido con ella, habría podido manejarlo. Pero tenía una clase patentada de mostrarse presumido, a la que no se podía contestar.

—Los documentos que usted sacó de la Oficina de Registros —dijo Jill resueltamente, echando mano de su observación, después que flotó en el aire algunos segundos.

El Santo le contestó:

—¡De ninguna manera! ¡Los documentos que Cullis sustrajo de la oficina de Registros!

Jill, sobresaltada, dejó escapar una exclamación de incredulidad.

—¿Cullis? —repitió.

Simón hizo un ademán de asentimiento.

—Sí. Anteanoche la pasé totalmente de guardia delante de su casa. Vive en Hampstead en una casa aislada, rodeada por completo por un jardín, cosa peligrosa para un hombre como él. Y, además, con ventanales en su estudio. Yo permanecí temblando de frío en medio del relente, detrás de un arbusto, y lo vigilé cuando él entró. En aquel entonces yo desconocía de qué papeles se trataba, pero saqué la impresión, por su rostro, de que eran algo muy importante. A la mañana siguiente oí hablar del robo que se había cometido en la oficina de Registros, y adiviné de qué se trataba.

—Nunca me dijo usted de qué manera lo supo.

El Santo le explicó volublemente:

—Por medio del adivino de quien antes hablé. Es un hombre muy útil. Debería usted conocerlo... La última noche fui allá y realicé mi operación de robo. Tuve que recurrir a la cañería de desagüe de que le hablé, y meterme por el primer piso, porque en las ventanas de la planta baja había algunos timbres de alarma contra el robo..., de una clase nueva que no es posible desconectar; y eché mano a los documentos que usted vio. Como usted comprenderá, Cullis está sospechando que algo se trama.

Jill Trelawney miró a El Santo, sin decir nada. Este repitió tranquilo:

—Cullis está viendo que algo se trama. Nuestro alegre y bullicioso míster Cullis tiene sensación de la corriente que corre por la zona más al sur de su B. V. D. Siente ya temor de que vuelva a abrirse la investigación sobre su padre, y por esa razón sustrajo algunos documentos importantes del cartapacio suyo. Y sabe que usted es peligrosa, razón por la que empleó a Duodécimo para borrarla del mapa. Sí, yo creo que podríamos decir poéticamente que nuestro míster Cullis se está remontando con rapidez en alas de una galerna que lo lleva hacia arriba.

—Comprendo —dijo Jill suavemente.

El Santo le preguntó:

—Pero ¿no lo había comprendido antes? ¿No se había dado cuenta de que solo había realmente dos hombres que tenían interés en echar el guante a su padre..., el comisario jefe y el superintendente Cullis? Colocando por encima de toda sospecha al comisario jefe, nos queda Cullis. Él pudo escribir la carta avisando de la incursión en la misma máquina de escribir de su padre. Él pudo telefonar el mensaje falso que envió a su padre hasta París, y llevarse en su compañía al comisario jefe para que presenciase la broma. Y él fue quien se apoderó de la caja fuerte de su padre, sacándola del depósito de cajas fuertes, para abrirla en la Yard. Si Cullis estaba en combinación con Waldstein, ¿pudo

haber cosa más fácil que simular que descubría los billetes de banco, cuya pista había de seguir hasta Waldstein, en la caja de su padre?

La joven había estado sin mirar a nada concreto, mientras El Santo daba suelta a aquella breve teoría. Pero ahora se volvió súbitamente hacia él, y había en sus ojos una pregunta extraordinariamente aguda:

—¿Cuándo discurrió usted todas estas cosas? —le preguntó.

El Santo le contestó sin darle importancia:

—En mis ratos perdidos. Pero eso no tiene importancia. Lo que importa es que el comisario Cullis se ha metido él mismo en el carro. Ha sacado su cacharro, y usted y yo somos las almas que vamos a darnos un paseo en carricoche. En parte por nuestra buena suerte, y en parte por nuestro propio buen juicio, le aventajamos a él..., por el momento. Y la carta que voy a escribirle esta noche hará que él lo sepa. La pondré yo mismo en su buzón, y me sentaré en el jardín para vérsela leer..., porque merecerá el reumatismo que me gane. Y cuando haya digerido totalmente la carta, voy a organizar una representación para que él la vea. ¡Esa representación le hará sentirse como un pequeño balón que flota entre un puercoespín enfurecido y un alfiler torcido, para cuando se baje el telón!

II

El Santo se retiró poco después, sin aclarar su acertijo, y Jill se quedó a solas con su perplejidad.

Trató de disponerse para una noche de descanso, pero el sueño no acudía. Estaba excesivamente preocupada por otras cosas, y no era una joven que pudiera satisfacerse con permanecer en un estado de expectativa mistificada. Necesitaba agarrar por los cuernos a todos sus toros. Y a pesar de que la inactividad la fastidiaba tanto como en cualquier otro momento, la molestia era ahora mil veces mayor por el sentimiento que la imponía su propio retiro de una esfera de utilidad activa.

Permaneció una hora en su cama, completamente agitada. Le pesaba en los párpados el sueño, pero su cerebro estaba demasiado inquieto para permitirle caer en aquel vacío de satisfacción pasiva que se confunde con los sueños. Y cuando, algo más tarde, oyó las campanitas de un reloj cercano que daban la media hora después de las doce de la noche, se levantó con un suspiro, encendió un cigarrillo, se echó encima su quimono, y se metió otra vez en el estudio.

El rescoldo del fuego brillaba aún en la rejilla; lo avivó, echó algo más carbón, y vio cómo las llamas se encendían otra vez, convirtiéndose en una hoguera. Entonces se puso a pasear inquieta por la habitación.

Había en un ángulo de la misma un gran armario. Veíalo cada vez que pasaba ante él en su pasear inquieto. Su vista la fascinó, captaba su mirada desde todos los ángulos, y acabó obligándola a detenerse y a mirarlo con fijeza. Es posible que, aun entonces, el germen de lo que quería hacer, estuviese floreciendo en su cerebro. El armario estaba cerrado..., había tratado de abrir la puerta antes, cuando buscaba un lugar en que colgar sus ropas. ¿Qué podía haber en su interior? Vio que su imaginación buscaba con ansia la evidente respuesta. El estudio era, por propia confesión, el agujero más secreto de El Santo. ¿Cómo podía un hombre de una personalidad distinguida, tan llameante, estar seguro de guardar secreto indefinidamente su depósito? Tan solo por un medio...

Casi sin un acto de volición consciente, se encontró metiendo un destornillador casero sencillo, que había sacado de un cajón de la cocina.

El armario estaba cerrado, desde luego, pero tenía una cerradura de las que sirven precisamente para desanimar, más bien que como obstáculo real. Deslizó la hoja del destornillador entre las dos puertas, e hizo presión hacia arriba gentilmente, cada vez con mayor fuerza... Saltó la cerradura de los ligeros tornillos que la retenían, haciendo menos ruido que el de un libro que se ha dejado caer encima de un suelo desnudo.

Jill Trelawney encendió otro cigarrillo e inspeccionó el armario.

Sabía que únicamente podía hacer un hallazgo que pudiera serle de utilidad. Por temeraria que fuese, y aunque se lanzaría sin pensarlo a rescatar a El Santo, si este hubiese sido arrestado, sin preocuparse un momento del peligro que ella corría, en cambio, en una empresa como la que entonces meditaba, existían consideraciones prácticas y de sobriedad que era preciso tener presentes. Nada ganaría perdiendo un solo punto del juego. Pero quizá aquel armario cerrado le proveería de los medios de ahorrar aquel único punto, en caso de accidente...

Y la proveyó.

Cuando las puertas se abrieron de par en par, vio tres equipos completos colgados en una pequeña fila..., un juego de monos de trabajador, un juego a cuadros de púrpura llamativa y una elegancia de Shaftesbury Avenue, y un traje sucio y harapiento como el que podría llevar un hombre completamente arruinado. Y, cuidadosamente colocados en estantes adyacentes estaban las

camisas, calcetines, lazos, bufandas, abrigos, sombreros y zapatos para completar los disfraces hasta el más pequeño detalle.

Jill examinó unos segundos el tesoro hallado; luego, con lenta resolución, aplastó su cigarrillo...

El equipo que dispuso para sí con los materiales a su disposición formaba una colección heterogénea pero era lo mejor que podía conseguir. Un par de pantalones andrajosos, con las extremidades metidas hacia arriba en las piernas, y sujetas con alfileres de seguridad, le ajustaban bastante bien; pero, como era alta, no había chaqueta en la colección que le sirviese. Sin embargo, un impermeable manchado y harapiento, podía pasar, tratando las mangas de la misma manera que las perneras de los pantalones; y una chillona bufanda, anudada alrededor de su cuello, cubriría las deficiencias de sus ropas en otros aspectos. Se metió muy honda en la cabeza una gorra de paño, escondiendo bajo ella su cabellera. Pudo arramplar en la cocina suficiente cantidad de tizne para disimular su cara y sus manos y evitar ser reconocida casualmente; sus zapatos de tacón bajo bastaban para pasar un examen. Luego inspeccionó frente a un espejo de cuerpo entero aquel conjunto acabado de arte, y le pareció que estaba bien... De esa manera salió a la calle en busca de su parte de aventuras, después de una mirada escrutadora a toda su apariencia.

La única emoción que sentía no se debía a nada que se pareciese a nervios. Era tan solo un inmenso alivio de poder libertarse de aquel estudio, en el que se había encontrado prácticamente como prisionera durante los diez últimos días, y de volver a meterse de nuevo en una empresa activa, en vez de limitarse a permanecer en casa y recibir una enigmática información, traída por El Santo, aunque fuese realmente eso menos malo que carecer de ella en absoluto.

En todo caso, El Santo le había informado lo suficiente acerca de míster Cullis, comisario ayudante, para llegar a la conclusión de que el sencillo plan de Simón Templar, fuese cual fuese, no podía ser bastante bueno.

A Jill Trelawney no le bastaba con estar sentada y esperar a que Cullis saliese de su escondite y pelease. Lejos de eso..., ella se echaría a la calle para salir al encuentro de míster Cullis.

Un débil hormigueo de placer de liberación vibraba por ella a medida que caminaba. Tarareó una cancioncilla; y la inclinación melancólica del cigarrillo sin encender, pegado al ángulo de su boca, no era una contrapartida capaz de darla ánimos. El frescor del aire de la noche se le subió a la cabeza; después de la fatigosa atmósfera del estudio, le produjo el efecto de un trago de vino a un individuo sediento. Un respetable dominio de sí misma, y Jill

Trelawney dejó definitivamente de debilitarse. En los días anteriores había tenido la sensación de que la ociosidad forzosa había estado sumiéndola en una hondonada intolerable, arrancándola su verdadera personalidad, sin la que se convertiría en mujer ordinaria, exenta de aventuras..., idea ridícula para cualquiera que hubiese llegado a conocerla, más intolerable que cualquier cosa para ella.

Apenas había advertido, en su exaltación, el paso del tiempo, ni la distancia, y eligió su camino casi por instinto. Aún antes que se diese cuenta de todo lo que había caminado, cruzó por delante de la estación del metro de Belsize Park; detúvose allí un momento para recuperar sus maneras, y, aproximadamente, doscientos metros más adelante, se metió por el lado oscuro de una calle, a una distancia reducida del punto que buscaba.

Dobló una esquina, y luego otra, y se detuvo debajo de un farol a encender un cigarrillo. Ese acto fue más instintivo que necesario; en todo su cuerpo no había nervio que se estremeciese por falta de un sedante, pero el humo aterciopelado le ayudó a concentrar sus pensamientos, y equilibró su impetuosidad. Sintió, en un instante de burla de sí misma, que lo que iba a hacer era una cosa alegre. El Santo habría hecho aquello mismo...

Revisó, desde donde estaba, la situación del terreno.

Era bastante sencilla. La casa se levantaba lejos de la carretera, tal como El Santo la había descrito, en sus propios terrenos, bastante espaciosos, y por ninguna parte se veía una luz. Había sido tarea bastante sencilla el encontrarla, casi sin vacilación. El estudio de Chelsea había estado muy bien equipado para preparar una excursión como aquella. Había una guía telefónica en la que podía verse la dirección de Cullis, una guía de calles en la que encontró la situación exacta de la casa, y un mapa en gran escala, por el que podía ver la forma más rápida de acercamiento. Estas tres referencias podrían haber sido material suficiente, incluso para cualquiera menos acostumbrado a pensar con rapidez y concisión, que Jill Trelawney, y la investigación no le llevó más de tres minutos. Además, Jill disponía de una memoria fotográfica exacta, para conservar en su lugar los resultados de aquella investigación. Recordó que en la parte posterior de la casa existía un trozo de terreno y que en el mapa no se señalaban edificios en el mismo; pero a la débil luz de una luna que empezaba a crecer, pudo descubrir al fondo las oscuras masas de andamios y de muros sin terminar, y señaló aquel terreno como camino conveniente de escape, en caso de necesidad.

Ella había tenido, a su manera, su parte de buena suerte. Había visto al último agente de patrulla cerca de Baker Street, y el camino que ahora seguía

estaba desierto. Conocedora de las costumbres de los agentes que patrullaban de noche, sus ojos penetrantes tantearon todo trozo de sombra a su alrededor; pero no había nadie.

Se apartó de la calle y se deslizó sin hacer el menor ruido por encima de la entrada, de poca altura, en el jardín de enfrente.

El Santo le había prevenido cariñosamente sobre los timbres de alarma que había en las ventanas del piso bajo. Habíase mostrado también bondadoso, explicando su método de acercamiento por medio de la cañería de desagüe. Pero Jill no tuvo bastante confianza en sí misma para recurrir a esa clase de cañerías. La yedra de la fachada era más fácil, aunque fuese más peligrosa y metiese más ruido; en la parte posterior de la casa había un trozo de yedra que subía hasta una altura conveniente del piso primero.

Trepó por la yedra, lo mismo que si se hubiese educado en un circo.

Halló fácilmente bajo sus pies el borde de la ventana, y se encontró con que el pasador no estaba ni siquiera cerrado. Deslizó hacia arriba la hoja inferior de la ventana, sin hacer el menor ruido, y se descolgó cuidadosamente por encima del alféizar.

La oscuridad en el interior era impenetrable, pero nada significaba para ella. Se movió por el cuarto centímetro a centímetro, accionando sensitivamente con sus dedos por delante, y llegó hasta la puerta, en completo silencio, al cabo de varios segundos. Hasta que llegó al descansillo, cerrando otra vez la puerta a su espalda, no se atrevió a encender su minúscula linterna eléctrica.

Con esa luz encontró la escalera, y bajó hasta el vestíbulo. Cruzando este, abrió una puerta en el lado extremo, y volvió a cerrarla cautelosamente detrás de sí. Luego marchó hasta la ventana, descubrió con su linterna los timbres de alarma, los desconectó, y abrió por completo las ventanas, corriendo nuevamente las pesadas cortinas cuando hubo terminado su tarea.

El rayo de su linterna atravesó la oscuridad, posándose en todos los lugares de la habitación. Prescindió, sin vacilar, de una caja fuerte que había en un ángulo del cuarto... Cullis no se habría arriesgado nunca a correr el riesgo de conservar nada acusador en un lugar que sería evidentemente el objetivo de cualquier intrusista casual. Repasó estante por estante la librería, sacando uno a uno los libros y buscando hábilmente cualquier hilera fingida, o cualquier panel oculto en la parte posterior, pero nada encontró. Los cuadros colgados en las paredes la detuvieron un poco más: no había nada oculto detrás de ninguno de ellos. Entonces encendió otro cigarrillo y miró a su alrededor con ceño bastante lamentable.

Sabía que en toda casa moderna la cantidad de lugares secretos en que es posible ocultar algo es limitada. Los paneles secretos y los ingeniosos arreglos del suelo no pueden ser instalados sin realizar cambios de estructura que acarreen excesiva curiosidad para ser eficaces. Sin embargo, aquel era el cuarto en el que había calculado que encontraría algo..., si algo había que encontrar. En el propio dormitorio de Cullis, por otra parte..., era posible. Aunque no probable. De esa forma le contestó su intuición, haciéndola volver a realizar una segunda búsqueda en el estudio, con una ligera y decidida presión de sus labios.

La búsqueda se redujo eventualmente a un magnífico escritorio Chippendale que había entre las dos ventanas. Lo revisó pacientemente. Ninguno de los cajones estaba cerrado, y por esa razón se ahorró el trabajo de investigar su contenido. Pero los llevó a todos fuera, y los midió con sus compañeros, y con el mueble mismo, con la esperanza de encontrar alguna discrepancia reveladora; y no halló ninguna. Pero le llamó la atención que hubiese un espesor de madera bastante curioso en la construcción de la tabla de escribir. La revisó de nuevo, dándole golpecitos con las uñas de sus dedos: le pareció que sonaba a hueco, y su corazón palpitó un poco más aprisa. Y observó la existencia de un ligero intersticio entre dos de los trozos de madera de que estaba compuesto.

Deslizó la hoja de un cortaplumas en el intersticio; pero debió de ser uno de sus codos el que tocó un control, porque pareció que algo cedía en la parte trasera del escritorio al sentir su presión inconsciente, y los dos trozos de madera entre los cuales se movía su cuchillito se abrieron súbitamente hacia atrás con un clic. La joven se encontró mirando a una delgada cajita negra de escrituras.

Y en ese instante oyó detrás de ella el chirrido de un gozne, y se volvió, apuntando con la pistola cuando las luces se encendieron.

Reinó el silencio.

Luego...

—Buenas noches, míster Cullis —dijo Jill.

Sus pistolas apuntaban la una a la otra firmemente...; el jaque mate era completo.

—¿Qué busca usted?

Cullis habló ásperamente. Sus ojos, pugnando por ver detrás de la persona, fueron a parar a la parte superior, abierta, del escritorio, y Jill observó un ligero estremecimiento debajo de su bigote.

—No debería necesitar preguntarlo —contestó la muchacha.

Los ojos de Cullis estaban fijos en los de la joven. No pudo haberla reconocido, pero una idea intuitiva pareció brillar en su cerebro. La joven pudo casi leer la aparición de esa idea en su cara, y permaneció inflexible cuando él dio un paso hacia adelante y la examinó con mayor detenimiento.

—¡Jill Trelawney!

La joven observó el relámpago de comprensión que pasó por su frente inclinada, y le contestó con un súbito apremio en la voz, al observar el movimiento de su dedo índice junto al gatillo de su pistola.

—Perfectamente. Pero ¿no cree que haría mejor en escuchar una cosa antes de disparar?

El tono de su voz imponía respeto, de alguna sutil manera. Cullis aflojó su tensión un poco.

—¿Por qué?

—Porque podría ahorrarle cometer una tontería.

—Es usted muy precavida.

La joven le contestó tranquilamente:

—Soy cuidadosa. ¿Ha oído usted hablar tan poco de mí, Cullis, que verdaderamente cree que podría pescarme con tanta facilidad? ¿Cree usted siquiera que vine sola?... No le han salido aún los dientes del juicio. Quizá se haya olvidado usted... ¡de El Santo!

Cullis movió sus pies sin contestar, y en la voz de Jill había una resolución tan decidida, que dominó a su adversario, a pesar suyo. Jill aprovechó su ventaja, sin un momento de pausa.

—No vine sola. Verdad que tengo suficiente nervio, Cullis; pero exige más nervio del mío robar la casa del comisario ayudante, sola. Entré en este cuarto, mientras El Santo se dirigía al resto de la casa..., ¡en busca de usted!... No sé cómo no se han encontrado, aunque usted no lo haya oído, y ni siquiera visto. Él es lo mismo que un gato en la oscuridad. Pudiera haberlo encontrado a usted en el pasillo, en la escalera..., donde quiera. Aunque quizá él no quiso. Es posible que él le haya seguido lo mismo que un duende, esperando su mejor oportunidad. Quizá viene detrás de usted... —su voz se elevó un poco —y cuando se vea precisamente detrás de usted... ¡Santo, hazte con él!

Ella habló con voz súbitamente aguda, como el estallido de una pistola, y Cullis, mordió el anzuelo..., por una fracción suficiente de segundo.

Giró en redondo su cabeza, involuntariamente, y eso bastó. Eso bastó para que Jill Trelawney apuntase con su pistola fijamente y le diese al gatillo... El rugido de la explosión retumbó contra las paredes, ahogando el choque

metálico de su bala, al encontrar su blanco. Pero no erró. La mano derecha de Cullis cayó extrañamente hacia; su pistola cayó al suelo produciendo un ruido apagado, y él se quedó mirando estúpidamente al destrozo de su dedo pulgar.

—No se mueva.

Caminó hacia atrás, en dirección a las cortinas, y el arma que tenía en su mano no se apartó de su blanco ni un solo milímetro. Allí se ladeó gentilmente entre las colgaduras, y se detuvo un instante para darle su adiós, diciéndole:

—Podía haber terminado el trabajo con ese disparo, pero quiero que viva usted todavía... Pronto oirá hablar otra vez de mí.

En aquel mismo instante oyó caminar tras ella pesadamente. Cualquiera que fuese, ella tenía que tomar sus probabilidades..., aquel único disparo que había hecho, resonando por la abierta ventana, debió de tronar por encima de la mitad de Hampstead, y ella no podía esperar que su buena suerte durase hasta el fin del mundo.

Sus deducciones eran exactas; oyó el agudo resonar de un silbato de policía, en el momento en que ella saltaba hacia atrás, y giraba en redondo. Nada pudo ver del hombre cuyos pasos creyó que había escuchado, y no tuvo interés en perseguirlo. Pero pudo ver una forma inconfundible junto al portal por el que había entrado, y se lanzó sin vacilar hacia la parte trasera de la casa, pasando por encima del prado.

Resonaron pasos claros precipitadamente sobre la gravilla detrás de ella, y hubo un disparo, y una bala pasó por encima de su cabeza; pero la noche estaba demasiado oscura para que Cullis pudiese apuntar bien, y habría sido una gran suerte para él que la tocara, teniendo incapacitada su mano derecha. En aquel momento, ella se sintió, por alguna razón, supremamente confiada en la eficacia de su buena suerte, en contra de la de Cullis.

Al final del prado, sus pies se hundieron en la tierra blanda de los macizos de flores; más allá, vio una pared baja. Saltó por encima de ella de cualquier modo, se puso en pie, y fue dando tropezones por el campo desierto que tenía delante.

Escuchó voces detrás de ella, y en una ocasión en que volvió hacia atrás su vista, vio la luz de una linterna que se movía de un lado para otro en la oscuridad que quedaba tras ella.

Su camino fue traidor y desigual, pero se dio prisa en seguir adelante con toda la rapidez que pudo. Su buena suerte se mantuvo. En una ocasión tropezó su pie en el poste de un andamio y estuvo a punto de caer por tierra; en otra ocasión fue a dar en una pila baja de ladrillos que le despellejaron las

espinillas y le rasparon los nudillos de los dedos; pero siguió caminando, sin más daños, por lo que quedaba del terreno, hasta que salió, por un camino de surcos profundos, a la carretera que había detrás.

Allí acertó sus pasos, y siguió su camino cómodamente con el cuerpo inclinado. Podía pasar, en cualquier momento, alguien corriendo que tratase de investigar el alboroto, y la joven no deseaba llamar la atención. La carretera estaba en apariencia desierta, salvo un auto de dos asientos detenido junto al bordillo un poco más adelante.

Ella pensó que la carretera estaba desierta, pero cuando se puso casi a la altura del dos asientos, escuchó tras ella un paso rápido. Y una mano apretó su brazo.

Giró en redondo, y ya volvía su mano a tocar la culata de su pistola. Y miró a la cara sonriente de El Santo, que le dijo:

—Soy un compañero... Y ahora, ¿quiere volver a casa paseando, o seguiremos en auto?

El Santo trepó tranquilamente al auto, y estaba tanteando el aparato de arranque, cuando aún ella seguía mirándole fijamente.

DE COMO SIMÓN TEMPLAR MARCHÓ A CASA, Y NO MARCHÓ EL INSPECTOR JEFE TEAL

I

Reinó durante algún tiempo el silencio antes que Simón Templar se dignase hacer una observación, o antes que Jill Trelawney pudiera pensar en una. De pronto dijo tranquilamente El Santo:

—Ha sido una suerte que yo haya venido con el auto. Le ahorré un viaje de taxi hasta casa...

Jill no se aventuró a preguntarle qué era lo que hacía allí, pero algunos minutos más tarde él le ofreció voluntariamente una explicación, y dijo, doliéndose:

—Usted ha estado cazando furtivamente en mis tierras. Le dije que vigilaba este lugar. Volví de nuevo a casa, después que la dejé a usted, me puse ropas más ordinarias, y vine a mi debido tiempo. Llegué justamente para oír el tiritito de fantasía que usted disparaba. ¿Lo mató usted?

Hizo la pregunta con tan alegre despreocupación, que ella no pudo menos que soltar la risa. Y le contestó suavemente:

—Ni siquiera lo intenté. Es probable que algún día tenga que hacerlo, pero la cosa tardará. ¿Fue mucho lo que vio usted?

—Únicamente los exteriores.

—Entonces tuvo que ver usted a la Policía —le contestó ella—. Pero no se brindó a ofrecerme ayuda.

El Santo se sonrió y dijo:

—Yo estaba dedicado, a mi propio negocio. Su camino de escape era bastante fácil y nunca le oí decir que necesitara protección en estas partidas. Si hubiese pensado que usted podía verse en un aprieto, habría metido baza; pero así que vi que el agente de policía andaba un centenar de metros detrás

de usted, con los tiradores estallándole por el esfuerzo, y que usted escapaba como una joven gacela, no vi razón alguna para estar excitado. Yo mismo he corrido demasiadas carreras delante de la Policía, cuando era más joven, y nunca me preocupé seriamente por ningún policía al que llevaba menos de cinco kilómetros de ventaja cuando iniciaba su persecución. El correr les hace bien, Jill..., les sacude el hígado y evita que se les hielen los riñones.

—¿Tenía usted el propósito de hacer lo mismo que yo?

—Algo por el estilo. He repasado ese cuarto más de una vez con el peine de dientes menudos, y también una gran parte de la casa; pero hasta esta noche no recibí la inspiración suya acerca del escritorio y me proponía intentar el mismísimo experimento que usted.

—Yo pensé que usted había dicho que no veía nada dentro de aquella habitación.

—¿Ah, sí?

Jill le miró con algo como una mueca.

—¿Sigue usted haciéndose el difícil?

—¡Oh, no!... Pero volvamos por un instante al tema absorbente de los supralapsarianistas. ¿Cree usted en verdad que llevan la ropa interior de alambre espinoso, y que se quitan los calcetines cuando se cruzan en la calle con un infralapsarianista?

Jill formó un puchero con sus labios, y le dijo:

—Si usted no quiere hablar en serio, no me venga con cosas raras. Que no soy idiota.

—Perfectamente, bebé. ¿Qué es lo que vio usted en aquel escondite antes que Cullis se metiese de rondón?

Ella estaba encendiendo un cigarrillo tomado de la caja que él le brindaba, y movió lastimosamente la cabeza encima de la cerilla:

—No pude examinar absolutamente nada —le contestó—. Perdí el tiempo. La puerta detrás de mí y el falso cierre del escritorio debieron de abrirse casi simultáneamente. Había una caja de mensajes, y creo que uno o dos extraños documentos debajo; eso es todo lo que vi antes que empezase la broma. Lo que me desorientó fue el oírle a usted fuera. Si eso no me hubiese hecho pensar en que el mejor lugar para detenerme era el de los altos andamios, habría probablemente echado mano a todo lo que pude ver, y creo que habría conseguido algo bueno.

El Santo le dijo:

—No le habría servido de nada. No pueden existir muchos documentos que culpen a Cullis, y se podría apostar mil contra uno que los verdaderos no

cabían en el hueco de su mano.

La muchacha le contestó amargamente:

—Y ahora, si había en aquel escondite documentos acusadores, los sacará y los quemará esta noche, antes de acostarse. No correrá conmigo una segunda probabilidad.

Simón se encogió de hombros.

—¿Y por qué habría de correrse absolutamente ninguna probabilidad?

Jill dijo:

—Es la costumbre de esa clase de hombres. Ha podido quererlos para darse un atracón con los documentos particularmente. O ha podido querer guardarlos como curiosidad.

Simón no contestó inmediatamente. Giraban alrededor del gran triángulo de una sola dirección de Hyde Park Corner.

Luego le dijo:

—¿Y qué documentos acusadores podría tener?

—Yo también me hago esa pregunta... Pero el trabajo de esta noche puede airearle un poco más, lo cual ya es algo.

El Santo guió en silencio durante un rato, y su observación siguiente cayó como una flecha del azul del cielo. Porque le preguntó:

—¿Pondría usted inconvenientes a que la arrestasen?

Jill le miró, y contestó:

—Creo que me sentiría inclinada a ponerlos. ¿Por qué?

El Santo le dijo:

—Es una parte de la idea que le mencioné recientemente. Esta noche la pensaré con más detalle, y mañana le contaré toda la combinación, si es que pienso que hay algo en ella.

Tuvo que conformarse con eso. El aire de misterio que tanto había venido exasperándola últimamente, se había hecho más profundo aquella noche, y El Santo permaneció muy taciturno durante todo el camino hasta Chelsea.

La dejó en el estudio, y no quiso aceptar una última bebida y un cigarrillo, antes de seguir para su casa. Y le dijo:

—Quiero consultarlo con la almohada. Ahora son las tres y media. A las cuatro y media estaré dormido, hasta las cuatro y media de esta tarde. Cuando me despierte tendré algo que me haga venir aquí a comunicárselo.

El Santo había decidido por propia conveniencia pasar la noche en el apartamento de Sloane Street en vez de regresar hasta Upper Berkeley Mews. Aparcó su automóvil en un garaje cercano y se dirigió hasta su piso. Al cruzar la calle, le dio por levantar la vista hacia sus ventanas. Algo que allí vio le

hizo detenerse en su marcha, meter las manos en los bolsillos, y quedarse allí mirando hacia arriba, a las ventanas, durante mucho rato. Luego volvió al garaje y regresó con un par de llaves inglesas que sacó de su caja de herramientas.

Desde la acera de debajo, disparó una de las llaves hacia arriba con certera puntería. Rompió el cristal de una de las ventanas, y este cayó al suelo con estrépito y ruido de rotura; un momento después le siguió una segunda llave inglesa lanzada contra otra ventana.

Luego Simón se echó hacia atrás y vio cómo dos espesas nubes verdosas caían hacia la calle, como una lluvia fantasmal de lento movimiento.

Mientras permanecía allí una mano pesada le dio unos golpecitos en el hombro. Y una voz le dijo desde detrás:

—Escuche. ¿Qué significa esto?

El Santo le contestó fríamente:

—Es clorina. Un gas venenoso. Yo no me aproximaría más, porque podría resultar insano para usted colocarse bajo esos vapores.

—Le he visto romper esas ventanas.

—Eso ha debido resultarle divertido —murmuró El Santo, mirando aún pensativo hacia arriba—. Pero, puesto que son las ventanas mías me imagino que me está permitido romperlas, ¿no es así?

—¿Y cómo entró allí ese gas?

El Santo le contestó gentilmente:

—Ha sido puesto por un comisario ayudante de la Scotland Yard, que me guarda rencor. Yo podría haberme metido dentro del gas, pero miré por casualidad a las ventanas, y recordé que las había dejado abiertas la última vez que salí del piso. Estaban cerradas, antes que yo las abriese con estas llaves inglesas, y eso hizo que mirase hacia las ventanas con preocupación. Usted pudo ver en los cristales una especie de niebla, aún con esta luz.

El agente de Policía se volvió, y súbitamente apareció en su mirada una señal de que conocía a aquel individuo. Clavó su vista en El Santo con mayor atención, y soltó una expresión blasfema.

—¡Yo lo conozco a usted!

—¡Qué honor para usted! —le contestó El Santo afablemente.

—Usted es el caballero que me contó la semana antepasada una historia rara acerca de algo que ocurría en ese mismo piso, y que hizo que yo me ganase el peor rapapolvo que he recibido hasta ahora del inspector de la división.

No fue precisamente caballero lo que llamó a Simón.

—¿De modo que fui yo? —dijo El Santo.

—Venga usted ahora mismo conmigo a la comisaría.

Simón se volvió hacia él con una suave sonrisa.

—¿Por qué razón?

—Lo llevaré detenido...

—¿Bajo qué acusación?

—Bajo la de sospecha de vagabundeo y por quebrantar la tranquilidad.

El Santo contesto:

—¡Oh, por el amor de Dios! ¿Por qué no me carga también la acusación de haber provocado un incendio y, además, la de bigamia?

Pero no tuvo más remedio que darse por detenido, porque un humilde agente..., especialmente si tenía buenas razones para recordarlo..., no podía esperarse que apreciase los mismos argumentos que el inspector jefe Teal habría atendido, con claridad demasiado excesiva.

Tardó Simón otra hora más en conseguir su libertad, y más que otra, en conseguir que su apartamento quedase libre de los últimos restos del gas.

No le costó, ni mucho menos, tanto tiempo en descubrir la manera cómo se habían valido para introducirlo. Había por el suelo trozos de cristal que no procedían de ninguna de las ventanas rotas. Pudo disponerlos, juntando los restos, en la forma curva que había tenido originariamente. Y en el armazón de su puerta delantera, al nivel del agujero de la llave Yale, había otro agujero limpio, no más grueso que una aguja de hacer punto..., casi invisible a una mirada casual, pero tan evidente como el cuello de una jirafa para la visión práctica de El Santo. Este murmuró:

—Otro de los viejos timos que no fracasan..., a veces. Probablemente regresaba de esta tarea cuando Jill lo encontró... Nuestro míster Cullis está despertando. Si no hubiese tenido que cerrar las ventanas, o si yo no hubiese recordado cómo las dejé, sería ahora un fiambre caído junto al paragüero. ¡Es una vida magnífica!

Las primeras luces del alba iluminaban el firmamento cuando El Santo se subía las sábanas hasta la barbilla y cerraba los ojos; pero ni aun entonces pareció que iba a disfrutar del descanso que de manera tan apremiante necesitaba. No habría dormido lo que le parecieron diez minutos, cuando fue despertado por una llamada del timbre de su puerta delantera; pero cuando abrió los ojos, que protestaban, el reloj le anunció que eran las once de la mañana.

Saltó, sulfurado, de la cama; se echó encima un batín, y marchó hacia la puerta.

En el umbral se enfrentó con el seráfico rostro del inspector jefe Teal.

—¿Usted otra vez? —suspiró El Santo, y se volvió sin pronunciar otra palabra, dejando la puerta abierta tras él.

Teal le siguió hasta el cuarto de estar, y le preguntó con simpatía:

—¿Tuvo una noche muy ocupada? Lamento haber tenido que despertarle.

El Santo le contestó:

—No había necesidad. Si hubiese mirado usted dos veces, habría visto que no necesitaba hacer otra cosa que meter el alfiler de su corbata junto a la llave de la cerradura, para que la puerta se abriese tan ancha como un bostezo de ballena... ¿O va usted a decirme que no había oído hablar antes de ese agujero?

Teal empezó a destapar una pastilla de chicle.

—Me han informado de que ha tenido usted alguna dificultad.

El Santo le contestó divertido:

—Ha sido usted simpático viniendo para averiguar si yo estaba perfectamente. La verdad es que me encontraba en mi mejor estado de salud. Y ahora, ¿le importa que vuelva a acostarme?

Teal le contestó con acento dormido:

—No ha sido usted el único hombre que ha tenido dificultades esta noche.

—¿Ha vuelto usted a comer otra vez demasiado? —le preguntó El Santo con solicitud.

Teal le contestó:

—Hay hombres que muerden más de lo que pueden masticar.

El Santo se dejó caer en un sillón lanzando un suspiro, y preguntó a Teal:

—¿Se ha pasado usted las horas leyendo una historia detectivesca, y se ha dado luego una vuelta por aquí para colocarme algunos chistes?

—Se acostó tarde anoche, ¿verdad?

—No —le respondió el Santo—. Me acosté esta mañana a primera hora.

—¿Se distrae usted mucho en Hampstead?

Simón arrugó el entrecejo, y dijo:

—Creo haber oído hablar de ese lugar antes de ahora. ¿No va hasta allí uno de los autobuses, o algún otro vehículo por el estilo?

Teal siguió masticando con estolidez su chicle, y le dijo:

—Sé, más o menos, la hora a que usted regresó, porque me fue posible descubrirlo en Rochester Row. Sé también que ahora alguien, no completamente desconocido, estaba haciendo saltar el escritorio de míster Cullis. Encontramos pisadas recientes en uno de los macizos de flores, y esas pisadas se repetían en el terreno por edificar que hay en la parte de atrás. Es

un barro bastante característico el de aquel pedazo de tierra en que se está construyendo. Es extraño que yo haya encontrado ese mismo género de barro en el piso de su coche. Esta mañana, antes de venir aquí, marché al garaje, nada más que a echar un vistazo.

El Santo se sonrió.

—¿Vio Cullis al hombre que le descerrajó su escritorio?

—Lo vio.

—¿Está seguro de que podría identificarlo?

—Casi seguro.

—Entonces —le dijo El Santo— podría usted traerlo aquí y pedirle que me identificase a mí.

Teal movió su cabeza y dijo:

—¡Oh, no! Las pisadas de usted no eran las únicas. Y son las otras las que míster Cullis se siente capaz de identificar.

Simón alzó santamente sus párpados:

—¿Por qué molestarme a mí entonces?

—Se me había ocurrido una idea.

El Santo murmuró con irreverencia:

—Titulares para el *Daily Scream*: «¡Scotland Yard, colmena de cerebros de primera clase!» Pero, Claud, tiene que tener usted cuidado de que no se le ocurran muchas de esas ideas. No sé todo lo que su cráneo dará de sí, pero no creo que pueda contener más de dos al mismo tiempo... Bien, ¿era eso todo lo que tenía que decirme, o es que quiere hacerme alguna acusación?

Teal le contestó:

—Todavía no. Deseaba simplemente cerciorarme de si yo estaba en lo cierto.

El Santo le dijo:

—Y ahora, usted lo sabe o no lo sabe.

Cogió de una mesa un librito de notas y se lo metió al detective en el bolsillo del pecho, diciéndole:

—Puede usted llevarse esto, que es una transcripción exacta de un librito que el difunto y llorado Essenden perdió en París. Es posible que haya oído usted la historia. Lo descifró y anotó personalmente Simón Templar. Hay en él alrededor de veinticinco nombres y direcciones, con la plena historia de los mismos y pruebas suficientes para ahorcar a veinticinco arcángeles..., los principales acusados de la organización de la que Essenden y Waldstein eran los jefes. Llévselo usted, Claud, con mi bendición. En una ocasión me metí con esa organización; pero ahora la vida está resultando demasiado corta para

tales entretenimientos. Lléveselo a casa, querido viejo, y no le diga a nadie cómo lo consiguió; y, después de todo, si usted juega sus cartas con astucia, puede hacer creer a algún paleta que ha sido usted siempre un auténtico detective. Y yo vuelvo a acostarme.

Teal le siguió hasta dentro del dormitorio, y le dijo con acento ensoñador:

—Templar, ¿sigue teniendo la seguridad de que no valdría para usted la pena de venir conmigo?

—La tengo total —dijo El Santo, cerrando los ojos.

Teal masticaba pensativo, y le dijo:

—Está cargando usted con muchas responsabilidades. Hasta ahora ha tenido usted suerte, pero eso no quiere decir que vaya a tenerla siempre. Más temprano o más tarde, si sigue usted por ese camino, va a encontrarse con una buena rebanada de dificultades esperándole a la vuelta de la esquina. Yo no miro hacia adelante con esa esperanza. Reconozco que me la ha jugado usted más de una vez, pero estoy dispuesto a darme por satisfecho, si usted hace lo mismo.

El Santo bostezó:

—Gracias. Y ahora, ¿le importa desaparecer?

Teal le dijo:

—Usted es inteligente, pero hay en el mundo otras gentes despejadas además de usted, y...

El Santo dijo, arrastrando la voz:

—Lo sé. Usted mismo es un mozo inteligente.

Esa reflexión acerca del barro del auto tiene verdadera importancia. Llegará día en que yo envíe al comisario jefe un certificado de lo que usted vale, que no habrá sido solicitado. Buenas noches.

II

Teal se retiró cariacontecido.

Estuvo muy atareado el resto del día en otro asunto, pero eso no fue obstáculo para que echase frecuentes ojeadas al libro de notas que El Santo le metió por fuerza en el bolsillo. Las anotaciones eran casi escandalosamente transparentes; y Teal no tardó veinte minutos en darse cuenta de que aquel librito colocaba en sus manos regordetas todos los hilos enmarañados de una organización que había estado desorientándole durante muchos años. Pero semejante darse cuenta no elevó su alma todo lo que podría haberla elevado.

Sabía perfectamente que el contenido de aquel librito habría seguido siendo, de acuerdo con lo que Simón Templar había admitido francamente, propiedad privada del mismo caballero, bajo su apodo mejor conocido de El Santo, y que habría registrado veinticinco muertes misteriosas o desapariciones, anunciadas por la marca familiar del muñeco con coronita, que se caerían de la redonda coronilla del inspector jefe Teal haciéndole perder algunos de sus cabellos, cada vez más escasos. La afirmación de El Santo de que el viejo juego había perdido sus encantos, y de que estaba en vísperas de tener una de sus perennes recaídas en la virtud, sentíase Teal inclinado a mirarla con escepticismo. Resultaba, en verdad, demasiado buena para ser verdadera; y a Teal no lo habían llamado incorregible optimista.

Se ocupó en sus distintos asuntos con la rara certidumbre de que algo iba a romper en breve la relativa paz de los últimos días. Y acertaba plenamente en esta consecuencia.

No regresó a Scotland Yard hasta después de comer; para entonces había tomado una resolución concreta, y no llevaba en el edificio cinco minutos cuando ya solicitaba entrevista con el comisario jefe.

La respuesta que recibió no era la que esperaba.

—El comisario jefe no ha acudido a su escritorio en todo el día.

Teal levantó los párpados. Sabía casualmente que el comisario jefe tenía un trabajo especial que realizar en el día, y también que tenía dadas numerosas citas, y le constaba que las costumbres del jefe eran de tanta regularidad como la marcha de un reloj.

—¿No ha enviado ningún mensaje?

—No, señor. Nada hemos sabido desde que salió de aquí anoche.

Este dato era aún menos propio del comisario jefe, desaparecer sin decir a nadie una palabra; Teal marchó bastante intrigado a su pequeño despacho, que dominaba el Embankment.

Trabajó allí hasta que dieron las diez; a pesar del aire de aburrimiento macizo que nunca le abandonaba, se vio, en realidad, absorto en su profesión, y las horas normales de despacho nada significaban para él, cuando se veía metido en un caso. En esto se diferenciaba por completo de su superior inmediato, míster Cullis, que siempre protestaba de tener que entregar al Estado un solo minuto más del tiempo que este compraba con su salario.

Se dispuso al fin a marcharse, y cuando salió al pasillo, tropezó violentamente con él un agente que pasaba corriendo.

Un sobre de color de ante cayó de las manos del agente al producirse el choque, y Teal se agachó del mejor humor del mundo para recogerlo.

Y al hacer esto se fijó en la dirección.

—¿No se ha marchado todavía míster Cullis? —preguntó.

—No, señor. Aún está en su despacho.

—¿Puede usted esperar medio minuto?

Sin esperar la respuesta, Teal volvió a su despacho, llevándose el telegrama. Ante los ojos asombrados del agente, Teal abrió la cartera posterior del sobre, sirviéndose de su cortapapeles. Y extrajo el formulario del telegrama, leyéndolo.

Mientras leía, dejó de maltratar un trozo bien masticado de chicle.

Luego, volvió a doblar el formulario con reflexiva deliberación y lo metió de nuevo en el sobre, volvió a engomar la carterita con la pasta de un frasco que tenía encima de la mesa, y secó, con cuidado, la obra de sus manos delante del gas.

—Ahora puede usted llevárselo a míster Cullis. No hace falta que le mencione mi nombre.

—Bien, señor.

Un vestigio de sonrisa torció la boca de Teal cuando el agente se marchó. Tuvo quizá suerte de que aquel mensajero debiese su reciente ascenso a los buenos oficios de Teal, de manera que pudo contar con que fuese obedecida su orden, algo rara.

El mensajero había cerrado tras él la puerta. A medida que sus pasos se fueron apagando por el pasillo, Teal se levantó silenciosamente y abrió de nuevo la puerta. Apagó la luz, y esperó junto a la llave, escuchando con paciencia.

Oyó cómo el agente volvía, cómo bajaba por la escalera, y cinco minutos después escuchó unos andares distintos que iban hacia él.

El despacho de Cullis estaba en el extremo más alejado del mismo pasillo, y Teal se adelantó silenciosamente desde su puerta oscurecida, en el momento en que el comisario ayudante llegaba a ella.

Cullis exclamó con desabrimiento:

—¡Válgame Dios, me ha sobresaltado usted! No debería usted rondar por ahí con sus suelas de goma.

—Son botas de reglamento, señor —dijo Teal en tono flemático, caminando al paso del comisario ayudante—. Cambie usted la orden, y yo me quitaré muy a gusto mis suelas de goma... Hemos tenido hoy un día hermoso, ¿no es cierto?

Cullis no estaba dispuesto a hablar del tiempo. Dejó bruscamente a Teal al pie de la escalera, y este se quedó mirando con semblante inexpresivo la

espalda del que se alejaba. Entonces se volvió, metiéndose por el pasillo en la comisaría de Cannon Row. Allí encontró al hombre al que deseaba ver.

—¿Qué sabe usted de míster Templar? —le preguntó—. ¿Se le ha despistado nuevamente?

El hombre vestido de paisano asintió lastimosamente.

—Se ha burlado de mí como siempre, míster Teal.

—¿A qué hora?

—A eso de las cuatro, señor.

—¿Y desde entonces no ha vuelto?

—Hasta las nueve y media, hora en que fui relevado, no había aparecido.

Teal le miró furioso.

—Por todos los diablos, ¿cómo no me lo ha hecho saber antes?

El individuo le contestó con verdad:

—Principalmente porque usted no estaba en su despacho, míster Teal.

Teal giró sobre sus talones y volvió a meterse en Scotland Yard, teniendo la buena suerte de alcanzar al operador del teléfono de día, en el momento en que se retiraba. Teal le dijo:

—Me aseguran que el comisario jefe no ha enviado un mensaje en todo el día. ¿Está usted seguro de que no ha hablado con nadie por teléfono?

—Pues sí, míster Teal, habló. A eso de las seis conversó con míster Cullis. En realidad, las líneas se cruzaron mientras daba yo otra conferencia y le oí que le decía a míster Cullis que se quedase esta noche hasta que el jefe le avisase.

Teal asintió con la cabeza.

—Gracias. Era todo lo que deseaba saber. Buenas noches.

—Buenas noches, señor.

Teal no pensó ya en volver a su casa. Volvió en cambio a su despacho, se quitó de nuevo el abrigo y tomó asiento en la oscuridad, metiéndose en la boca una pastilla nueva de chicle.

Quedaba explicado el apartamiento del comisario ayudante Cullis de su rutina habitual. Eso por lo menos. Pero había otras muchas cosas de las cuales Teal no sabía una palabra. Meditó en esas cosas durante hora y media, hasta que todo se iluminó para él, en un relámpago enceguecedor que le hizo saltar de su asiento como si le hubiesen pinchado.

Un momento después, repasaba rápidamente un horario, y soltó un fluido taco al descubrir que había perdido el último tren para la estación a la que deseaba marchar.

Bajó la escalera a una velocidad sorprendente en un hombre de su lánguida apariencia, y pocos segundos más tarde le gritaba al primer hombre con quien se encontró:

—Tráigame un auto rápido de la Escuadra voladora, y con él un par de hombres. ¡Es preferible que estén armados!

Antes de cinco minutos el coche y los hombres estaban fuera de la Yard, y Teal trepó al vehículo.

Le dio el nombre de una insignificante aldea de Surrey, y echó pestes por el retraso del chófer mientras consultaba un mapa.

—En todo caso, está cerca de Guildford —dijo Teal con violencia—. Diríjase hacia Guildford, y yo miraré entre tanto lo demás.

Sabía que el lugar quedaba cerca de Guildford, porque era allí de donde procedía el telegrama que él había interceptado; y las prosaicas palabras de la cinta pegada a través del formulario de la Inland Telegraph, parecían escritas en la oscuridad con letras de fuego cuando él cerraba los ojos, a pesar de que únicamente daban los datos que para un hombre de la experiencia de Teal no debieran proporcionarle ninguna molestia.

«He apresado a Trelawney y a Templar. Venga inmediatamente».

Este mensaje estaba firmado con el nombre del comisario jefe, y había sido enviado desde Guildford a las nueve de la noche. Al pie del telegrama daban una dirección.

Noventa minutos le había llevado a Teal leer entre líneas aquel sencillo documento, y, aun así, cuando más tarde pensaba en él a su comodidad, no se juzgaba lento al interpretarlo.

DE COMO SIMÓN TEMPLAR SE ENTREGÓ, Y EL INSPECTOR JEFE TEAL NO SIRVIÓ DE NADA

I

Todas las luces de la casa parecían estar encendidas cuando Cullis llegó a la puerta del jardincillo. Estaba situada en un lado oscuro de la carretera; y, hasta donde él pudo juzgar, era uno de esos lugares pintorescos que se encuentran con frecuencia en los caminos secundarios de provincias, que las modernas construcciones han tomado y mejorado sin arruinar el cuadro..., una casita de dos pisos con vigas al exterior y un tejado de gablete, con una atmósfera de serenidad confortable que parecía iba a ser desmentida aquella noche.

Entró por un corto sendero, y subió un par de escalones hasta la puerta delantera. Iba ya a tocar el timbre, cuando advirtió que la puerta no estaba completamente cerrada, frunció ligeramente el ceño y la abrió por completo de un empujón, metiéndose en el vestíbulo.

—¿Es usted, Cullis?

La voz venía desde lo alto de la escalera y lo sobresaltó, a pesar de haberla reconocido en el acto. Era la voz del comisario jefe.

—Sí, señor.

—Suba, ¿quiere?

Cullis subió la escalera. En lo alto había un pequeño rellano, y en el rellano estaba el comisario jefe con una pistola automática en la mano.

—¿Recibió el mensaje? Bien. Me alegro de verlo.

La primera pregunta de Cullis fue:

—¿Dónde están ellos?

—Ahí dentro —el comisario jefe señaló con el pulgar de una mano una puerta cerrada—. Aquí los atrapé, y aquí me quedé clavado. Han cerrado la

puerta por dentro, pero no pueden salir por la ventana, porque está enrejada. Han estado trabajando en las barras, pero aún no han logrado salir. No pueden salir por la puerta, porque yo les estoy esperando aquí. Pero, como ellos están armados, no tuve ganas de cometer un suicidio tratando de meterme por la fuerza, solo.

—Pero ¿está usted solo, señor?

El comisario asintió, diciendo impertinente:

—¡Naturalmente! Y así me quedé clavado. Si es usted capaz de decirme cómo puede una persona sola guardar una puerta interior y una ventana exterior al mismo tiempo, le quedaré reconocido.

Cullis hizo un movimiento en dirección a la puerta, pero el jefe lo alcanzó y lo echó para atrás de un empujón, diciendo:

—Yo, en su caso, no me movería. Con la puerta cerrada me han disparado dos tiros, y quizá no tuviese usted tan buena suerte como yo.

Le señaló tres agujeros de bala que se destacaban limpiamente en la madera de la puerta.

Cullis le preguntó:

—¿No podía usted telefonarme?

—No hay teléfono.

—Entonces, ¿cómo pudo usted enviarme un telegrama?

—Fue una pequeña buena suerte que tuve. Los descubrí en Guildford y les oí que daban la dirección a un taxista de la estación. Y esperé a enviar primero ese telegrama antes de seguirlos hasta aquí... ¡Escúchelos!

Cullis escuchó, oyendo dentro de la habitación cerrada el roce y el tintineo del metal.

El comisario jefe dijo:

—Siguen tratando de abrirse paso cortando esos barrotes, pero no me parece que lo consigan en mucho rato.

Cullis sacó su caja de cigarrillos, y preguntó:

—¿Y cómo ocurrió todo el asunto?

—Tuve un chivatazo. Procedía de un hombre llamado Budd, el Sonrojos, que pertenecía a los Angeles. Vino anoche a mi casa y me dijo que se había tropezado con Trelawney en Guildford. El hombre estaba muy necesitado y trató de sacarle algún dinero, pero ella se hizo la importante. Budd se sintió más asqueado cada vez, conforme volvía a su casa, y cuando llegó a Londres decidió chivarse. Pero todo lo que pudo decir cuando me encontró fue que creía que Trelawney y El Santo vivían cerca de Guildford, y que hoy iban a hacer una escapada hasta Londres en una visita rápida. Por esa razón vine

hasta Guildford y me pasé la mitad del día en la estación, vigilando todos los trenes que llegaban.

—¿Sin decir una palabra a nadie?

—Este caso había dado ya lugar a excesiva falta de eficiencia. No recuerdo cuántas veces ese individuo Templar ha burlado a los hombres que se suponía que estaban vigilándole. Eso estaba ya cansándome, y cuando me llegó el chivatazo de que he hablado, decidí resolver yo mismo el problema.

—Y entonces los siguió usted hasta aquí...

El jefe aceptó un cigarrillo, y dijo:

—Aun así no fue un problema sencillo. Vi cómo las luces subían, y pensé que la cosa iba a ser fácil, me metí en la planta baja por un ventanal... y tropecé con un hombre que me esperaba. ¡Duodécimo Gugliemi! Usted se acordará de él, porque debió de haber sido deportado hace días.

Cullis asintió:

—Hice retrasar la puesta en marcha de esa orden. Estaba pensando lo mismo que usted acerca de los hombres a los que Templar burlaba constantemente, y pensé en que un hombre que presentase menos apariencias de detective podría hacer más.

El comisario le contestó con desagrado:

—Pues en lugar de eso, parece haber unido sus fuerzas con las de ellos. En todo caso, allí estaba él cargando una pistola cuando yo entré. Por suerte, lo hice sin meter ningún ruido, y no me oyó al principio. Estaba vuelto de espaldas hacia mí, y yo me aproximé mucho a él, antes que algo le hiciese volverse. La pistola estaba en su mano, pero no le sirvió de mucho, porque tenía aún el cargador completamente fuera. Dejó escapar un grito y me la tiró a la cabeza, pero yo me agaché y le apliqué un golpe detrás de la oreja con la culata de la mía. Esto bastó para dejarlo sin sentido, pero había sido dada la alarma. Me lancé a toda prisa dentro del vestíbulo y vi una falda que desaparecía en lo alto de la escalera. Con seguridad que la Trelawney no llevaba encima de sí en ese momento su pistola, porque, de haberla tenido, puede que contase una historia distinta. La puerta se cerró con estrépito en el momento en que yo llegaba al descansillo, y cuando la atacé con mi hombro oí que daban vuelta a la cerradura. Un minuto después disparaban un balazo por el panel; me pasó la bala a un centímetro de mi oreja, y busqué refugio. Pero los tenía cogidos a los dos, cosa bastante afortunada, y lo que mejor pude hacer fue permanecer aquí de guardia y esperar que usted cogiese inmediatamente el tren, así que le llegase mi telegrama.

—¿Y qué le ocurrió a Gugliemi?

—Debe de encontrarse aún en la planta baja, a menos de que se haya despertado, largándose. Yo he tenido que permanecer todo este tiempo con un ojo en la escalera, por si él trataba otra vez de atacarme, pero no ha habido en todo ese tiempo el menor ruido. Probablemente estará todavía dormido. Yo le golpeé con mucha fuerza. Ya que está usted aquí, lo mejor que podría hacer es marchar abajo y ver si quedan rastros de él, antes que pasemos a hacer nada más. Habrá traído usted una pistola, ¿no es así?

—No iba a venir desarmado —dijo, dando unos golpes en su bolsillo. Después bajó por la escalera.

En la habitación de la planta baja indicada por el comisario jefe, Cullis encontró al italiano, sentado en el suelo y con la cabeza entre las manos. Desde luego, el hombre estaba despierto... porque Cullis le oyó gemir.

—¡Usted aquí!

Cullis le agarró por el cuello de la chaqueta y le obligó a levantarse. Gugliemi volvió hacia él una cara blanca y asustada. Y gimió:

—Señor, fue una casualidad...

—¿Que fue una casualidad? ¿El haberme traicionado?

—No le comprendo...

Cullis tiró bruscamente sobre un sillón al hombre tembloroso.

—Sabe usted perfectamente lo que quiero decir —le espetó, y el primer salvajismo brutal de su voz se calmó, convirtiéndose en algo..., en una ferocidad tranquila, helada—. ¿Recuerda usted la última vez que me vio?

—La recuerdo, señor.

—Usted debía de encontrar a esa muchacha Trelawney y desembarazarse de ella. Por eso le prometí un centenar de libras y vía libre para que saliese de Inglaterra. ¡No le dije que chaquetease y se uniese a su cuadrilla!..., ¡rata miserable!

—Se lo explicaré, señor.

—¿Que me lo explicará? —le contestó Cullis, y sus ojos pálidos no se apartaron un momento de la cara del italiano—. No creo que pueda explicármelo de ninguna manera que me satisfaga. Eres un traidor y yo tengo una manera de tratar a los traidores.

—Pero, señor, haga el favor de oírme...

—¡No se mueva!

Cullis dejó escapar las palabras como gotas de metal al rojo vivo. A primera hora de la noche había estado nervioso, pero ahora no había rastro de humanidad en su rostro.

Señaló hacia el suelo, donde estaba la pistola de Gugliemi, con el cargador fuera.

—¿Ves eso? —le preguntó Cullis.

Gugliemi asintió en silencio.

—Estabas cargándola cuando entró el comisario. Cuando yo entré hace un momento tú acabaste de cargarla, y me esperabas a mí. Tuve que hacer fuego contra ti en defensa propia. ¿Me comprendes? Será cosa muy sencilla para mí meter el cargador en la pistola y poner la pistola en sus manos para que acabes así tu vida traidora.

Mientras hablaba, su dedo empezaba a apretar el gatillo. Gugliemi pudo ver cómo blanqueaba su nudillo, y sus ojos se dilataron de espanto. Cullis vio cómo la boca del hombre se abría para gritar, y se sonrió salvajemente.

Pero el disparo que escuchó no procedía de su propia pistola. Le llegó apagado, desde el cielo raso, y un instante después se oyó otro disparo.

Y la voz del jefe, que decía con voz ronca:

—¡Cullis!

Cullis lanzó una maldición en voz baja. Su plan no podía ser puesto en ejecución en aquel momento: era demasiado tarde para la explicación que pensaba dar. Tenía que meditar en otro pretexto. Pero, entre tanto...

Agarró a Gugliemi por las solapas de su chaqueta y lo atrajo hacia sí. Dando vuelta con un movimiento rápido a su pistola, le dio un fuerte golpe...

Cuando el hombre se desplomaba a sus pies, Cullis oyó nuevamente que el comisario jefe lo llamaba por su nombre.

Echó a correr escalera arriba. En lo alto, encontró al jefe apoyado contra la pared y apretándose el hombro con una mano. Y oyó que le decía ásperamente:

—Me dieron. Los oí hablar y me acerqué para oírles. Me hicieron fuego a través de la puerta. Yo les contesté con otro disparo, y creo que le pegué a alguno.

Cullis escuchó, oyendo en el interior de la habitación un grito ahogado. Y entonces habló la voz de Simón Templar a través de la puerta, diciendo:

—Nos entregamos.

Resonó en la cerradura el ruido de la llave, y la puerta se abrió. Salió por ella El Santo, con la pistola en la mano, la culata por delante. Sus ojos azules desdeñaron con frío menosprecio al comisario ayudante, cuando Cullis se apoderó del arma, dejándola caer dentro de su bolsillo. El Santo dijo:

—Ha tenido usted suerte. Jill ha sido herida.

Cullis entró en la habitación. Se encontró en un dormitorio pequeño, y una mirada a la ventana enrejada le hizo ver que los presos habían adelantado mucho en la tarea de abrir un boquete lo bastante ancho para poder pasar por él. Luego dirigió su vista hacia la cama, y vio que Jill Trelawney estaba tumbada allí, con una mancha roja extendiéndose sobre su blusa blanca. El Santo dijo:

—Es solo una herida superficial, pero haría bien en hacer venir a un médico.

Se volvió y vio que el comisario jefe colocaba dentro de su camisa un pañuelo doblado, en vista de lo cual le dijo El Santo bromeando:

—Lamento no haber tenido mejor puntería.

El comisario jefe refunfuñó, y dijo:

—Lo mejor que podría usted hacer es llevarla a la planta baja, Cullis. Yo voy a salir en busca de un teléfono. Usted se encuentra en mejores condiciones que yo para vigilar a estos dos.

Pero Simón Templar apartó sin ceremonias de un empujón a Cullis y levantó en sus brazos a Jill Trelawney con la misma ligereza y ternura que si hubiese sido un bebé. Bajaron la escalera en procesión, hasta la habitación en que estaba Gugliemi. Cullis apuntaba a Simón por detrás y el comisario jefe cerraba la retaguardia. En la planta baja, Simón dejó gentilmente a la joven en el sofá, pero cuando se dispuso a separarse, ella le cogió de la mano y lo retuvo.

El comisario jefe estaba mirando al italiano, caído por el suelo, y dijo:

—Se ha movido, de manera que yo no lo maté.

Cullis dijo:

—Estaba recuperándose cuando yo bajé. Al oír el disparo y la llamada de usted, no tuve tiempo sino para golpearle nuevamente en la cabeza y dejarlo.

—Bien, ahora los tenemos a todos juntos. Si usted se encarga de vigilarlos, yo iré por la carretera, porque creo que he visto algunos alambres del teléfono que van hasta una casa que está cien metros más adelante.

—¿Tiene usted la seguridad de que no va a pasarle nada, señor?

—Estoy perfectamente, Cullis. La bala me ha estropeado un poco el hombro, pero puedo hacer sin molestia ese centenar de metros. Quédese usted aquí y avive bien los ojos. Volveré en cuanto pueda.

Salió, y oyeron cerrarse con estrépito la puerta delantera. Luego oyeron el clic de la puerta del jardín...

Y en ese momento Cullis se volvió hacia El Santo.

—¿De modo que aquí acaba su inteligencia?

Simón Templar le miró fríamente, y le dijo:

—No estoy tan seguro. Nunca dejé de ser inteligente. Y si yo fuese usted, no apostaría que esta será la última palabra. Quizá sea mi última aventura, pero hay muchos fines posibles.

Cullis le mostró los dientes, y le contestó:

—Solo por el trabajo de esta noche será usted condenado a siete años.

El Santo le contestó muy gentilmente:

—¿Y a cuántos lo será usted, viejo querido?

Cullis le devolvió la mirada fría, diciendo:

—Me parece que no le ayudará mucho intentar esa baladronada.

—Pero imaginémonos —le dijo El Santo—, imaginémonos simplemente, querido Cullis, que se trata nada más que de una baladronada. Reconozco que, por el momento al menos, nos tiene bajo la tapa de la sopera, como si dijéramos. Se trata solamente de un poco de buena suerte: es un disparo hecho a través de una puerta que no debió de darnos por muchos kilómetros. Pero estuvo bastante bien que Jill no pudiera escaparse por esa ventana..., que no hubiese podido correr a buscarla, incluso si hubiésemos podido salir y plantear una pelea. Quizá, querido Cullis, no hubiese resultado todo completamente una broma.

—Una broma, ¿por qué? —le preguntó Cullis, como si la idea le divirtiese.

—Anoche, cuando abrió su mesa escritorio...

—¿Sí?

—¿Revisó usted sus papeles después de que llegó la Policía?

—Los revisé.

—¿Con mucho cuidado?

—Sí.

El Santo le dijo:

—No es posible porque, de haberlo hecho, habría advertido lo que nos llevamos.

Cullis se echó a reír:

—No tuvieron la posibilidad de llevarse nada. Yo entré en la habitación en el instante mismo en que se abrió el panel secreto, y ella no volvió a entrar.

—Ya lo sé que ella no volvió a entrar en la habitación —le contestó El Santo, girando suavemente sobre las puntas de sus pies—. Pero entré yo.

—¿Usted?

—Yo. Claro está que usted no se dio cuenta de que yo estaba allí. Pero estaba... personificando un rododendro a media distancia. Cuando usted salió

persiguiendo a Jill y le hizo un disparo, cuando ella corría por el prado, yo me metí por la ventana, me apoderé de lo que quería, y me deslicé fuera otra vez.

Los ojos de Cullis relampaguearon.

—¿Y qué cogió usted?

—Esto nada más.

Simón metió la mano en su bolsillo y sacó su cartera. Sacó de la cartera un papel, y lo desdobló, sosteniéndolo delante de los ojos del comisario ayudante. Era un billete nuevo de cinco libras.

—¿Lo reconoce? —le preguntó El Santo con su tono muy cariñoso—. ¿No oye cómo su vocecita gorjea ante usted y le llama papaíto?

—No significa nada para mí.

—Es uno de los muchos que usted tenía guardado en aquella caja de documentos de su ingeniosísimo escritorio, monada mía. Debía de haber en conjunto un par de miles de libras... ¡Oh, Cullis! ¿Se olvidó usted de lo que su abuela le dijo, y consintió en que su avaricia se sobrepusiese a su precaución? No pudo decidirse a destruirlos, y sin embargo, no se atrevió a abonarlos en su cuenta bancaria, ni trató de darles salida de cualquier otra manera.

Cullis se irguió, y le preguntó tranquilamente:

—¿Y por qué piensa que eso ocurrió?

El Santo le contestó tranquilamente:

—Porque el número de este billete..., que fue el más alto de los que encontré en su escritorio..., venía precisamente después del número que fue sacado del depósito de la caja fuerte de sir Francis Trelawney, y cuya pista fue trazada hasta Waldstein. Y yo apostaría a que cuando el asunto se investigue, resultará que este billete se sacó del banco de Waldstein, más o menos, hacia el mismo tiempo.

II

Hubo un silencio largo, tensado casi hasta el punto de ruptura, por el tictac medido de un reloj de ebanistería, colocado fuera, en el vestíbulo. Y durante este silencio, El Santo se apoyó cómodamente en la estantería de libros giratoria que había elegido para descansar, y sus ojos fríos no se apartaron un momento del rostro del comisario ayudante. Jill Trelawney seguía descansando en el sofá, y Duodécimo Gugliemi gemía y se revolvía en el suelo, con sus dedos entremecidos. No había otro movimiento.

Por espacio de cinco o seis segundos tensos y significativos... Y, de pronto, volvió a relampaguear en la mirada de Simón Templar el brillo de la vieja y santa burla, y se echó a reír.

—Todo ello es muy afortunado para usted..., ¿no es verdad, Algernon? —preguntó arrastrando la voz.

Y la boca de Cullis se estiró lo mismo que una trampa de acero bajo sus bigotes.

—Comprendo —dijo suavemente.

—¡Magnífico! —exclamó El Santo—. ¿Le importa que fume?

Se sirvió un cigarrillo de la caja que había encima de la mesa, y encendió una cerilla.

—¿De modo que ese es el cuento que usted se propone contar? —preguntó Cullis.

—Así es —respondió El Santo tranquilamente—. Y creo que es una historia condenadamente buena, para que usted lo sepa. En todo caso, mantendrá su cerebro vibrante, elaborando la respuesta que va a dar.

Cullis se echó de pronto a reír.

—¿Y piensa usted de verdad que alguien se la va a creer?

El Santo dijo:

—Lo ignoro. Haré todo cuanto esté en mi mano para esparcir en torno mío la alegre nueva, y cuando yo me lanzo a la tarea, mi capacidad para esparcir no es pequeña. Con todas las pruebas acumuladas...

—¿Qué otras pruebas?

—La de Duodécimo, por ejemplo. Tiene una historieta que contar muy suya que causará sensación.

Cullis dijo, burlón:

—¡Un maleante que cuenta mentiras para salvar su piel! ¿Cree usted que su palabra tendrá algún peso? Un hombre de su fama...

—¡Oh, camarada, no tendrá que fiar únicamente en su fama! Existe una parte muy importante que lo corrobora, o pruebas circunstanciales.

—¿Y qué puede ser?

El Santo le dijo:

—Se lo contaré más tarde si usted me lo recuerda. De momento, me fascina escuchar qué cuento bárbaro ha pensado usted contar acerca de ese billete de cinco libras.

—¿Cree usted de verdad que podrá emplear ese argumento contra mí?

—Lo creo.

Cullis le dijo:

—Permítame decirle que se va a llevar un chasco. Hay algo que usted parece haber olvidado, pero que yo lo recuerdo perfectamente. Waldstein mismo, bajo el nombre de Stephan Weald, fue en tiempo miembro de la magnífica cuadrilla de la Trelawney. ¿No lo sabía usted?

—¡Claro que lo sabía!

—Pues entonces —dijo Cullis lentamente—, ¿hay nada más natural que tenga usted en su posesión un billete de cinco libras cuya pista puede seguirse hasta la cuenta bancaria de Waldstein?

El Santo le miró, se sonrió y movió su cabeza diciendo:

—No es bastante bueno. Quizá eso podría explicarlo este billete que tengo aquí; pero no explicaré lo de los demás que probablemente puedan encontrarse entre los objetos de su pertenencia.

—Que usted habría podido dejar allí.

—Esa excusa no salvó a sir Francis Trelawney —le contestó El Santo, frío como un juez—. ¿Por qué ha de pensar que lo salvará a usted?

Sus miradas se encontraron durante un rato, y Cullis dio un paso hacia adelante. Su rostro se había convertido en una máscara de granito, y volvió a repetir, muy lentamente:

—Comprendo.

El Santo le dijo:

—Me alegro de que sepa apreciar ese punto. Resultará un poco vergonzoso para usted, ¿no es cierto? Pero con él avanzaremos mucho en el camino de justificar el buen nombre de sir Francis Trelawney.

—¿Y quién —dijo Cullis con la misma voz suave— va a hacer un registro de mis posesiones antes que yo tenga tiempo de hacer desaparecer esos billetes?

El Santo volvió a sonreírse, balanceándose suavemente sobre sus talones.

—Gracias —le dijo— por reconocer que tiene usted los demás billetes.

Cullis dijo tranquilamente:

—Y suponiendo que yo lo reconozca, usted tiene que contestar todavía a mi pregunta. ¿Quién va a hacer esa búsqueda... y va a probar nada?

—Podría arreglarlo —dijo El Santo. Y lo dijo tan tranquila y naturalmente, que era difícil dar a sus palabras un sentido de broma.

Cullis se le quedó mirando fijamente, y una vena pequeña empezó a latir en su frente.

—Hay en usted algo raro, Simón Templar...

—Es que la cosa nos divierte —dijo El Santo cortésmente.

—Quizá —dijo Cullis— ni siquiera usted pudo profetizar lo que iba a ocurrirle cuando me contase esa historia.

—Dígame.

—Es usted un criminal peligroso, y a su cómplice se la busca por asesinato. Viendo que el juego quedó terminado, va usted a hacer un último esfuerzo desesperado para vencerme y escapar. Y yo tendré que matarlo a usted en defensa propia...

—Tal y como quería usted matar a Gugliemi —dijo El Santo casi en un susurro; y a Cullis se le pusieron blancos hasta los labios.

Entonces los rasgos que parecían de una máscara, se contorsionaron súbitamente.

—¿Cómo supo usted eso?

—Soy adivino —contestó Él Santo; sin darle importancia.

—Y, sin embargo —dijo Cullis— el truco es aún bastante bueno...

—No es aún bastante bueno —dijo Él Santo. Y había una urgencia súbita en su voz, porque en ese instante vio que la muerte le miraba a la cara..., la muerte, en los ojos azules pálidos de Cullis, la muerte en los labios retorcidos de Cullis, la muerte en la mano derecha temblorosa de Cullis—. No es completamente bueno. Porque hay todavía un capítulo más en mi historia..., y es mejor que lo escuche antes que dispare.

Por un momento le pareció que Cullis haría fuego y correría con las consecuencias, y aflojó sus músculos, dispuestos a dar un salto desesperado. La postura del comisario ayudante se relajó por una fracción de tiempo, y contestó:

—Le escucharé lo que tenga que decirme. Pero no espere poder escapar con otra jugada como la que anoche empleó la Trelawney para burlarme.

—Y que fue una jugada muy bien discurrida —dijo El Santo con tristeza, con un párpado enderezado hacia el dedo índice, vendado, del comisario ayudante.

Luego se sonrió mirando a Cullis a los ojos.

Y dijo:

—Pero no hace falta que recurramos a esas tretas. Yo soy bastante fuerte para poner cada cosa en su lugar, según dijo la actriz al obispo..., y pasó ya la hora de las burlas.

—¡Continúe!

—Soy un hombre de una inteligencia privilegiada —dijo El Santo con sus maneras despreocupadas— y excursiones como esta son para mí cosa de juego. Preparé esto para beneficio especial suyo, y he disfrutado

muchísimo... Comprenda usted que habría sido completamente fácil desembarazarnos de usted, pero eso no nos bastaba. A Waldstein y a Essenden los tiramos por la borda rápidamente, pero no íbamos a cometer el mismo error con usted. Queríamos oírle cantarnos eso antes que pasase a reunirse con los ángeles anunciadores; pero apreciamos el hecho de que no formábamos auditorio suficiente. Jill y yo somos dos almas sencillas a las que el mundo ha tratado con dureza, y Duodécimo es otra pieza de madera de naufragio, en el mar de la vida...

—Suspenda el chachareo —dijo Cullis, cuya voz raspaba como una escofina de acento venenoso—. Si lo que usted busca es ganar tiempo...

El Santo le dijo, quejumbroso:

—Hermano, estoy abriendo mi pecho en mi propio estilo. Concédame un respiro... ¿Dónde iba yo...? ¡Ah, sí! Duodécimo es otra pieza de madera de naufragio en el...

—Le daré tres minutos más, por si tiene algo que decir...

—Perfectamente, Algernon. De modo que su palabra dejará probablemente por los suelos todo lo que Jill, yo o Duodécimo podamos decir. De manera que tendrá que haber un testigo al que nadie pueda poner en duda. ¿Qué testigo podríamos encontrar más ideal que el comisario jefe mismo?

El Santo vio cómo los ojos de Cullis quedaban reducidos a unos simples puntitos, y volvió a reírse.

—Fui, pues, al comisario jefe. Le pedí prestada su propia casa. Vinimos aquí esta noche y montamos la escena con gran cuidado. Esos agujeros de bala que vio usted en la puerta de arriba, fueron hechos hace tres horas por especial permiso del propietario. Los barrotes de la ventana fueron instalados esta tarde y se trabajaron mientras usted venía de Londres. Yo personalmente monté la escena, escribí el diálogo, y presenté el drama conmovedor que ahora toca a su término..., y todo lo hice con un solo ensayo. Un micrófono puesto detrás de esa figura de mujer indecentemente vestida que echa geranios a un rruiseñor, ha recogido sus aladas palabras, y las ha unido, si no a todas las estaciones, por lo menos a una... con un sargento que escribe en taquigrafía al extremo, que ha copiado todas sus palabras. Otra conexión en el piso de arriba llevaba el relato personal de cada una de las palabras de su reciente charla con Duodécimo... que habría bastado para ahorcarlo a usted. Pero somos minuciosos. Ni siquiera bastó eso. Medio minuto después que usted oyera cerrarse con estrépito la puerta, hace un momento, detrás del comisario jefe, se metía este por la puerta de atrás, y subía a toda prisa por las

escaleras posteriores a fin de escuchar algo más de la historia desde su estación particular emisora. No, Cullis, yo no dispararía ni aun ahora, porque me parece que he escuchado a Tía Ethel que vuelve...

Cullis escuchó el roce de la puerta a su espalda, y giró en redondo.

El comisario jefe estaba en el umbral. Y ahora no daba señales de la herida que al principio había impresionado a su ayudante. Su actitud era erguida, ya no se agarraba el hombro, y había en sus ojos un brillo que nada tenía que ver con lo que antes de marcharse había dicho a Cullis.

Y tenía también en la mano una pistola.

—Le oí todo cuanto habló —dijo, y Cullis retrocedió un paso.

Cullis seguía teniendo en la mano una pistola, que colgaba a su lado, y sabía que el menor movimiento le resultaría fatal. Permaneció inmóvil, y el comisario jefe siguió diciendo:

—Debe saber usted que le vengo vigilando desde hace algún tiempo. Creo que mis primeras sospechas se despertaron cuando desaparecieron esos documentos de la oficina de Registros. Fue entonces cuando El Santo se me acercó, contándome algo que yo no podía olvidar, por fantástico que pareciese.

—¿Y creyó usted a un fullero? —le dijo Cullis, en tono de mofa.

El comisario jefe le contestó:

—Tenía mis razones. Él era quizá, cuando se me acercó, algo más que un fullero corriente, y yo pude creerle cuando habría creído a otra persona cualquiera en su lugar. Usted mismo debe reconocer que El Santo goza de determinada reputación. En aquel entonces, disponíamos de un decreto para su detención. —Los labios del comisario jefe marcaron un retorcimiento—. Era uno de los muchos que hemos malgastado con él. Pero se puso en mis manos incondicionalmente, y los resultados lo han justificado.

Cullis miró a su alrededor y vio que también Simón Templar empuñaba una pistola; y que Jill Trelawney estaba sentada en su sofá, secándose su blusa con un pañuelo.

—Es solo tinta roja —le explicó El Santo con dulzura.

Cullis parecía un hombre tallado en piedra.

De pronto, asintió con lentitud, y el fantasma de una sonrisa retorció su boca. Y dijo tranquilamente:

—No necesito negar nada. Todo está claro. Pero fue un trabajo inteligente el suyo haberme sacado el relato, como lo ha hecho, de mi propia boca.

Miró al comisario jefe a los ojos y le dijo:

—Da lo mismo que usted lo sepa todo. Se la jugué a sir Francis Trelawney bajo las narices mismas de usted. Waldstein y Essenden eran los jefes de la sociedad que Trelawney tenía que aplastar, y a mí me contrataron por aquel tiempo. Me hicieron ofertas fabulosas de dinero, y yo me uní con ellos. Trelawney era peligroso. Los habría detenido en otro mes más si hubiese podido seguir con sus actividades. No se podía hacer otra cosa que apartarlo del camino, y eso fue lo que planeamos entre nosotros. La cosa no fue tan difícil como habría podido ser, porque era un hombre que trabajaba solo. Sabíamos que, si lográbamos desacreditarlo, nadie más podría hacerse cargo de su trabajo en el punto en que él lo dejara. Yo preparé el camino, escribiendo en su máquina la advertencia acerca de la irrupción de la Policía. Más tarde, fui yo quien le telefoneó el mensaje que se suponía proceder de usted, y que le hizo salir para París, y ayudé a echarle mano en el hotel de Waldstein. Después de eso, lo demás fue cosa fácil. Tenía el dinero de Waldstein en el bolsillo cuando abrí, en presencia de usted, su caja fuerte; llevaba semanas practicando aquel pequeño truco de escamoteador. Los billetes salieron de su caja fuerte delante de los mismos ojos de usted, y de nada valió lo que él dijo. Más adelante se unió Waldstein, con uno de sus apodos, a la muchacha, para que no cometiese una tontería. Se tuvo por feliz cuando se encontró con ella en el barco que la traía de Nueva York, con el propósito de iniciar las funciones de Los Angeles... Las dificultades empezaron cuando El Santo comenzó a perseguirme..., cuando mi casa fue robada, y la noche última, cuando mi escritorio fue abierto.

—Ya estoy enterado —dijo el comisario jefe.

Cullis asintió.

—Me imagino que por El Santo, ¿verdad? Bien, fue un trabajo limpio, aunque lo hiciese una joven. Aun antes de eso, había yo llegado a la conclusión de que Jill Trelawney se estaba haciendo demasiado peligrosa, y envié a Gugliemi para liquidarla; pero él se volvió contra mí, como usted sabe. Incluso cuando mi escritorio fue violentado, no creí que hubiese sido sustraído nada, y cuando usted me dijo que viniese aquí, creí que se me ofrecía una oportunidad.

—Hasta el momento en que Templar le enseñó el billete de cinco libras, ¿no es cierto? —murmuró el jefe.

—Así fue... ¿Hay algo más que usted desee conocer?

—Me parece que no.

Los ojos de Cullis se alzaron, mirando alrededor de la habitación.

—Hay una cosa que yo desearía conocer —dijo.

—¿Qué es?

—¿Por qué, cuando El Santo se acercó a usted para contarle el relato de lo que sospechaba, le hizo más caso que el que habría hecho a cualquier otra persona que se lo hubiese contado?

Una sonrisa seca apareció en los labios del comisario jefe, que contestó:

—Porque da la casualidad de que lo conozco muy bien. Cuando obtuvo su perdón, yo lo traje con halagos al Servicio Secreto para impedir que volviese a meterse en más líos. Sus métodos de trabajo han sido siempre bastante excéntricos, pero fueron siempre eficaces. Hace algún tiempo se le metió en la cabeza la idea de que en el asunto de Trelawney había algo más de lo salido a luz, y yo le autoricé a que se hiciese cargo del caso, siguiendo su manera especial. Desde entonces viene trabajando en el mismo, de acuerdo con sus métodos. Su nombramiento para la Policía era nada más que una parte del trabajo, y su dimisión, muy irregular, era nada más que otra parte.

Hubo una persona que se quedó más sorprendida que el mismo Cullis, y esa persona fue Jill Trelawney.

—¿Es posible, Santo?

El Santo contestó tristemente:

—Cuando nos encontramos por vez primera, yo le dije que me había corregido, y usted no quiso creerme. En los últimos días creo que no he hecho otra cosa sino hablarle de mi respetable amigo. Permítame que los presente: Sir Hamilton Dom, comisario jefe de Policía de la metrópoli, comunmente conocido por el nombre de Tía Ethel. Encantado de haberlos presentado.

Sir Hamilton se inclinó ligeramente. El Santo dijo, disculpándose:

—Yo no he tenido nunca ni rastro del policía de oficio. Probablemente, Scotland Yard sobrevivirá sin mí..., aunque no puedo menos de pensar que yo les habría inyectado una buena cantidad de pimienta si me hubiese quedado en la organización.

Desde este momento, fue Simón Templar la figura central, y nadie se fijó en Cullis. De pronto, El Santo vio con el rabillo del ojo levantarse la mano derecha de Cullis, y en el momento de volverse dio el grito de alarma. Pero su voz fue ahogada por el estruendo del disparo de la pistola de Cullis; vio caer al suelo la pistola del comisario jefe, y cubrirse súbitamente de una mancha de sangre la muñeca de este.

Levantó su pistola, pero el gatillo golpeó en un cartucho que no estalló, y El Santo se arrojó al suelo al rugir de nuevo la pistola de Cullis.

Oyó cantar la bala por encima de su cabeza, yendo a dar en la pared, produciendo el tintineo del cristal roto de un cuadro; hizo girar sus piernas

alrededor en un semicírculo que apuntó a las de Cullis. Aun así, no vio cómo Cullis pudo fallar en su disparo siguiente...

A El Santo le falló el puntapié... Pero se había olvidado de Jill Trelawney. Al incorporarse, vio que las dos manos de Jill tenían aprisionada la muñeca de Cullis, cuyo tercer disparo fue a dar en el techo. Entonces, el mismo Santo aferró la muñeca de Cullis, y la retorció con fuerza salvaje. La pistola cayó al suelo, y El Santo la alejó de un puntapié.

No vio a Cullis echar mano de la estatuilla de bronce que había en la mesa que estaba tras él, pero, si no hubiese ladeado la cabeza..., más por intuición que por cálculo..., le habría roto, sin duda, el cráneo. Pero el golpe de refilón lo dejó medio atontado y lo despidió, tambaleándose, soltando la presión sobre la muñeca de Cullis. Jill la había soltado en cuanto El Santo la agarró.

En el momento en que se ponía en pie tambaleante, zumbándole los oídos, y se limpiaba la sangre de los ojos, vio al comisario jefe buscando a tientas, blasfemando, una de las pistolas caídas, cogiéndola con su mano izquierda sana... y vio los ventanales abiertos, y a Jill Trelawney que desaparecería por ellos.

—¡Vuelve acá, estúpida! —le gritó con voz ronca El Santo.

Pero no pudo haberlo oído. Desapareció, y él la siguió, tambaleante. Se oía un ruido de pasos por el camino de gravilla del costado de la casa, y cuando estaba ya al lado de ella, vio a Cullis, que salía por la puerta del jardín.

El Santo se lanzó tras él a todo correr, porque sabía que si Cullis daba la vuelta a la próxima esquina, caería directamente sobre el auto del comisario jefe, quien lo había dejado allí con las luces apagadas.

Y Cullis dobló por aquella esquina. Nunca pudo saberse si lo hizo simplemente porque deseaba alejarse de la carretera principal, tratando de sacudirse en la oscuridad a sus perseguidores en el campo más llano, o si fue que la buena suerte, que durante largo tiempo le había acompañado, estaba dispuesta a ayudarle un poquito más. Pero lo cierto fue que tropezó con el auto, y que estaba lanzándose sobre el asiento del conductor en el momento en que El Santo doblaba la esquina, persiguiéndolo. Un instante después, el mecanismo de arranque dio vida al motor, el auto iniciaba su movimiento, y El Santo saltaba sobre la reja de los equipajes.

Se mantuvo colgado de ella durante algunos segundos, reuniendo sus últimas reservas de nervios y de músculos. Hallábase aún atontado, sin haber recobrado prácticamente el equilibrio, después del golpe asesino que había recibido en la cabeza, medio enceguecido por la sangre que manaba de su

herida superficial del cuero cabelludo, pues se le metía en los ojos. Pero se sostuvo.

Luego fue cobrando fuerzas y se movió. Tenía que hacerlo, porque la forma en que estaba agarrado era necesaria, y no podría haberse mantenido mucho tiempo más en la postura en que estaba. Para entonces, el auto caminaba a ochenta kilómetros por hora, y un resbalón, una caída en la carretera, habría puesto fácilmente fin a la aventura en una forma muy distinta a como él se había propuesto.

Puso sus manos sobre el fuelle recogido, se alzó hacia arriba, y cayó sobre los almohadones del asiento trasero.

Aflojó sus músculos dolientes con un suspiro de alivio, y permaneció allí durante un rato, molido, pudiendo apenas moverse. Le pareció que su cabeza iba a romperse, bailando ante sus ojos, en una ofuscación gris, manchas de color carmesí.

Pero el auto seguía caminando. El conductor, atento únicamente a la carretera que se mostraba por delante, entre el resplandor de los faros, no advirtió en ningún momento su llegada.

Desapareció gradualmente la sensación de mareo en la boca de su estómago. Hallábase todavía cansado de su desesperado esfuerzo, pero su cerebro empezaba a aclararse. Se enjugó la frente con su pañuelo, y abrió los ojos.

Luego hizo un esfuerzo y se puso de rodillas.

Cuando se sobrepuso al nivel del asiento delantero, el resplandor de otro par de faros, que corrían por la carretera en sentido contrario, inundó sus ojos.

—No existe límite a la velocidad —dijo El Santo, afligido, al oído de Cullis—, pero usted lo está sobrepasando, y no tendré más remedio que detenerlo, Cullis, de verdad que no tendré otro remedio. Está usted conduciendo con peligro para el público, eso es lo que está usted haciendo...

Al oír Cullis su voz, el auto se torció peligrosamente, y luego volvió a enderezarse. Y Cullis le dijo por encima del hombro:

—Por lo menos, me lo llevaré a usted conmigo.

Simón lo aferró por el cuello, pero las manos de Cullis siguieron pegadas rígidamente al volante.

El auto que venía hacia ellos hallábase a menos de treinta metros de distancia. En cualquier otra circunstancia, con la carretera para ellos, Simón habría podido hacer un disparo contra Cullis, o incluso le habría golpeado la nuca con la culata de su pistola, confiando en que podría mantener el auto en la línea recta, mientras pasaba al asiento delantero, apartaba al individuo, y se

hacía con el volante. Pero, en aquel momento, no existía tal posibilidad. En uno o dos segundos se precipitarían de cabeza contra el otro automóvil...

El propósito de Cullis era evidente.

Con un tirón desesperado, El Santo metió la cara de Cullis entre los radios del volante; y el auto perdió por un momento el control. Luego, empujando a Cullis lateralmente, Simón se apoderó del volante y forzó al auto a girar en redondo.

Los faros que venían hacia él le dieron en línea recta en los ojos, lanzados hacia ellos. El conductor del otro automóvil se desvió, pero apenas pudo maniobrar en aquella estrecha carretera, y no tuvo tiempo para detenerse.

Simón escuchó el inútil chirrido de los frenos, aplicados con violencia, y pensó en morir sonriéndose.

«¡Allá vamos!» pensó, y mantuvo el volante en derredor, en un abrazo temerario.

Le falló por muy poco. Durante un instante horrible, vio la luz del ala de la derecha del coche que se acercaba, saltar directamente sobre la luz del ala derecha del auto que él conducía. Aun así, habría podido tener éxito si Cullis no hubiese metido una mano en el volante, pugnando por dirigirlo en sentido contrario.

Simón le golpeó con un codo, pero era demasiado tarde para que sirviese de nada. El estribo del otro auto rasgó lo mismo que un cuchillo su guardabarros, y se oyó un estrépito de metal torturado, rechinante, roto, destrozado.

El golpe lanzó a Simón por encima del volante. El auto pareció saltar en el aire, y durante un segundo enceguecedor, paralizante, se diría que estuvo suspendido en el espacio. Luego sintió un golpe terrible de la carretera entre los omoplatos; hubo un estrépito de algo que se hacía astillas, otra sacudida más violenta, y un silencio de muerte...

No supo cuánto tiempo estuvo allí, tumbado de espaldas, con los pies apoyados en algún lugar del aire, con todos sus miembros magullados y doloridos, preguntándose si al fin estaba verdaderamente muerto..., y si no lo estaba, por qué no se había muerto... Un peso colosal parecía oprimirle el pecho...

Abrió un ojo, y distinguió un freno, un embrague, y los pedales del acelerador suspendidos misteriosamente encima de su cabeza.

Había algo más sobre su pecho. Descubrió que era el asiento delantero... y el cuerpo de un hombre.

Trató de levantar una mano, y se encontró con que se movía en un charco de algo líquido y pegajoso; y se preguntó si sería la sangre de Cullis o la suya.

Golpearon luego con tremendo estrépito la caja del coche que estaba junto a su oído, y una voz preguntó, con bastante estupidez:

—¿Estáis todos bien ahí dentro?

Otra voz dijo:

—No comprendo cómo ha podido quedar nadie con vida en medio de esta destrucción. Seguramente que venían a más de cien kilómetros.

Pero El Santo había reconocido la primera voz, y salió de su boca un gruñido de risa ronca, y dijo:

—¡Claud Eustace, viejo querido! ¡Siempre llega diez minutos demasiado tarde!

DE COMO SIMÓN TEMPLAR SE PUSO EL SOMBRERO

El inspector jefe Teal desenvolvió con respeto su cuarta pastilla de chicle. Simón Templar se lo había comprado especialmente, y Teal se mostraba orgulloso.

—Es una cosa superior a la comprensión de cualquiera por qué no se ha muerto usted.

El Santo, con la cabeza vendada, sin nada más, se sonrió alegremente, y dijo:

—No es posible que un hombre bueno se mate.

Teal le dijo:

—Fue una pura buena suerte que usted no me cogiera debajo. Y eso, según yo mismo me digo, habría sido un hombre bueno perdido para el C. I. D. Nunca podré comprender cómo ninguno de nosotros resultó herido. Puede que haya sido porque habíamos parado casi cuando usted chocó contra nosotros; pero nuestro auto se colocó, cruzado, en la carretera..., con la rueda del lado derecho arrancada como si la hubieran cortado con un cuchillo, el chasis como formando un nudo, los dos ejes rotos, la caja de engranajes esparcida por la carretera, y una sacudida para todos nosotros como no quisiéramos repetirla.

—¿Va a pasar usted la factura? —canturreó El Santo.

Estaban en Upper Berkeley Mews, adonde habían ido a parar con objeto de hacer una cena de última hora, aunque fue más bien un desayuno que otra cosa.

Allí se contó la historia de lord Essenden, y también la de Waldstein, y el comisario jefe pronunció el veredicto. Este miró a la joven y se sonrió, diciendo:

—La creo a usted. Tiene a El Santo para responder de la veracidad de la historia de Essenden, y ahora que la conozco a usted un poco mejor, estoy

seguro de que la creería aun sin eso. Por lo demás, no queda nadie con vida que conozca algo que deba caberse, fuera de nosotros cuatro. Y no creo que ninguno de nosotros se busque una molestia. Ya hemos tenido bastante con Los Angeles de Perdición.

Miró a Teal a través de la mesa para que confirmase sus palabras y el inspector jefe asintió adormilado. Parecía estar a punto de caer dormido.

—¿Y el asunto de que se la busca por asesinato? —preguntó El Santo.

—Podemos olvidarlo. Han salido a luz nuevas pruebas, y hemos retirado la acusación. El asunto puede ser arreglado sin dar que hablar. Y si miss Trelawney vuelve a los Estados Unidos...

El inspector jefe Teal exclamó súbitamente con voz repentina y clara:

—Yo deseo lavarme las manos.

Tres pares de ojos se volvieron lentamente en sus alvéolos y se centraron en él con una firmeza que habría sacudido el nervio de un hombre de menor categoría, pero el inspector jefe Teal, aguantó sin visible emoción sus laureles ruborosos.

Y entonces El Santo se echó a reír, y dijo:

—Hay en la cocina un barril de una cerveza muy buena...; podrían ustedes probarla. Duodécimo está atiborrándose de Chianti, pero Orace lo hará entrar si ustedes lo desean... ¿Quieren ustedes jabón?

Sir Hamilton Dorn dijo con suavidad:

—Creo que podremos encontrar lo que deseamos.

El Santo vio cómo la puerta se cerraba a espaldas de ellos; y luego marchó con aspecto haraganeante hasta la chimenea, encendió un cigarrillo, y permaneció allí, con las manos en los bolsillos.

Y dijo:

—Solo queda el epílogo.

—Y un chiste por explicar —dijo Jill Trelawney.

Simón la miró, con el cigarrillo en un ángulo de su boca sonriente, y sus párpados de soslayo... Parecía un Mefistófeles de ojos azules y juvenil. Jill comprendió súbitamente todo su encanto.

—Queda explicado en gran parte —dijo El Santo—. Me metieron en el Servicio Secreto para que me conservase bueno, pero esa tarea no significó nunca para mí lo que habría significado en otro tiempo. Pues bien: cuando yo estaba a punto de marcharme, el caso de su padre tomó el desarrollo de Los Angeles de Perdición. Recuerdo la noche en que yo estaba hablando con tía Ethel, y me enseñaron una fotografía suya. Entonces hice una promesa.

Jill se levantó y se acercó a la chimenea.

—¿Cuál fue?

—Que era usted una muchacha a la que yo iba a besar antes que me muriese. Y la besé a mitad de camino de esta historia, lo que echó a perder el final; pero, aun ahora...

Y repentinamente, con su risa ligera y rápida, la estrechó entre sus brazos, y se apoderó de sus rojos labios.

Poco después, le dijo ella:

—¿Está usted seguro de no haberse equivocado?

El Santo le contestó:

—No. Me he ganado una amiga.

El brazo de El Santo se apoyaba ligeramente en sus hombros, y le dijo:

—Yo soy el loco que nunca se hace viejo. Pero mi locura varía. Ayer era la batalla, el asesinato y la muerte súbita. Mañana..., ¿quién lo sabe? Pero mientras a usted le espera un joven a quien ama, y mientras hay para mí una canción y un relato... ¿qué más da?...

Sostuvo la mirada de ella por un momento, luego dio media vuelta y echó mano a un periódico que había en una mesa lateral. Una súbita mirada a la página, y luego al reloj, y dijo:

—De aquí a siete horas se hace a la mar el *Aquitania*. Puedo llevarla a Southampton con una ventaja de horas, y luego puedo influir en la compañía. Le garantizo un camarote.

Leyó la respuesta en su cara, y abrió de par en par la puerta, gritando:

—¡Orace! —su hombre llegó corriendo—. Algunos bocadillos..., un frasco..., café en el termos... ¡A todo correr! ¿Está el Hiron del a plena carga?

—Sí, señor.

—Perfectamente.

Marchó al interior del garaje, y un instante después el poderoso coche runruneaba para dar fin a sus bufidos en frente de la casa... Y El Santo regresó en el momento que Teal salía por la puerta trasera del vestíbulo.

—¿Se va fuera? —preguntó Teal.

—A dar un paseo... Jill, lo mejor, que podría usted hacer es ponerse una chaqueta de cuero... Tome esta... Así va bien... Yo cogeré las cosas, Orace.

Hizo subir a la joven en el auto, y volvió, a fin de coger otra chaqueta de la percha. Teal se la abrochó.

—Santo, ¿se trata de un rapto?

—Pues bien: eso no, Claud... No, Orace, el viejo tapabocas de Pentonvillains... ¿Puedo hacer algo por usted de paso, Claud Eustace?

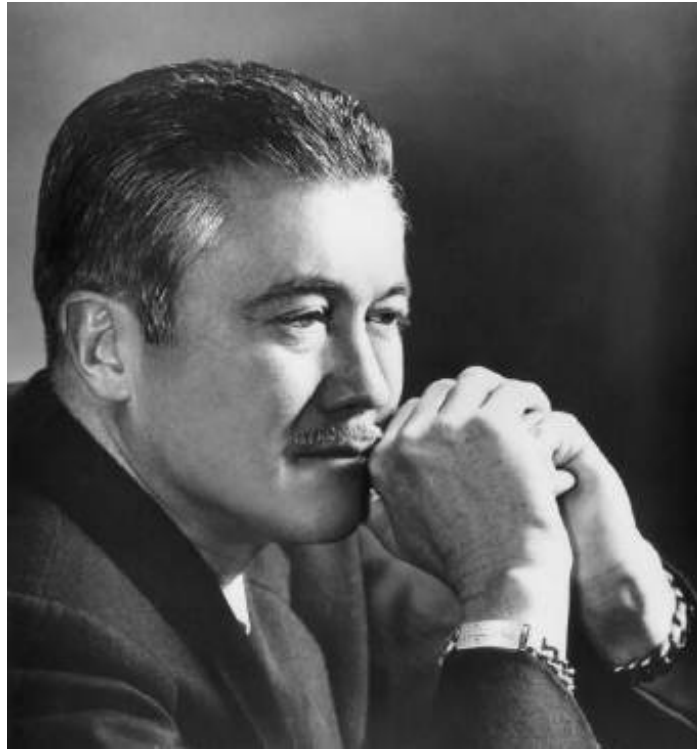
Teal le contestó, meloso:

—Si es un rapto, lo arregló usted muy rápido.

Simón se retorció el tapabocas alrededor del cuello, y ladeó su sombrero de la forma más disparatada, echándolo sobre su ojo derecho en un ángulo pirata. Y luego dio unos golpecitos cariñosos en el hombro al detective, diciéndole:

—¿No se le ha ocurrido nunca que algún día se escribirá una novela en la que la heroína no se enamorará del héroe, y el héroe no se enamorará de la heroína... y que ambos serán perfectamente felices, a pesar de todo? Pues esta es esa novela. Yo soy el héroe de novela más superlativo que vivió nunca, pero las normas no se han hecho para mí.

Cogió de la percha el sombrero hongo de Teal, y lo hundió en la cabeza del detective, le dio un tirón de orejas, un golpecito en el estómago, y se largó. Mucho después que hubiese desaparecido a lo lejos el estrépito del Hirondel, aún resonó por mucho rato en el pequeño vestíbulo el eco de la santa risa de El Santo.



LESLIE CHARTERIS (1907-1993), nacido Leslie Charles Bowyer Yin, fue un autor británico principalmente de los géneros de misterio y ficción, así como guionista. Es conocido sobre todo por sus muchos libros en los que hacía crónica de las aventuras de Simón Templar, alias «El Santo».

La biografía personal de Charteris parece sacada de una de sus novelas o colecciones de cuentos cortos. Su padre era un médico chino de rancia ascendencia noble, descendiente directo de la dinastía de emperadores Chang, y su madre una bella mujer inglesa. Antes de aprender inglés, ya hablaba malayo y algunos dialectos chinos. Durante su larga vida, Charteris desempeñó los más variados oficios, como pescador de perlas, buscador de oro, plantador de caucho, minero, conductor de autobuses, policía, camarero, jugador profesional de cartas y en los años treinta, guionista en Hollywood. Sus novelas están traducidas a más de 15 lenguas.